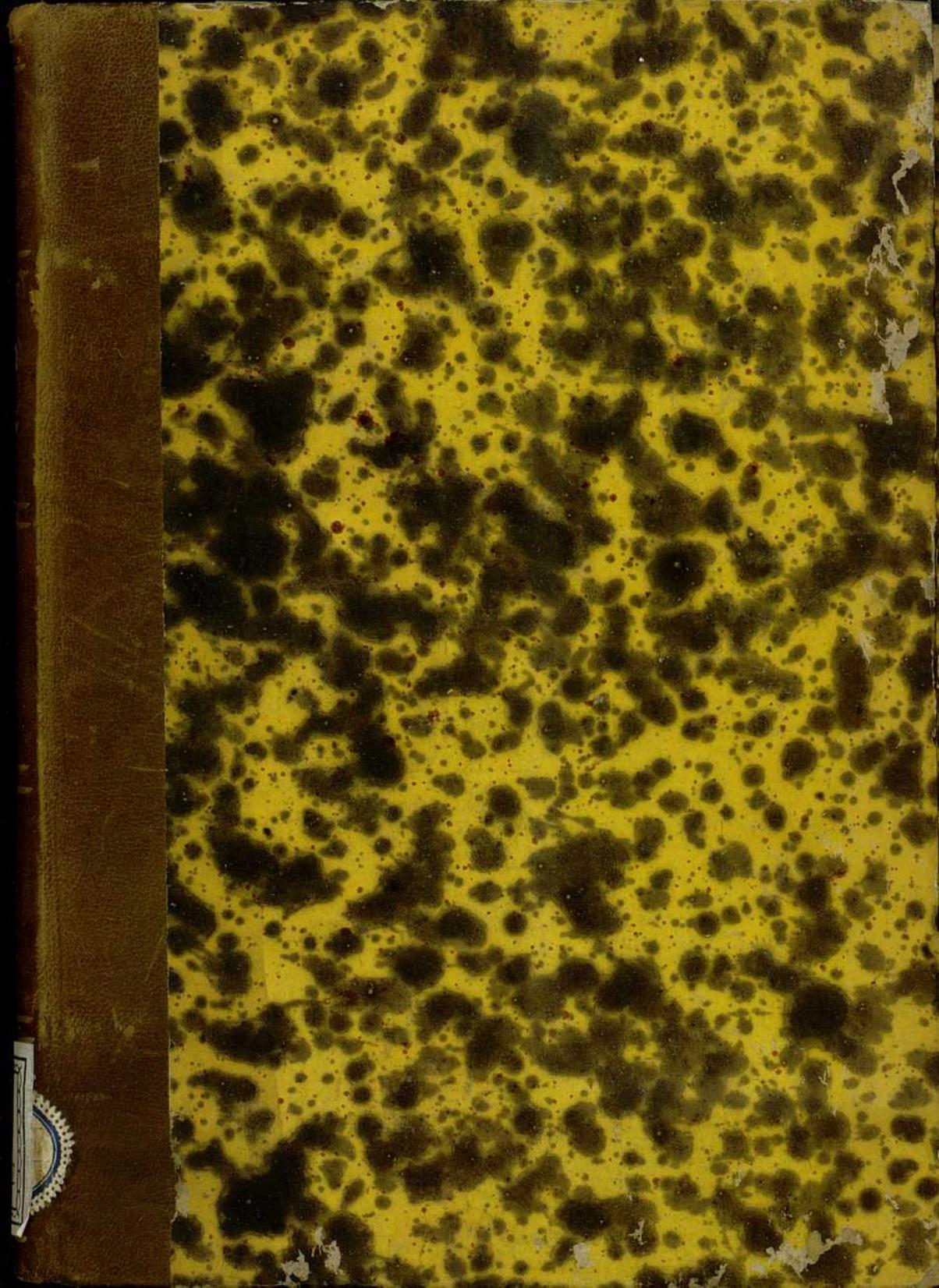


ORATORIA

SAGRADA

B
8
542



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 8

Número: 542

~~Biblioteca Universitaria
GRANADA~~

Sala B

Estante 8

Tabla 5

Número 202





BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 8

Número: 542

~~Biblioteca Universitaria
GRANADA~~

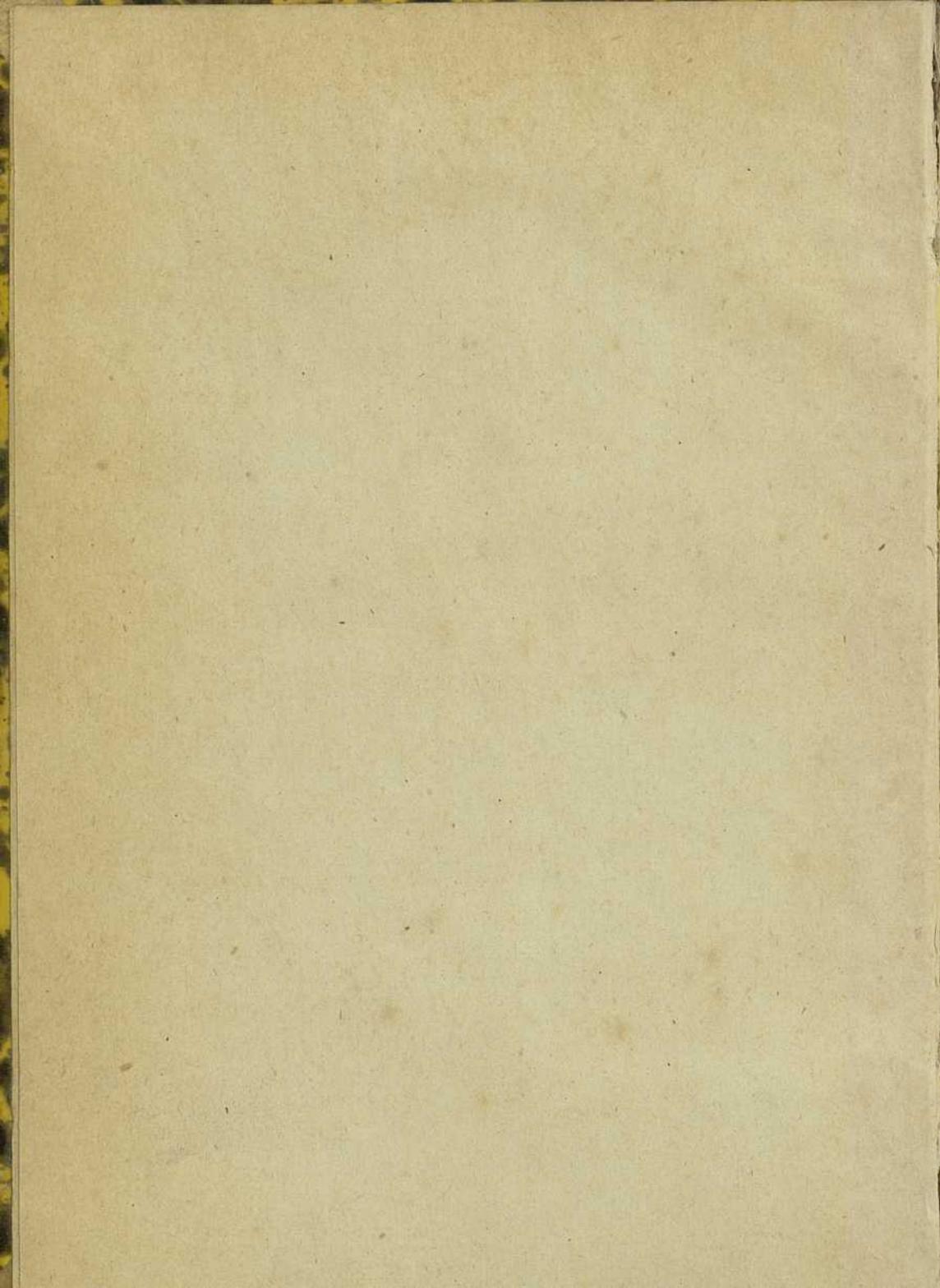
Sala: B

Estante: 21

Tabla: 5

Número: 206





Lecciones
DE
ORATORIA SAGRADA.



1211

LIBRARY

DE

GRATONIA SACRADA

TOR DE DOUTOR

Dr. Antonio Gomes de Azevedo

GRATONIA

GRATONIA SACRADA

GRATONIA SACRADA



GRATONIA

Impressão e distribuição de D. João Maria Gomes

1883

LECCIONES

DE

ORATORIA SAGRADA,

POR EL DOCTOR

D. Antonio Sanchez Arce y Peñuela,

CANÓNIGO DIGNIDAD DE CHANTRE DE LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA
DE GRANADA, Y CATEDRÁTICO DE DICHA ASIGNATURA EN EL REAL
SEMINARIO CENTRAL DE LA ESPRESADA CIUDAD.

*Al Sr. D. Juan Jacundo Miño
en prueba de amistad*

El Autor



GRANADA.

Imprenta y librería de D. José María Zamora.

1862.

J. B. Zamora

ENCUENTRO

DE

ORATORIA SACRADA

POR EL DOCTOR

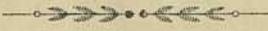
D. Antonio Sánchez Arce y Bolaños

Es propiedad del autor.

Imprenta y librería de D. José María Sanjaume

1802

Licencia del Diocesano.



Granada 5 de julio de 1862.—Vista y examinada la obra escrita por el Sr. Dr. D. Antonio Sanchez Arce y Peñuela, dignidad de Chantre de esta Santa Iglesia Metropolitana, y Catedrático de nuestro Real Seminario Central de San Cecilio, titulada LECCIONES DE ORATORIA SAGRADA, que nos ha presentado el espresado señor, solicitando nuestra licencia para imprimirla, aplaudiendo, como aplaudimos, el recomendable celo que lo distingue, y que lo ha impulsado á prestar tan útil trabajo, que consideramos por su método, claridad y sanas doctrinas de mucho provecho para los Eclesiásticos que se dediquen al sagrado ministerio de la predicacion; concedemos por tanto nuestra licencia para la impresion de la espresada obra, y la recomendamos á los mencionados Eclesiásticos que se ocupan de tan delicado y grave ministerio.—Salvador Josef, Arzobispo de Granada.—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi señor, Dr. Victoriano Caro, Arcipreste Secretario.

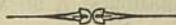


PRÓLOGO

El arte y la ciencia son dos cosas distintas, pero se relacionan de una manera íntima y constante. El arte es el resultado de la actividad humana que busca expresar sus sentimientos y emociones a través de formas materiales. La ciencia, por otro lado, es el estudio sistemático de la naturaleza que busca descubrir las leyes que rigen el universo. Ambas disciplinas han avanzado de manera paralela y se han influenciado mutuamente a lo largo de la historia. El arte ha servido como un medio para comunicar ideas y valores, mientras que la ciencia ha proporcionado el conocimiento necesario para comprender el mundo que nos rodea. En este sentido, el arte y la ciencia son dos caras de la misma moneda, que juntas conforman la esencia de la cultura humana.

En el presente trabajo se ha buscado resaltar la importancia de ambas disciplinas y su interacción. Se ha intentado mostrar cómo el arte ha sido un reflejo de los cambios sociales y culturales, y cómo la ciencia ha permitido descubrir nuevas formas de expresión artística. Se ha querido demostrar que el arte y la ciencia no son opuestos, sino que se complementan y se enriquecen mutuamente. Este libro es el resultado de un estudio exhaustivo y de un análisis crítico de la historia del arte y la ciencia. Se ha buscado ser objetivo y riguroso en el tratamiento de los temas, y se ha intentado presentar una visión clara y concisa de la relación entre ambas disciplinas.

PRÓLOGO.



Hemos querido corresponder á los deseos de nuestros amados discípulos, por cierto muy satisfactorios para nosotros, escribiendo las LECCIONES DE ORATORIA SAGRADA que publicamos. Repetidas instancias nos habian hecho, especialmente en el curso académico que ha determinado en junio último, para que nos decidiésemos á escribir y publicar nuestras humildes esplicaciones en la cátedra de Oratoria Sagrada que nos está confiada, en el ilustre Seminario de San Cecilio, cuya beca tuvimos la honra de vestir, esplicaciones que si algun mérito tienen confesamos que es debido á los autores que consultamos para hacerlas.

Esos jóvenes ávidos de saber, luchando con dificultades que nos esforzábamos en remover, deseaban estudiar detenidamente el método que adoptamos en nuestros estudios; querian conservar en su memoria las definiciones que dábamos, y cuya utilidad en todo ramo de enseñanza nadie desconoce, y tener á la vista los ejemplos

de que nos valiamos para esclarecer y fijar mejor las nociones del arte sublime de la elocuencia del púlpito, cosa que no era fácil no teniendo un tratado escrito que consultar, pues la viva voz del profesor, por mas que sea una luz que alumbra, pasa tan rápidamente que apenas quedan de ella débiles destellos que tambien se desvanecen luego.

En esta atencion, y no sin desconfianza, ofrecemos un libro á los jóvenes que se dedican al difícil quanto elevado ministerio de la predicacion, donde puedan aprender las nociones mas interesantes de la Oratoria Sagrada, escrito, segun creemos, con buen método, y acomodado á sus circunstancias. A la vez en él presentamos al ilustrado Clero español un epitome de quanto en esta materia estudió para el desempeño de ese mismo altísimo ministerio, por si quisiese recordar aquellas reglas que hacen útil, ameno y agradable un discurso sagrado, convencidos, por lo tanto, de que nada nuevo puede decirse acerca de la retórica eclesiástica.

Para la confeccion de esta obra hemos tenido á la vista las de aquellos escritores mas autorizados, y que nos han parecido mas á propósito para llenar nuestro buen deseo, tanto nacionales, como extranjeros, los caales hemos traducido, dando entre los primeros la preferencia al V. Maestro Fr. Luis de Granada. No tenemos por lo tanto la orgullosa pretension de hacer pasar por originales nuestros trabajos. Solo hemos compilado de esas obras lo que nos ha parecido mas necesario en esta importantísima materia; añadiendo á ello lo poco que hemos aprendido de la esperiencia en el profesorado, y mas todavia en nuestra carrera del púlpito, durante mas de veinte años, en la que podemos decir que hemos empleado la mitad de nuestra vida.

Ahora bien; ¿habremos acertado á satisfacer los deseos de nuestros discípulos y los nuestros? ¿Serán útiles nuestros trabajos, dando reglas á la juventud estudiosa de nuestro pais, llamada á evangelizar

los pueblos desde la cátedra del Espíritu Santo, y de cuyos labios han de recibir estos las augustas verdades de nuestra religion, obstinadamente impugnadas en nuestro siglo, y las máximas consoladoras que llevan paz al corazon, tranquilidad á las familias, y ventura á las naciones? ¿Podrá en fin el Clero de nuestra Iglesia hallar en este libro algo que le sea provechoso para cumplir con el ministerio de la divina palabra de que está hecho cargo? Si afortunadamente asi sucediere, ceda todo en gloria de Dios, y de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana; atribúyase á aquellos hombres eminentes que en sus obras nos han facilitado sus conocimientos y saludables advertencias, y para nosotros quede tan solamente la satisfaccion de que hayamos acertado en la eleccion de los medios para dar cima á un buen propósito: la enseñanza de la Oratoria Sagrada para el mayor esplendor de la religion, y para la santificacion de las almas.



... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...

LECCIONES DE GRATORIA SACRADA

... de la ...
... de la ...
... de la ...

LECCIONES DE GRATORIA SACRADA

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

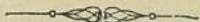
... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

LECCIONES DE ORATORIA SAGRADA.



INTRODUCCION.



I.

Encargado el sacerdote católico de evangelizar los pueblos, continuando hasta el fin de los siglos el celestial ministerio de Jesucristo, Maestro divino de las naciones, que se presentó sobre la tierra como el camino, la verdad y la vida, como la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, deber de aquel es instruirse en el arte admirable de predicar la palabra de salud y vida. Al sacerdote se le ha dicho: «Vé y enseña á todas las gentes; predica el Evangelio á toda criatura; anuncia la palabra; reprende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina; haz la obra de evangelista, llena tu ministerio.» Por estos testimonios de los sagrados libros se sabe que está llamado por Jesucristo para llevar á los hombres fruto de santificacion, y que su fruto se conserve; está llamado á ser la luz del mundo, y este carácter civilizador y santificante quizá no brille mejor que difundiendo sus santas enseñanzas desde

la cátedra del Espíritu de verdad que procede del Padre, y para ello necesita, aparte de la inspiracion de la gracia que enseña toda verdad, de aquellas reglas de la retórica que facilitarán sus trabajos, y los harán provechosos.

II.

El sublime don de la palabra que Dios ha concedido á los hombres, y del que tan lastimosamente han abusado en todos tiempos para espresar el lenguaje de la mentira, conmoviendo el corazon para despertar en él miserables pasiones, lo ha de emplear el predicador evangélico en ilustrar las inteligencias, dirigir el corazon, morigerar las costumbres, y enaltecer la gloria de Dios con sus sagrados discursos. El torpe abuso de la elocuencia humana quede para los que buscan mezquinos elogios de los hombres, y se hallan apasionados por sus propios intereses, que los arrastran á seducir el espíritu y corromper el corazon de los demás. «Mensajeros como de Cristo, decia San Pablo á los fieles de Corinto, como que Dios os exhorta por nosotros,» lo cual revela la pureza de intencion, y el grande desinterés que el sacerdote debe mostrar en la predicacion, sin que se diga, objetando contra la elocuencia, que este mismo apóstol aseguraba haber anunciado á Jesucristo no con sabiduria de palabras, esto es, valiéndose de la retórica y de la filosofia, como nota el V. Granada, pues añade inmediatamente que esto lo hacia para que el fruto de su predicacion no se atribuyera á otro que á la cruz de Cristo. Si bien la Oratoria Sagrada pertenece á los estudios é invenciones humanas; pero no se ha de considerar como un arte ostentoso que sirva para ataviar el error, ni como un estudio solamente de palabras, para grangear aplausos lisonjeando el oido. Esto sería altamente reprehensible, y de ningun modo podria cohonestarse con la dignidad y excelencia de la palabra de Dios.

III.

La retórica de que venimos ocupándonos, tiene por objeto colocar la verdad en la luz mas ventajosa para *enseñar, deleitar, convencer y persuadir*, y no podrá el predicador llenar estos fines importantísimos de su ministerio sin las reglas de ese arte, á no ser que se supongan en él dotes extraordinarias, que rara vez se hallan para el desempeño de tan difícil cargo, ó que esté divinamente inspirado, como lo estuvieron los profetas y los apóstoles. Pero no siendo así, esas reglas le abren el camino para la invencion de sus argumentos ó pruebas, segun el asunto que haya elegido, ya para elevarse á las altas consideraciones de Dios y de sus atributos, de la religion y de sus venerandos misterios; ya para recorrer el estenso campo de la moral evangélica, indicando al hombre los caminos de la virtud cristiana, oscurecidos por la densa niebla de la corrupcion; recomendando á los orgullosos y soberbios la humildad, á los impuros el candor y belleza de la castidad, el perdon de las injurias á los vengativos, la caridad á todos los hombres; ya para presentar á la vista de estos las hermosas virtudes y heroicas acciones de los santos que han brillado en la Iglesia de Jesus, como estrellas en perpétuas eternidades, á fin de que se esfuercen en adquirir las unas, é imitar las otras.

Esas reglas le enseñan el género de discurso en que deberá tratar cada una de las materias de nuestra santa religion, y el modo de colocar convenientemente las razones que ha hallado, y que aduce en sus sermones para llenar fines tan elevados y dignos, y al mismo tiempo presentarlas revestidas de la gracia, brillantez y energia que exigen la naturaleza é índole de los asuntos de que ha de ocuparse; evitando en la composicion el desaliño, ó los falsos adornos que emplean los que no han hecho el estudio de la elocuencia sagrada, ó aquel arte engañoso, frívolo y depravado de una elocuencia prolija que se cuida únicamente de las palabras, y de las galas inconvenientes.

Por último, esas reglas le dan á conocer la propiedad y distinción con que ha de pronunciar sus discursos: el modo de hablar, que contribuye en gran manera á hacer mas ó menos impresion en el ánimo de sus oyentes; así como la naturalidad y decoro, la dignidad y analogía de la accion y del gesto, poderosos auxiliares del lenguaje oral, para atraer la atencion del auditorio cautivando su espíritu.

IV.

No deja de ofrecer dificultades el desempeño del ministerio de la predicacion, llenando convenientemente los fines de la misma que quedan indicados. Se trata de esponer las grandezas de la religion cristiana: de disuadir al hombre de sus errores y preocupaciones: de luchar con sus estraviadas pasiones, empleando las armas del convencimiento y de la persuasion, á fin de que reforme su vida y sus costumbres: deponga sus opiniones erróneas, y se encamine al cielo, á través de los peligros que le ofrecen el mundo y sus atractivos, el infierno y sus maquinaciones.

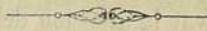
Estas dificultades las ha comprendido perfectamente La Bruyere cuando ha dicho: «La elocuencia del púlpito, en lo que tiene de humano y debe al talento del orador, es oculta, conocida de pocos y de difícil ejecucion. ¡Qué arte en el que es preciso agradar persuadiendo! Es preciso marchar por caminos trillados, decir lo que se ha dicho, y lo que se prevé que se va á decir. Las materias son grandes; pero comunes: los principios seguros; pero los oyentes penetran las consecuencias de una sola ojeada. Hay asuntos que son sublimes; pero, ¿quién puede tratar el sublime? Hay misterios que se deben explicar, y que se explican mejor por una leccion de academia, que por un discurso oratorio. La moral misma del púlpito, que comprende una materia tan vasta y tan diversa, como lo son las costumbres de los hombres, gira sobre los mismos ejes, retrata las mismas imágenes. El predicador debe sacar sus discursos de una fuente comun, y donde todo el mundo bebe; él si se desentiende de estos lugares comunes, ya no es popu-

lar, se hace metafísico ó declamador, no predica el Evangelio. El tiene necesidad de una noble sencillez; pero es preciso conseguirla; raro es el talento que escede de las fuerzas de la generalidad de los hombres; lo que tienen de genio, de imaginación, de erudición y de memoria no les sirve con frecuencia sino para alejarse de ella.»

Sin embargo; no son obstáculos estos que hagan al predicador desdeñar los preceptos del arte, ni desconfiar de ellos. Por el contrario, á medida que halle mas dificultades, y encuentra mas espinoso el camino que ha de recorrer, mayor empeño debe emplear en el estudio de las reglas de la retórica que le allanan esas dificultades, y le hacen accesibles esas sendas penosas. Cuide de no perder de vista jamás que está llamado á desempeñar la misma misión de Jesucristo, dando vida á los hombres por la palabra divina, y esta consideración á la vez que acallará las voces de su amor propio que lo estimulan á hacer brillar sus talentos oratorios, lo alentará en sus trabajos, no despreciando los medios de hacer sus discursos instructivos y elocuentes para gloria de Dios y provecho de sus hermanos.



DIVISION DE LA OBRA.



El plan que vamos á seguir en nuestros trabajos consiste en explicar las nociones generales de la Retórica, y las especiales de la Oratoria Sagrada, objeto de esta obra. Indicaremos despues cuales sean las principales cualidades intelectuales y morales del predicador, y en las lecciones siguientes nos haremos cargo de la Oratoria Sagrada en todo lo que tiene relacion con el ministerio de la predicacion en su parte teórica y práctica. Para ello dividiremos aquella en cuatro libros, donde trataremos de la *invencion*, *disposicion*, *elocucion* y *pronunciacion*, que dejamos indicadas en el párrafo tercero de la Introduccion. En el primero, ó sea de la *invencion*, nos ocuparemos de los argumentos, ó pruebas del discurso, de la materia de la Oratoria Sagrada, y de las fuentes, ó lugares de donde aquellos deben tomarse, y de todo lo que tenga relacion con esta parte de la Retórica. En el segundo, que es la *disposicion*, esplicaremos las diferentes partes de que se compone un discurso, y cómo deban ordenarse, y además espondremos los diferentes géneros sobre que se versa la predicacion. En el tercero, tratando de la *elo-*

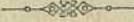
ccion, hablaremos del lenguaje, del estilo, tropos y figuras que deben adornar el discurso. En el cuarto, que se versa acerca de la *pronunciacion*, manifestaremos cuanto conviene saber relativamente á la voz y al lenguaje de accion, ó sea á las cualidades exteriores del predicador.

Esta division, seguida por los antiguos, á quienes tributamos en esta materia un profundo respeto, nos ha parecido la mas conveniente y análoga al objeto que nos proponemos en estas lecciones, consagradas á facilitar, principalmente á los jóvenes que se dedican al ministerio de la predicacion, los medios conducentes á su santo fin; y nada mas natural, á nuestro modo de ver, que escoger los argumentos; disponerlos una vez hallados; exornarlos con gracia, brillantez y energia, y espresarlos con propiedad y distincion; de tal modo que lleguen á cautivar la atencion del auditorio para producir en él la persuasion y el convencimiento. Esta division ofrece además un método sencillo y acomodado á los jóvenes que se dedican al estudio de la Oratoria Sagrada, para que retengan en la memoria los preceptos que vamos á darles, tomados de los autores de mejor nota, y sin pretensiones por nuestra parte, segun dejamos consignado en el Prólogo.



LECCION I.

Nociones generales de la Retórica, ó de la Elocuencia.



Es indudable que la razon y la palabra distinguen al hombre de los irracionales. Aquella no es otra cosa que la facultad innata en el alma de discurrir y raciocinar; es la brillante luz que esclarece la inteligencia, ayudada de la reflexion y de la esperiencia; porque, marchando de conocimiento en conocimiento, nos descubre la naturaleza de las cosas, sus relaciones y las consecuencias que de ellas se desprenden; es el mas hermoso destello, y como una emanacion de la inteligencia de Dios. Esta, es decir, la palabra es la expresion de una idea. La razon sin la palabra podemos decir que seria como un astro brillante, pero oculto entre densas nieblas que le impiden estender sus esplendorosos rayos, y por lo tanto un principio aislado, infecundo para el hombre, y hasta cierto punto inútil. La palabra es el gran agente que remueve los errores, que destierra las preocupaciones, trasmitiendo de unos á otros el pensamiento para el mejoramiento del hombre y de la sociedad entera.



La retórica ha venido mas tarde á dirigir esa misma palabra; ha sido inventada y perfeccionada á fin de que el hombre que se diferencia de los animales por la palabra, se diferencie tambien por la retórica entre sus semejantes, y les sea útil, pudiéndola definir: *El arte de hablar con propiedad, con elegancia y persuasion.*

Entremos en la esplicacion de esta definicion. Decimos *arte*, ó sea la coleccion de reglas y observaciones, comparadas con los principios del razonamiento, y con el conocimiento del corazon humano. *Hablar con propiedad*; que consiste en la eleccion de palabras que el uso mejor y mas admitido tiene adaptado á las ideas y pensamientos que queremos espresar. Esa propiedad supone que las palabras son aplicadas de una manera conveniente y correcta, conforme al buen uso, y en oposicion á los términos vulgares, ó á las espresiones y á las palabras bajas, ó á aquellas construcciones que espresarian imperfectamente las ideas que tenemos necesidad de comunicar. *Con elegancia*; que supone la mas severa fidelidad á las reglas del lenguaje, á los sentidos del pensamiento, á las prescripciones del uso y del gusto; en una palabra, á la elegancia que es la reunion de todas las gracias del estilo, armonizándola con la naturalidad. *Con persuasion*; que se dirige á la voluntad, á la práctica, á obrar, empleando argumentos sólidos, presentados con método y claridad, y contando el que habla con la probidad necesaria para que sea atendido sin prevencion desfavorable, y por esto Quintiliano define al orador: *Vir bonus dicendi peritus.*

Aunque la oratoria es *el arte que enseña á formar oraciones conforme á los preceptos de la retórica*; que enseña á ser orador, y en esta acepcion es una parte de la retórica; pero muy comunmente se suele tomar por la retórica misma, en cuyo caso la oratoria enseña á escribir y hablar con propiedad, etc., como hemos dicho, y en esta acepcion usaremos indistintamente de los nombres retórica y oratoria en esta obra para significar ese grandioso arte que nos ocupa.

Todos los autores convienen en que la retórica ha nacido de la elocuencia. Esta se considera como don de la naturaleza que supone un alma capaz de grandes pensamientos, y un corazon susceptible de movimientos vivos y profundos; ella es *la facultad en el hom-*

bre de ser movido, y de transmitir á los demás sus emociones. Esta facultad ha tenido necesidad de un auxiliar importantísimo para la trasmisión mas fácil de esos pensamientos y de esas emociones por medio de la palabra, y este auxiliar viene á serlo la retórica, segun se deja entender por su definición, que acabamos de explicar.

Preciso es notar que si la elocuencia la consideramos como arte, en cuanto dispone y espresa las ideas y los sentimientos, de tal manera que comunique la emoción, en este caso y bajo este aspecto no debe extrañarse que algunos autores indistintamente tomen la elocuencia por la retórica y vice-versa.

Objeto de la elocuencia ó de la retórica es todo lo bueno y honesto; todo lo que se dirige á esclarecer la verdad y á inculcar la virtud en el ánimo de los demás; todo lo que interesa á la gloria de la religion, de las ciencias, de las artes, de las sociedades; en una palabra, todo lo que puede ser de alguna utilidad pública ó particular, relacionada esta con el órden de las ideas y de la moral. De aquí la universalidad de los asuntos sobre que se versa la retórica, asuntos que los antiguos han dividido en tres clases que llaman *géneros*, especificándolos con los nombres de *deliberativo*, *demonstrativo*, y *judicial* ó forense, á los cuales añadimos el *didascálico* ó didáctico. El género *deliberativo* se ejercita acerca de lo que es útil ó dañoso. Pertenecen pues á este género las lecciones morales, las exhortaciones y los discursos dirigidos á persuadirnos la virtud y retraernos del vicio. Se asignan á este género la mayor parte de los sermones sagrados, las arengas ó discursos sobre negocios públicos, sobre la paz, sobre la guerra, sobre los intereses políticos de la sociedad, etc. El género *demonstrativo* tiene por objeto la alabanza, ó el vituperio. De este género, pues, son las invectivas contra el vicio en general, ó contra las personas en particular, los panegíricos de los santos, las oraciones fúnebres, los elogios. El género *judicial* se ocupa de los asuntos del foro, y en él tienen lugar las cuestiones de hecho y de derecho que se ventilan en los tribunales, cuestiones que se versan sobre lo justo, ó lo injusto, y que se tratan en las arengas de los abogados. Últimamente, el género *didascálico*, que además se llama didáctico ó doctrinal, que sirve para enseñar, para esponer los principios de alguna ciencia, y se ordena á dar reglas,

preceptos é instrucciones sobre cualquier punto de enseñanza.

Estos géneros son de tal naturaleza que si bien son distintos, es muy difícil hallar un discurso que sea de un solo género de los que dejamos indicados; y se comprende esto perfectamente, pues perteneciendo la utilidad al género deliberativo, la honestidad al demostrativo, la equidad al judicial y la enseñanza al didascálico, estos sagrados intereses no es extraño que se hallen reunidos en un mismo asunto, y por lo tanto en un mismo discurso.

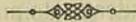
Esplicados los géneros de causas que son objeto de la retórica, debemos saber además los *fin*es de ese mismo arte. Dichos fines son *deleitar, enseñar* y *mover* los afectos. «Al dialéctico, dice Fr. Luis de Granada, que pretende probar una cosa dudosa, le basta que enseñe, esto es, que convenza con argumentos lo que quisiere. Pero como el orador no acostumbra solo conciliarse la fe de sus oyentes, sino tambien moverlos á obrar alguna cosa; además de probar con argumentos debe con la hermosura del estilo y variedad de las materias deleitarlos, conmoviéndolos con afectos é impeliéndolos á obrar. Y asi enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, rendir es propio de la victoria.»

Para conseguir estos importantes fines no debe perder de vista el orador los medios conducentes para ello. Estos medios son *el arte, la imitacion* y *el ejercicio*. Nadie pondrá en duda que la elocuencia es natural en el hombre, porque ¿quién no tiene la facultad de ser movido, de experimentar sensaciones mas ó menos vehementes, y de espresar estas para mover á los demás? Asi es que, aun en las personas mas rudas, vemos brillar esta facultad, espresándose elocuentemente en circunstancias dadas. Mas como quiera que es necesario perfeccionar esa facultad, ó mejor dicho, ponerla á cubierto de los defectos que pueden impedir su desarrollo, de aqui los auxilios del *arte*, ó sea de esa coleccion de reglas y observaciones que dejamos indicadas al principio de esta leccion, toda vez que ellas son el producto de la esperiencia. La *imitacion* viene además como poderoso auxiliar de la facultad que nos ocupa. Ella nos lleva á asemejarnos á otro en el decir, á usar de las imágenes, de los pensamientos, del estilo que hallamos en los perfectos modelos. La imitacion es tan eficaz como los buenos preceptos, y aun aventaja á

estos, pues son los preceptos puestos en práctica; ella enardece la imaginacion, inspira el gusto, alienta el genio y perfecciona los talentos; ella enseña la abundancia de las frases, la riqueza de los términos, la variedad de las figuras, y la manera de componer. Sin la imitacion, podemos decir que la elocuencia estaria todavia hoy en su infancia; debidos son sus adelantos á los buenos modelos, pues por la senda que dejaron los mejores oradores han caminado los que les han sucedido, perfeccionando á su vez lo que han hallado defectuoso segun los tiempos y las circunstancias. Por último, se necesita tambien del *ejercicio* de esta facultad, ó sea del continuo uso de la misma. Y á la verdad, ¿cómo podrá el principiante en la oratoria familiarizarse con el penoso trabajo de la composicion y el no menos difícil de la pronunciacion sin el ejercicio? Aun los maestros en este arte, que ya han contraido un hábito en esta materia, se hallan sin la soltura necesaria para el desempeño de tan espinoso cargo cuando por mucho tiempo han dejado de ejercitarlo. ¿Qué deberemos decir de los que todavia no han manejado las armas que les presta el arte retórico en las lides gloriosas de la inteligencia? Por esto no nos cansaremos de recomendar á los jóvenes el ejercicio de la elocuencia en la manera y forma que les prescriban sus maestros, seguros de que obtendrán felicísimos resultados. Acaso tendremos que ocuparnos en las lecciones sucesivas de estos tres medios que tanto contribuyen al perfeccionamiento de la elocuencia.

LECCION II.

Elocuencia sagrada.



En la leccion precedente hemos dicho que es objeto de la elocuencia todo lo bueno, todo lo honesto, todo lo que se dirige á esclarecer la verdad y á inculcar en el ánimo de los demás la virtud. Siendo demasiado extenso el campo de la elocuencia no es extraño que segun los asuntos sobre que se verse en la aplicacion de su objeto tome diferentes calificaciones, atendida la diversidad de esos mismos asuntos. Por eso se conoce elocuencia del foro, elocuencia de la tribuna, elocuencia académica, religiosa ó del púlpito, etc.

Al propósito de esta obra conviene que nos ocupemos solamente de esta última, y determinar en qué se diferencia de las demás, esto es, la elocuencia sagrada de la elocuencia profana. Podemos decir desde luego que la *elocuencia sagrada* ó sea la retórica eclesiástica, es *el arte de hallar, disponer y enunciar los medios para persuadir á los cristianos de lo que deben creer y practicar para salvarse*; en esta todo es diferente de la profana: *la persona, el lugar, el asunto, el auditorio*. La mision del predicador es el carácter que lo distingue y lo recomienda. En él no se ve, como en el orador, solamente el hombre de talento que habla, se ve al enviado de Dios, prescindiendo de sus dotes naturales que lo son todo en el orador profano. Aquel habla en nombre de Dios, y este carácter elevado no necesita absolutamente de aquellas cualidades que son de toda necesidad en el orador. Por esto en el predicador no busquemos su propia glorificacion, ni la glorificacion de sus opiniones, ó los antecedentes de su vida; le basta anunciar la santa palabra

del Evangelio, ocupando la cátedra del Espíritu de verdad, y en esto tiene títulos bastantes á la consideracion de su auditorio, y esta es la razon porque no teme decir con frecuencia que es uno entre los pecadores, y compararse á los mas humildes de sus oyentes; no es en verdad él el que habla, sino el Espíritu del Padre el que habla por él.

El *lugar* de su predicacion es tambien diferente de aquel en que el orador pronuncia sus discursos. A este se le ve en un salon decorado de objetos profanos, ó ante un sólio donde se hallan los magistrados de la justicia, ó rodeado de numerosos adeptos, ó de contrarios que oyen con prevencion sus palabras. El predicador sube á una cátedra colocada en las majestuosas naves de un santuario consagrado á la celebracion de los augustos misterios de la religion; habla en la casa de Dios, casa de oracion y de recogimiento; su voz resuena en medio de un silencio respetuoso é imponente, y la majestad misma del lugar sagrado donde se le oye previene en su favor.

Los *asuntos* sobre que giran los sermones interesan lo mismo al grande que al pequeño; al potentado que al miserable; al justo que al pecador. Son sus palabras, ora un bálsamo de consuelo que se derrama sobre las heridas que ha abierto el infortunio en el corazon del desgraciado; ora un rayo de luz que va á alumbrar al hombre que se halla extraviado por lamentables errores; ya se dirigen á presentar la belleza de la virtud que dan al alma la paz y la tranquilidad mas envidiable, ó á retratar el vicio con sus mas horribles formas, para que el hombre lo deteste y lo evite; ya traspassando los límites del tiempo, tratan de hacer ver las encantadoras delicias de una vida exenta de temores y de miserias que ha de durar para siempre en los cielos; ya finalmente hablan de la alteza y sublimidad de los misterios de la fe. En esos asuntos no se mezclan miserables pasiones de partido, ni intereses parciales, ni sistemas equivocados, ni opiniones que se modifican ó se contradicen. El predicador habla del Evangelio, del cielo, de la Iglesia, maestra de las naciones asistida por Dios, y testimonios tan relevantes son verdaderos, están justificados en sí mismos, como se lee en los libros santos.

En cuanto al *auditorio* del predicador, lo componen los fieles de

Jesucristo, y en estos fieles se hallan hombres de todas edades y condiciones, de todo rango y gerarquía; los ignorantes y los sabios, y todos tienen derecho á sus palabras y á sus enseñanzas. No tiene pues el predicador que deprimir á unos para ensalzar á los otros; á sus ojos todos los hombres son hermanos; lo cual no sucede ordinariamente con el orador profano que, en la defensa de la causa que ha patrocinado, y á cuyo servicio pone su elocuencia, tiene precisamente que lastimar ú ofender los derechos, ó los intereses de los demás. De aquí es que aquel nada espera del auditorio con relación á su persona. Los aplausos que el entusiasmo ha arrancado á su auditorio el orador profano, ofenderían al predicador del Evangelio. Esos aplausos los promueven los partidos porque los ha adulado, porque los ha defendido, ó les ha preparado con su elocuencia lugar para que campeen con sus mezquinas pasiones. El predicador no ha de buscar su glorificación de la boca de los hombres, ni esa aura popular que engrie y lleva al espíritu una relación dañosa; se contenta con que sus palabras hayan hecho mejores á sus oyentes, y hayan podido enaltecer de alguna manera la gloria del Altísimo. Estas pues son las principales diferencias que notamos entre la elocuencia profana que es propia del hombre, y la elocuencia sagrada que la inspira Dios. En la una brillan aquellos talentos que se gozan en la vanagloria que el mundo prodiga á sus amadores; en la otra encontramos á los Apóstoles de Jesucristo, á los Santos Padres de la Iglesia, á los buenos sacerdotes encargados del ministerio de la palabra divina que hallan toda su recompensa en un mundo que no se parece al mundo terreno, en el mundo de la verdad y de la virtud, en el cielo.



LECCION III.

Cualidades del predicador.



La importancia misma del ministerio de la *predicacion*, que no es otra cosa que *una funcion santa que consiste en enseñar á los hombres las verdades cristianas, y exhortarlos á que con ellas conformen su conducta*, nos revela las cualidades de que debe estar adornado el predicador. Esas cualidades son de dos géneros; unas que pertenecen al orden intelectual, y otras al orden moral. En las intelectuales comprendemos *la sabiduria, el gusto, el ingenio, la imaginacion y el sentimiento*, siguiendo en esta calificacion á Capmany en su libro de la «Filosofía de la Elocuencia;» y en las cualidades morales *la humildad, las costumbres morigeradas, la caridad y el celo*. Es visto que unas y otras se pueden reducir á dos, á saber: *ciencia y virtud*.

Vamos á ocuparnos de las cualidades intelectuales en esta leccion, y lo haremos en la siguiente de las morales.

Sabiduria.—Por poco que se medite sobre la alteza del ministerio de la predicacion, se concibe con facilidad la sabiduria de que debe estar adornado el predicador. Jesucristo dijo á sus apóstoles: *Anunciad el Evangelio á toda criatura*; esto es, enseñad á todos los hombres las verdades del Evangelio, de ese código sagrado que contiene las leyes que han de regir al individuo, á las familias, á las naciones; las verdades de ese sumario de toda moral donde se hallan los preceptos que enseñan sus deberes al padre, al esposo, al hijo, al

ciudadano, al monarca y al súbdito, al sacerdote y al simple fiel.

En consecuencia de aquel mandamiento del Maestro celestial los apóstoles, si bien confían á los diáconos y á los otros ministros subalternos la distribución de las limosnas y otros oficios de la religion, se reservan para sí el ministerio de la palabra que requiere en los que lo ejercen grande sabiduria. Asi lo ha comprendido siempre la Iglesia, y por esto vemos que en los cuatro primeros siglos solamente los obispos son los que predicán, no hallando en la historia eclesiástica ejemplos de la predicacion de los presbíteros hasta San Juan Crisóstomo y San Agustin, que lo hicieron en Antioquia y en Hipona. Siguiendo su espíritu vemos que en la confeccion del plan de estudios vigente para los seminarios conciliares en nuestra nacion se ha reservado la asignatura de Oratoria Sagrada para los cursantes del quinto y sexto año de Sagrada Teologia. Se ha querido pues que los jóvenes que han de predicar estén antes instruidos en la Teologia dogmática y moral, en la Historia Eclesiástica, en la Sagrada Escritura y Patrologia, ó sea en el estudio de las obras de los Santos Padres; en una palabra, se ha querido que en los predicadores exista un fondo de sabiduria bastante para instruir á los demás, y esto no se puede humanamente conseguir sin haber cursado con aprovechamiento las ciencias eclesiásticas. De otra manera se verán discursos vacios de pensamientos ó llenos de pensamientos triviales, de espresiones incorrectas, de vulgaridades de mal género que lejos de edificar al pueblo lo escandalizan y extravian.

Gusto.—De todos los dones naturales el gusto es el que mejor se siente y el que menos se puede explicar. El *gusto* en general se define: *el sentimiento de lo bello y de lo verdadero*, y para determinarlo en su acepcion literaria es *la facultad de sentir, de discernir y de apreciar las bellezas y los defectos de una obra*. Por lo tanto, no basta para el gusto ver y conocer las bellezas de una obra literaria; es necesario sentirlas, y no de una manera confusa, sino en todas sus relaciones, hasta poder apreciarlas debidamente.

Todos los retóricos convienen en que el gusto es una facultad eminentemente perfectible, y esto se conoce por la superioridad que existe en el de los pueblos civilizados sobre aquellos que no lo son.

Contribuyen á la perfeccion del gusto el ejercicio frecuente de esta facultad, y la aplicacion de la razon á los objetos del mismo; siendo pues los principales caracteres del gusto perfeccionado dos: *la delicadeza y la pureza*. *La delicadeza* del gusto consiste en la perfeccion de aquella especie de sensibilidad natural que es el primer fundamento del gusto, y que supone cierta finura de órganos que hace discernir las bellezas que el vulgo no distingue. *La pureza* depende principalmente de la relacion de esta facultad con la razon y el entendimiento.

Estos principios generales son aplicables al predicador, el cual, teniendo esa delicadeza y pureza, comprenderá y sabrá apreciar las bellezas de los asuntos que deba tratar en la cátedra sagrada, distinguiendo para ello con exactitud los buenos de los malos modelos, esto es, los escritos de los que han imitado á los Padres de la Iglesia, de aquellos que por singularizarse los han desdeñado corrompiendo el gusto. Culpables de esa corrupcion son, por desgracia, aquellos predicadores que, por una estremada delicadeza, han preferido lo costoso, sutil y afectado á lo fácil, sólido y natural. Esta depravacion del gusto ha tenido lugar especialmente en el siglo pasado. En muchos de los sermones de esa época hallamos un lujo de hipérbolos exageradas, de retruécanos violentos, de epítetos relumbrantes que revelan el mal gusto de aquellos predicadores, apartados de las sendas que les trazaron los Gregorios y Crisóstomos, los Basilios y Agustinos; y ¡ojalá que en nuestros dias no toquemos esa misma depravacion por el demasiado empeño en pulir, adornar y abrillantar los discursos sagrados!

Ingenio.— Esta palabra, atendida su etimologia, se deriva del verbo latino *gignere* que significa engendrar, producir. El *ingenio* podemos definirlo: *la facultad del hombre en virtud de la cual discurre é inventa con prontitud ideas grandes é interesantes*. Esta cualidad hace que el predicador retrate los mas bellos sentimientos del alma; haga sentir las mas dulces y suaves armonias de la naturaleza, opere en el corazon aquellas vivas emociones que lo agitan y lo disponen para decidirse á obrar. El ingenio del predicador hace que lo bello reciba una nueva hermosura; bajo su accion creadora lo invisible adquiere formas; aquellas acciones que

parecian indiferentes á su auditorio las reviste el ingenio del predicador de cierto interés que impulsa á imitarlas ó á desecharlas. El ingenio del orador sagrado sabe dominar con sus admirables creaciones á cuantos le escuchan; pero deberá moderar los ímpetus del mismo para no llegar á lo inverosímil ó exagerado, y esto lo conseguirá con un gusto severo; pues su mision es la de presentar siempre la verdad, que aunque revestida de sus encantos, nunca debe hacerlo con los profanos atavios del poeta. Pero esta verdad hermoseada con las galas de la elocuencia, con la novedad de las formas que le facilita el ingenio, hace que consiga la mocion de los afectos, que es el fin principal de la predicacion, y gane para Dios los corazones.

Imaginacion.—No basta que el predicador haya creado sublimes ideas, y se halle poseido de magníficos y grandes sentimientos, si esas ideas y esos sentimientos no los comunica á sus oyentes, y para comunicarlos necesita hacerlo revestidos de cierto atractivo, y esto lo consigue ayudado de la imaginacion. El doctor Audisio ha dicho: «El primer deber de la imaginacion, de esta graciosa hija del pensamiento humano, es presentar las verdades del entendimiento bajo el velo de las imágenes, con las formas sensibles.» En la sagrada cátedra se habla muchas veces de materias abstractas, como es de los misterios de nuestra religion; se habla de virtudes y vicios que, por su misma gravedad, presentan un aspecto de aridez desagradable casi siempre para el pecador. Se necesita pues hacer mas sensibles esos misterios con las galas de la imaginacion, y la idea de esas virtudes y esos vicios mas amena con los recursos que aquella facilita.

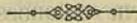
Pero preciso es no perder de vista que los demasiados adornos de la imaginacion oscurecen la verdad, porque de ellos se abusa torpemente. Por lo tanto el predicador no puede dejarse poseer tanto de la imaginacion que esta lo lleve fuera de su situacion, esto es, que lo aleje de la dignidad de su ministerio que es el ministerio de la cruz; que lo precipite en un mundo de ilusiones donde no puede vivir la majestad de la palabra de Dios. Revista en buen hora sus pensamientos graves, sérios y elevados de los bellisimos colores que la imaginacion le preste; pero tenga en cuenta que á través de esos

colores, resalte la grandeza y sublimidad de la palabra dictada por el Espíritu de Dios, así lo hicieron los Santos Padres.

Sentimiento.—Si hemos dicho que la elocuencia es la facultad de ser movido, y de escitar en los demás los movimientos del alma, ó sea la facultad de obrar sobre el espíritu y el corazón, por la palabra, hemos de convenir que el sentimiento es el alma de la elocuencia, porque él produce en el predicador las emociones que ha de comunicar á los demás. «Se distingue el *sentimiento* de la *sensación* en cuanto esta es una impresion material dependiente de nuestras necesidades físicas, ha dicho Capmany, y el otro una afeccion suave del ánimo, relativa al hombre moral, es, segun algunos, un movimiento interno y pasajero que precede á la pasion cuando esta empieza á exaltarse en nuestra alma con mayor vehemencia y mas fuerte actividad.» Esa afeccion no puede sustituirse por nada en el predicador; podrá suplirla la imaginacion con relacion á sus oyentes; pero nunca en el ánimo del que habla. Para que aquellos sientan es preciso que antes haya sentido este. Admitiendo, como debemos admitir, que Dios es el dueño de los corazones como de los espíritus, los predicadores del Evangelio no por esto pueden dejar de emplear los medios humanos para la conversion del pecador. Dios quiere que ellos obren exteriormente como si todo dependiese de sus recursos, y entre estos el sentimiento es tan poderoso, como que él es el que les proporciona aquellos movimientos que le dan el vigor y la accion que les aseguran el imperio de los corazones, aparte de la operacion de la gracia que no podemos olvidar. Un discurso en el que el predicador no hace sino instruir, racionar, y dar luz á la inteligencia, no toca el corazón, no escita emociones, no conmueve, y por lo tanto ese discurso no es elocuente. Cuando solamente se quiere agradar, sin tomar en cuenta el mover, se comete un defecto, porque el púlpito no debe ser como el teatro adonde no se va sino para deleitarse. Conmueva el predicador á sus oyentes para que cambien de vida y se consagren enteramente á Dios, lo cual lo conseguirá con el sentimiento, ayudado de la gracia, y habrá llenado su altísima mision.

LECCION IV.

Cualidades morales del predicador.



Hemos indicado en la leccion que antecede las principales cualidades intelectuales del predicador; si no con la estension que las mismas reclaman, al menos en cuanto nos lo ha permitido el carácter elemental de esta obra. Pero no bastarán dichas cualidades para formar un predicador evangélico; no basta la ciencia que facilita recursos á la inteligencia para instruir á los demás. Se necesita además de la virtud que edifique; de la virtud que sostenga con su poderoso influjo esa ciencia; en una palabra, se necesitan las costumbres oratorias del que evangeliza, no solamente instruyendo con la verdad, deleitando con el gusto, el ingenio, la imaginacion, etc. sino persuadiendo y edificando *con la humildad, con las costumbres morales, y con el celo religioso* que la caridad inspira; de estas tres cualidades que llamamos morales vamos á ocuparnos, si quiera sea ligeramente.

Humildad.—Tal vez no exista en el ministerio sacerdotal un escollo mayor para poner á prueba la santa virtud de la humildad, que el ejercicio de la predicacion á que está obligado el sacerdote; no por otra causa sino porque ese ejercicio santo abre la puerta al deseo de los honores y de la vanagloria que trabaja al hombre siempre que tiene que distinguirse entre los demás. Contra este deseo, altamente reprehensible en todos los hombres, y mucho mas en el sacerdote, ha de luchar constantemente el predicador de Jesucristo.

Los aplausos que tanto lisonjean; el aura popular que tanto seduce á nuestra corrompida naturaleza; el brillante renombre que llega á engreirnos y llenarnos de hinchada vanidad no han de venir á profanar la pureza de intencion que debe presidir en las enseñanzas sagradas de la predicacion. Si el sacerdote, desatendiendo la elevada virtud que debe acompañar á todos sus actos, en vez de predicar á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, se predica á sí mismo desviándose de la senda que los apóstoles han seguido, y que los Santos Padres nos han enseñado; en vez de hacer entender á los pueblos los misterios de la cruz, enseña las perniciosas teorías de la sabiduría y prudencia de la carne; entonces profana la santidad del púlpito, haciendo de este trono augusto del Evangelio el asiento de su vanidad y el pedestal de su ambicion; entonces se realizará lastimosamente lo que con el acento de la verdad ha dicho Cornelio Alapide: *Predicator qui plausum quærit, et non conversionem populi, hic damnabitur.*

En algunos predicadores jóvenes se nota principalmente el culpable deseo de pasar mas bien por oradores que por apóstoles; y de aqui el funesto empeño de deleitar el oido, y no conmover el corazon; de fascinar la inteligencia y no de ilustrarla; de conquistarse la admiracion con un estilo florido en sus discursos enteramente profanos, donde resaltan los pensamientos, las palabras y la elocuencia del siglo; en vez de procurar con todas sus fuerzas la conversion de los pecadores con la elocuencia sagrada. A esos profanadores insensatos del púlpito les agrada mas, en su anhelo de popularidad y olvidados de la humildad de su ministerio, el notar en sus oyentes las señales del humano deleite que les han producido algunas frases pomposas, algunas imágenes brillantes, que el oír aquellos hondos suspiros que salen de un corazon conmovido, ó el ver la confusion santa que hubieran obrado sus palabras en los pecadores, confusion que se retrata en el semblante y que es el principio del triunfo de la gracia divina comunicada por la palabra de Dios. Pluguiera á este Señor no olvidase jamás el predicador lo que el Padre San Gerónimo escribia en su carta á Nepociano: «que tus mas bellos triunfos sean las lágrimas y los remordimientos de tus oyentes. *Lacrymæ audientium plausus sint tui.*»

Costumbres morales.—Los libros sagrados nos enseñan elocuentemente de cuanta importancia es en el ministerio de la predicación la vida ejemplar, ó sean las buenas costumbres de los ministros encargados de tan elevada mision. Sabemos que los predicadores de la ley antigua, que fueron los profetas, observaban una rigidez de principios en su conducta que se tenian como modelos de moralidad. De Jeremias sabemos que fué santificado en el vientre mismo de su madre, y de Isaias que el Señor por medio de un ángel purificó sus labios con un carbon encendido. En la ley de gracia los apóstoles reciben las gracias y dones del Espíritu Santo antes de comenzar la conquista del mundo por medio de la palabra divina, y el mismo Jesucristo no da principio á su predicación sino despues de haberse preparado en el desierto por el ayuno y la mortificación, como si el Santo de los santos necesitase santificarse para anunciar su palabra de vida eterna.

Estas enseñanzas y otras que pudiéramos aducir, tomadas de la conducta de los Padres de la Iglesia, contradicen manifiestamente la errada creencia de aquellos que piensan que los brillantes talentos que el predicador ha recibido de la naturaleza, y los poderosos recursos que ha adquirido con el estudio de las ciencias, son bastantes para lograr los efectos de la elocuencia que deben apetecerse; estos serán siempre débiles, ineficaces y pasajeros si las palabras del predicador, pronunciadas desde la cátedra del Espíritu Santo con la mas autorizada entonacion, y con todas las bellezas de la retórica, se desmienten por su vida manchada con punibles indiscreciones. Preciso es desengañarse, los talentos mas aventajados, los mas profundos conocimientos, las formas escogidas, y las galas mas seductoras de la elocucion no podrán nunca dar al orador cristiano la autoridad que le presta la virtud; hay en esta un atractivo irresistible que ejerce eficazmente su accion sobre los corazones. Esas cualidades son apetecibles, son necesarias en el predicador, como dejamos dicho; pero ellas solas harán que el auditorio vea en él un hombre que sube al púlpito á representar un papel de comedia, no un apóstol que hace lo que dice; que practica los mandamientos que enseña; que da por sí el ejemplo de las virtudes cristianas que aconseja.

Para esto se necesita una vida íntegra, un corazón recto, una probidad á toda prueba; entonces su genio de orador se verá robustecido; sus palabras no vendrán á ser un triste sarcasmo; entonces adquirirá la confianza del pueblo; y su sola presencia en el lugar santo bastará para interesar la atención, el respeto y la benevolencia con que ha de oír su palabra el pueblo, porque en él ve la personificación de la virtud en el enviado de Dios; entonces podrá decir lo que San Pablo á los fieles de Filipos: *Quæ didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite; et Deus pacis erit vobiscum*; entonces por último no teme á esta terrible reconvenção que Dios hace al pecador por David: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* Los grandes frutos de la predicación mas son debidos al buen olor de la virtud de que predica que á las palabras desautorizadas del que sin esa virtud anuncia los juicios de Dios con grande elocuencia.

Celo caritativo.—Jesucristo nuestro Maestro nos ha dicho por San Lucas: «Yo he venido á poner fuego sobre la tierra, ¿y qué otra cosa quiero sino que arda?» De este fuego sagrado, que no es otra cosa sino la santa caridad, debe estar animado el que se dedica á la importante misión de evangelizar, en razón de su ministerio sagrado. No podemos poner en duda que el celo caritativo por la salvación de las almas y por la gloria de Dios es sabio y elocuente maestro en el arte retórico. Este celo, que abrasaba al Apóstol, es el que, mejor que todos los preceptos de ese arte, da la inspiración de los grandes y sublimes pensamientos; con él el predicador busca las pruebas mas concluyentes para sus sermones; se siente santamente inspirado para enunciar sus conceptos, buscando el aprovechamiento espiritual del hombre; halla los medios mas á propósito para persuadir; despierta los afectos y movimientos que desee, y adquiere aquella unción sagrada con que se insinúa eficazmente y con fruto en los corazones.

Quando el corazón del predicador se halla animado de este celo, que se adquiere en el silencio de la meditación, en las súplicas fervientes de la oración, en el ejercicio de las buenas obras, puede decirse que su corazón, semejante á un magnífico foco de luz y de calor, esparce sus resplandores y su fuego con la palabra, y alumbrá

y vivifica cuanto le rodea. Ese celo santísimo lo hemos admirado en los apóstoles, y en aquellos célebres misioneros de nuestros días que, después de partir á países estraños alentados por el mismo, lo han manifestado en su voz, en sus palabras, en su gesto, en sus miradas, en todas sus acciones, revelando la dignidad del hombre apostólico. Ese celo les ha comunicado una elocuencia verdadera y natural mas persuasiva y eficaz que la que pueden facilitar todas las reglas del arte, mas duradera que aquella que prestan los mejores modelos, pues está sostenida por la caridad de Jesucristo, y la caridad nunca muere.

Sin embargo; este celo tiene sus límites que es necesario no traspasar nunca, y mucho menos ejerciendo el ministerio de la predicación. Para esto es necesario no olvidar las reglas y prescripciones de la Oratoria Sagrada. Un celo inmoderado arrastra al predicador á decir lo inconveniente; á exagerar las justas apreciaciones que debemos formar de las máximas evangélicas, y de las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, cuyas huellas constantemente debemos seguir; y en vez de promover la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, y la observancia de los deberes que nos ligan con Dios y con nuestros semejantes, hacemos todo lo contrario tal vez sin pensarlo, y mucho menos quererlo. Tenga entendido el predicador que se aparta abiertamente del fin que debe proponerse en su ministerio cuando, ante la consideración de los crímenes que el hombre comete, se deja llevar del ardor de un celo imprudente. Cuando los hijos del siglo oyen al predicador de Jesucristo indignarse contra los pecadores con un tono irritado, y un aspecto inflamado de cólera, concluyen por decir que tal predicador es semejante á ellos que se dejan poseer y arrastrar de la pasión, como sucede á las almas vulgares. Reprenda en buen hora, pues jamás debe transigir el predicador del Evangelio con los desórdenes del pecador; pero hágalo siempre animado de la santa caridad, no olvidando que está constituido por Jesucristo para compadecerse de los que ignoran y yerran, como dice San Pablo; y cuide muy esmeradamente de evitar toda personalidad por la que se pueda venir en conocimiento de que alguno de sus oyentes es culpable de los defectos contra los cuales predica, por mas que de esto esté persuadi-

do, viendo en su auditorio personas que hayan cometido tales faltas. Lo mismo decimos de las alusiones acerca de las cuestiones políticas, ó de aquellas que son de actualidad. Un celo indiscreto por el triunfo de las buenas opiniones espresado en la cátedra del Espíritu Santo, sobre materias de este género, podrá ser altamente perjudicial al predicador y aun á la causa misma de la religion que predica.



LIBRO I.

LECCION V.

Invencion.

Siendo tan estensas las materias de la religion, objeto de la Oratoria Sagrada, queda al predicador la facultad de elegir el asunto sobre que ha de versarse su discurso, siempre en relacion con las necesidades y legítima conveniencia de sus oyentes, para que consigan su salud eterna, fin importante de la predicacion.

Pero no basta elegir asunto para predicar. Es necesario que para la esposicion y desenvolvimiento de ese asunto encuentre el predicador los pensamientos mas acomodados, y para esto le sirve la *invencion*, que podemos considerarla de dos maneras: *con relacion á la oratoria, y con respecto al orador*. Considerada en el primer caso es *aquella parte de la retórica que da reglas para hallar pensamientos que deben entrar en la composicion de un discurso*. En el segundo caso, ó sea relativamente al orador, podemos definir la invencion: *el talento ó la facultad del orador para hallar las pruebas, ó los pensamientos con que ha de formar su discurso*.

La invencion la encontramos en el hombre de genio, y llamamos genio: *aquella disposicion ó facilidad que Dios ha concedido á algunos hombres para pintar vivamente los objetos por medio de las*

espresiones; ó mejor dicho, un juicio esquisito ayudado de una imaginacion viva y brillante. El genio por lo tanto envuelve en sí la idea de la invencion y de la creacion; «no consiste en ser sensible á la belleza donde llega á percibirla, ha dicho Blair; sino en producir nuevas bellezas, y presentarlas de modo que hagan fuerte impresion en el ánimo de otro.»

La invencion suele ser el resultado del arte y de los preceptos que da la retórica; toda vez que estos preceptos ó reglas indican las fuentes de donde se toman los argumentos del discurso, clasificándolas segun el género á que este pertenece. Asi como el frecuente ejercicio en la composicion facilita en gran manera la invencion. Por esto vemos con cuanta copia de recursos cuenta, y que fácilmente halla pensamientos el predicador acostumbrado á ejercer su digno ministerio, costumbre que no se adquiere sino por la práctica ó el uso frecuente.

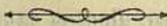
Sin alguna de las tres condiciones que dejamos indicadas en otra parte, á saber: *genio, arte y ejercicio* no podemos facilitar la invencion oratoria. Pero esta tiene su objeto, y el predicador, si ha de inventar, no puede perderlo de vista. Este *objeto* se refiere á *instruir, deleitar y conmover* á sus oyentes. Debe pues el predicador en un asunto dado, buscar todos los medios que lo conduzcan á llenar ese objeto, á realizar el fin que se propone. Él *instruye*, mostrando la verdad de la tésis que predica, lo cual es objeto de las *pruebas*; él *agrada* ó deleita, ganando la confianza de su auditorio, lo cual se refiere á las *costumbres*; y finalmente *conmueve*, inspirándole los sentimientos que él mismo experimenta, y que lo han conmovido, que es el objeto de las *pasiones* ó afectos.

Jamás el predicador llegará al término de la invencion, ó realizará el fin de la misma, sin un profundo estudio del asunto de que se ocupe; sin una séria meditacion que le haga conocer perfectamente la naturateza, las relaciones y circunstancias de ese asunto. Porque cuenta que no basta hallar pruebas y pensamientos; es necesario además elegir entre esos pensamientos y entre esas pruebas las que sean mas convenientes, las mas sólidas, las mas nobles, las mas directas y análogas para esclarecer y confirmar la materia de que trate, y esto no podrá conseguirlo sin meditar esa

misma materia, sin estudiarla con detenimiento, sin penetrarse de ella hasta dominarla. Entonces la invencion le será fácil y copiosa.

Además entra por mucho en la invencion que el predicador considere el tiempo y el lugar en que ha de hablar; el asunto de que va á predicar; lo que debe á sí mismo, y lo que debe á sus oyentes. La causa tal vez mas influyente en el fruto que debe obtener el orador sagrado en su predicacion, aparte de la gracia de Dios, es la oportunidad que tenga en sus discursos, y esa oportunidad está basada en lo que dejamos indicado.

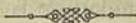
Nadie ignora que todas las enseñanzas de la religion que se dan en la cátedra sagrada son útiles; pero no siempre son todas convenientes. Hemos oido con profunda estrañeza en un viernes de cuaresma predicarle á una comunidad de religiosas sobre el hurto. Muy bueno es hacer ver la fealdad de ese pecado prohibido en la ley de Dios, y hacerlo entender así al pueblo para que lo deteste y huya de él. Pero no comprendemos la conveniencia y oportunidad de esta predicacion en una iglesia de religiosas, que podrán faltar si quiere á la perfeccion de la vida ascética; pero no es creible que se ocupen de atentar contra los bienes de los demás. La eleccion de tal asunto fué tan inconveniente y estemporanea, como lo seria en una aldea hablar de los misterios y elevacion del misticismo, ó á un claustro de doctores, ó á otra corporacion cientifica predicarle de los primeros rudimentos de la doctrina cristiana. Por lo tanto en la invencion no deben perderse de vista esas condiciones necesarias para que la palabra divina no halle obstáculos que la impidan hacer producir ópimos frutos. De lo cual deberemos concluir que no todos los asuntos de los sermones son buenos absolutamente para todas las personas, para todos los tiempos y lugares, pues muchos de ellos por faltar á esas condiciones puede decirse que se predicen en desierto, y por no acomodarlos á las necesidades, capacidad y circunstancias de los oyentes.



LECCION VI.

Objeto y fuentes de la invencion.

INSTRUIR.



Dijimos que la predicacion no es otra cosa que una funcion santa que consiste en enseñar á los hombres las verdades cristianas, y exhortarlos á que conformen su conducta con ellas. Esta definicion viene á corroborar lo que dejamos consignado en la leccion precedente acerca del objeto de la invencion, que es instruir, deleitar y conmo- ver. Ahora bien; vamos á hacernos cargo de cada uno de estos es- tremos en otras tantas lecciones en gracia de la claridad. Para ins- truir se necesitan argumentos ó pruebas del asunto que se predica. Entendemos aqui por argumentos *las razones en que el predicador apoya la verdad que quiere demostrar*; y en este sentido argumento es sinónimo de prueba.

No puede dudarse que toda predicacion debe ser instructiva, ya se la considere bajo el aspecto de la oratoria, ya bajo el de la fe. Aquellos sermones que solamente se encaminan á deleitar no llenan el fin importantísimo de la predicacion, fin altamente recomendado por Jesucristo cuando ha dicho á los apóstoles: «Id, y enseñad á todas las gentes.» Este mandamiento lo repite San Pablo en su primera carta á su discípulo Timoteo: *Doce et exortare*; y practicado lo ve- mos en los discursos sagrados de los Santos Padres. Además si los pueblos tienen necesidad de ser instruidos, esta enseñanza no la

pueden recibir mejor que en las esplicaciones claras, sencillas y metódicas de la doctrina de Jesucristo, hechas en la cátedra del Espíritu Santo. De aquí los fieles reportan inmensas ventajas; por la predicacion instructiva adquieren una piedad acrisolada, una virtud verdadera y bien entendida: frecuentan los sacramentos de la Iglesia, y comprendiendo la importancia de la religion en los mandamientos que impone, y en los pecados que prohíbe, la voluntad abraza el partido de la virtud, y sus resoluciones son durables, porque están cimentadas en una firme conviccion.

Si consultamos á los maestros de la elocuencia hallaremos que Ciceron nos dice: *Una res præ nobis est ferenda, ut nihil aliud nisi docere velle videamur*. Si el instruir es pues tan necesario en el orador, de tal modo que parezca no se propone otro fin, en el predicador lo es mucho mas, pues su sagrado ministerio tiene por objeto conducir á los hombres á la virtud por el camino luminoso de la verdad. La instruccion debe ser como el cuerpo, la sustancia del discurso, dice Quintiliano, y las otras partes de la elocuencia, que consisten en agradar y conmover, no deben hallarse en él sino como la sangre en las venas, circulando en cierto modo en el cuerpo de la instruccion: *Sicuti sanguis in corporibus, sic illæ in orationibus fusæ esse debebunt*: estas deben servir como de socorro y para hacer valer la instruccion.

Una vez reconocida la necesidad y utilidad de que la predicacion sea instructiva, por lo que dejamos dicho, se necesita considerar las pruebas que empleemos para realizar esa instruccion, limitándonos por ahora á la invencion de ellas. «Los retóricos antiguos, ha dicho Blair, no solamente hicieron profesion de auxiliar á los oradores públicos á fin de que pudiesen adornar mejor sus pruebas, sino que supliesen tambien la falta de su invencion, enseñándoles de donde habian de tomar las pruebas para cada asunto y causa. De aquí vino su doctrina acerca de los *tópicos ó lugares comunes*, y las *basas de los argumentos* que hacen tan gran figura en los escritos de Aristóteles, de Ciceron y de Quintiliano. Estos tópicos ó lugares no fueron otra cosa que unas ideas generales aplicables á muchísimos asuntos diferentes; las cuales iba á consultar el orador para hallar materiales para su discurso: tuvieron lugares intrínse-

cos y lugares estrinsecos; unos que eran comunes á todas las especies diversas de la elocucion pública, otros peculiares á cada una de ellas. Los lugares comunes ó generales eran el género y la especie, la causa y el efecto, los antecedentes y los consiguientes, la semejanza y la desemejanza, la definicion, las circunstancias de tiempo y lugar, y otras muchísimas de esta clase. Para cada una de las diversas especies de elocucion pública habia sus lugares de personas, y sus lugares de cosas. Por ejemplo, en las oraciones demostrativas los capitulos por donde uno podia ser alabado ó vituperado; su nacimiento, su patria, su educacion, su linaje, las dotes de su cuerpo, las prendas de su alma, los bienes que tuvo, los empleos en que sirvió y otros tales; y en las deliberativas los tópicos que podian emplearse, recomendando alguna pública determinacion, ó disuadiendo de ella; como la honestidad, la justicia, la facilidad, el provecho, el gusto, el socorro á los aliados, el daño á los enemigos y otros semejantes.»

Por nuestra parte diremos que para hallar las pruebas ó argumentos, ya dejamos manifestado en la leccion que precede á esta que basta meditar con detenimiento el asunto sobre que ha de predicarse, y de esta meditacion detenida y concienzuda han de salir las pruebas. Bueno será que el predicador, si se quiere, tenga presentes esos lugares comunes; pero no para otra cosa sino para que le sirvan para ayudar la memoria, y fijar la atencion en el momento de la composicion; ellos ayudan á seguir el hilo de las ideas, mostrando las relaciones naturales de las cosas entre sí, á fin de facilitar la invencion de las pruebas del asunto de que ha de hablar; pero teniendo muy en cuenta que tal artificio jamás se advierta en su discurso, pues se haria harto ridículo, y muy trivial, no produciendo el convencimiento que debe. Quédense esos lugares para aquellos predicadores adocenados que, por carecer de genio, de ciencia, ó por ser perezosos en demasia para el estudio, tienen que recurrir á esos medios comunes de invencion para tratar la materia que deben. A estos pudiéramos compararlos á aquellos señores estremadamente mezquinos que tienen una sola librea para unos mismos lacayos; con ella los visten, sin atender á su estatura, ni á sus formas, y jamás les sienta bien, porque no es un vestido propio y adecuado. Por esto repetimos que

las pruebas que han de formar el discurso han de ser acomodadas á la materia que se trata, han de salir de ella misma.

Cuando las pruebas no parten del asunto mismo que se predica hay vaguedad en los pensamientos. Nos basta para conocer esa vaguedad una observacion sencilla. Penetremos en un templo en que se esté predicando, y si á los pocos minutos de nuestra llegada no podemos dar razon de lo que se predica, es prueba de que el predicador se halla divagando en lugares comunes, en generalidades que no son pruebas directas y propias del asunto de que se ocupa.

Para adquirir estas pruebas para la composicion se necesita una lectura reflexiva de la materia que ha de predicarse. Esta lectura dará pruebas y argumentos esenciales para el asunto, lectura que unida á una razon recta y á un buen criterio, guiados por la esperiencia, inspirarán al predicador mejor que todos los medios artificiales de que ya nos hemos hecho cargo.

Las *fuentes* de la invencion, ó sea los lugares que ha de consultar el predicador para su lectura son: en primer lugar la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios, donde hallará pruebas suficientes para hablar del dogma y de la moral; mayormente si se atiende á que en las enseñanzas de la religion todo cede á la autoridad, y la de la Santa Escritura es tanta que lo que contiene es divinamente inspirado, y por lo tanto infalible. Las obras de los Padres de la Iglesia y de los escritores eclesiásticos ofrecen tambien un rico é inagotable manantial de buena y saludable doctrina para el pasto espiritual de la grey de Jesucristo; y siempre será poco el estudio que el predicador haga de sus escritos para sacar de ellos materia para sus sermones, confiando que el trabajo que preste en ese estudio le será suficientemente recompensado, no solo hallando pruebas bastantes y sólidas para cualquiera materia que trate el predicador, sino obteniendo frutos copiosísimos de bendicion en su auditorio que nunca le prestarán en tanta abundancia la razon humana, la historia, ni las demás fuentes del saber humano.

No por esto se crea que nosotros queremos eliminar de los discursos sagrados la razon, la historia, la filosofía y demás lugares estrínsecos de la Sagrada Teología. Los que se consagran al ministerio de la predicacion saben, como nosotros, que estos son unos poderos-

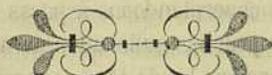
sos auxiliares de la autoridad en algunos casos. Pero saben tambien que tanto la filosofia , como la historia, etc. deben subordinarse en materias de fe á la autoridad, y que la razon natural tan ponderada, hoy mas que nunca, no pasa de ser una humilde sirvienta de aquella, *pedisequa*, como la llama Melchor Cano. ¡Ay del dia en que se desterrara de la sagrada cátedra la autoridad de las Santas Escrituras de la Iglesia y de sus Padres para sustituirla con los argumentos que prestan la razon y la autoridad humanas! En ese dia el predicador, que tiene una mision divina, se confundiria con los oradores profanos que no gozan de mas predicamento que de aquel que le dan sus palabras.

Además de que hay misterios en nuestra religion que no alcanza á comprenderlos la pobre razon del hombre, y que la fe viene á esclarecerlos con su luz brillantísima, señalando los fundamentos en que estriban, y facilitando con su autoridad un apoyo á la vacilante razon humana, fe celestial que el predicador no debe perder de vista jamás. Sin que por esto, repetimos, deje de valerse y usar de esa razon como y cuando convenga; pues la misma invencion le enseña como ha de variar y combinar las pruebas, segun lo requiera el género de asuntos que trata; de lo cual nos ocuparemos al hacernos cargo de la disposicion de las mismas en el discurso.

Convengamos pues, concretándonos á pocas palabras, en que el predicador, para hallar pruebas suficientes para sus discursos, y llenar el objeto de la invencion, ha de tener conocimientos bastantes en la *Teología dogmática y moral*, en la *Sagrada Escritura*, y en las obras de los *Santos Padres*; estos son los tres objetos principales que han de formar la materia de sus estudios, y como los manantiales riquísimos de invencion donde beba la doctrina que ha de predicar. A estos debe añadir la *historia*, la *filosofía cristiana*; debe conocer la *sana literatura*, y familiarizarse con los *buenos modelos*, es decir, con aquellos autores que mas se han distinguido en el púlpito.

Para todo esto se necesita un grande estudio, y de ello nos han dado ejemplo los Santos Padres. San Gregorio de Nacianzo, San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros, antes de comenzar á predicar, permanecieron por espacio de muchos años encerrados en su retiro, ocupados únicamente de la meditacion y del estudio; y sabida es la

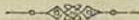
repugnancia que manifestó San Agustín al ministerio de la predicacion que le confiaba el obispo Valerio, porque se creia incapaz de instruir al pueblo desde la santa cátedra; repugnancia manifestada en estas palabras: «Si no quereis darme tiempo para adquirir lo que veo que me falta, le decia, ¿quereis pues que perezca? Valerio, mi querido padre, ¿dónde está vuestra caridad? Porque, ¿qué habré de responder al Señor cuando me juzgue? ¿Le diré que estando ya empeñado en los empleos eclesiásticos no me ha sido posible instruirme de lo que me era necesario para desempeñarlos bien.....? Y no temos que cuando San Agustín hablaba asi habia ya escrito muchas obras llenas de sabiduria en defensa de la religion. ¡Cuánta es, pues, la importancia y necesidad de la instruccion del predicador para instruir á las demás!



LECCION VII.

Objeto de la invencion.

DELEITAR.



— Cuando hemos dicho que la predicacion debe ser instructiva no pretendemos sostener de manera alguna que un sermón sea un discurso académico que se dirige solo á la inteligencia. Es necesario tambien que dicha predicacion sea agradable. Por esto dice San Agustin en el libro IV de la Doctrina Cristiana: «Cuando el principal objeto de una oracion es instruir ó enseñar al auditorio, la elocuencia no consiste entonces en hacer que agrade lo que enfadaba, ó que se ejecute lo que se rehusaba; sino en hacer que se aclare y se descubra lo que antes estaba oculto y no se percibia. Pero si esto se hace de modo que no deleite, el fruto de la enseñanza se estenderá solamente á algunos pocos muy deseosos de saber, que se contentan con aprender la verdad, aunque se la propongan y declaren en un estilo llano y sin artificio.»

De aqui inferimos la conveniencia de deleitar, que es otro de los objetos de la invencion oratoria, y de los fines de la elocuencia cristiana para ganar el corazon. Necesario es aclarar las nociones del arte de agradar en el predicador para desvanecer los reparos que algunos oponen, sosteniendo que es incompatible ese arte con la gravedad del ministerio apostólico en el púlpito. *Deleitar*, en el sentido verdadero que nosotros recibimos esta palabra, es *el secreto de*

hacerse escuchar con placer, con interés y confianza. Por esto dijimos que se deleita ganando la confianza del auditorio. El predicador deleita por sus *costumbres*, por el *fondo de las cosas* que dice, y por la *manera* con que las dice.

Aunque todos los predicadores anuncian la palabra de Dios, y esto basta para recomendarlos al respeto y al amor de su auditorio; sin embargo, aquellos predicadores que, merced á sus buenas cualidades morales, se distinguen de los demás, cautivan de tal manera á sus oyentes, que desde luego los hallan predisuestos para oírlos, no solamente con atencion y docilidad, sino con aquel agrado que inspira la virtud. Asi es que sus conceptos, sus ideas y hasta sus palabras tienen un atractivo dulce y encantador que parece imposible resistirlo. En sus pensamientos no parece sino que refleja la bondad de su corazon, y las palabras que emplean para espresarse producen cierto deleite santo que preparan al alma para la persuasion. Lo contrario se nota en los oradores sagrados que no están tan recomendados por su conducta menos apostólica; se les oye con atencion, es verdad; pero existe cierta prevencion desfavorable, que impide las mas veces que deleiten ó agraden á los que los escuchan.

En cuanto á las *cosas que se han de predicar* para deleitar, es necesario tener en cuenta debe adaptarse el discurso á la capacidad, á las circunstancias de los que han de oír, y por esto hemos dicho en la leccion V la oportunidad que debe tener el predicador en sus discursos, consultando el grado de instruccion de los oyentes, y su carácter; toda vez que estas consideraciones son muy atendibles para elegir la materia que debe predicar. Estamos seguros que si se consultase todo esto los sermones serian escuchados con mas atencion, porque se amoldarian al gusto racional del auditorio, y agradarian mas, sin que por esto sea visto que el predicador condescienda jamás con las preocupaciones reprobables de sus oyentes, ni se rebaje del altísimo puesto que ocupa, ni profane la noble mision de anunciar la verdad sin disfraz de ningun género; pues el deleite de que vamos hablando no se ha de procurar con la mentira, ni con la lisonja, sino con la santa verdad del Evangelio que tiene encantos sin número que el predicador debe presentar sazonzando con ellos su discurso para que sea agradable.

Últimamente, hemos dicho que el predicador deleita por la *manera de decir*, no entendiendo por esto el modo de pronunciar, que no es el objeto de esta leccion, y de lo que nos ocuparemos mas adelante, sino la elocuencia con que ha de revestir sus pensamientos ó la gracia con que deba presentarlos en armonia con los caractéres y cualidades del auditorio á quien hayan de dirigirse.

En esta materia hallamos dos escollos igualmente funestos que es necesario evitar, á saber: el demasiado empeño del predicador en rebuscar galas con que ataviar su discurso, ó el menosprecio de todo adorno para él mismo conseguir el fin de deleitar al auditorio. No tiene duda que es harto reprehensible en un orador cristiano que anuncia las eternas verdades de la religion de Jesucristo, verdades que afectan directamente al hombre en sus mas sagrados intereses; que le hablan de los juicios de Dios acerca de su salvacion ó condenacion eterna, que se ocupe mas de deleitar que de instruir; que pretenda con mas empeño buscar palabras que pensamientos, y que, olvidado de su mision divina, quiera enervar la fuerza de la palabra de Dios, haciendo valer la palabra del hombre, y se proponga mas bien recoger aplausos por el deleite que en su auditorio han producido los falsos adornos, los pensamientos brillantes, las frases pomposas, y una afectacion pueril, que escitar en sus oyentes las lágrimas del arrepentimiento, los santos propósitos del mejoramiento de las costumbres por el deleite que en aquellos han causado las verdaderas galas de la elocuencia cristiana, dignas por cierto de la grandeza de la religion, de la enseñanza que nos han dado los Padres de la Iglesia, y de la gravedad del púlpito.

Por esto San Francisco de Sales decia á un predicador (Espíritu de San Francisco de Sales, cap. 15): «Que cortase y separase de la predicacion tantos adornos profanos, porque aunque fuese loable aplicar los vasos egipcios al servicio del tabernáculo, era menester que fuese parcamente; que Raquel era ciertamente mas hermosa, pero menos fecunda que Lia; que la interpretacion del Evangelio debia ser conforme á su estilo y sencillez; que una matrona tan venerable como la sagrada Teologia no habia menester afeites ni coloridos.» Y en otro lugar encargaba el Santo (cap. 4): «Cuando acabais el sermon no os detengais á recoger esos vanos y vulgares

aplausos: ¡oh! ¡qué bien lo ha hecho! ¡qué hermoso pico! ¡qué pozo de ciencia! ¡qué admirable memoria! ¡qué gallarda persona! ¡qué gusto es oír á este hombre! ¡jamás me hallé en tales bodas! ¡no he tenido mejor rato! Todo eso no es mas que una vana charlataneria de cascos sin seso.» «Los predicadores cristianos, decia San Gerónimo, no deben buscar los artificios de los retóricos, sino las simples palabras de los pescadores, es decir, de los apóstoles: *Non secutamur lenocinia rætorum, sed veritates piscatorum*. Si San Pablo reprende á los oyentes que tienen picazon de orejas, deseando solo oír novedades que los deleiten, ¿cuánto mas detestará á los predicadores que se las rascan y las halagan con sus palabras escogidas, con sus períodos numerosos y con sus sermones y oraciones retóricas?»

Hasta aquí notamos el abuso de los adornos retóricos para deleitar. Veamos el absoluto menosprecio de estos adornos para lograr el fin indicado. San Agustin parece que en pocas palabras nos ha trazado la diferencia del predicador bueno y del malo, considerados uno y otro con relacion al fruto que han de obtener de su auditorio por sus palabras. Del uno dice que habla ingeniosa, agradable y fuertemente, *aculé, ornaté, vehementer*; del otro que se expresa grosera, desagradable y friamente, *obtusé, deformiter, frigidé*. De aquí deducimos la necesidad de no despreciar los adornos del arte, siempre que de ellos no se abuse, como antes hemos indicado; y nos apoyamos en que, siendo un principio incontrovertible que la salvacion de muchos cristianos depende de la divina palabra, esta palabra debe estar suficientemente adornada; de tal manera que no produzca desagrado en los que la oyen, y de este modo la reciben mejor para su salvacion. Por esto el mismo Santo nos dice en la obra antes citada, (cap. 5): «¿Qué cosa es mejor que una provechosa dulzura, ó que un dulce provecho? porque entonces, cuanto mas se apetece la suavidad, tanto mas fácilmente se aumenta la salud.» Y en otro lugar de la misma obra (cap. 11), hablando de que la enseñanza se ha de dar de modo que agrade, añade: «Mas por cuanto hay alguna semejanza entre los que comen y los que aprenden, para evitar el fastidio de los mas, es preciso sazonar y condimentar, aun aquellos alimentos sin los cuales no se puede vi-

vir. » Este condimento espiritual es el adorno bien entendido de la oracion, que en manera alguna se opone á la sencillez de la palabra de Dios; toda vez que esta sencillez no ha de ser, ni lo es, ruda, grosera y desalinada, que repugne y fastidie; *Nolumus fastidiri etiam quod submissé dicimus*, dice el Santo, y él mismo establece un medio oportuno, y es el que admite la elocuencia sagrada, entre un estilo rebuscado, florido, brillante en demasia, y el estilo bajo y desalinado, diciendo: *Illa quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum nec inornata relinquitur, nec indecenter ornatur.*

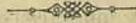
Concluimos de lo dicho que una elegancia con afectacion y cargada de vanos adornos oscurece y enerva la verdad para instruir; y en vez de deleitar á los oyentes, para hacerlos atentos á los santos preceptos del Evangelio, los hace convertir su atencion á la hojarasca que oculta los pensamientos para recrearse en ella, y contentar al oido, permaneciendo insensible y frio el corazon. Asi como una elocuencia descuidada y grosera envilece el ministerio de la predicacion, digno en todos conceptos, y obstruye las vias por donde ha de comunicarse la verdad á los oyentes, inspirándoles el disgusto de la divina palabra. Acepte el predicador un término medio entre estos defectos; predique la palabra de Dios, y adorne esta palabra cuanto sea suficiente para preparar los corazones á seguirla en sus enseñanzas y saludables máximas, á fin de dar gloria á Dios, y procurar la santificacion de las almas, únicos fines que debe proponerse en sus discursos.



LECCION VIII.

Objeto de la invencion.

CONMOVER.



Hasta ahora hemos dado al predicador los preceptos que hemos creido mas convenientes para que en la invencion no pierda de vista que ha de instruir á sus oyentes, y les haga agradable la materia que predique valiéndose del adorno. Necesita además conmoover con su palabra, que es la palabra de Dios; y para esto es preciso que despierte los afectos en el corazon, á fin de decidir á la voluntad á que adopte lo que se le propone; y este es tercer objeto de la invencion oratoria, y que asegura el triunfo al predicador. Confesamos que este triunfo es difícil; pero no imposible, pues todos los dias vemos conversiones debidas á la predicacion evangélica. Para ello no basta dirigirse únicamente á la razon; los predicadores que tal hacen dispararán, es verdad, las sombras del error que anublan la inteligencia; pero no convertirán jamás, porque es necesario dirigirse tambien al corazon. No basta la luz que nos muestra la senda del deber, se necesita del impulso que nos determine á entrar en esa senda; no basta, en una palabra, la instruccion; el predicador debe procurar además la mocion de los afectos ó pasiones cristianas.

Llamamos *pasiones* en el lenguaje de la eloenencia, *aquellos sentimientos del alma, acompañados de dolor y de placer, que produ-*

en tal mudanza en el espíritu que juzga de los objetos todo lo contrario de lo que antes pensaba. El predicador está llamado á obrar este cambio maravilloso por medio de la palabra, moviendo esos sentimientos del alma; tocando los resortes misteriosos del corazón humano para que se decida á apartarse del vicio y seguir la virtud; fin noble y santísimo que se propone en la moción de los afectos.

Estos son diferentes de los que el orador profano pretende escitar en sus discursos: este despierta las pasiones humanas que son movimientos puramente naturales, como el amor ó el odio, la tristeza ó la alegría, etc. Aquel, ó sea el predicador, escita las pasiones cristianas, que son movimientos sobrenaturales inspirados por el Espíritu Santo. El motivo de las pasiones humanas es tambien diferente, como lo es su origen; pues esas pasiones no se mueven sino por la imaginacion de los bienes ó de los males sensibles. Los afectos cristianos se apoyan en la vista de los bienes ó de los males que la fe nos descubre; asi es que, por ejemplo, la contrición nos hace aborrecer el pecado, porque es ofensa á la bondad infinita de Dios. Las pasiones en fin residen en el apetito sensitivo, y los afectos cristianos en la voluntad que es un poder espiritual.

Estas nociones deberá tenerlas presentes el predicador para hallar los medios conducentes á despertar esos afectos en el corazón de los fieles, afectos que son esenciales en la predicacion, lo cual no sucede en los discursos de los demás oradores. ¿Qué importará que el predicador haya hablado de una manera correcta, con un estilo pulido y brillante, y que su argumentacion haya tenido las mejores formas, si á la vez le falta el sentimiento, la energia, la unción necesaria? En este caso presentará á su auditorio abstracciones sutiles, disertaciones puramente escolásticas que le merecerán los aplausos de ciertos puristas por haber observado las reglas de la sintáxis y de la retórica; pero no habrá movido los grandes poderes del alma: la imaginacion, la sensibilidad, la conciencia; dejará sus oyentes frios é insensibles, y no habrá llenado el fin de la predicacion; la impresion que esta produzca en los mismos será agradable, si se quiere; pero no será enérgica hasta el punto de hacer palpar los corazones, de conmoverlos hasta hacer derramar

las lágrimas de la piedad ó del arrepentimiento; porque le ha faltado la *uncion*, que es la *accion sensible de la gracia que penetra los corazones sin violencia, ó aquella manera persuasiva de comunicar el predicador á los oyentes la pureza de su fe y el fervor de su celo.*

Esto habrá de conseguirlo, pintando el vicio y la virtud con los colores capaces de dejar en el alma hondas impresiones; con agrado las cosas mas triviales, y con interés las ideas mas simples. Son demasiado elevados y dignos los intereses que se tratan en el púlpito para que dejen de afectar al auditorio. Se trata de las bellezas y recompensas de la virtud, de la fealdad y castigos del vicio, de la paz y encantadora calma que acompaña á las unas, y de los remordimientos terribles, de las funestas inquietudes que siguen al otro. Se trata de las vanidades de la vida, de sus ilusiones y miserias, que gastan el corazon y emponzoñan la existencia, y de los bienes reales, positivos é imperecederos de la gloria celestial. Se trata en fin de Dios y de sus infinitas perfecciones, y este es un campo fecundo donde se cogen frutos copiosísimos de temor y de esperanza, de caridad y de fe, de arrepentimiento y de penitencia; en una palabra, son intereses tan importantes y sagrados que se prestan fácilmente á despertar los movimientos oratorios ó patéticos, las pasiones cristianas en gloria de Dios y para la salvacion de las almas.

Estos movimientos tan saludables ha de procurarlos el predicador vivificando sus conceptos con aquel ardor divino que se trasmite de un corazon á otro corazon por medio de la palabra de Dios; ardor que se insinúa en los corazones, que los dilata, que los fecundiza, y les hace producir abundantes frutos de penitencia, dignas obras de santidad.

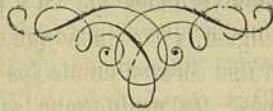
Pero para comunicar ese ardor celestial es necesario poseerlo antes, y hé aqui por qué el V. Granada dice, hablando de los afectos: «Ayuda tambien muchísimo á conmovier los ánimos el que nosotros, que pretendemos mover á los otros, estemos vehementemente conmovidos.» A esto contribuye una fe firme, una caridad ardiente, una ternura cristiana por los intereses temporales y eternos del prógimo, y que se coloque el predicador en lugar de aquel ángel que

descendía alguna vez á la piscina probática de Jerusalem para remover las aguas que habian de curar á la multitud de enfermos que aguardaban ese movimiento saludable, y que diga como Jeremias: «¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche los hijos de la hija de mi pueblo que han sido muertos,» (cap. 9); ó como San Pablo, penetrado de los mismos sentimientos, escribiendo á los fieles de Galacia, (cap. 4); «Hijitos míos, por quienes siento de nuevo dolores de parto, por quienes estoy empleando nuevas fatigas y trabajos para que formados de nuevo en la fe de Jesucristo volvais de nuevo á nacer para él mismo; querría estar ahora con vosotros para conocer vuestro estado y acomodar mis palabras á la disposicion en que os hallais.»

Para llegar á ese grado de ardiente caridad, necesario para la mocion de los afectos en el auditorio, y tener la uncion sagrada que tan preciosos resultados está llamada á obtener en el corazon de los fieles, no piense el predicador que lo conseguirá únicamente con el estudio. Medite las santas verdades que va á predicar, y medítelas con el espíritu de la religion, y no dude que el fuego de la caridad de Jesucristo encenderá su corazon en afectos purísimos para comunicarlos á los demás: *In meditatione mea exardescet ignis*, (Ps. 38). Llegue con su oracion hasta las cumbres del Sinai donde se dió la ley del Tabor, donde se manifestó la gloria de Dios, del Calvario donde se realizaron los altísimos misterios de la redencion, y bajará radiante de luz y de amor á su pueblo para hablarle de los testimonios del Señor, y para inflamar en fuego celestial á los que lo escuchan. En la oracion y en la meditacion hallará el secreto de conmovier.

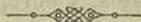
Además otro de los medios poderosos que indica el P. Fr. Luis de Granada para escitar en sí el predicador los afectos que despues debe participar á sus oyentes, es que se represente las cosas mismas que va á predicar tal como si á él le acontecieren. Siguiendo á Ciceron, dice: «Se seguirán los afectos no de otro modo que si nos hallásemos presentes á las mismas cosas. Mas, cuando será menester la comparacion, pensemos que á nosotros mismos ha acontecido aquello de que nos quejamos y persuadámoslo á nuestro ánimo.» Penetrado el predicador de estos sentimientos, fácilmente podrá conmovier

á los demás, pues él debe estar afectado, antes que todos, de los sentimientos de horror, de aflicción, de esperanza, de alegría, según la índole de las verdades que anuncia. Pretender permanecer impassible y que los demás se conmuevan es un absurdo que jamás tendrá efecto.



LECCION IX.

Amplificacion.



No basta que el predicador, en virtud de la observancia de los preceptos de la invencion, haya encontrado argumentos sólidos, y acomodados para formar su discurso. Esos argumentos debe presentarlos con toda la fuerza que en sí tienen, haciendo resaltar sus detalles, de tal modo que impresionen, y, si puede decirse así, se hagan palpables. Para conseguir esto necesita de la *amplificacion*, que es una parte de la invencion, y que segun Sócrates: *es aquella manera de espresarse que aumenta ó disminuye los objetos*, en cuya definicion han convenido Ciceron y Quintiliano. Por medio de la amplificacion se estiende y desarrolla cada una de las particularidades que tienen relacion con el asunto de que se trata, mostrando un objeto bajo todas sus fases, esplicando todo lo que tiene de grande, de bello, de interesante, ó defectuoso. El Padre Gai-chiez ha dicho de la amplificacion que ella obra sobre una proposicion como la sávia sobre un gérmen, esto es, desarrollándolo, engrosándolo, y haciendo sensibles las partes que eran imperceptibles. Así es que en virtud de la amplificacion el orador desarrolla su asunto; lo adorna; lo presenta bajo todos sus aspectos, y de un un cuerpo descarnado hace un cuerpo nutrido y lleno de robustez.

Al decir en la definicion de la amplificacion que esta es un modo de *aumentar* los objetos, estamos muy distantes de aceptar este término como sinónimo de *exagerar*. El desarrollo de una idea por

una agregacion de ideas incidentales, por una comparacion que la fortifica, por un contraste que la hace sobresalir, por una gradacion que la eleva, aumenta el objeto sin exagerarlo. Entendida en este sentido la amplificacion, no consiste en dar á las cosas una grandeza ficticia, sino en presentarlas con una grandeza real. Amplificar es pues esponer ampliamente una verdad, ya para herir mas vivamente los espíritus con una impresion favorable al orador, ya para disipar en ellos una impresion que le es contraria. De aqui se infiere que la amplificacion, cuando procede de una abundancia natural que profundiza los pensamientos, y enriquece el discurso, es buena y de gran efecto en la elocuencia. Asi como debe desecharse de todo discurso, y mucho menos puede avenirse con la dignidad de los discursos sagrados, cuando es declamatoria, exagerada, y cuando no viene á ser otra cosa que una redundancia inútil, y un medio cómodo, pero detestable, de llenar con palabras el lugar que debian ocupar las ideas.

Reglas de amplificar.—La amplificacion se dirige por reglas que podemos reducir las á tres. Regla 1.^a *El asunto que se ha de amplificar debe ser digno.* 2.^a *El hecho, ó el fondo de la idea ha de estar sólidamente establecido;* pues de otra manera es una declamacion vana. 3.^a *La amplificacion debe estar ligada perfectamente á la prueba, y ha de aumentarla ó añadirle algo.* No perdamos de vista que el arte de embellecer un discurso es el mismo respectivamente al arte de adornar un edificio.

Defectos.—Los principales defectos que pueden cometerse amplificando son: 1.^o La *esterilidad*; la cual puede desterrarse con el estudio y la cultura. 2.^o La *futilidad*, que se ocupa de amplificar bagatelas. 3.^o La *timidez*, que es debida al sentimiento demasiado vivo de la propia debilidad, ó de las dificultades del arte, timidez que es necesario alentar; y por último, la *superabundancia* y la *audacia*, que suelen ser, principalmente en los jóvenes, resultado de imaginaciones demasiado fecundas y fogosas que se necesitan reprimir.

Modos de amplificar.—Puede hacerse la amplificacion de diferentes maneras que conviene saber para que se nos facilite esta tan importante materia cuando nos empleamos en la composicion. Se am-

plifica por *definicion*, por *enumeracion de partes*, por *imágenes*, por *suposiciones*, por *efectos*, por *comparaciones y semejanzas*. Hagamos mas perceptible esta teoria presentando ejemplos de cada una de estas fuentes de la amplificacion.

Por definicion.—Maury, para hacer mas sensibles las ventajas de la religion, amplifica por definicion diciendo: «¿Qué es la religion? Una filosofia sublime que demuestra el orden, la unidad de la naturaleza y esplica el enigma del corazon humano; el mas poderoso móvil para el hombre de bien, pues la fe lo pone incesantemente bajo la mirada de la divinidad, y obra con tanto imperio sobre la voluntad, como sobre el pensamiento; un suplemento de la conciencia que manda, afirma y perfecciona todas las virtudes, establece nuevas relaciones de beneficencia sobre los lazos de la humanidad, nos muestra en los pobres los acreedores y los jueces, los hermanos en nuestros enemigos, en el Ser Supremo un padre; la religion del corazon; la virtud en accion; el mas bello de todos los códigos de moral....»

Por enumeracion de partes.—Hablando Masillon de la inmortalidad del alma quiere probar, por el desenvolvimiento de esta verdad, que todo hombre, por dichoso que se le considere en la tierra, tiene siempre la idea y la necesidad de una felicidad que no puede esperar aqui bajo; y amplifica este pensamiento del modo siguiente: «Si el hombre no tiene otra dicha que esperar que una dicha temporal, ¿por qué no la halla en ninguna parte de la tierra? ¿De qué procede que las riquezas lo inquietan; los honores lo fatigan; los placeres lo cansan; las ciencias lo confunden y exacerban su curiosidad, lejos de satisfacerla; la reputacion lo sujeta y embaraza, y todo esto reunido no puede llenar la inmensidad de su corazon, y le deja todavia alguna cosa que desear?»

Por imágenes.—Flechier nos ofrece un ejemplo de este género de amplificacion sobre este pensamiento: «Dificultad de ser humilde y vencedor á un mismo tiempo.» Que difícil es, dice, ser vencedor y ser humilde á un mismo tiempo! Las prosperidades militares dejan en el alma yo no sé qué placer vehemente que la ocupa y la llena toda entera. El vencedor se atribuye una autoridad de poder y de fuerza; se corona con sus propias manos, al mismo tiempo que

da á Dios solemnes acciones de gracias, y deja pendientes de sus templos, como votos sagrados, los ensangrentados despojos cogidos al enemigo. Peligroso es que la vanidad no se reserve una parte de la gratitud, y que no retenga al menos algunos granos del incienso que va á quemar sobre los altares.»

Por suposiciones.—Esie es el asunto: «Es temible para el hombre hallarse reducido á no tener en el mundo otros recursos que á sí propio.» Veamos su amplificacion: «Si yo me hallase solo y sin guia en una soledad espantosa, espuesto á todos los riesgos de un extravio, ó pérdida irremediable, sufriría angustias mortales. Si en una enfermedad grave me viese abandonado, no teniendo mas que á mí mismo que velase por mí, desconfiaría de mi curacion. Si en un negocio capital, donde se tratase no solo de mi fortuna, sino tambien de mi vida, no tuviera mas consejo que el mio, me creeria perdido sin esperanza. ¿Cómo pues en medio del mundo, de tantos escollos y riesgos como me cercan, de tantos peligros como me amenazan, de tantos enemigos como me persiguen, de tantas ocasiones en donde puedo perecer, sin otro socorro que yo mismo, podré vivir en paz y no estar en continuas alarmas?»

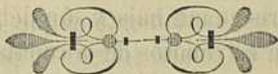
Por los efectos.—Masillon, tratando de la ambicion de los grandes, amplifica de este modo: «Al grande nada le basta, porque aspira á todo; sus deseos crecen con su fortuna. Todo lo que está mas elevado que él le parece ser pequeño á sus ojos; le lisonjea menos dejar tantos hombres á su espalda, que lo que lo inquieta el tener quien le preceda. No es esto todo: de la ambicion nacen las envidias que devoran, y esta pasion tan baja y tan débil es el vicio y la desgracia de los grandes. Envidiosos de la reputacion de otro, la gloria que no les pertenece es para ellos como una mancha que los rebaja y los deshonra. Envidiosos de las gracias que se reparten á su lado parece que les arrancan las que á otros se tributan.»

Por comparaciones y semejanzas.—El mismo Masillon, hablando de la inestabilidad é inconstancia de la fortuna, se espresa asi: «¿Qué es la vida humana, sino un mar agitado y furioso donde estamos sin cesar á merced de las olas, y donde á cada instante cambia nuestra situacion, y nos causa nuevas alarmas? ¿Qué son los hombres, sino tristes juguetes de sus pasiones insensatas y de la vicisitud

eterna de los acontecimientos? Semejantes á aquellas figuras á quienes una rueda mueve con rapidez, jamás tienen su consistencia asegurada; cada momento es para ellos una situación nueva. Flotan al capricho de la inconstancia de las cosas humanas, queriendo sin cesar fijarse, y sin cesar obligados á defenderse; creyendo siempre haber hallado el lugar del reposo, y obligados sin cesar á comenzar su carrera.»

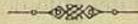
En estos ejemplos, y en otros varios que pudiéramos presentar, se ve que la amplificación no consiste en aumentar palabras, sino en estender los pensamientos, siguiendo las reglas que dejamos indicadas, y evitando los defectos que hacen viciosa esta parte de la invencion.

Pudiéramos estender sobre esta materia nuestras consideraciones; pero solo diremos: que tambien puede hacerse la amplificación por los antecedentes, concomitantes y consiguientes; por las causas y por las circunstancias de las cosas y personas, como estensamente enseña el P. Granada en su Retórica eclesiástica.



LECCION X.

Aplicacion práctica de la materia que se predica.



No nos cansaremos de repetir que todo cuanto el predicador anuncia desde la sagrada cátedra debe ser para la gloria de Dios y la santificacion de las almas. A este fin, tan digno de su ministerio apostólico, debe encaminar sus esfuerzos, sin perderlo de vista jamás. No será suficiente por lo tanto que instruya á su auditorio con verdades especulativas, si no hace la aplicacion de estas verdades á sus oyentes, si esas verdades no las hace prácticas; porque de otra manera su predicacion será una letra muerta que no producirá el fruto apetecido.

Siguiendo estos principios dice el V. Granada: «No siendo el fin de la doctrina moral la especulacion, sino la accion, la cual se versa en obras particulares, ciertamente el que desea tratar bien esta doctrina, cuanto dijere en comun sobre este punto debe acomodarlo á las acciones en particular. Por lo que habiendo acusado el Señor con gravísimas palabras en boca de Isaías la malicia é impiedad de los judios y vaticinado la futura destruccion de su reino, añade lo que ellos deberian hacer para aplacar la majestad de Dios, á quien tenian enojado, por estas palabras: «Lavaos; estad limpios. Apartad de mis ojos la maldad de vuestros pensamientos. Cesad ya de obrar perversamente; aprended á bien obrar. Buscad el juicio, socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viu-

da y venid y argüirme, dice el Señor.» «Esto mismo, continúa dicho autor, hace tambien el Maestro celestial en el Evangelio. Porque habiendo profetizado muchas cosas de aquel tremendo dia del juicio, luego de lo que habia dicho sacó al punto saludables documentos por estas palabras: «Andad con tiento no sea que se graven vuestros corazones con la hartura y la embriaguez y con los cuidados de esta vida, y os sobrevenga de repente aquel dia; porque como un lazo vendrá sobre cuantos están sentados en la superficie de la tierra. Asi velad, orando en todo tiempo para que seais tenidos por dignos de libraros de todo esto que ha de suceder, y dignos de parecer con confianza delante del Hijo del hombre.»

De la aplicacion práctica depende el éxito del sermón, y ella puede decirse que es el mejor móvil para escitar los afectos. Cuando el predicador hace que las doctrinas que enseña sean aplicables á la conducta de sus oyentes, y de las mismas pueda sacar la conveniente moralidad, ha conseguido mucho en bien de los que lo escuchan. Para esto es necesario que escogite proposiciones análogas á este fin, y que por mas que sean especulativas las presente como prácticas. Pongamos por ejemplo que va á tratar de la educacion cristiana; puede establecer la siguiente proposicion: «Hay obligacion de dar al hombre una educacion cristiana.» Esta proposicion es puramente especulativa; al esplanarla el predicador presentará las mejores pruebas; empleará los mas fuertes argumentos; demostrará por todos los medios la verdad de la misma; pero el auditorio lo escuchará como distraido, porque si bien se ocupa de una teoria buena, provechosa; sin embargo, parece se halla colocada en una region harto distante, y como que no afecta directamente á los que la oyen. Pues presente esa proposicion en estos términos: «Voy á hacer ver la estrecha obligacion en que estais de dar á vuestros hijos una educacion cristiana.» Ya parece que redactada de este modo, aquella proposicion que era general se ha hecho particular, que era indeterminada se ha hecho práctica; ya parece que es mas directa para los oyentes; que no se trata de esplanar una teoria, de hablar en principios generales, sino de determinar esos principios y hacerlos prácticos por la aplicacion que de los mismos se hace á los padres que se hallan escuchando el discurso sagrado. Bajo el

primer aspecto el predicador se elevará á consideraciones abstractas que necesitan aplicacion; bajo el segundo esas consideraciones se verán mas contraidas, serán mas enérgicas, mas vehementes y por lo tanto despertarán mejor las pasiones, despues de haberlas escuchado tambien con mas atencion. Pues necesario es que procure el predicador ponerse tan en contacto con sus oyentes, que estos al oír sus aseveraciones digan con frecuencia: «Esa doctrina precisamente la dice por mí el predicador; no parece sino que conoce mis necesidades segun se espresa; ese de quien habla soy yo.»

Además no negamos que la esplicacion de las verdades cristianas, y su enseñanza en el púlpito sirve de instruccion á los fieles. ¿Pero bastará presentarlas á la consideracion del auditorio, y que este las aplique segun le parezca? ¿Bastará despues de haberlas espuesto decir á los oyentes, como conclusion del discurso: «Conformad vuestras acciones con las verdades que habeis oido?» ¿Bastará disertar sobre cualquiera punto de nuestra religion como se hace en una academia en la que no se trata de interesar el corazon, sino de ilustrar la inteligencia? De ninguna manera. El predicador debe descender á hacer la aplicacion de las verdades que predica, guiado por un conocimiento de las necesidades de su auditorio, y del corazon humano, cuyos resortes debe tocar para conmoverlos. El predicador no debe perder de vista ni un solo instante en todo su sermón á sus oyentes, pues á ellos, y para ellos habla á fin de escitar sus afectos, y las aplicaciones de su doctrina deben ser frecuentes porque estas afectan hondamente al auditorio. El predicador en fin no ha de estenderse en frios razonamientos, sino ajustar estos á la práctica, á los casos particulares que sean convenientes á los que le oyen.

No parece sino que ciertos predicadores se desdeñan de descender á ese terreno práctico, y como que se rebajan no hablando sino en teorías generales; quieren mas bien pasar por maestros, ostentando una erudicion pomposa, que presentarse en el púlpito como padres llenos de caridad y de afectuosa ternura que saben las necesidades de sus hijos, y tratan de darles los consejos mas útiles y propinarles los medicamentos mas saludables, segun las enfermedades del

alma que padecen, haciendo aplicacion de aquellos segun y como convenga.

Esos predicadores no siguen ciertamente á nuestro divino y celestial Maestro, que á cada enfermedad del espiritu, á cada necesidad que encontraba aplicaba el oportuno remedio con entrañas de misericordia; conducta que han observado los Padres de la Iglesia en sus enseñanzas, especialmente San Juan Crisóstomo, en cuyos discursos se deja ver esa aplicacion práctica de que venimos ocupándonos. ¿Cómo han de llegar á la conmocion de los afectos, fin importante de la elocuencia sagrada, encastillados en esas abstracciones filosóficas de las que nunca descienden para entrar en el campo de las acciones humanas, en la aplicacion de sus teorías (por otra parte muy buenas) á la moralidad de sus oyentes? No se esperen de tales predicadores con sus proposiciones vagas, con sus frases pomposas é ininteligibles muchas veces, con sus conceptos indeterminados y generales aquellas emociones vehementes, que conmueven el corazon y preparan el camino del arrepentimiento, hasta llegar á la verdadera conversion; emociones que escita el misionero introduciéndose en la vida moral de sus oyentes, obrando continuamente sobre su corazon hasta conmoverlos victoriosamente con su eficaz elocuencia para que arreglen sus costumbres y operen su conversion.

Bien se comprenderá que no queremos dar á entender que se desee de los discursos sagrados la enseñanza de las verdades católicas, y sus provechosas máximas; así lo dejamos consignado explícitamente en la leccion VI; cuando hemos dicho que «la instruccion debe ser como el cuerpo, la sustancia del discurso.» Pero esto en manera alguna se opone á que «el predicador, á ejemplo de San Pablo, como dice el P. Granada; debe hacerse un todo para todos para hacer salvos á todos. Procure pues aterrar á unos, alentar á otros, consolar á aquellos, esto es, á los que gimen oprimidos de varias calamidades y trabajos; y habiéndose escrito todo lo que está escrito para nuestra enseñanza y para que por la paciencia y consolacion que nos dan las escrituras tengamos esperanza en Dios; confirme á los justos, levante á los caidos, anime á los cobardes, estimule á los que corren, á los obstinados en sus maldades amedrén-

telos con el temor del divino juicio, y á todos y á cada uno de por sí aplique las medicinas que convengan para su salud.»

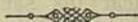
Para esto bueno será que recomiende frecuentemente á su auditorio las prácticas piadosas, á ejemplo de San Alfonso Ligorio. «Yo os encargo sobre todo, escribia á un predicador, que insinueis á vuestros oyentes la necesidad de las prácticas piadosas que facilitan el medio de mantenerse en estado de gracia, como de tener gran cuidado de no fijar sus miradas sobre objetos dañosos; de huir las ocasiones conversando con personas de otro sexo, ó frecuentando malas compañías; de practicar los sacramentos; de oír misa cada día, cuando fácilmente se pueda hacer; de entrar en alguna congregacion; de hacer oracion mental, y leer con fruto libros espirituales; de visitar al Santísimo Sacramento, y á la Virgen Maria. Recomendad la sumision á la voluntad de Dios en la adversidad, porque en esta sumision consiste nuestra salud. Exhortad á vuestros oyentes á recurrir todos los dias á Jesus y á Maria para obtener la perseverancia, sobre todo cuando sobrevienen las tentaciones; y principalmente haced gustar al pueblo la oracion, este gran medio de salud del que casi siempre se descuida hablar, porque bien sabido es que por la oracion obtenemos todos los bienes.»

Piense bien el predicador sobre estos consejos saludables; tenga presentes estas advertencias en la invencion de sus argumentos y de la doctrina que ha de predicar; póngalas en ejercicio, y prométase desde luego abundantes frutos de santificacion y aprovechamiento espiritual de sus discursos que serán entonces eminentemente evangélicos.



LECCION XI.

Oportunidad en la invencion.



Sin embargo de que ya dejamos indicado en la leccion V algo relativo á la oportunidad de la invencion, siendo esta materia de suma importancia, no queremos omitir algunas otras advertencias sobre la misma. Dijimos entonces que en la invencion habia que considerar *el tiempo y el lugar* en que ha de hablar el predicador; *el asunto* de que ha de hablar, y lo que se debe *á sí mismo y á sus oyentes*, y sobre estos tres puntos pasamos á hacer algunas ligeras indicaciones, que nos harán conocer todavia mas la necesidad que tiene el predicador de consultar la conveniencia y oportunidad en sus discursos, para que produzcan el efecto que es de apetecer.

Oportunidad relativa al tiempo y al lugar.—Jamás debe olvidar el orador sagrado que en su predicacion está llamado á obtener todo el fruto que le sea posible para el mejoramiento y santificacion del pueblo á quien dirige la palabra. Esta consideracion importante le debe hacer que tenga presentes las circunstancias en que predica para que ajuste su sermon á ellas.

Con efecto: la Iglesia tiene instituidas diferentes solemnidades en su culto que están en armonia con los misterios sagrados que recuerda al pueblo, ó con la materia que quiere sea objeto de sus meditaciones. En cada una de esas solemnidades se le ve variar sus ceremonias, sus cánticos, el color de sus ornamentos; ora se la oye gemir con Jeremias y vestirse de luto en tiempo de Cuaresma,

para invitar á sus hijos á la penitencia; ora repite con los ángeles una *alleluya* de gozo durante el tiempo pascual para que los fieles se alegren en el Señor, y dilaten su corazon con la esperanza y la gratitud; ya entona tristes y melancólicas endechas en el oficio de difuntos, recordando á los vivos los tormentos de los que murieron en el Señor, y se hallan detenidos en el lugar de la expiacion, para que los socorran con sus sufragios; ya celebra con santas alegrías la memoria de los elegidos de Dios, y su bienaventuranza en el cielo, para que los viadores aspiren á tanta gloria, y la consigan imitando sus heróicas virtudes; ya en fin, como madre llena de ternura, y sabia y solícita maestra reúne á sus hijos con este ó con aquel motivo para adoctrinarlos en la ciencia de la salvacion, y nutrirlos con las máximas del Evangelio, para que no sean como niños que fluctuan á todo viento de doctrina, y adelanten en el camino de la salvacion.

Todo esto dice al predicador que debe atemperarse en sus discursos á tan sabia economia, eligiendo para ellos aquellas materias que secunden las intenciones de la Iglesia en sus diversas solemnidades. Penétrese el orador sagrado del espíritu de esta Madre en el asunto que la misma pone cada d'a á la consideracion de los fieles, y tendrá mucho adelantado para que sea escuchado con atencion y benevolencia. Por el contrario, si por singularizarse busca asuntos que no están en relacion, sino muy remotamente, con esas solemnidades, no ha llenado su mision. El auditorio está dispuesto á oir de boca del que anuncia la palabra de Dios las enseñanzas que prácticamente le ofrece la Iglesia en su culto cada dia; y cuando encuentra burladas sus esperanzas; cuando una cosa dice ese culto, esas prácticas piadosas, esas ceremonias representativas del misterio ó asunto que se celebra, y otra cosa se le anuncia en el púlpito, por buena que sea le hace distraer su atencion. No elija pues el predicador generalidades donde lucir sus conocimientos, ó hacer brillar un trabajo preparado con mucha anticipacion sin objeto determinado que, por bello que sea, no es oportuno en cuanto al lugar y al tiempo en que lo predica; debe pues ceñir su trabajo á la actualidad, sin temer que le falte campo donde estenderse, pues todos los asuntos de la religion son demasiado estensos y fecundos para la

elocuencia, y esta le servirá tambien, ayudada del ingenio, para no encerrarse en un círculo de hierro.

Oportunidad relativa al asunto.—El predicador, ó tiene facultad de elegir el asunto de que va á hablar, ó tiene que hacerlo de un asunto dado; pero en uno y otro caso tiene lugar la invencion. En el primero ejerce esta respecto á la materia; en el segundo con relacion á la forma, ó á la manera de presentar su asunto; en ambos casos debe ser oportuno. Ya dijimos en la leccion citada la conveniencia de elegir asunto arreglado á las necesidades y condiciones del auditorio. Tenga presentes el predicador esas condiciones y esas necesidades, y conseguirá abundante fruto. El médico elige entre los medicamentos de que puede disponer los mas directos para curar su enfermo; el maestro busca las enseñanzas mas provechosas segun el grado de capacidad de sus discípulos; maestro y médico de las almas es el predicador, y debe emplear en el púlpito la misma economia que aquellos en sus respectivas profesiones, si ha de acertar y obtener buenos resultados.

En cuanto á la manera de presentar su asunto tiene mucho que hacer, si ha de ejercer con provecho su sagrado ministerio. Todas las materias de nuestra santa religion son dignas de atencion y de respeto, todas tienen un poderoso ascendiente en el corazon humano, como que están relacionadas con los buenos instintos del hombre. Esto no obstante, si el predicador no estudia el modo mas conveniente de esponerlas, segun las circunstancias en que predique; si no lo hace con la oportunidad que debe, no obtendrá los resultados que eran de esperar. Por ejemplo: «la penitencia cristiana, dice el doctor Audisio, considerada groseramente como se hace en el mundo, en su parte material y exterior se halla toda erizada de cilicios, de ayunos, de privaciones de todo género; al contrario, considerada de una manera mas íntima y bajo el aspecto de las consolaciones interiores que ella saca de la gracia, y de la cruz de Jesucristo, es el mas puro, el mas esquisito alimento de las almas que miran como la mas grande de las dichas sufrir alguna cosa por este divino Maestro, y de asemejársele en sus sufrimientos, á fin de tener parte un dia en su gloria. Aqui vemos la diferencia de sensaciones que puede producir el predicador en su modo de presentar una misma materia.

Además, ¿cuántas veces un predicador no saca el partido que debe de su predicacion, ya por no profundizar el asunto de que se ocupa, ya por exagerarlo demasadamente? En el primer extremo deja mucho que desear á su auditorio, que no se ve satisfecho del manjar saludable de la divina palabra, porque no se le ha reparado cuanto debia, esto es, ó no se le ha instruido, ó no se le ha deleitado, ó no se le ha conmovido suficientemente, y no llenando estos fines de la elocuencia sagrada quedan sin fruto los esfuerzos del orador evangélico. En el segundo extremo, en vez de atraer á sus oyentes con la dulzura de su palabra, con los consuelos y esperanzas que derraman en el corazon los testimonios de Dios, por la exageracion ha producido todo lo contrario, se ha enagenado la voluntad de los que lo escuchan, y muchas veces ha producido el descontento y tal vez la desesperacion; y esto ha dependido de que la manera con que ha tratado su asunto es inconveniente, es inoportuna, y por consiguiente agena del púlpito, de lo cual volveremos á ocuparnos.

Oportunidad con relacion al predicador y á su auditorio.—Es tan delicada la mision del orador evangélico, que aun predicando las mismas verdades el jóven que el anciano, el simple sacerdote que el sacerdote constituido en alta dignidad, unos y otros deben atender á su edad, á su posicion y condiciones especiales para predicar oportunamente. El anciano predicador revestido de la dignidad que dan los años puede usar de conceptos mas tiernos, de palabras mas cariñosas y dulces que el jóven; como que esa misma ternura y afectuoso cariño sientan perfectamente en un hombre en quien se halla reunida la esperiencia de los años, y la autoridad para espresarse con la noble franqueza de un padre entre sus hijos. Asi como esos mismos conceptos y esas palabras se despegan, en cierto modo, de un jóven que parece no hallarse autorizado para dirigir las á su auditorio; por mas que se halle por otra parte caracterizado con la dignidad sacerdotal. Hay ciertos discursos que se avienen perfectamente, por ejemplo, al párroco en su parroquia, y que otro sacerdote pronunciándolos no haria en su auditorio el buen efecto que aquel hace. Por esto cada uno debe atemperarse á su propio carácter, y al puesto en que se halla colocado para predicar conve-

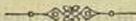
nientemente, aunque como hemos dicho todos prediquen las mismas verdades.

Con respecto al auditorio debemos decir que el predicador ha de tener en cuenta no solo la capacidad de sus oyentes, sino hasta el carácter y especiales condiciones de los mismos. San Pablo en su carta á San Timoteo (1.^a cap. 5), hasta hacia diferencia de edades y sexos para que con arreglo á esas cualidades dispusiese sus enseñanzas y exhortaciones. «No increpes al anciano, le decia, sino amonéstale como á padre, á los jóvenes como á hermanos, á las ancianas como á madres, y á las jovencitas como á hermanas con toda castidad.» Tal debe ser el tacto con que el predicador ha de tratar las santas verdades que está encargado de anunciar, considerando á su auditorio. «Hay oyentes susceptibles, dice un escritor, que quieren ser tratados con delicadeza, y estos necesitan el lenguaje de la dulzura y de la condescendencia; hay otros á los que es mas útil hablarles con vigor, y sin rodeo, y para ellos es necesario el lenguaje de la firmeza y de la autoridad. San Pablo predica ó aconseja la dulzura á Timoteo, porque este tenia un natural ardiente y tenia que gobernar á los de Efeso, pueblo delicado y sensible que era preciso contemplar; en tanto que exhorta á la firmeza á Tito, porque este estaba dotado de un natural dulce, y debia dirigir á los de Creta, pueblo indómito y grosero, que era necesario reprimir severamente. En fin es preciso atender al espíritu y á la posicion de los oyentes, hablando un lenguaje mas sencillo con los sencillos, un lenguaje mas elevado con los espíritus mas cultos, un lenguaje de insinuacion con los espíritus altivos ó prevenidos, un lenguaje mas reservado con los grandes y los ricos del mundo, sobre todo si se quiere explicarles sus deberes, echarles en cara sus vicios, su lujo, su ambicion.

Tales son las advertencias que hemos creido conveniente indicar, para que el predicador no las pierda de vista en la invencion de sus argumentos y de las materias que ha de tratar en la cátedra del Espíritu Santo; advertencias tomadas de la esperiencia, del conocimiento del corazon humano, y de la práctica de los Santos Padres en sus discursos.

LECCION XII.

Precauciones oratorias.



Nos creemos en el deber de advertir á los jóvenes que se dedican á la delicada carrera de la predicacion todo lo que pueda contribuir á que llenen debidamente ministerio tan sagrado; y hé aqui por qué, despues de esponer algunas observaciones acerca de la oportunidad en la invencion, nos vamos á ocupar de las precauciones que deberán tener presente en la misma. Las precauciones oratorias no son otra cosa, segun Rollin, que *«ciertos miramientos que el orador debe tener para no herir la delicadeza de aquellos á quienes habla; y como ciertos rodeos estudiados, diestros é insinuantes de que se sirve para decir ciertas cosas que de otra manera parecerian duras y chocantes.»*

No se entienda por esos miramientos aquella culpable condescendencia que el miedo, los respetos humanos, ó los intereses viciados y mezquinos podrian inspirar al orador cristiano, para neutralizar aquel santo celo y firmeza apostólica que recomendaba San Pablo á Timoteo con estas palabras: *Argue, óbseca, increpa*, y que habia mandado á su discípulo Tito con estas otras: *Argue cum imperio*. Esa condescendencia es una cobardia punible que se arredra ante las insensatas murmuraciones, ante las recriminaciones apasionadas y las amenazas de los malos cristianos, y que ¡ojalá jamás llegue á apoderarse del ánimo de los continuadores de la obra de santificacion que, á despecho de todos los obstáculos que suscitó el infierno y las

miserias de los hombres, comenzaron los Apóstoles de Jesucristo, y han continuado los Santos Padres de su Iglesia. En tanto que las precauciones que aconsejamos las dicta la prudencia; las vemos practicadas por los hombres mas eminentes del cristianismo, y las sanciona la misma religion.

En efecto: oigamos como habla de estas precauciones un escritor entendido; y despues de oirlo fijemos las reglas mas necesarias para usar de ellas, tratando de la invencion de los argumentos: «El predicador tiene que hacerse una pregunta preliminar, dice M. Hamon; ¿mis oyentes, en la disposicion en que se hallan, se aprovecharán de tal verdad que me propongo anunciarles, ó de tal aviso que les quiero dar? ¿De que servirá mi discurso? ¿*Cui bono?* Si él no puede prudentemente esperar un feliz resultado, debe omitir aquel asunto, y esperar á un momento favorable para tratarlo, segun estas palabras del Salvador: *Habeo multa dicere vobis, sed non potestis portare modo*, y limitarse por entonces á instrucciones que oigan de buena gana, y que los dispondrán para escuchar mas tarde verdades severas. Obrar de otra manera, y decir fuera de tiempo ciertas verdades, seria un trabajo perdido; como cuando el médico prescribe remedios á un enfermo que no está dispuesto á tomarlos; seria todavia peor; se provocaria el descontento y la murmuracion; se aumentaria el mal que se intentaba destruir. El discurso puede ser excelente en sí mismo y producir mucho bien pronunciado en circunstancias favorables; pero dirigido á un auditorio mal preparado, no produce sino un efecto fatal, como la misma yerba que nutre á algunos animales, y hace morir á otros, ó como el medicamento que cura una enfermedad, y aumenta otra. Si un sacerdote, por ejemplo, recién llegado á una parroquia para ejercer el ministerio pastoral, ó predicar por algun tiempo, comienza por clamar acremente contra los desórdenes, y tratar asuntos terribles, los feligreses, no dispuestos á estos arranques violentos, se prevendrán desfavorablemente, y no verán en él sino un hombre duro que no sabe guardar miramientos; en tanto que si él hubiera comenzado por asuntos dulces, halagüenos, y reservando las verdades fuertes para su tiempo, cuando les hubiera ganado la confianza, habria salido perfectamente.»

En vista de estas juiciosas reflexiones, y en la imposibilidad de

ocurrir á todos los casos especiales que en esta importante materia pueden presentarse, procedamos á dar las reglas que dejamos indicadas acerca de las precauciones oratorias. Primeramente es necesario que el predicador use en todo su lenguaje de un gran fondo de buen sentido, y deje ver un grande aprecio hácia sus oyentes. Consiste lo primero en presentar las verdades y las máximas que anuncia como las mas autorizadas, las mas racionales y convincentes; y entonces es difícil que á este buen sentido se contradiga por su auditorio, toda vez que la verdad lleva en sí un atractivo irresistible, mayormente si esta se hace ver con la calma y la moderacion que la caracteriza.

Además, la manifestacion de aprecio al auditorio previene tanto en favor del predicador, lo interesa de una manera tan eficaz en el concepto de sus oyentes, que tiene mucho adelantado para inculcarles los severos testimonios de Dios que condenan sus extravios, sus errores y malicia. En esta parte ha de procurar no hacer ver que todos los que lo escuchan son culpables de los pecados que condena, pues así lo exige la razon y la justicia; porque sabido es que, si todos es verdad que somos culpables delante de Dios, no todos lo somos de los mismos pecados.

Un bello modelo de estas precauciones nos ofrece San Pablo, quien en sus admirables epístolas deja ver la consideracion y cariño que le merecieran los fieles á quienes las dirige; estas entre otras son sus palabras, que nunca deberemos olvidar: *Cor nostrum patet ad vos, ó Corinthii, cor nostrum dilatatum est. Non angustiamini in nobis..... non ut confundam vos hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo..... filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis..... Testis est mihi Deus quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi. Æmulor vos Dei æmulatione. Cupidè volebamur tradere vobis, non solum evangelium Dei, sed etiam animas nostras, quoniam charissimi nobis facti estis.* Este lenguaje tan dulce, tan espresivo y sincero tiene un ascendiente poderoso sobre el corazon, y es capaz por sí solo de suavizar á los mas obstinados, predisponiéndolos á que lo escuchen con ánimo de aprovechar, pues revela el interés paternal que el predicador se toma por sus oyentes.

2.^a Regla.—El orador sagrado, al pensar sobre los argumentos y el lenguaje que ha de emplear, debe ponerse en lugar de sus oyentes. Esta precaucion le dará magníficos resultados, pues podrá preguntarse á sí mismo: Si yo me hallase preocupado con este error, ó estraviado con esta ó aquella pasion, ¿cómo desearía que se me hablase? ¿qué razones serian mas adecuadas para persuadirme, y qué consejos, y qué afectos mas á propósito para conmovirme? La respuesta á estas preguntas, dada en la calma de las pasiones en que se supone al predicador, y compadeciéndose al mismo tiempo de los que ignoran y yerran, será la mejor guia para escogitar argumentos ó pruebas que, sin dejar de ser fuertes, no tengan la acritud que exacerba los ánimos, y muchas veces lleva á la obstinacion ó al desprecio. ¡Qué fácilmente podrá entonces el predicador, colocado en la clase ó en el número de los oyentes, escoger las palabras mas convenientes para insinuarse en el ánimo de los que lo escuchan! pues preciso es convenir en que estudiándonos á nosotros mismos estudiamos á los demás, y con los resortes que son bastantes para movernos, rara vez dejan de mover á los otros; asi lo ha dicho el Espíritu Santo con estas palabras del Eclesiástico: *Intellige quæ sunt proximi tui ex teipso.*

3.^a Regla.—Además de no desatender lo que nos preceptua la regla antecedente, hay necesidad de que el predicador comience en la invencion por entrar en el espíritu y en los sentimientos de sus oyentes. Cuanto mas se acerque al conocimiento de estas disposiciones; cuanto mejor se penetre de ellas, tanto mas directas serán sus enseñanzas y mas eficaces las máximas de moralidad con que hable á los corazones; como que esas disposiciones han de servirle de punto de partida para atraerlos al fin que se proponga. Esta era, dice un escritor, la táctica del abate Polignac, despues cardenal, en sus conferencias con el Papa Alejandro VIII. «Comenzais siempre, le decia el Papa, por pensar como yo, y acabais por hacerme pensar como vos.»

Esta conducta del predicador lo conducirá á ganar el corazón de sus oyentes por la reciprocidad de sentimientos y de ideas que estos encontrarán en él. Asi es que si se trata, por ejemplo, de consolarlos, hallándose afligidos, tendrá buen cuidado de no aparecer

alegre y placentero, ni en sus conceptos, ni tampoco en sus palabras; lo contrario seria enagenarse su atencion y benevolencia, y ofenderlos; debe mostrarse triste como ellos, compartir su dolor, como un padre que toma parte en las aficciones de sus hijos, y hacerles entrar poco á poco en los sentimientos de consuelo que deberán ser en tal ocasion el fin de su discurso.

4.^a *Regla.*—Cuando el predicador ha de hablar de hechos que puedan herir las susceptibilidades del amor propio, ó lastimar las preocupaciones ó juicios anticipados y el espíritu de partido, necesita mucha destreza y tacto para elegir aquello que sea honroso y que pueda escusarse por algun motivo justo, y disimular lo que sea vituperable. Para esto emplee los medios que le ofrezca su ingenio, pero cuidando de no faltar á la verdad; mas si no se le ocurren esos medios á propósito, mejor será que omita hablar de ello, antes que sus labios se manchen con la mentira. Imite pues en esa destreza al artificio de la pintura que para ocultar la deformidad de un semblante inventa el arte del perfil. De esto, entre otros oradores, nos ofrecen bellos ejemplos Bossuet, en la oracion fúnebre de Condé; Flechier, en la de Turena; Frayssinous, en las del mismo Condé y de Luis XVIII.

5.^a *Regla.*—Si se ha de predicar de verdades morales que tengan alguna cosa de dificultoso para el auditorio, ó hacer á este convenciones, ó dar avisos delicados, es necesario aducir lo que haya de decirse, de manera que sin alterar la verdad, lo cual seria un crimen, se proponga el asunto bajo una forma interesante que le quite aquella amargura y acritud que lo harian mas difícil de aceptar.

Para esto indican los retóricos varios medios; unas veces se modifica esa acritud, valiéndose de aquella cortesania que, sin ofender la verdad y la dignidad misma del púlpito, hace que las cosas mas duras aparezcan suavizadas por cierto carácter dulce, como hizo el Apóstol en su admirable discurso al Areópago, donde, hablando hasta en la idolatria de los atenienses materia para el elogio, y una disposicion para el Evangelio, les alabó su carácter religioso; y de aqui por una transicion tan delicada como natural, tomó ocasion para predicarles á Jesucristo, al *Dios desconocido* que ellos

adoraban. Otras veces se convierten las reprensiones ó reconven-
ciones en un elogio disfrazado, como hace Demóstenes cuando re-
conviene á los atenienses de no mostrarse dignos de sí mismos,
dignos vencedores de Salamina y de Maraton, diciéndoles: «Todos
los días venis á la plaza á preguntar ¿qué hay de nuevo? Y qué
mas novedad que ver un pueblo, como el ateniense, próximo á ser
invadido y avasallado por Filipo?»

Tambien es conveniente que el predicador alguna vez se ponga
en el número de aquellos á quienes intenta corregir, y se aplique á
sí mismo las enseñanzas y reprensiones que da á sus oyentes, para
que de este modo aparezcan menos acres. Un ejemplo de esta con-
ducta, muy frecuente en los oradores evangélicos, nos ofrece Masi-
llon en el sermon del martes de la primera semana de Cuaresma,
sobre el respeto de los templos, cuando queriendo dar á los segla-
res una leccion importante sobre esta materia, la aplica por inci-
dencia á los sacerdotes y á sí mismo, haciéndola de este modo me-
nos dura, sin dejar por ello de ser vehemente y enérgica. Estas son
sus palabras, hablando del comportamiento inmodesto de las muje-
res en los templos: «Por eso queria el Apóstol que las mujeres cris-
tianas entrasen en el templo cubiertas con un velo, por causa de los
ángeles, esto es, de los sacerdotes que en él están continuamente
presentes delante de Dios, y cuya inocencia y pureza debe igualar
á la de los espíritus celestiales. Es verdad que en esto nos avisais
tambien ¡oh Dios mio! cual deba ser la santa gravedad, y el invio-
lable recogimiento de vuestros ministros en nuestros templos; que
nosotros debemos tener aqui grabado en nuestra frente el santo
terror de los misterios que ofrecemos, y el vivo é íntimo conoci-
miento de vuestra presencia; que solamente con el espectáculo de
nuestra modestia debemos aqui inspirar respeto al pueblo que nos
rodea; que cuando estamos en el altar ocupados del santo ministe-
rio, no debemos manifestarnos mas enfadados, mas distraidos, y
mas precipitados que la misma multitud que aqui asiste, y no auto-
rizar sus irreverencias con las nuestras. Porque ¡oh Dios mio! la
desolacion del santo lugar empezó por el mismo santuario; en él se
debilitó el respeto de los pueblos por no haber mantenido la santa
gravedad del culto y la majestad de las ceremonias; y vuestra casa

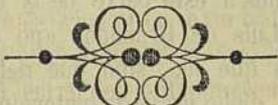
no empezó á ser lugar de disolucion y de escándalo, hasta que vuestros mismos ministros la hicieron casa de negociacion, de impacionia y de avaricia. Pero, católicos, aunque nuestro mal ejemplo autorice vuestras profanaciones no las escusa.»

Además es conveniente mezclar con las reprensiones justas y necesarias alguna excusa que atenué la falta, y así aparecen aquellas menos rígidas y duras. Este no deja de ser un medio muy oportuno para hacer que los oyentes mismos se confiesen culpables, acaso con mas severidad que el mismo predicador lo hubiera podido exigir. Así lo vemos practicado por San Pedro, hablando á los judíos, quien para disminuir la culpabilidad del horrible deicidio que habian cometido, por no ponerlos en ocasion de que cayesen en el abismo de la desesperacion, les dice de este modo: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri.... Pœnitimini igitur, et convertimini, ut deleantur peccata vestra.* Y nuestro mismo celestial Maestro emplea este medio eficaz cuando para atenuar el delito de los que lo crucificaron, pronunció aquellas memorables palabras: *Nesciunt quid faciunt*, que oyeron sus verdugos.

Puede tambien el predicador, sin dirigirse directamente á los predicadores en algunos casos, limitarse á lamentar en general tal ó cual desórden, dejando á cada uno que se aplique la parte de censura que le corresponda; pero esto no lo hará siempre, atendiendo á lo que hemos dicho en la leccion X sobre esta materia. Por último, procure revestir sus pensamientos de ciertas formas de urbanidad, cuando aquellos aparecen demasiado duros, como estas ú otras semejantes: «Permitidme que os diga esto, etc.—Siento contristar vuestro espíritu; pero el interés de vuestras almas me hace hablar de este modo.—No insistiria en esta materia enojosa, pero el deber sagrado de mi ministerio me impulsa á ello, etc. etc.» El P. Señerínos da un ejemplo de estas formas cuando dice, usando de esta caritativa moderacion: «Yo no quiero ofenderos, M. H., y me seria mas dulce alabaros que vituperaros. Sé que hay muchos entre vosotros que se cuidan de desarraigar el vicio por el celo, y hacer germinar la virtud por el ejemplo; ¿pero estos son en gran número? Yo apelo á vuestra conciencia; ¿no os ha echado en cara haber ridiculizado alguna vez á los jóvenes que desdorean vuestras reunio-

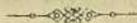
nes y rehusan vuestros juegos, cifrando sus delicias en ocuparse con Dios en nuestras iglesias? etc.»

Estas son las principales precauciones que el orador sagrado debe tener presentes cuando trate de la invención de sus discursos, de las que debe usar, según su discreción, y atendidas las especiales circunstancias en que se encuentre; seguro de que ellas, no siendo estremadas hasta contemporizar con el pecado y sus fautores, le producirán **grandiosos** resultados en bien de las almas.



LECCION XIII.

Sermonarios.



Entendemos por sermonarios *toda coleccion de discursos sagrados ó sermones que se hallan impresos, y que son de autores de buena nota.* Aunque propiamente dicho no son lugares de la invencion para que el predicador recurra á ellos á tomar argumentos para sus discursos; sin embargo, bueno será que sepamos qué uso debe hacerse de ellos, pues en cierta manera no puede decirse que son absolutamente agenos á esta parte de la elocuencia; toda vez que segun dice Fray Luis de Granada, «no debe contentarse el predicador solo con lo que lee, sino que debe aprovecharse de cuantas cosas hubieren dicho grave y sentenciosamente otros, sean predicadores ó personas de cualquier clase. Asi con este cuidado y diligencia poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de algunos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias esquisitas.»

Si hubiéramos de considerar los sermonarios con relacion á aquellos predicadores improvisados, que, sin otros estudios de oratoria y sin mas recursos que su arrogancia se lanzan á la carrera del púlpito, diriamos que para ello los sermones impresos lo deberian ser todo. Es sensible por demás que multitud de sacerdotes, sin los conocimientos necesarios para la composicion de un sermón; sin haber visitado las aulas, y sin nociones algunas de la oratoria sagrada se atrevan á escribir sermones, ó discursos que llaman ser-

mones. De aqui resulta que su invencion se limita á copiar este ó aquel párrafo de un libro que les pareció bueno para el fin que se proponian; valerse de esta ó aquella descripcion que les pareció arrebataadora en los autores profanos que leyeron; usar de algunas figuras retóricas sin concierto ni conveniencia; y todo ello zurcirlo de manera que resulta una oracion monstruosa que, lejos de edificar en el pueblo, destruye. Si escribiéramos para estos les aconsejariamos con toda la sinceridad de nuestro corazon que, mas bien que escribir sermones, los aprendiesen rigurosamente de memoria, tomándolos integros de los sermonarios. Esto les evitaria un trabajo infructuoso en la composicion, y redundaria en grande utilidad de los fieles; pues predicaban una doctrina suficientemente sancionada que salió de los labios autorizados de aquellos hombres que se distinguieron, generalmente hablando, en la carrera del púlpito.

Mas como quiera que hemos de ocuparnos de los sermonarios con respecto al uso que de ellos puedan hacer los que se dedican al estudio de la oratoria sagrada, nuestras advertencias sobre este particular serán otras. Sabemos que legitimamente no puede usarse del trabajo de otro; pero entonces diremos con el abate Dieulin: «El pasado de nada serviria al porvenir y el genio de cada hombre se consumiria en el círculo estrecho de la individualidad, en lugar de componer un tesoro comun donde vendrian á tomar los que han sido menos enriquecidos con los dones de Dios.» Afortunadamente no sucede asi en las letras, en las ciencias, en las artes, ni en todo aquello que se refiere á la religion. Concretándonos al objeto de esta leccion, diremos que aquellos eminentes oradores que brillaron en la carrera del púlpito, no solamente adquirieron gloria para si, y fueron útiles con sus enseñanzas á sus contemporáneos, sino que tambien, publicando sus escritos, han hecho un gran beneficio á los que les han sobrevivido; pues les han servido como de guias en esa difícil senda, y les han legado lecciones altamente provechosas para conducirse en la misma.

Los sermonarios, pues, es preciso convenir en que son útiles de diferentes maneras. Primeramente sirven como tipos de imitacion. No hablamos de aquella imitacion servil, llevada al extremo de querer copiar exactamente los modelos que se nos presentan, prescin-

diendo de que estos tengan ó no analogia con nuestro genio y con nuestro carácter. Hablamos de aquella imitacion noble y racional que consiste en hacer plegar el genio de los buenos autores á nuestro genio, sin que jamás el nuestro se plegue al suyo, y que no puede cohonestarse con el plagio, grande inconveniente que se ofrece al paso del desarrollo de la inteligencia empleada en la composicion de un discurso sagrado. No busque por lo tanto el predicador en los sermonarios oraciones retóricas que predicar; busque solamente en ellos buenos modelos que serán mas eficaces que todos los preceptos. Del estudio de esas obras, estudio que no debe hacerse en un caso dado, porque esto mas bien haria daño que provecho, sino con antelacion suficiente, obtendrá el predicador las ventajas de conocer los esplendores de la elocuencia, y podrá perfeccionar su gusto; se familiarizará con el espíritu de método y de análisis; hallará los medios fáciles de dar giros variados á sus pensamientos, y desenvolver estos con gracia y energia, pues en esas obras maestras verá puestas en ejercicio todas las reglas que le ha enseñado la oratoria.

Son útiles además los sermonarios para hallar en ellos una multitud de ideas morales y religiosas aplicadas á casos prácticos; ingeniosos y bien acabados planes de sermones; bellezas sin cuento esparcidas en esas composiciones magníficas. Son una rica mina que el predicador puede explotar para formarse á si mismo el talento de la palabra, como dice un escritor; son una vasta pradera, donde las flores ofrecen la miel de su cáliz á la abeja laboriosa que sepa recibirla. Allí hallamos, continúa el mismo, con los secretos del arte aquella noble sencillez, aquella grandeza, aquel brillo, aquella armonia del estilo que encantan, arrastran y parecen invitarnos á tomar la pluma para ensayarnos á seguir en su vuelo á esas águilas de la elocuencia. Además dominan el patético y las pasiones oratorias puestas en juego con una vehemencia templada por la discrecion. ¿Puede encontrarse una escuela mejor que la de esos hombres eminentes que han recorrido su carrera con tanta gloria?

A medida pues que el predicador se ejercita en el estudio de los sermonarios, se le ve perfeccionar su gusto; adquirir mas facilidad para espresar sus pensamientos; las teorías que la oratoria le habia

enseñado y que le parecían abstractas, y hasta cierto punto de difícil ejecución, se le presentan ya menos áridas y realizables; y como que se siente animado de cierta confianza para decidirse á escribir, siguiendo la senda que le han trazado los célebres oradores en sus obras de sermones; mayormente si para ese estudio ha consultado no muchos sermonarios, sino aquellos mas acomodados á su genio, á su capacidad, y que se adaptan mas á su carácter y especiales circunstancias.

En efecto: entonces, el predicador suficientemente nutrido de las materias propias de la elocuencia del púlpito, y penetrado al mismo tiempo de las formas y del estilo de los autores de sermones que ha leído, combina el plan de sus discursos con menos trabajo; comienza á ensayar sus propias fuerzas, sin perder de vista lo que ha visto practicado, y confia á la pluma el fruto de sus inspiraciones. Pero tambien entonces suele hallarse entre dos escollos igualmente funestos que debe procurar evitar. Estos son querer imitar exactamente el estilo y las formas que ha estudiado, y en tal caso se encuentra con frecuencia embarazado, pues no permite el vuelo necesario á su genio, ó se suele desanimar, viendo que escribe demasiado sin verse satisfecho. En cuanto á lo primero procure desembarazarse de esa necesidad servil que él mismo se ha impuesto, creyendo con equivocacion que todo lo ha de imitar escrupulosamente, y esto, lo repetimos, lo llevaria á matar su genio. Los modelos en elocuencia no son para vaciar en ellos con tanta escrupulosidad los pensamientos; sirven para asimilarlos, sin poner trabas á la inteligencia. Respecto á lo segundo, tenga entendido el predicador que no con un solo sermón, ni aun con muchos sermones, podrá contentar sus deseos; necesita escribir mucho para llegar á escribir bien. ¡Cuántas veces hemos visto á nuestros mas aventajados discípulos desanimados, porque sus primeros ensayos en la composicion no correspondian á los buenos modelos que habian estudiado! y sin embargo, haciéndoles estas mismas reflexiones y empleando por su parte el trabajo y la constancia, se han alentado, llegando á ver realizadas en gran parte sus buenas y loables esperanzas.

Debe cotejarse despues la composicion que se ha hecho con otra de análogas condiciones, y de idéntico asunto entre las muchas que

ofrecen los sermonarios, para apreciar mejor los resultados que ha dado el trabajo que se prestó, y no porque se halle desemejante ha de inutilizarse. Si esa desemejanza consiste en defectos que se hallen en oposicion con los preceptos esenciales de la retórica corrijanse en buen hora, y téngase esto presente para evitar en otra ocasion tales defectos. Pero si la desemejanza es debida á otras causas accidentales, ya hemos dicho que no vamos á modelar nuestros pensamientos rigurosamente por los pensamientos de los demás; esto equivaldria á tener la absurda pretension de que todos los sermones fuesen iguales. El campo de la elocuencia es tan estenso como la inteligencia en sus legítimas creaciones, y ese campo ofrece frutos y flores diversas que todas son útiles y agradables por su misma variedad.

Inferimos de lo dicho en esta leccion que los sermonarios son útiles y hasta necesarios, si atendemos á que el predicador que carece de conocimientos para escribir, puede y debe estudiarlos para predicarlos integros; toda vez que esto es preferible mil veces á tomar la pluma para escribir lo que no se sabe, y de la manera que no se sabe, profanando lastimosamente la cátedra del Espíritu Santo.

Y en cuanto á los que poseen los conocimientos necesarios de la oratoria, les aconsejamos que cultiven la lectura de esas mismas colecciones de sermones, seguros que de ese trabajo han de obtener ópimos frutos, como dejamos dicho. Luego que hayan conocido perfectamente esos modelos de la elocuencia del púlpito, verán con cuanta facilidad pueden combinar por sí buenos planes, desarrollarlos sin grande trabajo, y brillar en la Iglesia de Jesucristo, como resplandecieron los maestros que nos han precedido, y cuyas obras, además de prestar un inmenso beneficio, los han inmortalizado.



LIBRO II.

LECCION XIV.

Disposicion ó plan del discurso.

De nada servirá que el predicador haya escogido para la invencion los argumentos mas sólidos, las razones mas convincentes, y las pruebas mas robustas para persuadir, ilustrando la inteligencia y excitando las pasiones, si esas pruebas, esas razones y argumentos no se encuentran ordenadas en el discurso, de modo que se manifiesten con claridad y método. Esta parte importante de la oratoria es la que llamamos *disposicion*, que es la *apta colocacion de los pensamientos y de las palabras en el discurso, para llenar los fines de la elocuencia*. «Porque asi como para fabricar una casa, dice Fr. Luis de Granada, no basta amontonar las piedras y demás materiales, si la mano del albañil no se aplica á disponerlos y colocarlos; y asi como para hacer la guerra no son hábiles los soldados, por mas fuertes y valerosos que sean, si no se ordenan en forma de ejército, bajo la conducta de un diestro general; asi tambien los argumentos sacados de los lugares dichos, están desordenados y no son aptos para lograr el fin, sino se colocan y disponen á propósito para persuadir; porque los ejércitos perturbados ellos mismos se em-

barazan, y tambien los miembros del cuerpo á poco que se disloquen pierden el uso y vigor que antes tenian. Asi es preciso que la oracion destituida de esta virtud ande perturbada, y que sin director vague y no tenga igualdad ni union; que repita muchas cosas y pase por alto otras, al modo del que anda perdido de noche por lugares no conocidos, y que no proponiéndose fin ni principio se gobierne por el acaso mas que por el consejo.»

Para evitar estos defectos y esta confusion enseña la disposicion el modo de colocar los pensamientos que ha adquirido el predicador; los movimientos oratorios que debe despertar en sus oyentes; las aplicaciones prácticas que ha de hacer de su doctrina; en una palabra; formar un plan regular de los diferentes materiales que ha amontonado, que son las diversas partes del discurso colocadas segun la relacion y encadenamiento que tienen entre sí.

Debe entrar en este plan una idea culminante, principal que abraza todo el asunto, á la cual se refieran las ideas secundarias ó accesorias. Fijando el predicador el término á donde se dirige, el asunto que se propone, el pensamiento que quiere desenvolver, cesará la perplejidad en que ha de encontrarse precisamente con el gran número de ideas que ha adquirido por la invencion; entonces podrá elegir el punto de partida que crea mas conveniente para llegar á dicho término, sin perderlo de vista jamás, esto es, sin separarse de la idea dominante que debe presidir en sus trabajos, porque esta es como la estrella que lo ha de guiar en su rumbo. Para ello necesita emplear la *precision* y la *exactitud*, circunscribiéndose á los verdaderos límites de su asunto; no multiplicando demasiado las relaciones que este tenga con otros asuntos; no siguiendo caminos comunes, ó harto triviales, ni escogitando otros demasiadamente desconocidos; descartando las nociones vulgares siempre vagas é ilimitadas, y las opiniones aventuradas é inciertas.

Necesita emplear la *sencillez*, que consiste en reducir todo el asunto, por complicado que sea, á un pequeño número de pensamientos directos, precisos, esenciales que nazcan del fondo de la materia que trata; en no emplear en la composicion de la obra sino elementos homogéneos, y que directamente sean capaces de robustecerla, y no debilitarla; en establecer pocas divisiones ó subdivisiones, y

que estas sean naturales; de modo que el asunto se desarrolle con facilidad y sin violencia.

A esa sencillez no debe faltar la *fecundidad*, entendiendo por esta que cada idea encierre en su seno el gérmen de otras ideas parecidas para dar mas fuerza y energia al discurso, á la manera de un rio que, formado por un manantial abundante, en su curso engruesa por los arroyos que en él desaguan para atravesar y fertilizar una campiña dilatada. Asi las nociones generales son el manantial rico del discurso, y las nociones particulares ó accesorias esos arroyuelos que lo hacen correr majestuoso, para fecundizar las inteligencias.

A estas propiedades se agregan la *unidad* y la *proporcion* en el plan del discurso, de modo que las partes de este formen un solo todo por la relacion y enlace que tengan entre sí; sin que por esto se confundan las unas con las otras, pues esta confusion lleva al ánimo la oscuridad, asi como faltando su enlace se produce la distraccion. De lo que podemos deducir que entre estas cualidades la exactitud es la mas esencial, la sencillez la mas agradable, la fecundidad la mas brillante, y la unidad y la proporcion las mas estensas y raras; pero todas altamente recomendadas por la disposicion que se necesita para llenar los fines indicados.

Para dar cima á este importante y útil trabajo, del que depende en gran manera el éxito de los sermones, los retóricos establecen ciertas reglas que deben guiar al predicador para disponer sus pensamientos con orden y método. Estas reglas, ó son generales porque se adaptan á todo discurso, ó especiales porque tienen por objeto guiar al predicador en el plan de su sermon segun la índole ó el carácter de este con relacion al género á que pertenezca, al deliberativo, demostrativo ó didascálico, de lo cual nos ocuparemos mas adelante conforme vayamos esplicando las clases de sermones sobre que se versa la retórica eclesiástica.

Las reglas generales en el orden y disposicion del discurso están basadas en la misma naturaleza, la cual reclama que antes que se hable de un asunto se preparen y concilien los ánimos de los oyentes, con el fin de fijar su atencion, procurar su benevolencin y hacerlos dóciles. Despues debe esponerse, ó fijar el asunto, el que podrá di-

vidirse segun convenga para hacerlo mas claro y perceptible, y para obtener el fin que se intenta. Se sigue demostrar el hecho, si se trata de un acontecimiento particular que hay necesidad de darlo á conocer, esplicando sus pormenores para alejar de él toda oscuridad. En seguida se establecen las pruebas del asunto, y se refutan las objeciones que se opongan al mismo; y últimamente se resume con brevedad lo que se ha dicho, y se emplea la mayor vehemencia de sentimientos para acabar de inflamar los ánimos de los oyentes, persuadiendo con mas eficacia lo que se ha tratado de probar, empleando las exhortaciones mas análogas á este fin. Estas diferentes partes del discurso se conocen con los nombres de *exordio*, *proposicion*, *division*, *narracion*, *confirmacion ó pruebas*, *refutacion* y *peroracion*. De estas siete partes cuatro son necesarias, y se hallan en todo sermón, que son: exordio, proposicion, confirmacion y peroracion; las tres restantes no son de absoluta necesidad, pues no siempre hay que dividir el asunto de que se trata, no siempre hay hechos que narrar, ni objeciones que resolver por la refutacion.

Nos ocuparemos en las lecciones sucesivas de cada una de estas partes, dando reglas para facilitar la disposicion de los pensamientos que se hayan inventado para el asunto de que se trate; puesto que todo discurso se reduce á una proposicion que lo contenga; á las pruebas que lo confirmen, y al orden de estas pruebas; para lo cual debe pensarse: qué fruto se ha de obtener del discurso, atendidas las necesidades morales del auditorio; de qué argumentos será necesario usar capaces de conmover y de persuadir; qué orden será conveniente guardar para producir el efecto que se apetece. En la aplicacion de estas reglas es preciso, cuanto sea posible, ocultar el arte, y en esto consiste gran parte del ingenio del orador, á fin de que ese mismo método que aquellas le prescriban no venga á dificultar las concepciones y manifestaciones del genio, sino antes bien á ayudarlo y dirigirlo.

A primera vista se comprenderá la dificultad de concebir un buen plan de sermón, si se han de observar las prescripciones que dejamos indicadas. Por ello antes de entrar en los pormenores de las partes del discurso creemos conveniente presentar un ejemplo de

ese plan bien meditado que nos ofrece Masillon, en el de su sermón, *sobre la verdad de la religion*, á fin de esclarecer mas nuestras advertencias; sin que por esto hayamos de seguir siempre idénticos giros, pues estos varian segun el asunto, la oportunidad, y los elementos con que contemos para nuestras composiciones, pues es imposible dar reglas fijas ó invariables para la disposicion.

«*Exordio.*—A pesar de las pruebas sólidas y brillantes que establecen la verdad de la religion, los hombres rehusan reconocerla.»

«*Proposicion.*—Probemos que la verdad de la religion es incontestable.»

«*Division.*—Esta verdad se funda sobre tres caracteres que distinguen eminentemente la religion cristiana: 1.º Ella es razonable. 2.º Ella es gloriosa. 3.º Ella es necesaria.»

«*Confirmacion ó pruebas de la primera parte.*—La religion cristiana es razonable.»

«*Subdivision.*—Esa religion está basada: 1.º Sobre una autoridad la mas grande, la mas respetable, y la mas establecida que hay sobre la tierra. 2.º Sobre las únicas ideas dignas de Dios y del hombre, las únicas conformes á los principios de la dignidad, de la honradez, de la sociedad y de la conciencia. 3.º Sobre motivos los mas concluyentes, los mas triunfantes, los mas propios á someter los espiritus menos crédulos.»

«*Primer miembro de la subdivision.*—La religion cristiana tiene de su parte la antigüedad, la perpetuidad y la uniformidad, es decir, que es la mas antigua del mundo; que ella se ha conservado sin alteracion hasta nuestros dias; que ella, entre todas las religiones, es la sola que posee esta ventaja.»

«*Segundo miembro.*—1.º La religion cristiana presta las únicas ideas convenientes de Dios. 2.º Ella coloca al hombre en su verdadero lugar, haciéndole conocer su naturaleza y su destino. 3.º Ella, mejor que toda otra doctrina, regulariza sus deberes con relacion á los demás hombres.»

«*Tercer miembro.*—Los motivos de sumision y de credibilidad que ella nos presenta están apoyados: 1.º Sobre profecias incontes-

tables. 2.º Sobre hechos milagrosos, brillantes y públicos. 3.º Sobre el testimonio y la fe del universo entero.»

«*Conclusion de la primera parte.*—Luego la religion cristiana es razonable.»

«*Confirmacion ó pruebas de la segunda parte.*—La religion cristiana es gloriosa.»

«*Subdivision.*—Es gloriosa la religion: 1.º Porque de una parte contiene promesas para el porvenir. 2.º De otra la situacion en que coloca al hombre fiel para el presente. 3.º Últimamente los grandes modelos que ella propone para seguirlos.»

«*Primer miembro de la subdivision.*—Desarrollo de estas promesas que enseñan al hombre, que su origen es divino, y sus esperanzas eternas. Su porvenir está lleno de gloria.»

«*Segundo miembro.*—Pintura de la grandeza y de la elevacion del cristiano en todas las circunstancias de la vida. Nada es mas glorioso que él, ya sea delante de Dios, ya sea delante de los hombres.»

«*Tercer miembro.*—Las altas virtudes de todos los grandes hombres, de todos los héroes cristianos, desde Abel hasta nuestros días, se proponen á la imitacion del hombre fiel. ¿Qué mas gloriosa carrera puede abrirse á sus ojos?»

«*Conclusion de la segunda parte.*—Luego la religion cristiana es gloriosa.»

«*Confirmacion ó pruebas de la tercera parte.*—La religion cristiana es necesaria.»

«*Subdivision.*—1.º Porque la razon del hombre es débil y necesita ser ayudada. 2.º Porque ella está corrompida y necesita curarse. 3.º Porque ella está vacilante y necesita fijarse.»

«*Primer miembro de la subdivision.*—Pintura de la ignorancia en que el hombre se halla consigo mismo y con todo lo que le rodea. La religion sola es la que lo guia y sostiene en medio de las tinieblas que lo envuelven.»

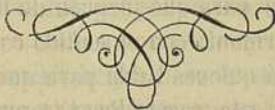
«*Segundo miembro.*—Pintura de la depravacion de la razon humana respecto á Dios y á la moral. La religion es la que sana esa razon, corrigiendo sus errores.»

«*Tercer miembro.*—Pintura de las variaciones infinitas de la ra-

zon humana, y de la increíble movibilidad de sus opiniones. La religion fija esa razon, dándole una regla infalible, invariable, independiente de los lugares, de los tiempos, de los hombres, etc.»

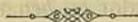
«*Conclusion de la tercera parte.*—Luego la religion cristiana es necesaria.»

«*Conclusion de todo el discurso ó peroracion.*—Luego la religion es verdadera; es necesario adherirse á ella, vivir segun sus leyes, y hacer cierta su fe por las buenas obras.»



LECCION XV.

Exordio.



Llamamos exordio á la introduccion del discurso por medio de la cual el orador prepara á sus oyentes á que reciban favorablemente lo que se propone decirles. La palabra *exordio* procede de la latina *exordium*, que se deriva de *exordiri* que significa *comenzar*. Esa introduccion, parte primera del discurso, tiene su fundamento en la misma naturaleza, pues nada mas natural que disponer los ánimos favorablemente para que juzguen de lo que se va decir, y nada tambien mas en armonia con el sentido común que preparar el orador á las personas á quienes habla para que coadyuven al intento que se propone. Por esta razon dice Ciceron, definiendo el exordio: *auditorum animos idonee comparans ad reliquam dictionem*.

Para proceder con método y con la posible claridad en esta materia tan importante para que el predicador sea oido cual corresponde, dividiremos esta leccion en cinco párrafos, en los que desenvolveremos las nociones suficientes acerca del exordio; en el primero trataremos, siquiera sea con brevedad, como en los cuatro restantes, *de los fines* del exordio; en el segundo *de sus diferentes especies*; en el tercero *de sus partes*; en el cuarto *de sus defectos*; y en el quinto *de sus reglas*.

I.

FINES DEL EXORDIO.

Hemos dicho que el predicador debe preparar á sus oyentes á escuchar favorablemente cuanto se propone decirles, y de ninguna manera puede hacerlo mejor que conciliándose la *benevolencia*, cautivando la *atencion*, y obteniendo la *docilidad* de los que lo escuchan: estos son los fines del exordio.

1.º Conciliará el predicador la *benevolencia* de su auditorio, ó sea aquella condicion afectuosa del corazon que dispone á una persona á interesarse en lo que él habla, siempre que al subir á la cátedra del Espíritu Santo se muestre á los fieles humilde sin bajeza, modesto sin timidez, candoroso sin afectacion; cualidades que concilian la benevolencia, asi como la enagenan la arrogancia y la presuncion; siempre que haga entender á sus oyentes los respetos que se merece, y que lo que va á hablar es por su amor y conocida utilidad; en una palabra; siempre que no pierda de vista la alteza y dignidad de su mision, la caridad y el celo que la misma le preceptua, la autoridad y ternura de padre con que va á hablar á los fieles.

2.º Cautivará el orador la *atencion* de sus oyentes, dándoles á entender la importancia y grandeza de su asunto; para lo cual lo presentará bajo su mas bello é interesante punto de vista, haciéndose cargo de las relaciones mas luminosas que pueda tener con los intereses morales de su auditorio, con los medios de adquirir la paz del espíritu, con las esperanzas de una dicha imperecedera. Oigamos á San Pablo cómo se atrae la atencion de los atenienses predicando en el Areópago, para hacerles entender la importancia de su asunto que es inculcarles la creencia en la divinidad de Jesucristo: «Varones atenienses, les dijo puesto de pié en medio de ellos, en todas las cosas os veo como mas supersticiosos; porque pasando y viendo vuestros simulacros hallé tambien un ara en que estaba escrito: «Al Dios no conocido.» Aquel pues que vosotros adorais sin conocerlo, ese es el que yo os anuncio.» (Act. 17.) De este mo-

do despierta la atención de sus oyentes, hablándoles de un misterio para ellos desconocido y que les interesaba sobremanera, y obtenida esta atención les predica las perfecciones y las obras de Jesucristo, Dios verdadero.

3.º Para obtener la *docilidad* de los oyentes, después que el predicador ha ganado su benevolencia y atención, le bastará testificarles un vivo interés por su bienestar y eterna salvación, evitando toda afectación y aquellas protestas exageradas que en el mero hecho de serlo se hacen increíbles. Además se hace dócil al auditorio presentando sin reserva el asunto de que va á ocuparse, á fin de que se dispongan los ánimos á escucharlo y seguirlo sin dificultad en su desarrollo. Tales son los fines del exordio y los medios para obtenerlos.

II.

DIFERENTES CLASES DE EXORDIOS.

No podemos dar una forma invariable para todos los exordios, pues estos varían según el asunto de que se trata, según las disposiciones del auditorio, según las circunstancias de tiempo, lugares y otras que indicamos en la lección en que tratamos de la oportunidad. Sin embargo, se clasifican los exordios en cuatro grandes categorías que podrán modificarse según convenga, y que reciben las denominaciones de exordio *sencillo*, *insinuante*, *pomposo* y *vehemente* ó *exabrupto*. Demos algunas nociones de cada uno de estos géneros.

1.º *Exordio sencillo*.—Al caracterizar el exordio con este epíteto estamos muy distantes de establecer que sea bajo, trivial ó demasiado familiar. Esta denominación es respectiva á los demás géneros de exordios, y consiste en esponer breve, claramente y sin artificio el asunto de que se intenta hablar. Siempre que no es demasiado elevado é importante el asunto, aunque por otra parte todos lo son en el púlpito, ó que no hallamos mal prevenido al auditorio, ó lo consideramos bien dispuesto á oírnos, debe ser el exordio sencillo, y tiene lugar en la mayor parte de los sermones, en las pláticas ó instrucciones ordinarias.

2.º *Exordio insinuante*.—Se emplea esta clase de exordios cuando el predicador teme con fundamento hallar en el auditorio disposiciones desfavorables, y quiere ganarlo *gradualmente* destruyendo toda mala prevencion, como sucede cuando va á combatir un error, á desterrar una preocupacion, á desvirtuar un sentimiento desarreglado que anticipadamente ha sido recibido. Entonces tiene necesidad de mucho arte, de mucho tacto y destreza para insinuarse en el ánimo de sus oyentes, y prepararlos á oirlo con docilidad, benevolencia y atencion. He aqui por qué hemos dicho que gradualmente debe ganar al auditorio no presentándose de una manera brusca, sino por el contrario valiéndose de ingeniosos rodeos, y levantando poco á poco el velo que oculta su propósito, á fin de que con estas precauciones consiga los fines indicados.

5.º *Exordio pomposo*.—Necesario es emplear en exordios de este género todas las galas de una elocuencia bien entendida, esto es, magnífica y elevada, sin que por esto sea hinchada y pedantesca. Se usa ordinariamente de este exordio en aquellos asuntos que por su brillantez y elevacion llaman la atencion del auditorio, y lo predisponen á los mismos, como es en aquellas grandes solemnidades en que se trata de los elogios de los santos, en las oraciones fúnebres, que por su naturaleza reclaman del orador que desde la introduccion de su discurso use de las riquezas de la elocuencia; pero de una elocuencia sagrada. Seria en verdad un gran defecto comenzar á tratar de un asunto grande de una manera pequeña, defraudando las esperanzas anticipadas de los oyentes. Pero esa elevacion no ha de ser tanta que decaiga en el curso de la oracion oratoria que se comienza.

4.º *Exordio vehemente ó exabrupto*.—Consiste el exordio *vehemente* en entrar repentinamente en el asunto de que se trata, correspondiendo la entonacion y el lenguaje á las disposiciones de los oyentes que se suponen en armonia con lo que siente el predicador. Para ello es preciso que lo motiven la gravedad de las circunstancias, ó algun incidente inesperado que le dé el mérito de la oportunidad. Es necesario pues que se trate de una cosa muy grave, muy importante, y que por lo tanto escite en el ánimo del predicador, lo mismo que en el de los oyentes, sentimientos fuertes de indignacion,

de temor, de compasion, etc. Citemos un ejemplo de exordio vehemente en el sermon de Masillon que comienza con estas palabras: «Si vosotros no os habeis estremecido oyendo pronunciar las palabras, sin duda las mas terribles, que se leen en nuestras Escrituras: *Yo me voy; vosotros me buscareis y morireis en vuestro pecado*, no encuentro en la religion verdad mas capaz de conmoveros.»

El predicador debe elegir, segun su discernimiento, y atendido cuanto dejamos dicho, el género de exordios que convenga adoptar en sus discursos.

III.

PARTES DEL EXORDIO.

Cinco cosas vamos á considerar en el exordio, que son como otras tantas partes del mismo, á saber: el *testo*, la *introduccion general*, el *anuncio del asunto* que va á tratarse, la *invitacion* al auditorio y la *invocacion*.

1.º *El testo*.—«Los testos, dice Fenelon, traen su origen de que los pastores jamás hablaban al pueblo de sus propios pensamientos; ellos no hacian sino explicar las palabras del testo de la Escritura. Insensiblemente se ha tomado la costumbre de no seguir las palabras del Evangelio; pues no se explica mas que un solo pasage del mismo que se le llama testo del sermon.»

Siguiendo esta costumbre el predicador debe tomar un testo, ó sean unas palabras de la Sagrada Escritura, que le sirvan de tema á su discurso, procurando que sean las mas análogas á la materia de que quiere ocuparse, y si es posible que encierren la idea principal y dominante del discurso. Esto puede hacerlo ó eligiéndolas antes de escribir, para que ellas le sirvan de punto de partida de sus pensamientos, ó despues de escrito el discurso buscar aquellas palabras que sean mas á propósito, y que en sí contengan la idea principal, como dejamos dicho.

El empeño de presentar en el testo el asunto de que se trata ha llevado á algunos predicadores á cometer abusos imperdonables, consistiendo estos en poner dos ó mas testos inconexos entre sí, co-

mo las materias de que han querido tratar; ó en violentar las Sagradas Escrituras contra todas las reglas exegéticas para acomodar al asunto que han elegido la palabra divina en sentido forzado. De uno y otro abuso pudiéramos citar muchos ejemplos; pero nos basta respecto al primero el que notamos en un sermón predicado en el año de 1768 en las novenas de los Dolores de Maria Santísima y del Corazón de Jesus, y que se halla en nuestro poder entre otros de este género, para lo que el predicador se valió de las palabras siguientes: «*Vide Domine quoniam tribulor, subversum est cor meum in me metipsa quoniam amaritudine plena sum. Threnos, 1.º—Caro mea veré, est cibus. Joan 6.—Missus est angelus Gabriel. Luc. 1.º*» ¿Qué unidad de pensamientos puede haber en el discurso que tiene tales textos, cuando ellos, que han de servir de tema al mismo, varían tanto? Respecto al segundo abuso hemos leído en un sermón estas palabras del salmo CXIII que sirven de testo á un panegírico de San Bruno: *Vidit et fugit.... montes exultaverunt.* El autor de dicho sermón ha tenido que violentar el sentido del expresado salmo, haciendo las acotaciones que notamos, pues dice así David al cantar la grandeza de Dios en la libertad que dió á su pueblo: *Mare vidit et fugit: Jordanis conversus est retrorsum. Montes exultaverunt ut arietes,* y lo ha hecho en la necesidad de establecer las proposiciones siguientes, á las cuales ha avenido las palabras citadas: «Mira Bruno con reflexion al mundo, y de esta reflexion nace en él el proyecto de abandonarle, *vidit*; este proyecto llega á tener su debido efecto en el retiro en donde Bruno se constituye fundador de un orden religioso, *fugit*; en este estado ve ya volar su gloria desde lo mas oculto de su retiro, hasta el mundo de donde habia huido: *Montes exultaverunt.*» No es preciso que nos detengamos en hacer reflexiones sobre lo absurdo de estas aplicaciones, sino que en su vista cuidemos evitar tamaña violencia del testo sagrado, pues el sentido acomodaticio no es arbitrario.

Tambien suelen servirse algunos oradores para textos de sus discursos de palabras de los Santos Padres, ó de aquellas que la Iglesia emplea en su sagrada liturgia; pero aunque eso está admitido, siendo tan fecunda la Sagrada Escritura en todos géneros, pensamos que no hay necesidad de recurrir para hallar textos á otra parte

que al libro de los libros, á la Biblia, en donde se encontrarán con facilidad, teniendo conocimiento de lo que trata cada uno de los libros sagrados.

2.º *Introduccion general.*—Rara vez comienza el predicador su discurso manifestando desde luego el asunto de que va á ocuparse; tiene que preparar la entrada del mismo por algunas consideraciones breves que tengan íntimo enlace con aquel, y de aqui la necesidad de la introduccion general. Pero no se crea por esto que esta parte del exordio sea tan estensa que ocupe la mayor parte de él como suele acontecer. Asi es que muchos oradores, por el temor de anticipar las pruebas de la materia que han de tratar, divagan en consideraciones generales ajenas de esta, y tanto es asi que ellas pueden servir para cualquiera sermon, segun la vaguedad de las mismas. La introduccion de que tratamos no es sino un medio para llegar al fin; ella no sirve sino de ligera preparacion de los ánimos para que mas fácilmente entiendan de lo que se va á tratar. A esta introduccion pues podremos aplicar especialmente lo que diremos despues de las cualidades del exordio.

3.º *Anuncio del asunto.*—Acabamos de condenar la vaguedad en la introduccion general, y con mas sobrada razon merece la censura de todo buen retórico ese mismo defecto en el anuncio ó manifestacion del asunto, cuya importancia es tanta, como que sirve poderosamente para llenar los fines del exordio, y preparar los ánimos para un asunto determinado que hemos de tratar en el cuerpo del discurso. A este fin nos parece conveniente citar las advertencias que sobre este particular hace un escritor. «Es un defecto muy grande, dice Albert, pronunciar una palabra de la Escritura, y hablar hasta lo que se llama *Ave Maria*, sin que el auditorio pueda comprender de qué materia se hablará despues. Esto acontece, ó porque no se sabe para qué es este preámbulo, ó porque á fuerza de querer poner cosas bellas, se olvidan las necesarias, ó porque se quiere dar al auditorio el placer de adivinarlas, y que á fuerza de querer decir tan delicadamente se le dice tan imperceptiblemente que nada entiende. No es pues una bajeza, es una necesidad decir: *He aqui mi idea, he aqui á lo que se reduce todo lo que yo tengo que manifestaros; he aqui lo que me ha hecho subir al púlpito.* Es

un gran abuso querer decirlo todo con delicadeza. El placer que se procura al auditorio de proponerle claramente el asunto del discurso le satisface mas que todos los primores imaginables. Yo me he admirado con frecuencia de la diferencia extraordinaria de un discurso donde desde luego se dice lo que hay en la cuestion, con otro en que se va por rodeos, y he notado que el que se explica de aquel modo tiene mucho adelantado, porque el auditorio entonces sabe cuál será la conclusion, sin tomarse la pena de buscarla, lo cual le serviria de distraccion. Vosotros pensais agradar á los que os escuchan presentándoles frases que oculten vuestro pensamiento, y los embarazais. Os imaginais que vuestro designio les será mas fácil y familiar, porque lo habeis meditado mucho. Pero los que jamás han pensado en el mismo le hallarán oscuro, y no les dais tanto tiempo como el que habeis empleado en estudiarlo.»

4.º *Invitacion al auditorio.*—Anunciado el asunto de que se tratará en el discurso, el predicador debe presentarlo en una proposicion, y esclarecer esta suficientemente con la division que crea oportuna para su mayor inteligencia. Entonces es cuando debe interesar mas la atencion de los que lo escuchan, mostrándoles con brevedad la importancia de la materia de que va á ocuparse sin desarrollar esta, toda vez que lo ha hecho en la parte III del exordio, de que acabamos de hablar.

5.º *Invocacion.*—«Es una costumbre digna del cristianismo, dice el autor que acabamos de citar, la de comenzar todos los discursos, no solo por la señal de la cruz, que nos hace recordar que todo lo que esperamos de gracias nos ha sido otorgado por los méritos de Jesucristo crucificado, mas tambien por un reconocimiento del poder y de la piedad de su santa Madre, cuyos méritos interponemos para obtener las luces que son necesarias al predicador para hablar, y al auditorio para creer. Si los historiadores y los poetas comienzan ordinariamente sus obras por una invocacion á la divinidad, ¡con cuánta mas razon el enviado de Dios está obligado á pedir un auxilio sin el cual todo su trabajo seria inútil! De todas las oraciones, la Iglesia ha elegido desde tiempo inmemorial la *Salutacion angélica*, como la mas propia á este fin, por muchas razones.» En el tiempo pascual se suele reemplazar el *Ave Maria* por

el *Regina cæli lætare* que entonces se canta en el oficio divino. Cuando se predica de la *Santa Cruz*, ó sobre la *Pasion* de nuestro Señor Jesucristo, se le sustituye con la estrofa *Ó Cruz, ave, spes unica*.

El estilo de la invocacion exige del predicador mucho fuego y elevacion, sin perder de vista la precision y la sencillez, á fin de que ella pueda elevar los espíritus y mover dulcemente los corazones, y en esta parte se revela el genio y el espíritu del predicador, pues debe ser muy *breve*, y á la vez *patética* y *fervorosa*.

IV.

DEFECTOS DEL EXORDIO.

Cuatro son los principales defectos que hacen imperfecto y desagradable el exordio: el primero es que sea *demasiado vago ó comun*, esto es, que se pueda aplicar á diferentes materias. Careciendo el exordio de aquella conexion que debe tener con el asunto, no siendo natural, ó hijo del mismo asunto resulta débil, y por su misma vaguedad no conduce el espíritu del auditorio á donde debe ir, para fijarlo cual corresponde en determinada materia.

El segundo defecto es *la demasiada afectacion de palabras escogidas, y de pensamientos delicados*. Sucede con tal afectacion que el espíritu de los oyentes se contenta demasiado pronto, se distrae, y por el placer que le ocasionan estos adornos, se hace incapaz de gustar las razones sólidas, en las que se encuentra lo que divierte y entretiene.

El tercero de estos defectos lo constituye el ser *demasiado largo ó estenso*, y sucederá esto cuando tenga mas pensamientos y palabras de lo necesario. Las consecuencias de este defecto son que no puede guardar la debida proporcion con las demás partes del discurso, sino á riesgo de que este sea estremadamente estenso, y además que la demasiada copia de palabras ó pensamientos en el exordio abruma la atencion de los oyentes, haciéndoles creer que todo se ha dicho; resultando de aqui que la atencion se ha debilitado para lo demás del discurso.

El cuarto consiste en que *no esté tomado del fondo mismo del asunto de que se trata*, y en este caso resulta el exordio lánguido, vulgar é inútil. Se necesita por lo tanto tener muy presentes estos defectos para no incurrir en ellos, pues desvirtuarían una de las partes mas principales de la oracion retórica, cuya importancia se conocerá mejor meditando sobre las reglas que deben servir mejor á su composicion.

V.

REGLAS DEL EXORDIO.

Para proceder con la mayor claridad posible en la esposicion de las reglas que han de observarse en el exordio, las reduciremos á tres principales, á saber: primera, en cuanto á la *materia* del exordio; segunda, en cuanto á la *manera* de esponerla; tercera, en cuanto á la *persona* del orador.

Regla 1.^a La materia del exordio debe: 1.º tener con el discurso una relacion íntima; 2.º no anticipar en él alguna parte esencial del mismo.

La materia del exordio debe tener una estrecha relacion con el cuerpo del discurso, del que, segun la elegante espresion de Ciceron, debe salir como una flor de su tallo. Toda idea que no conduce directamente al asunto, dice un escritor moderno, sobre inoportuna es perjudicial, porque en vez de fijar bien la atencion del auditorio la estravia, llevándola á otro punto distinto de aquel á donde es necesario conducirla. Para llenar esta condicion se hace indispensable haber comprendido y meditado perfectamente el asunto. De este estudio y meditacion resultará que podrá juzgar con acierto el género de introduccion que le conviene adoptar. He aqui por qué dice Ciceron que el exordio era la última cosa de que él se ocupaba; pues teniendo presente lo que iba á decir, ó sea las ideas que entraban en la composicion, fácilmente se forma el exordio y se llena la condicion de que nos ocupamos.

En cuanto á no anticipar parte principal del discurso, dice Blair: «Cuando en la introduccion se apuntan, y en parte se esplican los

tópicos ó pruebas que despues se han de estender, pierden á la segunda vez su gracia y novedad. La impresion que se intenta hacer con un pensamiento interesante es siempre mayor euando se hace entera y en el lugar que le corresponde.»

Regla 2.^a Las cualidades del exordio, en quanto á la forma, son: 1.^a la sencillez; 2.^a la correccion; 3.^a la entonacion tranquila, y 4.^a la brevedad.

1.^a Debe ser *sencilla* la forma del exordio para inspirar mas confianza, y á fin de que el discurso, como todas las producciones de la naturaleza, pueda crecer gradualmente en claridad y en belleza; sencillez ingeniosa y elegante á la vez, que brille con su luz natural, y sin necesidad de adornos prestados. No han de emplearse por lo tanto en esta parte sino aquellas flores que se asemejan y nacen de ellas mismas, y con una sabia y discreta parsimonia, y en relacion al género del asunto de que se trata.

2.^a Respecto á la *correccion*, si esta debe hallarse en todo el discurso debe brillar mucho mas en el exordio, tanto en el estilo como en la espresion; toda vez que hallándose la atencion del auditorio fresca, mas fácilmente podrá notar la menor falta, y formar una idea desfavorable del predicador, cuando debe procurarse todo lo contrario.

3.^a *Entonacion tranquila*, ó sea la manera sosegada con que se ha de conducir la introduccion. No es el exordio la parte del discurso donde tienen lugar los movimientos vehementes del alma; estos se necesita prepararlos gradualmente, y por lo tanto no se han de procurar repentinamente ó en el exordio, sino en casos muy especiales, y entonces es cuando tiene lugar el exordio *exabrupto*; fuera de estas escepciones bastará que el predicador mida el grado de tono que emplee en el exordio por el que dominará en todo su discurso, pero siempre, como dejamos dicho, no dejará de ser tranquilo y desapasionado, para que la espresion de los afectos aumente á medida que el discurso vaya mas adelantado.

4.^a Hemos dicho que la última cualidad del exordio es la *brevedad*. No es fácil poder determinar con precision la duracion de esta parte del discurso; pero no deberemos perder de vista que no

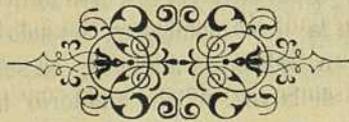
se ha de decir mas que lo que convenga para llenar sus fines de hacer al auditorio atento, dócil y benévolo. Además la misma proporción que guarda el átrio ó el vestibulo con el edificio á que sirve de entrada, podemos decir que debe haber entre el exordio y el discurso completo. Causaria verdaderamente risa ver un pórtico grandioso, sirviendo para un edificio mezquino y *vice versa*. Luego de aqui deberemos inferir las proporciones que ha de tener la parte de la oración que nos ocupa, que recomendamos sea breve, pues siendo demasiado estensa se hace inútil por contener mas pensamientos y palabras que los necesarios.

Regla 5.^a Esta se refiere á la persona del predicador. Podemos reducir nuestras prescripciones en este punto á dos palabras: que el orador en el exordio, principalmente, se muestre con aire de *modestia* y de *santidad*. La *modestia* exige que el predicador manifieste en todo su exterior una humildad sincera. «Si rompe el orador con un aire de arrogancia y ostentación, dice el escritor que arriba hemos citado, se da luego por ofendido el amor propio y el orgullo de los oyentes que ya por todo el discurso lo oyen con oídos envidiosos. La modestia la debe manifestar, no solo en sus expresiones al comenzar, sino en todas sus maneras, en sus miradas, en sus gestos y en el tono de la voz. A todo auditorio lisonjean las muestras de respeto y veneración que le tributa el que habla. Con todo; la modestia de una introducción nunca ha de venir á parar en bajeza conocida.

Respecto á la *santidad*, diremos que si el predicador se tiene por muy dichoso contando con esta cualidad, entonces el auditorio lo venerará, aun antes de que comience á hablar. Asi vemos con cuánto respeto son acogidas las palabras de aquellos predicadores venerables que gozan de gran predicamento entre sus oyentes por el olor de virtud que los acompaña, y que tanto previene en su favor. Si el predicador pues no gozase de este elevado concepto, por ser desconocido de los que lo escuchan, al menos demuestre sin afectación ni hipocresía la virtud de que debe estar adornado un sacerdote de Jesucristo, que va á echar en cara sus maldades al pueblo, á publicar las glorias del muy Alto, y á tomar en su boca los testimonios del Señor, como lo hicieron siempre los Padres de la Iglesia

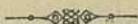
en sus pláticas á su pueblo, mision harto diferente de la de los demás oradores.

No pierda pues de vista el predicador, principalmente siendo joven, las instrucciones de que nos hemos hecho cargo en esta lección, y nos persuadimos habrá adelantado mucho para llenar su altísimo ministerio en esta primera parte del discurso sagrado, de tanta importancia para obtener ópimos frutos de sus oyentes.



LECCION XVI.

Proposicion.



Desde luego es preciso convenir en que el predicador debe esforzarse en fijar la atencion de su auditorio sobre la materia de que va á tratar, y en adoptar todos los medios mas convenientes para facilitarle la inteligencia de su asunto con un buen método que siempre produce la claridad. El primer medio que debe emplear para llenar fines tan importantes es anunciar lo que se propone decir en el cuerpo del discurso, y esto es lo que constituye lo que llamamos *proposicion*, que es *la enunciacion sencilla, clara y precisa del asunto que va á tratar*, ó aquella parte del discurso que brevemente comprende el estado y suma de toda la causa, como la define el Padre Granada.

Suponemos en nuestros lectores los conocimientos que presta la lógica acerca de las propiedades de la proposicion, y asi es que nos ocuparemos solamente de las propiedades oratorias de la misma, concretando estas á dos, esto es: que sea *popular* y *católica*. La primera se dirige á la claridad; la segunda á la verdad y exactitud que prescriben los principios de nuestra santa religion. Nada se opone tanto á la claridad como la confusion y la oscuridad, y á estos escollos se llega cuando en un mismo discurso se quiere tratar de muchas materias, presentando una proposicion que abrace muchos puntos incoherentes. Necesario es pues que la proposicion sea breve, no empleando en ella mas términos que los necesarios, y de

este modo podrán los oyentes comprenderla con facilidad, y retenerla despues para su aprovechamiento. Lleva tambien en sí la oscuridad aquella proposicion que se versa sobre materias demasiado abstractas que no están al alcance de la comprension de todos, y que se establecen por oradores que los lleva á la cátedra del Espiritu Santo, mas el deseo de singularizarse, que el del adelanto espiritual de los fieles, á quienes deben apacentar con doctrinas convenientes á sus necesidades. De aqui la necesidad de que la proposicion tenga una aplicacion práctica á esas mismas necesidades, para lo cual será preciso que recordemos cuanto dejamos dicho en la leccion X sobre este punto, y esto la hará popular, bajo la buena aceptacion de esta palabra.

Además la proposicion no podrá ser clara, si en ella no se emplean términos sencillos y naturales, acomodados á la capacidad de todos, pues ya hemos dicho que el predicador se debe á todos, á los ignorantes lo mismo que al sabio y al hombre de talento. No deben pues tener lugar en esta parte las figuras ni tropos que vendrian á oscurecer en este caso la verdad que queremos poner á la vista del auditorio en los menos términos posibles, pues la proposicion es el compendio de todo el asunto.

A la brevedad y claridad de que hemos hablado se agrega el hacer la proposicion interesante. Porque si bien es verdad que todos los asuntos de que se trata en la cátedra sagrada tienen este carácter; pero no todos son adecuados en todas las circunstancias, y aqui llamamos la atencion sobre lo que dijimos acerca de la oportunidad en la leccion XI, á fin de que sin dejar de ser la proposicion popular, la presentemos de manera que se escite con ella la atencion y el interés de los oyentes. San Juan Crisóstomo nos ofrece entre otros un ejemplo de proposicion, que reúne las cualidades que dejamos indicadas, cuando dice: «La oración es el manantial de todo bien;» ella es breve, clara, interesante, práctica, en una palabra, popular; y esto se infiere no solo de los términos en que está concebida, sino tambien de los que despues añade este santo Padre. «Trataremos esta materia, dice, para empeñar á los que viven cristianamente á orar todavia con mas fervor, y para hacer conocer á los que hasta ahora han despreciado este medio de salvacion y pri-

vado sus almas de un socorro tan útil, cuanto les importa reparar este tiempo perdido en una inaccion criminal, y que de no hacer nada durante el resto de su vida los puede escluir de la bienaventuranza.»

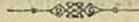
La proposicion debe ser *católica*, y llamamos católica á aquella que esplica una máxima conforme á la doctrina de la Iglesia. Se conocerá la verdad por su antigüedad, y por su conformidad con el sentir de los Santos Padres. Como todo género de proposiciones no son igualmente claras y conocidas de todos, el predicador procurará darles esa claridad é inteligencia, proponiéndolas de una manera proporcionada á la capacidad del pueblo.

Además toda proposicion debe versar sobre materias que se dirijan á conservar la religion, ó á acrecentar la fe; animar la esperanza; nutrir la caridad; mantener las leyes; conservar la paz en los reinos y en las familias, tales como estas: «Es mas ventajoso sufrir una injuria que causarla.—La bondad del cristiano en la tierra consiste en conocerse, y en vivir de una manera digna de la nobleza de su nombre.—Dios lo gobierna todo por su providencia y debemos adorarlo, etc.»

Jamás el predicador establecerá proposiciones que sean opinables ó dudosas; esto seria altamente perjudicial á su auditorio; pues por mas que esforczase sus razones para defender la causa de la verdad dejaria lugar á la vacilacion; porque siendo su proposicion esencialmente dudosa, no le haria perder este carácter. Asi como deberá evitar aquellas proposiciones capaces de ofender ó levantar los espiritus de sus oyentes, incurriendo en la nota de temerario. ¿Quiere por ejemplo reprender la dureza de los avaros? pues reprenda al mismo tiempo la envidia que corroe á los pobres, y de este modo hará menos dura una proposicion que concebida en otros términos ofenderia directamente á cierto y determinado número de pecadores.

LECCION XVII.

Division.



Llamamos division á *aquella parte del discurso que consiste en distribuir oportunamente el todo de la oracion, ó el asunto en miembros ó puntos que deben ser tratados unos despues de otros para mayor órden y claridad de las ideas.* Siendo muy interesante esta materia, procederemos á su desenvolvimiento con el mayor método posible, ocupándonos en esta leccion: 1.º de la *necesidad y uso* de la division; 2.º de las *cualidades* que debe tener; y 3.º de las *fuentes* de donde deberá sacarse.

I. *Necesidades y uso de la division.*—Muchos autores se han declarado abiertamente contra la division del asunto como perjudicial á la elocuencia, apoyados en que la division de un sermón en dos ó tres partes es de invención moderna, y que no data sino de la época en que la metafísica se introdujo en las escuelas, y además en que tal division rompe la unidad del discurso, y amortigua ó entorpece los movimientos oratorios. Pero á favor de la division tenemos la costumbre de distribuir en dos ó tres puntos el discurso, costumbre que además de ser muy atendible, está sostenida por razones convincentes á nuestro modo de ver, y que desvirtuan los fundamentos de la opinion contraria.

Hablando de esta materia Blair dice en apoyo de la division: «La práctica le ha dado ya tanto peso, que aunque no tuviera otra cosa en su favor, seria peligroso que se desviase de ella el orador, y la

práctica está á mi juicio muy fundada en razon. Si las particiones formales hacen que un sermon sea menos oratorio, tambien lo hacen mas claro y mas fácil de comprender; de consiguiente mas instructivo al comun de los oyentes, objeto principal que se debe tener siempre presente. Los puntos de un sermon sirven de mucho auxilio á la memoria y recapitacion de los oyentes, sirven tambien para fijar su atencion. Hacen que les sea mas llevadero el aguardar con sosiego el fin del discurso; le dan pausas y descansos, donde pueda reflexionar sobre lo que se ha dicho, y discurrir lo que ha de seguir. Tienen tambien la ventaja de que el auditorio conozca cuando descansara de la fatiga de atender. Sirve de descanso al oyente ver el fin de cada una de las partes; no de otra manera que á un viajero se le hace menos molesta la jornada al ver señaladas las leguas en las piedras; pues recrea medir el trabajo que ya ha pasado, y para sobrellevar lo que falta alienta saber lo que resta aun que andar.»

Por otra parte, ¿es cierto que el método de dividir fué desconocido de los antiguos? Cuando el asunto de un discurso es una proposicion compuesta, ó mejor dicho, cuando el orador debe establecer mas de una proposicion, como se hace en la mayor parte de los sermones, todos los oradores antiguos y modernos, sagrados y profanos enuncian las divisiones, á pesar de su uso habitual de suprimirlas, como se ve en los discursos de Ciceron: *Pro Milone*, *Pro Archia*, *Pro lege Manilia*, *Pro Murena*; en la arenga de Demóstenes contra Aristócrates, y en muchos discursos de San Juan Crisóstomo, de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno.

Respecto á que la division rompe la unidad del discurso, nos basta volver á oír al citado Blair: «No puede decirse que quiebra la unidad de discurso el método que yo defiendo, dice este autor. Si se quiebra la unidad atribúyase á la naturaleza de los puntos ó tópicos de que trata el orador, y no á su esposicion formal. Por el contrario si se escogen bien los puntos, el señalarlos y determinarlos, lejos de dañar á la unidad del todo, la hace mas clara y completa, haciendo ver cómo dependen unas de otras las partes del discurso, y cómo miran á un mismo fin.» Lo mismo podemos decir en cuanto á que la division entorpece los movimientos oratorios, pues

lejos de ser así los dirige con mas regularidad, pues el genio que los produce tiene necesidad de ser guiado en su carrera ó de guiarse á sí mismo, diciéndonos de donde viene y adonde va, segun se expresa el cardenal Maury.

Concluiremos este párrafo diciendo que el método seguido por los Padres y antiguos oradores que propone su asunto y lo sigue hasta el término del discurso sin distribuirlo en partes puede y debe adoptarse, por ejemplo, en los casos siguientes: 1.º Cuando un solo punto es suficiente para todo el sermón; porque seria ridiculo anunciar una division reservándose decir lo que no se habia de tratar. 2.º Cuando el enlace de las materias conduce bien el espíritu sin que haya necesidad de anunciar en términos formales la division del discurso; pues alguna vez es útil ocultar el orden y la armonia como en una homilia, ó una exhortacion, etc. La enunciacion de la division en estas circunstancias perjudicaria el efecto, probaria un espíritu minucioso y un corazón frío; pero fuera de estos casos es necesario conformarse con las prácticas y costumbres recibidas.

II. *Cualidades de la division.*—La division debe ser: 1.º *Sencilla y natural.* Muchos predicadores queriendo por un gusto depravado, evitar lo que es ordinario y comun, se esfuerzan en buscar planes extraordinarios y nuevos, y nada mas contrario á los principios de la recta razon. De ellos puede decirse que son semejantes al viajero que, abandonando una senda conocida de todos, una carretera pública, se lanzara por trochas ó veredas escarpadas, en las que habria de fatigarse, y cansar tambien á los que hubieran de seguirlo. No es menos reprehensible el prurito de hacer divisiones simétricas, y en tres puntos que cada uno termine con cadencia. Huid de estas subdivisiones correspondientes y simétricas entre las dos partes de un discurso, dice Maury, que forman una oposicion pueril é indigna de un arte tan noble y de un ministerio tan augusto.

2.º La division ha de ser *justa y distinta*; es decir que debe abrazar toda la estension del asunto ni mas ni menos, sin que un punto vuelva á entrar en otro, pues las diferentes partes del discurso deben referirse á un todo, de manera que se dirijan á formar la unidad que hace gustar la proporcion de las partes. Cuando el predicador se ve obligado á ocuparse en la segunda parte de lo que ha

dicho en la primera la atención se pierde, y los movimientos oratorios se vuelven frios y sin fuerza.

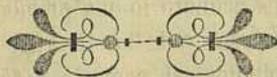
3.º La división debe ser *corta y progresiva*; ordinariamente no debe constar el discurso sino de dos partes, raramente de tres, y nunca de cuatro. Un demasiado número de puntos, ó de divisiones y subdivisiones fatiga sin necesidad la memoria y es de mal efecto en la elocución. Por esto cuando se divide demasiado las partes no se les puede dar la debida estension, ó si se las trata con amplitud el discurso resulta demasiado largo y se fatiga al auditorio. Decimos que debe ser *progresiva* porque en la distribución del plan hay que observar una gradación manifiesta para aumentar el interés de los hechos, la progresión de las pruebas, la fuerza del razonamiento y la vehemencia de los movimientos oratorios.

Ultimamente, la división en cuanto sea posible debe ser *práctica*. Ya dejamos indicada esta cualidad hablando de la proposición, y es muy atendible; pues todos los esfuerzos del orador han de dirigirse á que el auditorio no solamente acepte las teorías que se le proponen, sino que se determine á practicarlas. Si, por ejemplo, se habla de la salvación, será conveniente hacer ver primero su importancia y necesidad, y descender á indicar como se debe trabajar por adquirirla. Lo mismo que si se tratase de una virtud, se podrá esponer en la primera parte los motivos de practicarla, y en la segunda demostrar cómo debe hacerse é indicar sus diversos grados.

III. *Fuentes de la división*.—La división puede sacarse de cinco principios: 1.º *Del fondo del asunto*. Ejemplo: «Si consideramos la muerte en sí misma notaremos que ella *es inevitable*; es menester disponerse á ella necesariamente: *que ella está siempre presente*; es menester estar dispuestos de continuo: *que ella no tiene esperanza de retorno*; es menester disponerse con todo cuidado posible.» 2.º *De los efectos*. Ejemplo: «La mala conciencia tiene dos efectos bien marcados: ella impide gozar de los bienes de esta vida, y hace sufrir anticipadamente los males de la otra.» 3.º *De las causas*. Ejemplo: «Nuestras oraciones son infructuosas, ó porque no pedimos lo que es menester, ó porque no lo pedimos como se debe.» 4.º *De las circunstancias*. Ejemplo: «En el gran día del juicio final el pecador se conocerá y será conocido; el pecador dado á co-

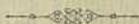
nocer á sí mismo; el pecador dado á conocer á todas las criaturas.»
5.º *De las propiedades del asunto.* Ejemplo: «La Santa Eucaristia es un pan de vida y de fortaleza; es un pan de vida para nutrirnos; un pan de fortaleza para fortificarnos.»

Terminaremos esta leccion dando un aviso importante sobre la manera de hallar la division que conviene mejor á un asunto dado. Cuando se quiere componer un discurso, la division no es la cosa en que se debe pensar desde luego. No hay necesidad de ocuparse de ella, sino despues de haber estudiado la materia de que se trata, y de haberla considerado en toda su estension, entonces la division ocurre con facilidad, y siempre es natural. Los grandes maestros en el arte no solo estudian su asunto antes de dividirlo, sino que tambien escriben sus pensamientos, ó á lo menos toman nota de ellos; no se ocupan del plan sino despues de estas operaciones preliminares. Es necesario pues no sacar las materias del plan que se ha trazado, sino sacar el plan de las materias que se tienen ya estudiadas.



LECCION XVIII.

Narracion y confirmacion ó pruebas.



Entendemos por narracion *la relacion de un acontecimiento, ó el cuadro detallado de las circunstancias de un hecho*. Poco habremos de decir acerca de esta parte del discurso, pues no siempre hay necesidad de hacer la narracion en los sermones, porque esta parte está reemplazada por la esposicion del asunto. Sin embargo, diremos que debe ser *concisa, clara, verosímil y agradable*. El V. Granada nos dice que «podremos narrar una cosa *brevemente* si empezamos á referirla desde donde fuere necesario, y no desde su principio; si no la continuáremos hasta el fin, sino hasta allí donde convenga; si no usáremos de transiciones. Narraremos una cosa con *claridad*, si esponemos primero lo que primeramente sucedió, guardando el orden de las cosas y de los tiempos como ellas sucedieron. *Verosímil* será si hablamos así como lo pide la costumbre, la opinion, la naturaleza. Será en fin *agradable* la narracion si contiene cosas nuevas, no esperadas, grandes y graves.»

En el género demostrativo, es decir, cuando se trata de alabar ó de vituperar á alguno, el discurso no es sino un tejido de narraciones acompañadas de reflexiones y de sentimientos en relacion con el fin que el orador se propone. Mas estas narraciones no tienen el carácter de la narracion oratoria tal como la entienden los retóricos. Ya diremos de qué manera deben ser tratadas, hablando de las oraciones fúnebres y de los panegíricos; y vamos á ocuparnos de la confirmacion ó de las pruebas del discurso.

CONFIRMACION.

Llamamos confirmacion á aquella parte del discurso en que se desenvuelven las pruebas de la tesis ó proposicion. Podemos decir, tratando de esta parte del discurso, que el orador es un atleta llamado á combatir y á someter por medio de la palabra los espíritus mas rebeldes, como tambien los mas endurecidos corazones. Las armas para ese combate son las pruebas del discurso. Un discurso desprovisto de pruebas será como un cuerpo sin alma, ó como un edificio sin cimientos.

Ahora bien, en todas las cosas es necesario penetrarse desde luego del fin que se quiere conseguir. El que se propone el predicador es siempre religioso ó moral; es establecer una verdad; proclamar é inculcar un deber; destruir una preocupacion; estirpar ó condenar un vicio. Aqui se tiene que luchar contra las repugnancias de la naturaleza humana; porque, segun advierte San Agustín, el hombre ama naturalmente la luz de la verdad, pero rehusa la censura que esta le hace: *Amant homines veritatem lucentem, oderunt eam redarguentem*. El auditorio es como el enemigo que se trata de vencer y forzar en la ciudadela donde se pone al abrigo de los golpes de la elocuencia cristiana; se le podrá envolver con el auxilio de demostraciones perentorias que le obligarán á rendirse, confesando sus errores, y abjurando la maldad de su corazon.

Estando pues fuera de toda duda la necesidad é importancia de las pruebas en el discurso, importa saber elegir estas, pues de ello depende el éxito. Hay pruebas del orden religioso, del orden racional, del orden sentimental y del orden histórico; estas son cuatro minas siempre explotadas, y siempre inagotables. No tenemos necesidad de estendernos en el análisis de cada uno de estos lugares de donde deberemos tomar los argumentos del discurso, y al efecto nos bastará recordar lo que dijimos acerca de esta materia, tratando del objeto de la invencion en la leccion VI, en la que indicamos las principales fuentes en donde el predicador ha de beber las razones necesarias y convenientes para hacer sólido é instructivo su discurso.

Ahora solo debemos ocuparnos de la disposicion de estas razones ó pruebas, estableciendo las principales reglas que se deben observar en este punto. Primeramente *no conviene multiplicar demasiado las pruebas* para apoyar lo que se quiere demostrar, á fin de no fatigar la memoria. Pocas, breves y bien espresadas tienen mas peso y convencen mejor que muchas, débiles y pesadas. Cuando las pruebas son débiles, cuando los argumentos son poco concluyentes, y por esto no llenan el objeto con que se aducen, pueden despertar dudas sobre la certidumbre de nuestros dogmas, en vez de robustecerlos, y presentarlos con aquel carácter de verdad y solidez que los distingue, y que revela su elevado y celestial origen. Si el ministro de la palabra, si el predicador no es vencedor, la verdad parecerá vencida, causando un gran daño á los que la escuchan. Asi como, cuando un orador se detiene mucho en una prueba, procurando revolverla y presentarla bajo todos los aspectos posibles, acontece por lo comun que fatigado del esfuerzo que ha hecho pierde el vigor con que comenzó, y concluye con flojedad lo que empezó con energia.

En segundo lugar *no deben mezclarse las pruebas de distinta naturaleza.* «Todas las pruebas se dirigen á probar una de estas tres cosas, dice Blair: ó que alguna cosa es verdadera, ó moralmente recta, y conveniente y provechosa y buena. Estas son las que constituyen las tres grandes materias de discusion entre los hombres: verdad, obligacion é interés. Pero las pruebas que se dirigen á cada una de ellas son genéricamente distintas. Supongamos por ejemplo que he de recomendar á un auditorio la benevolencia ó el amor del prógimo, y que tomé la primera prueba de la satisfaccion interior que experimenta un alma benévola; la segunda de la obligacion que nos impone el ejemplo de Jesucristo; y la tercera de la inclinacion á grangearnos la buena voluntad de los que nos conocen. Las pruebas son buenas, pero las he dispuesto mal; porque la primera y tercera se toman de motivos de interés, de la paz interior y conveniencias temporales, y entre ellas he metido una que habla únicamente del deber. Debía yo haber conservado aquellas pruebas separadas y distintas, pues se dirigen á diversos principios de la naturaleza humana.»

En tercer lugar *el predicador usará sobriamente de las citas profanas*. Necesario es que tenga presente que debe emplear todo cuidado y esmero en separar lo precioso de lo vil. Plutarco, Plinio y Séneca no son siempre autoridades en la cátedra sagrada. Hemos oído con sentimiento citar en un mismo sermón muchas veces los nombres de Rousseau, de Voltaire, de Montesquieu, como se pudieran haber hecho con los de San Basilio, San Juan Crisóstomo, ó San Ambrosio, sin hacer las salvedades convenientes por qué se citaban, y esto no debe hacerse sino en casos muy raros para demostrar la fuerza de nuestros razonamientos testificados por los enemigos mismos de nuestra religion, verificándose entonces aquello de nuestros libros sagrados: *Salutem ex inimicis nostris*.

Nuestros testimonios, y los hechos de que nos ocupemos en el púlpito deben fundarse en la Sagrada Escritura, en la historia Eclesiástica, en la autoridad de los Santos Padres, y en la vida de los Santos de uno y otro Testamento. El lenguaje del ejemplo es siempre el mas eficaz, y una piadosa leyenda tocará mas al auditorio que los mas brillantes periodos de un discurso magnífico. Este es de ordinario el mejor y el mas edificante de los razonamientos. Los rasgos edificantes estimulan la atencion, reaniman el interés, se graban en el fondo de los espíritus y de los corazones, donde obran sin esfuerzos la conviccion y la persuasion; una buena accion resulta mejor que diez pruebas. Pero se debe alejar del púlpito, trono augusto de la verdad, toda anécdota apócrifa y controvertida. Los hechos falsos ó sospechosos hacen dudar de los verdaderos que son los que edifican; que nuestra predicacion se parezca á un oro siete veces purificado en el crisol: *Purgatum septuplum*.

En cuarto lugar *conviene presentar primero las pruebas mas débiles y proseguir gradualmente hasta la mas fuerte*. La observancia de esta regla, además de que establece el orden de pruebas que dejamos indicado, ocupando cada una su respectivo lugar segun su clase, ofrece una gran ventaja, y es que esta progresion ascendente facilita al auditorio la inteligencia de lo que oye; va recibiendo por grados la instruccion, ó los afectos que se propone el predicador, como el enfermo á quien en su convalecencia se le propinan

primeramente los alimentos mas simples, y despues aquellas sustancias mas nutritivas.

Además, aquello que el orador dice despues, ó sean las pruebas últimas, quedan y se conservan por mas largo tiempo en el espíritu de los oyentes que las primeras. Sin que pretendamos decir que este método se ha de observar tan rigurosamente que no haya ocasiones en que sea útil separarse de él, y cuya escepcion depende de la materia que se trate, y del buen juicio del predicador, á quien aconsejamos entrelace las pruebas, segun los principios de un buen método, sin el que jamás compondrá buenos sermones, sólidos, concluyentes, persuasivos, capaces, en una palabra, de triunfar de su auditorio.

Ultimamente, las pruebas en su esposicion deben ser *claras, nuevas y originales*, no empleando nada de silogismos, ni otro género de argumentacion en su forma escolástica, ó tal como las usa la dialéctica. Esta forma ú otra cualquiera de este género no se aviene perfectamente á la predicacion, que debe hacerse entender lo mismo de los hombres de talento que de los ignorantes, pues el predicador, como otras veces hemos dicho, se debe á todos. He aqui por qué en sus razonamientos y en la manera de espresarlos, elegirá aquellos que sean mas accesibles al pueblo, pues estos son preferibles á todos los axiomas de la metafisica.

Los proverbios ó adagios, ó sean aquellas frases lacónicas y sentenciosas, siempre que encierren una máxima moral, sirven mucho para las pruebas; pero es cuando se los aplica con sagacidad y sin profusion. En resúmen, la manera de hacer aceptables los argumentos ó pruebas es darles una forma inteligible, popular y sentenciosa.

No queremos concluir esta leccion sin dar algunas reglas acerca del uso y forma con que deberemos presentar las citas que se hacen y deben hacerse en esta parte del discurso, además de lo que dejamos dicho arriba. Las citas son *una especie de autoridades que por sí no forman pruebas, pero que vienen á apoyar las razones del predicador*. Entre estas reglas son las principales las siguientes:

Regla I.—*Cuando se cita la Sagrada Escritura ó los Santos Padres no es necesario siempre añadir el testo latino; sin embargo, con-*

viene hacerlo alguna vez. Algunos escritores condenan el uso de las citas latinas como inútiles, porque la mayor parte de los oyentes no las entienden. Convenimos en que así sucede generalmente; pero tenemos á nuestro modo de ver razones de mas importancia para no desterrar absolutamente este uso largo tiempo admitido en el púlpito, en lo cual seguimos al doctor Audisio. La *primera* de esas razones es que, desde el principio del cristianismo hasta nuestros días, los fieles están acostumbrados á tales citas hechas por los Padres y por los oradores clásicos que han espesado en el lenguaje propio de la Iglesia las principales sentencias que el constante uso de los siglos ha hecho familiares á los fieles.

La *segunda* razon que tenemos es que esas citas dan á los discursos sagrados mas autoridad, y concilian mejor el respeto de los oyentes; con especialidad cuando ellas vienen á quitar cierta repugnancia que producen aquellas sentencias que parecen duras, y que por lo tanto pudieran creerse de la esclusiva pertenencia del predicador, lo cual se desvanece, presentando el testo latino.

La *tercera* es que las citas en idioma latino fijan mejor la atencion del auditorio sobre ciertos puntos de importancia, y además hieren mas vivamente su espíritu. Pero es necesario no hacerlo siempre, ni dejarlo de hacer en determinados casos, sino guardar un justo medio como dejamos indicado en esta regla.

Regla II.—Los textos que el predicador juzgue á propósito citar deben ser bien elegidos, traducidos, manejados con inteligencia y suficientemente desarrollados. Decimos *bien elegidos*, porque si es verdad que, como dice el Apóstol, toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para corregir, etc.; sin embargo hay en la misma ciertas sentencias y ciertos hechos que por su brevedad, su precision, su claridad y energia, producen en el alma una impresion mas vehemente, y en ella se conservan mejor, y son mas adecuados que otros testimonios, con relacion á la materia de que se trate.

Deben ser traducidos en el idioma de los oyentes. En la traduccion es preciso consultar no solo la claridad del testo, sino tambien el sentido que tengan segun los intérpretes sagrados.

Han de ser manejados con arte é inteligencia; porque el mayor

mérito del predicador y del discurso no consiste en aglomerar textos sobre textos. Las muchas citas mas bien ofuscan la inteligencia del auditorio, y su profusion ofrece el inconveniente de que no se esplican cual deben serlo.

Mas que al empeño de aducir muchos textos se ha de atender á su esplicacion exacta y oportuna, y estas mismas razones debere- mos tener presentes para su *desarrollo suficiente*, pues las mas ve- ces una sola sentencia de la Santa Escritura contiene profundos pensamientos que necesita desenvolver el predicador cuanto sea ne- cesario á su propósito.

Estas reglas que damos para las citas de la Sagrada Escritura son aplicables á las que hagamos de los escritos de los Padres; ad- virtiendo solamente que los textos de estos deben ser menos nume- rosos que los que tomemos de los libros sagrados, y que deben ser elegidos con prudencia, pues en sus obras encontraremos pensa- mientos que serian presentados de diferente manera si hubieran es- crito en diferentes circunstancias; por lo que ha de atenderse á la causa, ocasion y tiempo en que escribieron, y á lo demás que se prescribe para la recta inteligencia de sus admirables obras en el estudio de la Patrologia.



LECCION XIX.

Refutacion.

Aunque no siempre tiene lugar en el discurso la refutacion ó confutacion, como dijimos al enumerar las partes de la oracion retórica, no por esto deja de ser de suma importancia y dificultad en los casos en que haya necesidad de emplearla; pues en ella es donde mas pueden brillar los talentos y recursos del predicador, y el nervio de su argumentacion. La *refutacion* se define: *La parte del discurso que por medio de razones sólidas desvanece ó aleja del espíritu de los oyentes las dificultades que pudieran inclinarlo al partido contrario ó sea al error.* Tres son las reglas que podemos dar con un escritor célebre acerca de esta materia, y que se refieren al *lugar* que la refutacion debe ocupar en el discurso; á las *cualidades* que exige en el orador; y á las *condiciones* de la refutacion misma.

1.º *Lugar de la refutacion.* No es posible asignar el lugar que en toda ocasion ha de ocupar la refutacion en un discurso; pues unas veces se hace esta antes de las pruebas, ó sea de la confirmacion, y otras despues. Esto dependerá del estudio que el predicador debe hacer de la materia que ha de tratar, del cual sacará la conveniencia de prevenir con sus argumentos las objeciones que se le pueden hacer, ó de desvanecer estas una vez esplanadas las pruebas de su aserto. Ello es que las objeciones nacen naturalmente en el mismo desarrollo de las pruebas, y estas sin gran esfuerzo van refutando lo que pueda ocurrirse en contrario.

Otras veces la refutación necesita un mas detenido trabajo, y esto sucede cuando las objeciones tienen mas difícil solución, y entonces se hace en determinado lugar del discurso, despues de la confirmación. Asi como cuando las dificultades que se oponen á las demostraciones del predicador necesita desvanecerlas anticipadamente, y en tal caso precede la refutación á las pruebas.

En tésis general podemos decir que la refutación ordinariamente se coloca entre las partes del discurso en el mismo lugar que la tratamos en el órden de estas lecciones, esto es, cuando se ha demostrado la verdad, y se conoce perfectamente el estado de la cuestion, y entonces viene á esclarecer perfectamente esta, sirviendo de prueba, y muy robusta, que se agrega á las demás. El gusto y discernimiento del predicador pueden resolver estas hipótesis segun las circunstancias en que se encuentre.

2.º *Cualidades del predicador relativamente á la refutación.* Tres son estas cualidades, dice el doctor Audisio, á saber: *verdad, destreza y urbanidad.* La *verdad* es un rayo de la divina esencia, y la cátedra á donde el predicador sube para hablar al pueblo es la cátedra de la verdad. Profanaria miserablemente el predicador evangélico esa cátedra del Espíritu Santo si, para desvanecer los argumentos que la impiedad, la superstición ú otros enemigos oponen á las máximas de la religion, se valiese de las armas vedadas de la mentira para pulverizarlas. No necesita ciertamente tan pobres recursos una religion que se ha hecho demasiado creíble, y cuyos testimonios están justificados en sí mismos, segun espresion de nuestros libros santos. Preséntese pues el predicador con la luz de la verdad en el púlpito, y tenga entendido que esa luz brillará siempre, á través de las tinieblas con que los errores y las pasiones trabajan, aunque en vano, para oscurecerla.

A la verdad necesita agregar el predicador la *destreza* ó cierta habilidad para refutar vigorosamente y con acierto las objeciones que dificulten su paso por el camino de aquella. No se crea hablamos de ese arte capcioso y rastrero que enseña el sofisma; ya hemos dicho no tiene necesidad de estas armas de mala ley, que se emplean solamente en la defensa de las malas causas. Hablamos de la destreza considerada como un don natural, como una cualidad

que exige una grande penetracion de espíritu, vivacidad y gracia para hacerse cargo de las mañosas arterias de los contrarios; seguirlos en sus torcidos caminos; caer sobre ellos con copia de razones que los impongan, y los dejen vencidos, ganándolos al mismo tiempo para el cielo; tal es la destreza que recomendamos en la refutacion.

Aquellas dos cualidades encuentran un apoyo grande en la *urbanidad*. Desde luego protestamos que la verdad no puede transigir con el error; que no puede haber sociedad entre la justicia y la iniquidad; que si el hombre sensato, cualquiera que sea, no puede avenirse con los delirios de otro hombre, mucho mas el sacerdote nunca podrá capitular con los extravios de la inteligencia y del corazon en las cuestiones importantísimas de la fe y de la moral. En esta atencion el predicador haria traicion á sus deberes y á sus convicciones mas sagradas si no desenmascarase al error para hacerlo ver en toda su fealdad, y al pecado con sus espantosas consecuencias, impugnando uno y otro con todas sus fuerzas. Pero en esta lid gloriosa no debe perder de vista su caritativo y celestial ministerio; este le dice debe trabajar incesantemente por ganar almas para Dios; por atraer al redil la oveja extraviada; por que llegue la hora de que los hijos pródigos de la Iglesia vuelvan al santo hogar que abandonaron.

Tan santos oficios podrán malograrse si al combatir á tan desgraciados enemigos lo hace de una manera acre é inconveniente, si no usa de la urbanidad que reclama su dignidad, su educacion, sus principios y su mision misma, tan sagrada como noble y generosa. ¿Cuántas veces se oye al predicador, guiado quizá de las mejores intenciones, predicar contra la impiedad, contra el libertinaje, contra los incrédulos y demás adversarios del catolicismo, y por la manera descompuesta con que se hace, lejos de conseguir atraerlos al conocimiento y confesion de sus indiscreciones, los espanta, los aleja de la fuente de toda luz y de todo bien, y los endurece mas en sus perversos designios y en su falta de fe? No es refutar emplear los denuestos, y si se quiere los insultos; estas formas quédense para los defensores del error; no tienen otras y de ellas han de valerse precisamente. La verdad y la virtud tienen otras for-

mas; son la benevolencia, la cultura, las palabras llenas de caridad y de compasion, y no por esto ni la virtud, ni la verdad pierden nada de sus atractivos, de su fuerza y esplendor. Revista pues el predicador su refutacion de esos adornos y triunfará de los enemigos que trata de vencer.

3.º *Condiciones relativas á la naturaleza misma de la refutacion.* Dos cosas ha de considerar el predicador en la refutacion, para que esta sea victoriosa y corresponda á la dignidad de la cátedra sagrada, que son: la *objeccion*, y la *respuesta* á la misma, haciéndose cargo de una y de otra.

Respecto á la *objeccion* procurará cuanto le sea posible ponerla en boca de su auditorio; pero haciendo las salvedades correspondientes para que no se ofenda su fe, su piedad, su religion, pues no todos los oyentes serán descreídos, impios, irreligiosos. Es una suposicion que va á hacer, y puede ser enojosa. Espuesta la dificultad con fuerza y energia, cuidará el predicador de que esta respire los sentimientos, hable el lenguaje, se revista de las formas que recibiría del auditorio mismo. Cada miembro de esta regla tiene por objeto empeñar mas y mas la atencion de los oyentes sobre la objeccion, de tal manera que creyéndola incontestable, se despierte su curiosidad por oír la respuesta. Asi es que cuanto mas se esfuerce el predicador en presentar las razones aparentes en que se funda la objeccion, mayor será la curiosidad por saber cómo serán contestadas esas razones ó argumentos.

La *respuesta* puede hacerse de diferentes maneras, de las que indicaremos las mas principales. La *primera* es conceder toda la objeccion para imprimirla mas profundamente en el espíritu de los oyentes, y hacer brillar la verdad que ella confirma, pareciendo que la ataca.

La *segunda* es conceder el principio, y negar la consecuencia. Esta práctica es de un uso frecuente; porque muchas veces el vulgo deduce de una proposicion verdadera una consecuencia falsa, perdiendo de vista la relacion que une las premisas con la consecuencia.

La *tercera* manera es negar en su totalidad, ó en parte, el principio fundamental del argumento. Se le negará por completo cuando

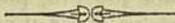
él no tiene verdadera importancia; y se negará en parte cuando ese mismo principio presente dos faces, una verdadera y otra falsa. En este caso hay necesidad de un gran discernimiento para distinguir, y de una gran precision de palabras para espresar la relacion de conveniencia que tiene la objecion con el asunto, que llamamos verdadera, y la relacion de disconveniencia que llamamos falsa. Este método que consiste en dividir la objecion en dos partes para conceder una al auditorio, nos deja ver ante este como imparciales respetando los fueros de la verdad, pues concedemos lo que á esta se debe, y esto es una garantia á nuestro favor.

La *cuarta* consiste en herir al adversario con sus propias armas, y refutarlo volviendo contra él sus propias razones.

Ultimamente se puede atacar al contrario sobre diversos puntos de un modo vivo é incisivo que consiste en reunir en una sola todas las objeciones, y responderlas victoriosamente sin hacerse cargo de ninguna de ellas detenidamente, sino con rasgos brillantes y concluyentes refutar en breve cuanto se ha opuesto.

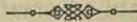
Concluimos esta leccion advirtiendo que es preciso tener gran cuidado de contestar á todo argumento ó fuerte objecion que hayamos puesto en boca del contrario; pues se creeria que nuestro silencio no habia sido por descuido, sino por falta de razones para contestar la dificultad.

Se hace indispensable advertir tambien que jamás debe provocar el predicador la refutacion, haciéndose cargo de los argumentos que lo merezcan, si por desgracia no cuentan con los conocimientos que la religion ofrece para salir cumplidamente victorioso. Esa provocacion seria altamente lamentable, pues una refutacion débil ó mal hecha prestaria mayores brios al contrario.



LECCION XX.

Peroracion.



En el último lugar de la composición oratoria hallamos la *peroración*, que es *aquella parte del discurso en que el orador emplea los mayores esfuerzos para inflamar y atraer los ánimos de los oyentes, ya renovando las impresiones que habia escitado durante el discurso, ya reasumiendo las pruebas.*

La peroración tiene varias partes que son la *recapitulación* de las principales pruebas que se han aducido; el *fruto*, ó la *consecuencia práctica* de lo que se ha dicho; la *exhortación* al auditorio para determinarlo á seguir la doctrina que se ha espuesto, y la *súplica* ó *invocación* que se hace al cielo. De cada una de estas partes, que no en todos los discursos son absolutamente necesarias, vamos á hacernos cargo brevemente, no porque desconozcamos la importancia de la peroración, que sin duda es la que necesita de más tacto en el predicador, y donde se le ofrece estenso campo para desplegar todos los recursos de la elocuencia.

La *recapitulación* ó enumeración requiere mucha concisión, mucho discernimiento y novedad para no decir más de lo que conviene, y para epilogar en pocas palabras y en giros variados la esencia y la sustancia de las pruebas ó medios que han establecido la causa. Si se dice demasiado, entrando en largas esplicaciones de lo que se ha dicho en la confirmación, esta repetición hará el discurso lánguido, haciendo que el espíritu de los oyentes retroceda á un

camino que ya ha recorrido, y que por lo tanto en él no puede encontrar novedad alguna, ni interés en oír unas pruebas que no pueden persuadirlo nuevamente. Debe pues el predicador limitarse á ligeras indicaciones que basten tan solo á refrescar la memoria de sus oyentes, como dice Ciceron, el cual compara al orador que se vuelve sobre sus mismos pasos, á las contorsiones de una serpiente que acaba sus giros mordiéndose la cola.

Además de esa repetición prolija y enfadosa de que hemos hablado, el predicador deberá evitar el anunciar la recapitulación que va á hacer, repitiendo esta frase: «he concluido» ú otra semejante, pues la atención de los oyentes se paraliza, y es necesario comenzar á ponerla en acción nuevamente para terminar el discurso, lo cual siempre ofrece dificultad. Antes bien debe entrar en esta parte del discurso casi sin que el auditorio se aperciba de ello, y con cierta novedad para que no entienda que se le repite. Lo demás es manifestar artificio en el discurso, lo cual debe á toda costa evitarse.

Después de haber reasumido el predicador las principales pruebas del discurso, de una manera rápida, concisa, bien sentida y amenizada con gracia y novedad, se sigue el *fruto ó consecuencias prácticas* que debe sacar para la conducta y para la salvación de sus oyentes. En este punto observamos con Maury que los resultados de un discurso verdaderamente oratorios, no se limitan á simples consecuencias especulativas. «Nada habeis hecho todavía, dice, ó mejor dicho, nada habeis ganado estableciendo vuestras pruebas. Este es el punto de donde debe partirse para triunfar de las pasiones, á fin de que no quede al pecador excusa alguna, y que la convicción escite en él la emoción que debe traer ó producir el arrepentimiento.»

A la conclusión práctica que el predicador ha inferido de las pruebas de su asunto debe seguirse la *exhortación* para determinar é inclinar á sus oyentes á seguir lo que pide su salvación. La exhortación debe ser patética y vehemente. Es llegada la ocasión al predicador de hacer un último esfuerzo para conmover á los que han escuchado su discurso, y por lo tanto debe poner en juego todos los resortes de la sensibilidad, y emplear cuantos medios le sugiera la elocuencia para despertar los afectos con más interés que

en las demás partes del discurso; pues este extremo de la peroración está consagrado á escitar las mas vivas emociones del sentimiento: la misericordia en favor del desgraciado: la piedad religiosa para con Dios: el odio al pecado: el amor sincero y profundo á la virtud: los provechosos remordimientos que conducen á la penitencia: los afectos que conmueven las entrañas; todo en fin lo que hace vibrar las cuerdas del corazon.

Mas para conseguirlo es indispensable que el predicador esté vivamente penetrado de los afectos sobrenaturales que intenta comunicar á los que lo escuchan. A este fin rogamos á nuestros lectores que recuerden las lecciones IX y X, donde nos detuvimos mas sobre esta interesante materia.

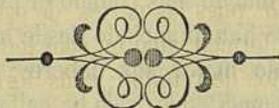
Es costumbre muy admitida terminar el discurso con una *súplica* fervorosa para pedir gracia á Dios para el auditorio, y muchas veces para todo el pueblo cristiano. Nada mas conforme con el espíritu de la religion en el ministerio de la predicacion que esta plegaria, hecha por el sacerdote, elegido de entre los hombres para constituirlo en favor de estos en todas aquellas cosas que se refieren á Dios, como dice San Pablo; nada mas en armonia con su ministerio que lo lleva á pedir al Señor, con triste clamor entre el vestibulo y el altar, que perdone los pecados del pueblo.

Si el ejercicio de tan paternal ministerio es siempre provechoso y conveniente, lo es mucho mas cuando el pueblo ha oido las santas verdades que se le han anunciado desde la cátedra sagrada. Entonces ha comprendido mejor sus deberes; entonces ha meditado sobre su conducta, y meditando, si la ha hallado criminal, no ha podido menos de conmovirse para el arrepentimiento; entonces se le han puesto ante sus ojos los juicios de Dios y su misericordia, lo mismo que su justicia; entonces por último se halla predisuelto para protestar de su arrepentimiento; clamar á Dios para obtener el perdon y las gracias necesarias para el mejoramiento de su vida y costumbres, y esto es lo que debe procurar el predicador con su *súplica* final, hablando piadosamente á Dios è interesando su infinita clemencia en bien de su grey.

Muchos modelos de esta compuncion oratoria pudiéramos citar; pero un celo bien entendido por la salvacion de las almas sugerirá

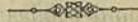
al predicador suficientes recursos para esta parte de la peroracion, segun la naturaleza de la materia que haya tratado.

Sin embargo, diremos que es de muy buen efecto tomar la *súplica* del fondo de un salmo, de algun himno ú oracion de la Iglesia, ó de algunas otras palabras de la Sagrada Escritura, parafraseándolas con destreza y con espíritu de religion, y terminando dicha súplica con manifestar deseos vehementes de que todos consigan la vida eterna; aunque no siempre deberá hacerse de la misma manera, ó con las mismas palabras. No obstante de que esta terminacion parezca trivial á algunos, no por esto la desechen, pues no debemos olvidar que el término de todas nuestras aspiraciones, como cristianos, es nuestra salvacion; es el cielo, morada de perdurable descanso y de luz imperecedera, donde veremos á Dios y seremos verdaderamente felices.



LECCION XXI.

Transicion y Digresion.



Despues de habernos ocupado de las partes de que se compone el discurso, debíramos pasar á esponer los diferentes géneros de oraciones sagradas, ó sean los asuntos sobre que se versa la oratoria. Pero antes nos ha parecido conveniente tratar de las *transiciones*, y de las *digresiones*, á fin de que de nada carezcan nuestros lectores que les sea útil, tratando de la disposicion de los materiales que hayan inventado para sus discursos.

I. Entendemos por transicion *el paso de un pensamiento á otro*, que es como el lazo con que se unen los diversos miembros de un discurso. Al construir pues las partes de este, es necesario unirlas de tal suerte que no formen sino un solo todo. Pues bien; las transiciones son los puntos de reunion; ellas forman el encadenamiento entre las diferentes pruebas, y entre las partes del discurso, de tal modo que ligadas estas unas con otras se dirigen á apoyarse mutuamente, y concurren á demostrar una misma verdad. Las transiciones son á las partes del discurso lo que las articulaciones y coyunturas á los miembros del cuerpo; ellas facilitan los movimientos, dan la flexibilidad y el vigor por los nudos que forman.

Dificil es someter la transicion á reglas fijas que ha de dar únicamente la práctica, y el estudio de los buenos modelos. Diremos sin embargo, que aquellas transiciones que no están fundadas sino en el mecanismo del estilo, y que consisten únicamente en un enlace aparente entre la última palabra de un párrafo que concluye, y

la primera de otro que comienza, no son, propiamente hablando, transiciones naturales, sino mas bien uniones forzadas. Las verdaderas transiciones oratorias son aquellas que siguen el curso del razonamiento, ó del sentimiento, sin violentarlo, con bastante arte para no mostrar esfuerzo alguno, y que el auditorio no se aperceba del enlace; son aquellas que unen las partes en lugar de dejar suspensas unas frases de otras; aquellas que encadenan todo el discurso, y evitan al predicador hacer un nuevo exordio para cada subdivision que le presenta su plan; aquellas que se llaman y se corresponden por una conexión natural, y no por un encuentro imprevisto; son aquellas en fin que la meditacion engendra y facilita el ejercicio, inspirando casi á la vez muchos grandes pensamientos; y no aquellas otras que la pluma hace coincidir, cogiendo relaciones combinadas. Las ideas claras y precisas se prestan mutuamente á transiciones fáciles y felices. Las piedras bien talladas, dice Ciceron, se unen ellas mismas sin el auxilio del cincel.

El modo de hacer las transiciones, aun siendo naturales, no deja de dificultar á los predicadores jóvenes. En el tiempo que llevamos consagrado á la enseñanza de la oratoria sagrada hemos notado esa dificultad en nuestros alumnos, dificultad que ha ido desapareciendo á medida que mas se han ejercitado en la composicion. Entonces los giros que dan á sus pensamientos son ya mas naturales, y por lo tanto mas fácil la conexión ó enlace con que los unen. Esta se hace menos rápida y violenta valiéndose del lenguaje figurado, de la interrogacion, por ejemplo, de la esclamacion, del apóstrofe, de la epifonema ó de otra cualquiera figura de este género. Pero repetimos que el enlace natural que haga insensible la transicion no se ha de buscar en el mecanismo de las palabras, sino en la homogeneidad de los pensamientos.

II. Respecto á la *digresion* diremos que, aunque esta no es necesaria en todos los discursos, y ni aun es parte de ellos; es sin embargo útil conocerla para saber el uso que conviene hacer de ella, y cuando se la puede admitir con buen éxito. La *digresion es una parte añadida contra el orden natural del discurso, la cual trata de un punto extraño al mismo; pero no menos útil á la causa que se defiende en determinados casos.*

Las hay de dos clases: la una es la que se hace saliendo fuera del asunto que se trata; la otra la que se desvia solamente del asunto, y no sale absolutamente de él. Esta última sirve de adorno y de apoyo á los lugares de donde se desprende, y se usa en el género templado. San Gregorio Nacianceno en su *Apología*, despues de haber espuesto que las funciones del sacerdocio se dirigen á la reconciliacion y á la salvacion de los hombres, desarrolla valiéndose de la digresion, los milagros, el nacimiento, la pasion, la resurreccion del Salvador, y volviendo á su asunto dice: «Nosotros somos los ministros de esta redencion, los dispensadores de las gracias que ella os ha merecido, etc.»

En las digresiones es necesario no perder de vista jamás el asunto que se trata; antes bien se ha de procurar que tengan con el mismo una relacion secreta. Además se requiere que no sean *vagas é inútiles*; sino que se coloquen de modo que den claridad y fuerza al discurso. Debe evitarse que sean *forzadas* y enteramente *extrañas* á la cuestion que se trata, y sobre todo que no sean *largas ni frecuentes*.

Despues de una digresion debe entrarse en la cuestion de que se hablaba haciendo algunas salvedades, como por ejemplo: «Yo me he separado sin pensar de mi asunto.—Ojála que esta pequeña digresion sea para vuestro aprovechamiento, etc. etc.» Para concluir diremos que la digresion es un vicio de elocuencia, y solo puede usarse en muy raros y determinados casos, y con grande brevedad, como dejamos manifestado; pero altamente útil cuando se emplea con acierto.



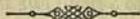
GENEROS DE LA ORATORIA SAGRADA.



LECCION XXII.

Género deliberativo.

SERMON MORAL.—HOMILIA.



«Es tan propio del predicador el género deliberativo, dice el P. Granada, que en todos los sermones, ya sean de Santos, ya de beneficios de nuestra redencion, ó ya se versen en la declaracion de los evangelios, debemos proponernos por blanco de todo el sermón, y de cada parte de él, exhortar á los hombres á la piedad y justicia, y hacerlos concebir horror á los vicios, que es lo que á este género pertenece.» La moral comprende todos nuestros deberes para con Dios, la fe, la esperanza, la caridad, la adoracion; nuestros deberes para con el prójimo, la justicia, la subordinacion, el amor; nuestros deberes para con nosotros mismos, la templanza, la castidad, la humildad; en general todas las virtudes que hay que practicar, y todos los vicios que deben evitarse, el orgullo, la avaricia, la lujuria, la envidia, etc. todos los deberes de obligacion, y todos los consejos, y en fin todos los deberes particulares de cada estado.

Para predicar sobre estas importantísimas materias nos valemos mas especialmente de los discursos que designamos con los nombres de *Sermones morales*, y *Homilias*. Entremos en el análisis y estructura de este género de oraciones, y cómo debemos disponerlas para conseguir el fruto que apetecemos.

SERMON MORAL.

Aunque son muchas las cosas que se deben considerar para la composicion del *sermon moral*, pueden reducirse á tres, que son: el *objeto* á que ha de mirar el discurso; la *materia* de que se ha de componer, y el *orden* con que debe tratarse.

1.º *Objeto*.—El predicador, antes de todo, ha de consultar consigo mismo lo que quiere exigir de sus oyentes, esto es, qué fruto ha de conseguir de ellos por medio de los fundamentos y razones con que intenta convencerlos, y la resolucion con que deben salir del templo. Para ello nadie duda que deberá tener presente la capacidad de su auditorio; el grado de ilustracion en que se encuentra; qué clase de enfermedades morales los aquejan, y si estas provienen de ignorancia ó de malicia, para de esta manera presentarles verdades acomodadas á su capacidad y aquellas de que estén mas necesitados, y aplicarles el remedio mas eficaz y á propósito para su curacion, para lo que debe recordarse lo que dijimos acerca de la oportunidad de la invencion en la leccion XI.

2.º *Materia*.—No es otra la materia del sermon moral que los deberes de que hemos hablado arriba. En ellos está contenida la regla de nuestras costumbres; pero la predicacion de esos deberes no piden menos ciencia y prudencia en el predicador que la enseñanza del dogma. Las falsas doctrinas en puntos de moral pueden tener las mas funestas consecuencias para la salvacion de las almas. Para instruir bien en los deberes es preciso ser verídico y exacto en los principios generales, y en sus consecuencias para la aplicacion á casos particulares; y para ser exacto y verídico necesario es evitar dos excesos igualmente punibles: la demasiada laxitud, y la severidad ó rigidez demasiada. La una endurece á los pecadores, dándoles una seguridad funesta; la otra desamina el espíritu, y hace que el cristiano mire como imposible el cumplimiento de los deberes.

Los predicadores jóvenes suelen ser mas inclinados á este segundo extremo, pues entonces no saben sino lo que acaban de estudiar

en los libros, y no lo que enseña la esperiencia en el ministerio sacerdotal. Para no incurrir en uno ú otro extremo, predicando una moral viciada, fijen bien los principios de esta, hagan de ellos una justa aplicacion y tengan la prudencia de consultar sus sermones, al menos en los años primeros de su ministerio, con aquellos hombres que tengan la debida esperiencia.

Además, en la eleccion de asunto que puede hacerse en ese campo fecundo de la moralidad, no se dé la preferencia á lo que se considera mas fácil, ó mas agradable, ó mas susceptible de bellezas oratorias. Antes bien, sin perder de vista los lugares, los tiempos, los oyentes á quienes debe dirigirse el discurso y los talentos mismos del orador, adóptese lo que sea mas á propósito para hacer impresion sobre el auditorio, y que pueda inspirarle resoluciones saludables. En general deben preferirse las grandes verdades de la religion, como la enormidad del pecado: la necesidad de la penitencia: los medios para la salvacion: las postrimerias del hombre, etc., á todas las otras materias que pueden tratarse en el púlpito; porque aquellas convienen á todos, y todos están interesados en oirlas; sin que arredre al predicador el que ellas sean demasiado comunes; no por esto pierden de su importancia y sublimidad, y por comun y trivial que sea un asunto, en cierta manera se le puede hacer nuevo, dándole una nueva forma. *Non nova, sed nové.*

3.º *Orden y disposicion.*—Elegida la materia de que ha de tratarse en el sermon moral se comienza por establecer un testo que, con arreglo á las prescripciones que hemos sentado hablando del mismo (leccion XV, párrafo 3.º), abrace, si es posible, el todo de la causa de que vamos á ocuparnos. Muchas veces la esposicion de las palabras que nos han servido de tema suele ser materia muy á propósito para formar el exordio.

Si no adoptamos este método podremos hablar en esta parte del discurso, ó bien de la grandeza y dignidad de la virtud de que vamos á ocuparnos, ó bien de su necesidad y utilidad, con lo que podremos conciliarnos la atencion, la docilidad y benevolencia del auditorio. Asi como cuando tratemos de presentar el pecado á la vista de los oyentes para que lo detesten versará el exordio sobre consideraciones generales del vicio ó pecado que vamos á combatir, ha-

ciéndonos cargo de su fealdad, de sus consecuencias espantosas, ó de las demás circunstancias que juzguemos acomodadas para llenar los fines que dejamos indicados.

Interesado ya el auditorio en el exordio para oír con agrado, debe procederse á fijar la proposición; no contentándose el predicador con presentar su asunto de una manera vaga, para lo cual deberá tener presente las reglas que hemos dado acerca de la proposición y división en las lecciones XVI y XVII. Así que, supongamos que se quiere tratar del amor del prójimo. Para que este asunto pueda conocerse en cuanto á su importancia, y al mismo tiempo tenga una aplicación práctica al auditorio, y que de su meditación saque fruto, podrá reducirse á esta proposición: «Los cristianos deben amarse;» dividiéndola en estos dos extremos: 1.º «Es necesario que améis al prójimo;» 2.º «Cómo debéis amarlo.»

La narración no tiene lugar en este género de sermones, pues rara vez la materia sobre que se versa se presta á ella. De consiguiente se procede á la confirmación ó pruebas. Estas deben girar sobre la explicación de las excelencias de las virtudes cristianas; en qué consisten, y lo que es necesario hacer para practicarlas. Contrayéndonos pues al ejemplo propuesto. Se necesita probar en la primera parte del sermón que «es necesario amar al prójimo.» Puede tratarse de los motivos que nos impulsan á amarlo, y estos son de dos clases; unos los hallamos en nuestro corazón, y otros en el Evangelio. De modo que las pruebas del primer extremo de la proposición serán: 1.º «La naturaleza nos impone la necesidad de amar al prójimo.» 2.ª «La religión robustece esta necesidad, haciendo de ella un deber.»

Para probar el primer punto aduciremos la consideración de que es nuestro hermano, y además que este hermano es desgraciado. Ya vemos que magnífico y extenso campo se abre ante nuestros ojos para probar nuestro aserto.

Respecto al segundo punto de que «la religión robustece esta necesidad;» lo probaremos por el mandamiento de Jesucristo que nos preceptúa amarlo; por el ejemplo de los primeros fieles tan solícitos en practicar obras de misericordia unos con otros, y valiéndonos de

los contrarios, ó sea de la conducta indiferente de los cristianos de nuestros dias con respecto á su prójimo, etc.

En cuanto á la segunda parte, que trata de la manera con que debe amarse al prójimo, puede seguirse igual método de divisiones en dos ó tres puntos, aunque evitando en lo posible la simetria como ya dijimos, divisiones que facilitan medios para probar esta tésis; como si dijéramos: Jesucristo nos ha enseñado el modo de amarnos recíprocamente; imitemos el amor que nos tuvo. Este amor fué: 1.º preveniente, ocurriendo á nuestras necesidades: 2.º un amor de condescendencia, soportando nuestras miserias: 3.º un amor de sacrificio, sufriendo por nosotros todo linaje de privaciones.

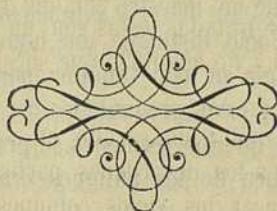
En el desenvolvimiento de las pruebas en este género de sermones debe omitirse toda idea superficial y vaga. Por el contrario péntrase en el fondo de las cuestiones para desentrañarlas, no solo teóricamente sino en el terreno práctico, que es donde mas frutos se cogen. No teman algunos predicadores parecer demasiado sencillos entrando en pormenores de las costumbres. De nada gusta tanto el pueblo como de ver retratadas estas con un pincel delicado, y conocer que el predicador no ignora lo que sucede en los diversos estados de la vida.

Hay necesidad de evitar un escollo en esos pormenores, y este consiste en descender á los desórdenes particulares de cada condicion, en lugar de atacar los vicios comunes á todos los hombres; pues cuando el predicador cesa de generalizar la moral, ya no puede hablar un lenguaje que interese á todos y esto debe procurar evitarlo.

La refutacion no es agena á los sermones morales; antes bien conviene emplearla para rebatir los aparentes motivos que se alegan en nuestro siglo material para justificar la profanacion que se hace de los fueros sagrados de la moral. Entonces el predicador entra en debate con los pecadores, y con el siglo en sus erradas apreciaciones, y en sus lamentables extravios; y de esta refutacion, que debe ser vigorosa, cual cumple á la virtud y á la verdad, resultará una robusta prueba en favor de la causa que se defiende.

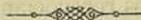
Respecto á la peroracion téngase presente para la recapitulacion

lo que dejamos dicho en la leccion XX; y en cuanto á la mocion de afectos advertimos que ningun género de sermones se presta tanto á ella como el género deliberativo, deduciendo aquellos naturalmente de la materia que se haya predicado, que siempre es fecunda, por cierto, en grandes movimientos oratorios.



LECCION XXIII.

Homilia.



Segun el abate Fleury el nombre *homilia* significa un discurso familiar, como la palabra latina *sermo*, y se llamaba asi á los que se pronunciaban en la iglesia para manifestar que no eran arengas y discursos de aparato, como los de los oradores profanos; sino conversaciones como las de un maestro con sus discípulos, ó las de un padre con sus hijos. Focio distingue una homilia de un sermón en que la primera se dirigia en tono familiar por los obispos que interrogaban al pueblo, y eran preguntados por él, como en una conferencia; en lugar de que los sermones se pronunciaban en el púlpito, segun la costumbre de los antiguos oradores. Es voz griega que significa *coloquio*.

La *homilia* pues es una *explicacion sencilla y piadosa; una especie de Paráfrasis del Evangelio ó de la Epistola, de donde se sacan reflexiones morales para la edificacion de los oyentes*. Este método de enseñar que es el mas sencillo, es tambien el mas antiguo en la Iglesia. En los primeros siglos el lector leia en alta voz en las asambleas de los fieles por un cierto espacio de tiempo las divinas Escrituras, y el obispo en seguida comentaba la lectura que acababa de hacerse, y despues deducia instrucciones prácticas, acompañadas de pormenores acerca de las costumbres llenos de interés y de reflexiones contra los vicios del tiempo, bastándole para ello un solo pasaje, y á veces comentaba algunos mas, segun se prestaban á las reflexiones que queria hacer á su pueblo.

Tal era el método de los antiguos que lo preferían á todo otro género. En efecto: él pide menos trabajo, y la composicion del sermón, tal como hoy se acostumbra, hubiera sido incompatible con el laborioso ministerio de los obispos de aquellos días (sin que sea visto rebajar el de los de nuestros tiempos); pues entonces no se acostumbraba hacer predicar á los simples sacerdotes. Así es que casi todas las homilias de los Padres griegos ó latinos fueron hechas por obispos. San Juan Crisóstomo y San Agustín predicaron antes de ser elevados al episcopado, como dijimos en la lección III, en razon de los superiores talentos que se les reconocian, y si se permitió á Orígenes, de quien tenemos homilias, fué por una distincion particular.

Además la homilia, prestándose fácilmente á variedad de reflexiones, permite abrazar en una sola instruccion diferentes necesidades del auditorio; lo que es contrario á la indole del sermón que se conereta á uno ó dos puntos morales.

Por otra parte estas lecciones sagradas, apoyadas inmediatamente en la palabra de Dios escrita que se sigue paso á paso, tienen otra fuerza que los razonamientos del predicador que predominan en los demás géneros de sermones. Por esto vemos que los fieles gustan mas de una buena homilia que de un sermón, pues siguen con interés la esplicacion que se les hace del testo sagrado.

Aunque se requiere menos preparacion para la homilia que para el sermón, sin embargo, aquella es necesaria siempre so pena de no hacer sino homilias frias, insípidas, lánguidas y defectuosas. Por lo tanto es necesario comenzar por estudiar con cuidado el testo que se ha de explicar; meditarlo bien; penetrarse y elegir con discernimiento los pasajes ó los versos sobre que hay que detenerse mas, que aquellos otros sobre los cuales no es necesario insistir; porque no es preciso esponer detalladamente todas las circunstancias, ni explicarlo todo, porque no todo necesita esplicacion. En este estudio hay que atender á cuatro cosas: 1.^a el *sentido literal* del testo que se va á explicar: 2.^a el *sentido moral* y espiritual: 3.^a las *aplicaciones prácticas*: y 4.^a las *exhortaciones análogas*.

I. Para la esplicacion del *sentido literal* es preciso indicar el tiempo, la ocasion y las otras circunstancias de los hechos ó de las máximas contenidas en el testo; explicar las palabras que no sean

claras por sí mismas y algunas veces los usos ó costumbres del pueblo hebreo, cuyo conocimiento será necesario para la inteligencia del lugar que se va á esponer, mayormente si es tomado de los libros del antiguo Testamento; y por último no dejar sin esclarecer nada de lo que ofrezca oscuridad.

Si es una parábola se debe desarrollar la letra para hacer entender su espíritu, y es necesario fijarse menos en las circunstancias históricas que en el designio ó fin de la parábola. Si el testo está claro é inteligible se pueden añadir reflexiones dogmáticas, rara vez consideraciones físicas, y nunca discusiones críticas, á menos que estas no nazcan del asunto, y sean provechosas á los oyentes, y no para ostentar una presuntuosa erudicion.

II. Para la esplicacion del *sentido moral y espiritual* deben elegirse las consideraciones mas sencillas y naturales: las mas piadosas, y las mas acomodadas á las necesidades del auditorio, evitando las interpretaciones forzadas, las alegorias traídas muy de lejos, como se encuentran en San Gregorio Papa, y en San Agustin; este era el gusto del siglo de estos grandes hombres, que á haber vivido en otras épocas hubieran hablado de otro modo.

III. En cuanto á las *aplicaciones prácticas*, véase lo que dijimos en la leccion X, á lo cual es necesario atemperarse.

IV. Por último las *exhortaciones* que se hagan deben ser análogo al asunto, como ya otras veces hemos indicado; estas deben ser vivas, apremiantes, patéticas, acompañadas de afectos y de movimientos piadosos.

Penetrados de lo que es una homilia y de las reglas que deben observarse en la esposicion del testo sagrado, necesitamos saber las diversas formas que pueden darse á esta clase de composicion. De cuatro maneras puede formarse la homilia. *Primera*. Se puede reducir todo el evangelio ó la epístola á un solo asunto, y á una division regular con tal de que se haga sin forzar el sentido; lo que jamás debe desatender el predicador, pues no es dueño de interpretarlo á su modo, sino tal como lo entienden los Santos Padres. Asi por ejemplo en el evangelio del Hijo pródigo se podrá hacer ver: 1.º la desgracia del pecador que está abandonado de Dios; 2.º los sentimientos con que es preciso volver hácia Dios; 3.º la bondad de

Dios hácia el pecador que se convierte: en el de la Magdalena su pecado, su penitencia y su perfecta reconciliacion con Dios; en el de la Cananea los motivos, las cualidades y los frutos de su oracion; en el de la Samaritana lo que Dios hace por ella, y lo que ella hace por Dios; y asi de los demás que tan maravilloso campo de fecundas reflexiones cristianas ofrecen, y que pueden tener las aplicaciones mas naturales á todas las situaciones de la vida cristiana y social.

La *segunda* manera de formar la homilia consiste en tomar dos ó tres pasajes del evangelio relativos á una virtud, ó aun vicio. Se les comenta uno despues de otro, aunque sean incapaces de formar entre sí una division exacta, y se les desarrolla, segun lo que hemos dicho hablando de virtudes y de vicios, ó de los principios de la moral en la leccion antecedente.

Tercera.—Puede esplicarse tambien en la primera parte de la homilia el evangelio todo entero, y deducir las consecuencias morales y prácticas que sean la materia de la segunda parte; este es el método de San Juan Crisóstomo.

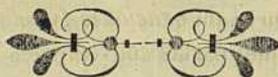
Cuarta.—Se entra en la esplicacion de todos los versos del evangelio, y de cada uno de ellos, á medida que se esplican, se sacan los afectos y la moralidad que tengan, segun su sentido bien interpretado. Este método ofrece el inconveniente de que muchas veces no hay la unidad que fuera de desear; pero en cambio como cada verso casi suele cambiar de pensamientos, se pueden combatir en un mismo discurso muchos vicios, ó enseñarse muchas virtudes, y recomendarse muchas prácticas útiles; y por esta variedad cada uno encuentra en la homilia un socorro á sus necesidades, y un remedio á sus miserias. Si bien es verdad que no pueden entonces profundizarse los pensamientos, porque se haria interminable este trabajo, ocupándose detenidamente en cada uno de los versos.

Solamente tenemos que añadir para concluir esta leccion, que el predicador debe sentar un texto tomado del evangelio mismo ó de la epístola que sea el mas adecuado para su asunto, y que contenga en sí como la clave de lo que se dice en la leccion que va á esponer, ó si sigue el método de esponer verso por verso, cite las palabras primeras del evangelio, que se hallan contenidas en tal ca-

pítulo y lo demás que se sigue desde el verso tantos hasta al verso cuantos.

En el exordio puede referir el evangelio con brevedad; pero no con tal brevedad, dice Fr. Luis de Granada, que no carezca la narracion de hermosura y elegancia, y como una paráfrasis de la misma letra; y no con el estilo breve del escritor sagrado. Si fuese demasiado estenso el evangelio, como el de Lázaro, el de la Samaritana ó alguno otro, puede estractarse para que el exordio no resulte demasiado largo, lo cual queda al buen juicio é ingenio del predicador.

Se hace en seguida la *invitacion* de que hablamos en la leccion XV, tratando de las partes del exordio, y si fuese conveniente, antes de entrar en materia, podrá esponer las circunstancias de tiempo, de lugar y todas aquellas que pueden contribuir para esclarecer el asunto de que ha de tratarse, lo cual equivale á la narracion propiamente dicha.



LEGGION XXIV.

Género demostrativo.

PANEGÍRICOS.—ORACIONES FÚNEBRES.



Dijimos hablando de los géneros de elocuencia que el *demostrativo* se versa acerca de la alabanza ó vituperio de alguna persona. La elocuencia sagrada no desecha este género; antes bien acostumbra usarlo para encomiar las virtudes y buenas prendas de aquellos hijos de la Iglesia que resplandecieron, ó por haber llegado á un grado heróico de santidad, ó por la posición que ocuparon, por su encumbrada gerarquía como pontífices, reyes, obispos, etc. El elogio de los primeros lo designamos con el nombre de *panegíricos*, y el de los segundos con el de *oraciones fúnebres*. De unos y otros vamos á ocuparnos, dando reglas convenientes para la composición de esta clase de discursos.

PANEGÍRICOS.

Llamamos panegirico evangélico á *aquel discurso que se hace en elogio de determinada persona que goza de la vision beatífica, y con respecto al provecho de los que lo oyen*. El panegirico, prescindiendo de su etimología de la palabra *panegyris*, ó sean ciertas reuniones ó juntas populares que se celebraban en Atenas, donde se pronunciaban discursos, ya en alabanza de los dioses, ya de los impe-

rantes, segun el decir de Herodoto, es sin duda una de las oraciones retóricas mas dificultosas, y se ha mirado siempre como el escollo de los predicadores. Asi es en efecto, si atendemos á los giros que se suelen dar á esta composicion equivocadamente; pues ya suelen ser una narracion prolija de la vida del santo, que se aproxima mas á la historia que al panegirico; ya es un elogio que lo mismo conviene al santo que se celebra que á los demás que gozan de la vista de Dios; ya se encomia á un santo deprimiendo á otros, y haciéndoles entrar en el cuadro que se delinea como sombras que hagan resaltar mas el colorido; ¡cómo si se pudiese saber cuál ha sido en cada uno el grado de caridad que ha levantado el mérito de sus obras! Unas veces atento únicamente el predicador á las acciones milagrosas y á la gloria del santo que elogia, hace que sus oyentes no reporten esperanza alguna de poder llegar á una perfeccion que parece mas admirable que imitable; otras veces sucede lo contrario; el orador sagrado, ocupado solamente de su auditorio, parece que ha olvidado el santo de quien debe predicar, y no hace conocer sino imperfectamente sus acciones y sus méritos.

En vista de estos inconvenientes, que alguna vez suelen notarse en la composicion de los panegiricos, para removerlos en cuanto nos sea posible, debemos atender muy principalmente al *fin* que el predicador debe proponerse en ellos; á la *materia* de los mismos; al *método* que ha de seguir y á los *adornos* que debe emplear, tratándose de composicion tan delicada; todo lo cual va á ser objeto de nuestro estudio en esta leccion.

1.º *Fin del panegirico*.—Si atendemos á la definicion del panegirico que acabamos de dar, conoceremos que el predicador, además de enaltecer la gloria del santo que elogia, recordando sus virtudes, debe proponerse tambien otro fin muy elevado y provechoso, que es la utilidad de los que lo escuchan. Para esto, al mismo tiempo que hace resplandecer las glorias inefables de los escogidos de Dios para que se alaben y se admiren, hay necesidad de que se ocupe de los que todavia militan sobre la tierra, demostrándoles lo que deben ser, y los medios que han de emplear para ser tan dichosos como los que nos han precedido en olor de santidad. El panegirico de un santo podemos decir que es un magnífico cuadro donde se

presentan á la vista del auditorio las mas bellas y amables virtudes para inclinarlo á que las imite; este es el fin de tales discursos.

2.º *Materia del panegirico.*—Conocido el fin de estas oraciones retóricas, fácilmente nos haremos cargo de la materia de los mismos. Hemos dicho que no se ha de limitar el panegirico al elogio de las virtudes sobrenaturales de un santo, sino tambien procurar la santificacion del hombre viador. Pues bien, insista el predicador sobre los medios por los que aquel ha llegado á una santidad heroica, mas que sobre las acciones que lo han hecho célebre. Indicando las sendas por donde anduvieron los santos; los peligros que las rodeaban, las espinas de que estaban sembradas, y el término dichoso á donde los condujeron, se prueba que es posible á todos la santidad.

Hay que atender á que el pueblo no conoce otra santidad que aquella á que acompañan los milagros mas estupendos. Para remover este inconveniente que impide al cristiano aspirar á ser santo, hágasele ver y estimar una fe sin milagros, una piedad uniforme y constante sin esterioridades ruidosas, y que esto es posible y meritorio; convénzasele de que las verdaderas maravillas de la virtud es marchar con paso igual y constante por los caminos que ella traza; es practicar las cosas pequeñas como las grandes; prepararse á las grandes por medio de las pequeñas, y animar á todos por el cumplimiento de los sagrados deberes de la caridad que Dios á todos facilita con sus gracias bienhechoras, y que todo esto lleva á la santidad ó es la santidad misma.

3.º *Método en los panegiricos.*—Se ha admitido por algunos como principio que cuando se hace el elogio de un santo es necesario pintar su carácter, y reducir todas sus acciones y todas sus virtudes á un solo punto. Fenelon, al fin del diálogo III sobre la elocuencia del púlpito, se opone á esta regla, que no es propia, segun él sino para que el predicador haga ostentacion de sutileza, y que le parece falsa para la mayor parte de los asuntos. «Es forzar la materia, dice, quererlas reducir á un solo punto. Hay un gran número de acciones en la vida del hombre que proceden de diversos principios, y que designan cualidades diferentes. Es pues una sutileza escolástica, y que presenta al orador poco conocedor de la natu-

raleza, querer referirlo todo á una sola causa. El verdadero medio de hacer un retrato bien parecido, es pintar á un hombre todo entero; es necesario por lo tanto ponerlo ante los ojos de los oyentes obrando y hablando. Describiendo el curso de su vida preciso es fijarse principalmente en aquellos rasgos donde la naturaleza y la gracia brillan mas; pero no se puede dejar de hacer notar estas cosas al auditorio; el mejor medio de alabar á un santo es referir sus acciones loables. Y no se diga que esto es mas bien hacer la historia de su vida que su panegirico; porque yo no haré una simple narracion; yo me contentaré con hacer un tejido de hechos principales, pero querré que esta sea una relacion concisa, apremiante, viva, llena de movimientos; querré que cada palabra dé una alta idea del santo, y sea una instruccion para el auditorio, á la que añadiré todas las reflexiones morales que estime convenientes.»

Por razonable que sea este método no siempre podrá aplicarse en todos los casos, sobre todo en aquellos en que la vida del santo apenas sea conocida, y sin duda esto ha llevado al P. Gaichiez á distinguir dos clases de panegiricos. «El fondo del uno, dice este escritor, es histórico, y la moral no entra en él sino por intervalos; el fondo del otro es moral, y se prueba por las acciones conocidas del santo.» Aquellos predicadores que saben reunir en un mismo discurso las alabanzas del santo que panegirizan y los frutos que deben sacarse de estas alabanzas, han comprendido la índole de esta clase de oraciones: esto es, que el auditorio se vea obligado á un mismo tiempo á admirar y apetecer las virtudes que se celebran, y á avergonzarse de sus propios vicios. Hé aqui por qué deberán inventarse proposiciones que abracen ambos extremos, presentándolas con alguna novedad, y que no sean estrañas al asunto, ni menos hiperbólicas con las que se intente igualar al santo de que se predica á Jesucristo nuestro Dios, porque estas comparaciones siempre son odiosas y reprensibles.

4.º *Adornos oratorios del panegirico.*—No tememos decir que en esta clase de discursos hay necesidad de mas adornos, de mas belleza que en los demás, y de un estilo mas rico, mas vivo y mas elevado. En el carácter del panegirico cabe si se quiere una espe-

cie de piadosa ostentacion, y en él debe el orador elevarse al mas alto grado de elocuencia.

Pero si al panegirico no conviene de manera alguna el tono familiar de las instrucciones ordinarias, tambien debe evitarse con gran cuidado la profusion de flores oratorias y de adornos de diction exagerados, poco á propósito con la gravedad y majestad del púlpito. Los elogios de los santos deben ser como su vida, sérios, graves y edificantes, sin dejar por esto de ser agradables.

Entre los Santos Padres los que mas se han distinguido en ese género de elocuencia son San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, y San Bernardo en su libro titulado: *De consideratione*. Para dar una idea de esta clase de trabajos entre los oradores sagrados modernos, presentaremos el análisis de un sermón de San Juan Bautista que ha hecho Bourdaloue.

«*Division*: Testimonio de Juan Bautista en favor de Jesucristo (1.^a parte); testimonio de Jesucristo en favor de Juan Bautista (2.^a parte.)

»1.^a *Parte*. Testimonio de Juan Bautista en favor de Jesucristo. Este divino precursor ha tenido todas las cualidades de un perfecto testigo: 1.^o Testigo fiel y desinteresado. 2.^o Testigo instruido y plenamente iluminado. 3.^o Testigo infalible é irreprochable. 4.^o Testigo celoso y ardiente. 5.^o Testigo constante y fervoroso.

»1.^o *Testigo fiel y desinteresado*. Se le quiso reconocer por Mesias, y él protesta que no lo era. 2.^o *Testigo iluminado y plenamente instruido*. Todo lo que sabemos de Jesucristo y todo lo que debemos saber, Juan Bautista nos lo ha enseñado el primero por los diferentes testimonios que ha dado á este divino Salvador. 3.^o *Testigo infalible é irreprochable*. Era un santo y por santo era tenido entre los judios mismos. 4.^o *Testigo celoso y ardiente*. ¡Con qué celo hablaba á los judios echándoles en cara su incredulidad, y llamándolos raza de víboras! 5.^o *Testigo constante y fervoroso*. Desde su concepcion hasta su muerte no ha cesado de llenar su ministerio. Morir como él ha muerto por la justicia, era morir como testigo de Jesucristo.

»*Aplicacion práctica*. Demos nosotros testimonio á Jesucristo por

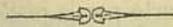
la observancia de su ley, y seamos testigos fieles, celosos, irreprochables y constantes.

»2.^a *Parte.* Testimonio de Jesucristo en favor de Juan Bautista. El Salvador del mundo para honrar á su precursor ha dado testimonio: 1.^o, á la grandeza de su persona; 2.^o, á la dignidad de su ministerio; 3.^o, á la escelencia de su predicacion; 4.^o, á la eficacia de su bautismo; 5.^o, á la santidad de su vida y á la austeridad de su penitencia.

»1.^o *A la grandeza de su persona.* «Yo os lo digo en verdad, entre los hijos de los hombres no hay uno mas grande que Juan Bautista.» Estas son sus palabras. 2.^o *A la dignidad de su ministerio.* «Yo os declaro, dice, que Juan es mas que profeta; porque esto es lo que está escrito de él: He aqui que yo envio mi ángel delante de vosotros para preparar el camino.» 3.^o *A la escelencia de su predicacion.* Toda la escelencia de la predicacion consiste en ilustrar y mover, y segun el testimonio de Jesucristo, Juan Bautista era una antorcha que lucia y ardia. 4.^o *A la eficacia de su bautismo.* El Hijo de Dios quiso recibirlo de Juan. 5.^o *A la santidad de su vida y á la austeridad de su penitencia.* «¿Qué habeis salido á ver en el desierto? ¿una caña agitada por el viento? ¿un hombre vestido muellemente?» Así habla el Salvador del mundo para hacer conocer la constancia de Juan y su vida austera y mortificada.

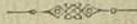
»*Aplicacion práctica.* Procuremos por la santidad de nuestras costumbres merecer que Jesucristo nos reconozca un dia delante de su padre, y temamos por el contrario que no dé testimonio contra nosotros, por la oposicion que se encontrará entre nuestra conducta y la de Juan Bautista.»

Hasta aqui el célebre predicador jesuita. Estudiemos ese modelo, y de él tomemos lecciones para la composicion conveniente del panegirico en su division, en su pruebas, en su parte patética ó peroracion, sin perder de vista lo que de todo esto dejamos dicho.



LECCION XXV.

Oraciones fúnebres.



Llamamos oracion fúnebre á un discurso oratorio y religioso pronunciado en honor de un rey, de un obispo ó de otra persona ilustre por su nacimiento, dignidad ó clase. Es una especie de panegirico sagrado que por sí viene á formar el cuadro de la gloriosa vida de una persona notable.

No entra en nuestro plan esponer detalladamente la antigua costumbre de alabar á los grandes despues de su muerte, ni se crea que esto es siempre una invencion de la vanidad humana. Esta costumbre está fundada en la religion y autorizada por la misma Sagrada Escritura, donde vemos los elogios de todos los grandes hombres de Israel con un resúmen de aquello mas notable que practicaron en su vida. En la ley de gracia los Santos Padres han hecho el elogio fúnebre de emperadores, obispos, príncipes y damas ilustres por su rango y por su piedad. Aun nos quedan las oraciones fúnebres de Constantino por Eusebio; las de Teodosio y Valentiniano por San Ambrosio; la de San Marcelo por San Gregorio Nacianceno. La mayor parte de las epístolas de San Cipriano no son otra cosa que los elogios de los primeros mártires, y las oraciones fúnebres pronunciadas sobre el sepulcro de estos ilustres confesores de Jesucristo.

No hablamos de aquellos discursos fúnebres que en algunas partes acostumbran pronunciar cerca de la tumba misma de un finado

los parientes, amigos y apasionados del mismo. Estos son enteramente distintos de las *oraciones fúnebres* católicas, admitidas, como hemos dicho, por la religion, en tanto que aquellos están reprobados como una costumbre pagana (1).

«La oracion fúnebre, tal como está en uso entre nosotros, dice el célebre Laharpe, pertenece esclusivamente, lo mismo que el sermón, á las prácticas del cristianismo; tiene un doble *objeto*, á saber: el de presentar á la admiracion pública las virtudes y los talentos que han brillado en los hombres mas célebres de la sociedad, y el de hacer ver al mismo tiempo á todas las clases de ella lo poco que valen las grandezas humanas, aprovechando esos momentos en que el hombre insigne acaba de dejar este mundo para pasar al otro. Sabemos ya pues cuál es el objeto que debe proponerse el predicador en las oraciones fúnebres. Digamos cuatro palabras sobre la *materia* y *método* que ha de seguirse en esta clase de composicion oratoria.

1.º *Materia de la oracion fúnebre*.—Si el predicador ha de llenar el objeto que dejamos indicado, necesario es que no pierda de vista la materia que ha de desenvolver en su discurso. Para interesar la admiracion de sus oyentes ha de hablar de las virtudes y del mérito de aquel de quien se hace el elogio, y esto precisamente es la materia de este género de composicion. En su desarrollo habrá de luchar muchas veces con grandes obstáculos. No se trata de encomiar aquellos héroes cuyas virtudes están reconocidas por todos, y que han recibido la sancion de la Iglesia por un decreto de beatificación que garantiza suficientemente el mérito, la verdad y he-

(1) Aunque no tuviéramos otro fundamento para creerlo así, bastaria recordar estas palabras de la circular del ministerio de Gracia y Justicia de 22 de abril de 1857, espedita en Madrid á los prelados eclesiásticos de nuestra Iglesia: «Esta novedad (habla de tales discursos) importada de países cuyas circunstancias religiosas son absolutamente diferentes de las nuestras, dan un carácter profano y aun gentilico á uno de los oficios mas piadosos y sublimes de la santa religion de Jesucristo, y el gobierno, protector y custodia de su pública observancia, no puede consentir por mas tiempo una práctica tan irregular y peligrosa.....»

roismo de esas virtudes, como sucede al formar un panegírico. El predicador, estudiando las páginas de la vida de un rey, de un príncipe, de un prelado de la Iglesia, ó de otro cualquiera hombre célebre, hallará tal vez defectos reprobables; pero esos lunares que halla en la vida privada, no pueden enteramente desvirtuar la grandeza y consideracion que se merecen aquellos hombres que brillaron en los mas altos puestos de la Iglesia ó del órden gerárquico de la sociedad, y esa grandeza y esa consideracion es la que va á robustecer el orador del evangelio en su oracion fúnebre.

Se nos dirá que muchas veces esos defectos han sido de tanto bulto que no pueden ocultarse á la vista de todos; ¿habrá de encomiar el predicador una vida manchada por indiscreciones harto punibles? Librenos Dios de aconsejar tamaño delirio; pues sabemos que el evangelio no sufre la lisonja ni la mentira. Desgraciado el orador sagrado que profanase hasta ese punto su elevadísimo ministerio que lo coloca por encima de todas las afecciones mundanas, de todas las miserias y pasiones de los hombres, y de todos los mezquinos intereses que prostituyen la verdad en boca de algunos oradores profanos. Entonces pasando por alto, si le es posible, tales defectos, ocúpese de llenar el segundo objeto que dejamos espuesto, esto es; predique de la brevedad de la vida, de la incertidumbre de la hora de la muerte, de la inconstancia de las alegrías terrenales, y si no le es posible disculpar los defectos del difunto, porque estos fueren demasiado visibles, incline el juicio de los oyentes á la piadosa persuasion de que Dios se los perdonase, ó por medio de una pintura expresiva de la misericordia infinita de este Señor, ó de las lágrimas de la penitencia y preparacion del difunto en el trance supremo.

Mas este es el último recurso de que ha de valerse en la necesidad de tener que descubrir esas mismas faltas, y tratándose de personas de alto rango, como se trata, manéjese con grande prudencia á fin de no comprometer su ministerio, ó alabando lo que es vituperable, ó manifestando sin reserva y sin premeditacion los defectos del jefe supremo del Estado, ó de algun príncipe del mismo ó de la Iglesia. Este es el gran escollo de las oraciones fúnebres que hoy ya no son tan frecuentes como en los últimos tiempos.

2.º *Método en la oracion fúnebre.*—Es indudable que el testo es lo que interesa demasiado en estos discursos sagrados, y rara vez se encuentra un testo para una oracion fúnebre que abrace todas las circunstancias necesarias al mismo. Primeramente el testo debe ser como un elogio abreviado del héroe que se predica y que ponga desde luego toda su vida y todo su carácter delante de los ojos. Por otra parte no basta desmembrar un testo ó un pasage de su lugar, y violentar el sentido para hacer una aplicacion oportuna. Los hombres versados en las santas Escrituras no pueden permitir que se les hable de un testimonio de las mismas fuera de su lugar, es decir, que lo que precede y lo que se sigue al testo no pueda cohonestarse con el sentido en que se le ha hablado, ó con la aplicacion que de él se ha hecho.

Yo recuerdo con esta ocasion estas palabras del libro de Judit empleadas por el R. P. Pastor, del órden de Predicadores, en la oracion fúnebre de nuestra reina D.^a Maria Josefa Amalia de Sajonia: *Defuncta est.... luxitque illam omnis populus.* Se trataba de una reina virtuosa, muy querida de su pueblo; cualidades que tambien tuvo Judit en Betulia, y no es extraño que España llorase en su muerte, como lloró aquel pueblo á la viuda de Manasses; en lo que se ve una perfecta y conveniente aplicacion. Lo mismo podemos decir de estas otras del señor canónigo de Sevilla D. Pedro Garcia Coronel, en las honras del papa Pio VII, de feliz memoria: *¿Quid est quod debui ultra facere?* Los que conozcan el desempeño del sumo pontificado por este insigne pontífice, sus trabajos, sus sacrificios, etc. justificarán la oportunidad de las palabras que hemos trascrito, y que en un sentido acomodaticio sirvieron para el elogio del vicario de Jesucristo en la tierra.

Además seria de desear que el testo fuera de tal naturaleza que pudiera ponerse en boca del mismo difunto, de modo que se le representara como pronunciándolo él mismo; pues esto da mayor energia á la oracion. Por ejemplo, estas palabras que un célebre orador pone en boca de una princesa jóven, arrebatada por la muerte despues de una larga y penosa enfermedad: *Dies mei sicut umbra declinaverunt: et ego sicut fœnum arui.* (Psalm. CI.) Estas palabras ú otras semejantes tienen tambien cierta armonia lúgubre

que se aviene perfectamente con el carácter del discurso á que ellas dan principio, y facilitan al orador el que llene las cualidades del exordio, inspirado por espresiones tan magníficas y enfáticas.

Respecto á la division es una de las mas bellas, pero tambien de las mas difíciles, partes de la oracion fúnebre. En esta, la division no debe ser tan marcada como en un sermón; será bueno que esté contenida en alguna figura, ó en el curso de algun periodo, y que las proposiciones que la contienen la hagan observar sin que el orador tenga necesidad de advertirlo. No parece natural que el predicador, á la vista de un espectáculo tan lúgubre como el que ofrecen las exequias de un personaje elevado, pueda detenerse á marcar simétricamente las partes del discurso de que va á ocuparse, y además entre las pompas de un mausoleo se aviene poco que el artificio de la oratoria se deje ver cuando, si en todos los discursos debe procurarse evitarlo, mucho mas en la oracion fúnebre. Tenga presente que entonces es el órgano del dolor público, que predica á un pueblo afligido, y su voz debe estar llena de dignidad y de energia. La santidad del templo: la predisposicion de los espiritus: la grandeza del asunto: lo escogido del auditorio, todo pide grandeza y sublimidad.

Se escucha con desagrado á un orador que en medio de los sagrados misterios interrumpidos por su voz; en presencia de lo que el siglo reputa por mas grande, y de lo que la religion tiene de mas augusto; entre aquel brillante y triste conjunto de inscripciones, de trofeos, de cetros, de coronas que se destacan sobre paños fúnebres, de antorchas lúgubres, de duelo y lágrimas, hiele los corazones con reflexiones lánguidas y frias, y fatigue las inteligencias con citas inoportunas. Si es verdad que aquel aparato fúnebre dura bien poco; pero el elogio que se ha hecho cerca de él permanece, y como que perpetúa la memoria del difunto, y los hechos de su vida. De aqui la elevacion de pensamientos en la oracion fúnebre, que su estilo corresponda á las ceremonias majestuosas que la acompañan. Una majestad triste debe difundirse con una armonia lúgubre en tales discursos, empleando magníficas espresiones, mezcladas con imágenes fúnebres; pero siempre conformes con el espíritu de la religion en las severas ceremonias, y en los cánticos majestuosos de unas exequias.

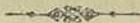
Concluyamos por decir que es harto difícil formar una buena oracion fúnebre, la cual no se parece ni al sermon moral ni al panegírico. En qué consista esta diferencia no es muy fácil determinarlo; diremos solamente que los que la notan, mas lo deben á un talento particular, que al trabajo y á las reflexiones. Hemos dicho que es difícil este género de composicion, y nos apoyamos en que en ella entran la política, la religion, la majestad, la tristeza, ó mejor dicho, es un conjunto de todo esto que debe hacerse notar en el estilo, en los pensamientos y en todo el cuerpo de la obra; sin desmentir nunca el predicador la alteza y dignidad de su sagrado ministerio.



LECCION XXVI.

Género didascálico.

PLÁTICAS DOCTRINALES.—CONFERENCIAS.



Hablando el maestro Fr. Luis de Granada del género didascálico, dice que este mas se dirige á enseñar que á mover; y por esto dicho género se llama tambien *didáctico* y *doctrinal*. «En este género, continúa el citado escritor, por la mayor parte se ha de guardar este órden: que demostremos primero que sea la cosa; despues cual sea, esto es, qué calidad y afecciones tenga. Tambien averiguaremos sus causas y efectos, y al fin sus partes por medio de la division. Asi el que ha de tratar de la naturaleza de la gracia, busca lo primero que sea gracia; lo segundo, qué propiedades tenga; despues las principales causas y efectos que obra en el alma del varon justo, y finalmente contará y examinará las partes de la gracia con la division de diversas gracias.»

A poco que se medite se comprende la importancia y utilidad del género didascálico, ó sea de la enseñanza é instruccion que ha de recibir el pueblo fiel en materias tan interesantes y provechosas como las que atañen á la religion, de lo cual ya nos hemos ocupado en la leccion VI. La oratoria sagrada no ha perdido de vista este objeto sublime, y ha dado reglas para confeccionar los discursos que se versen en este género de predicacion. Nosotros nos limitaremos á las que deben presidir en las oraciones retóricas que cono-

mos con los nombres de *pláticas doctrinales*, y *conferencias*, de las cuales daremos algunas nociones.

PLÁTICA DOCTRINAL.

Una obligación imprescindible ha reproducido el Santo Concilio de Trento en el cap. II de su ses. 5.^a de Reform. por la que recuerda y previene á todos los encargados en la cura de almas, las apacienten con palabras saludables, enseñándoles las cosas necesarias á la salvacion, é indicándoles con brevedad y sencillez los vicios de que deben huir, y las virtudes que conviene seguir para evitar el castigo eterno, y para que puedan conseguir la gloria celestial, y que esto lo practiquen á lo menos los domingos y fiestas solemnes del año.

Ningun método mas acertado y oportuno para llenar este sagrado deber que valerse de la *plática doctrinal* para dar esa enseñanza al pueblo. Asi se infiere de los términos en que se define esa clase de oracion, pues no es otra cosa que *una instruccion breve y sencilla que se hace el domingo, principalmente en la misa parroquial, sobre un asunto del dogma ó de la moral*. Se diferencia pues de la homilia en que no se cñe sino á un asunto suelto sin proponerse la paráfrasis de la Escritura Santa; y es diferente tambien del sermón en que no se sirve con tanta precision de las reglas que da la retórica para el discurso oratorio, pues es el lenguaje sencillo de un padre á sus hijos, de un maestro á sus discipulos, y por lo tanto el mas acomodado para hablar á los artesanos, á los jornaleros, á las gentes de las aldeas, á todos aquellos en fin que carecen de instruccion sólida, sin que por esto rebajemos en nada la materia de que se ocupa que es la doctrina cristiana, que por cierto muchos de los que pasan por ilustrados la ignoran, porque desdeñan leer los catecismos que la contienen y enseñan, escritos con sencillez, pero que son la médula de la ciencia de Dios, y el compendio de la moral mas pura y santa.

Aunque la misma sencillez y naturalidad de la plática no necesite del artificio de la retórica, tiene sin embargo sus reglas, cuya ob-

servancia producirá grandiosos resultados en bien de los oyentes. Hagámonos cargo de los mas principales.

Regla I. El predicador debe prepararse á su plática con esmero y con anticipacion. Es un error lamentable creer que por sencilla que sea la enseñanza que ha de darse al pueblo en la plática, pueda el predicador hacerlo sin una séria preparacion para que produzca frutos de santificacion. Se trata de enseñar, aunque con formas sencillas, lo mas grande de la religion de Jesucristo; su santa doctrina contenida en las cuatro partes de esta, que son: *el Credo, la Oracion Dominical, los Mandamientos, y los Sacramentos*, ó sea lo que el cristiano ha de creer; lo que ha de orar ó pedir; lo que ha de obrar, y lo que debe recibir. Esta instruccion pues no se improvisa, sino á riesgo de sacrificar en ella la claridad, el interés, la energia y precision que exige una materia cuyo objeto es la instruccion en los intereses sagrados del alma con relacion á esta vida, y á la vida verdadera del cielo.

Regla II. La materia de la plática abraza todos los deberes de la vida cristiana, y sobre la enseñanza de estos debe girar. El predicador se halla unas veces en la necesidad de explicar los puntos que pertenecen al dogma, y otras aquellos asuntos que miran á la moral y á la disciplina. Unos y otros están contenidos en las cuatro partes de la doctrina cristiana que acabamos de citar. Entre los asuntos que son objeto de la plática hay unos que son mas esenciales que otros, y estos son precisamente los que el predicador ha de inculcar con mayor empeño, sin que descuide por esto los demás. Así es que partiendo de los cuatro puntos cardinales que hemos indicado, se le ofrecerá ocasion de hablar del santo sacrificio de la misa; de las principales ceremonias de la Iglesia; de las prácticas de piedad y devociones mas útiles; de los pecados que deben evitarse, y de otra multitud de cosas que están íntimamente relacionadas con lo que el cristiano ha de creer, pedir, obrar y recibir.

Para explicar estas doctrinas procure hacerlo con argumentos ciertos, sólidos y comunmente recibidos. No olvide jamás el predicador que los oyentes que asisten á las pláticas doctrinales con ánimo de instruirse, no gustan oír doctrinas que sean opinables, y que por lo mismo no los dejen dudosos; y por la misma razon debe

decir cuanto sea inconcuso, ya pertenezca al dogma ya á la moral; advirtiendo lo que es de fe y lo que hay obligacion de creerlo bajo pecado mortal; y en materias morales lo que se debe observar bajo de precepto, y lo que es solo de consejo evangélico.

Pero sea muy cauto al declarar cualquiera cosa por pecado mortal, y no lo haga jamás sin mucho estudio y reflexion, atendiendo á la doctrina de San Agustin, que confiesa de sí mismo no haberse hallado nunca con mas perplegidad que cuando tenia que determinar sobre la gravedad de un pecado. Por ello lo cierto es para no errar en este asunto seguir la doctrina de la Iglesia, esplicada por los Concilios, por los Santos Padres, y por el comun sentir de los Doctores.

La misma cautela y discernimiento recomendamos al tratar desde el púlpito ciertas materias que no permiten al predicador enirar en una esplicacion clara é individual, sino genérica y con palabras que no desdigan de la gravedad de su ministerio. Por ejemplo, seria sumamente pernicioso explicar todas las especies de pecados que se pueden cometer contra el sexto precepto del decálogo; porque concurriendo á las enseñanzas de la religion personas de todas edades y estados, y entre ellas muchas inocentes, perdiesen estas el candor de un corazon sencillo por la ignorancia ó ligereza del predicador.

Regla III. La manera de hacer la plática y su estilo debe conformarse con el carácter de este género de oracion. Hemos dicho que la plática es una instruccion breve y sencilla. Pues bien, en ella no hay necesidad de testo, y muchas veces ni de exordio, á lo mas de un preámbulo muy breve, y desde luego se entra en la esplicacion del punto que se haya de tratar. Las divisiones pueden tolerarse; pero no son absolutamente necesarias sino en gracia de la claridad. Las pruebas ya hemos dicho que deben ser sólidas por mas que sean sencillas. No tienen pues lugar en esta clase de composicion los razonamientos elevados ni los grandes movimientos oratorios. Lo mejor es usar de comparaciones y ejemplos naturales que facilitan la esplicacion y llevan luz á la inteligencia.

Asi se ve en los Santos Padres quienes, para explicar los misterios de nuestra religion y de la doctrina de la Iglesia, usan en sus discursos de grande naturalidad y sencillez, cuidando solo de ins-

truir al pueblo con claridad para hacer amable la doctrina evangélica. San Agustin es uno de los Padres mas escelentes en el modo de catequizar, y este solo pudiera servir de modelo. Con este motivo recomendamos al predicador el admirable catecismo del Santo Concilio de Trento, que es el catecismo de la Iglesia; y que tenga tambien á la vista el libro de oro, que así lo llamamos sin temor de ser desmentidos, titulado «Catecismo de la doctrina cristiana, explicado por el Sr. Garcia Mazo, magistral de la Santa Iglesia de Valladolid.» Este libro que reúne, á una claridad que lo hace inteligible á todos los talentos, una erudicion y pureza de doctrina nada comunes, nos ha servido de grande aprovechamiento, nos ha ahorrado mucho trabajo en las enseñanzas de la doctrina cristiana durante el tiempo que hemos desempeñado el honroso y difícil ministerio parroquial.

Para terminar la plática es conveniente indicar al auditorio ciertas prácticas de piedad, ciertos actos de virtud en que debe ejercitarse durante la semana; invitándolo tambien á que medite sobre la explicacion que se ha hecho, y á los padres de familia especialmente á que refieran á esta la enseñanza que han oido.

Respecto á la duracion de esta clase de discursos ya hemos dicho que debe ser corta, y bastarán quince ó veinte minutos de explicacion doctrinal, ya para que mejor retengan los oyentes en la memoria lo que se diga, ya para que hasta los que tengan muchas ocupaciones no se arredren de asistir al templo á oir tan útiles pláticas.



LECCION XXVII.

Conferencias.



Harto diferente es la enseñanza que se da al pueblo por medio de las conferencias, de la que recibe por las pláticas doctrinales de que nos hemos ocupado en la lección antecedente. En estas hemos visto al predicador hablando al pueblo fiel con la sencillez y naturalidad del padre que habla á sus hijos, que jamás oponen resistencia á la verdad que se les enseña, antes bien la reciben de buen grado, sin discutirla ni analizarla. En la conferencia tiene el predicador que hablar al pueblo que duda, que discute, y que muchas veces niega, resistiendo la verdad y oponiéndose á ella con todas sus fuerzas, y en este caso de diferente manera ha de conducirse el orador evangélico en sus enseñanzas. Aun hay mas, y esto nos hará conocer el carácter de esta clase de discursos. En los sermones morales la convicción es principalmente lo que se propone el predicador, este es su objeto, este es su término, y la persuasión es el medio para llegar á este fin. En la conferencia la convicción es el medio, y el término es la persuasión. Así vemos que el sermón es una exhortación que lleva á la práctica de las buenas obras, y la conferencia es *una instrucción religiosa que conduce á la fe, inculcando esta y defendiéndola de las agresiones y argucias de sus contrarios.*

El uso de las conferencias en forma de diálogo es muy antiguo en la Iglesia; así es que la historia eclesiástica nos ofrece ejemplos

repetidos de ellas en San Justino mártir, en sus controversias con los judíos; en Minucio Félix, en la suya contra los idólatras; en Orígenes, refutando por este medio los errores de Marcion; y San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, Sulpicio Severo, San Cirilo de Alejandria, y otros varios enseñaron las verdades de la religion, ó la defendieron de sus enemigos en la forma que dejamos indicada.

No es nuestro ánimo hacernos cargo de esa discusion alternada entre dos en la que uno opone objeciones á la religion, principalmente en su parte dogmática, y otro las refuta, de lo cual resulta lo que llamamos conferencia, cuyas reglas bajo este aspecto omitimos por no hallarse en uso en nuestro pais este género de instruccion.

Vamos solamente á hacernos cargo de las *conferencias apologéticas modernas*, y sobre ellas hacer algunas reflexiones y advertencias, siguiendo á un escritor entendido: «En los siglos de paz y de sumision religiosa, dice este, la predicacion sigue un curso regular; ella no se ocupa sino de sacar las consecuencias morales del dogma, y hacer la guerra á las pasiones para asegurar la práctica de la ley. Entonces la conviccion ha preparado los caminos á la persuasion; se cree, y el predicador pide que se practique; si espone el dogma no es para establecer la moral. Este es el tiempo de los predicadores.»

«Pero con el siglo último ha comenzado una época, que si bien ha subido para comenzar á declinar, está sin embargo muy lejos de aproximarse á su término. Los bellos tiempos de la fe han pasado; se puede en cierta manera echar de menos los siglos de la herejia. Se ha llegado á una de aquellas épocas críticas, donde todo se pone en cuestion, y la religion toda entera ha sido combatida con una sola negacion. Hay pues necesidad de tomar la defensa para contestar al ataque, y aplicarse á fortificar y á cubrir las bases mismas del cristianismo como al principio de su establecimiento. Ha llegado el tiempo de los apologistas.»

Y bien, ¿qué cualidades han de tener esos apologistas para defender los sagrados principios de nuestra religion desde la cátedra del Espíritu Santo, y adoctrinar á los pueblos para prevenirlos con-

tra las insidiosas maquinaciones del error, del filosofismo y la impiedad? El predicador que ha de hablar á los fieles de Jesucristo usando de la conferencia debe distinguirse por una *ciencia* profunda y variada. Es preciso que domine con su mirada todo el sistema religioso; que abrace todos los pormenores, que comprenda fácilmente todas las relaciones, todas las afinidades; que haya explorado y analizado con cuidado cada parte, á fin de tener sobre cada dogma los términos justos y precisos, una espresion exactamente medida, un lenguaje conveniente y verdadero, para no esponerse jamás á comprometer la integridad de una verdad de la que dependen otras, y no exagerar su estension é inteligencia, y poder atravesar majestuosamente y con pié firme el dominio de la doctrina católica, sin estraviarse ni embarazarse.

Es necesario que conozca suficientemente la doctrina de las diversas escuelas filosóficas, sobre todo de las escuelas modernas, para invocarlas ó combatir las segun la necesidad; para saber distinguir lo que ellas han tomado prestado del cristianismo, y lo que han descubierto ó inventado; lo que encierran de verdadero y tienen de falso.

Necesita el predicador haber rumiado y digerido (permitasenos esta metáfora) la sustancia de las obras de los apologistas, desde los Padres hasta nosotros para nutrirse de sus pensamientos y hacerlos suyos. Estas obras son un vasto arsenal que contiene multitud de armas ofensivas y defensivas, donde no tiene que hacer frecuentemente sino cambiarles de forma para que le sirvan, siguiendo las reglas de la táctica moderna.

Le es preciso al menos hacer como una excursion científica para atravesar el campo de todos los conocimientos humanos, á fin, no solamente de inspirar confianza en sus luces, y de fijar sobre su persona la atencion de los hombres instruidos, sino tambien de poder servirse de las ciencias y de las artes, de las imágenes y comparaciones para variar y adornar su estilo, y sobre todo estar preparado para parar los golpes de los falsos sabios, y poder ostentar el poderio y universalidad de la religion que lo apoya todo, que lo inspira todo, que todo lo ennoblece.

Necesario es en fin que haga un estudio sério de la moral social,

llamémosla así, que tiene su punto de partida en los principios cristianos, y que bajo mil formas diferentes multiplica sus aplicaciones á cada faz de la sociedad, y se halle al corriente del espíritu de su siglo, de sus tendencias, de sus necesidades, de sus pasiones, de sus esfuerzos, á fin de evitar ofender los partidos, y servirse como de apoyo de lo que es justo y verdadero en la opinion dominante, y de simpatizar con su auditorio en todo aquello que este ama como grande, noble y bello, adquiriendo de esta manera cierto derecho de tocar sus ideas para purificarlas, modificarlas ó combatir las. Pero para cumplir esta tarea preparatoria ¡cuánto trabajo y constancia en el estudio necesita! ¡Cuánta comprension, penetracion y perspicacia de espíritu no le son necesarias!

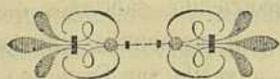
En cuanto al método que el predicador ha de seguir en estos discursos se concibe fácilmente por lo que dejamos dicho que hay una gran diferencia entre el género didáctico y el género patético. En este toda la disposicion de la oracion consiste en facilitar el ejercicio de las pasiones; la sucesion progresiva y continua de los movimientos oratorios; de manera que el interés va creciendo hasta triunfar del corazón.

En el género didáctico al contrario el predicador tiene por objeto el triunfo de la verdad en el dominio de la inteligencia, y por lo tanto debe aplicarse á hallar la combinacion mas propia para favorecer el desarrollo de las pruebas; apoyarlas por su íntimo enlace; graduarlas segun su fuerza y los efectos que espera y que se propone, y presentarlas en el lugar en que deben estar para conquistar un asentimiento mas fácil. Este es pues el primer cuidado del orador en las conferencias, que lejos de desatenderse se debe tener muy presente, con el fin de trabajar en descubrir el medio mas favorable, el arreglo de los argumentos mas conveniente á la variedad y al interés.

Pero estas condiciones no bastan. Como quiera que la elocuencia es el indispensable vehiculo del pensamiento, los solos elementos de la razon no le son suficientes; necesita para su alimento en este género de discurso, si no de las grandes pasiones, que ya sabemos no debe emplear en el mismo, al menos de aquellas emociones tranquilas, de aquellos movimientos mesurados que preparen la entrada

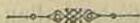
de las pruebas, y predispongan al auditorio para oirlas, lo mismo que para obtener en la peroracion el fruto de santificacion apetecido.

No tenemos necesidad de repetir cuanto hemos dicho acerca de las reglas que han de observarse tanto en el exordio y en la confirmacion de las conferencias, quanto á las mismas en la refutacion, pues las tenemos consignadas en su lugar respectivo, y son aplicables á esta clase de discursos. Modelos de los mismos tenemos en las conferencias sobre la religion predicadas por el obispo de Hermópolis, conde de Frayssinous, ante quien se agrupaba una juventud ávida de verdad, y que tan gloriosos frutos produjeron en Francia; y en las manos de todos se hallan las no menos célebres del padre Ventura Ráulica, del padre Félix, famoso jesuita, y las del sabio dominico padre Lacordaire. Consúltese pues y acomódese en cuanto sea posible su estilo, al carácter de nuestro pais, y á las necesidades de nuestra sociedad.



LECCION XXVIII.

Duracion del discurso.



Deseando prevenir á nuestros lectores contra todos los defectos que puedan hacer desagradables sus sermones, y neutralizar sus trabajos en el ministerio de la predicacion, no hemos querido omitir las instrucciones provechosas que nos han dado los maestros mas aventajados respecto á la duracion de los discursos sagrados, instrucciones hijas de sus profundos conocimientos en el arte oratoria, y de su esperiencia en el ejercicio de la predicacion.

Si sobre este punto consultamos primeramente á los Santos Padres, que deben ser nuestros mas autorizados guias en el estenso campo que vamos recorriendo, sabremos que debe predicarse con brevedad; asi lo vemos en sus homilias que son siempre muy cortas. Quizá por esta razon advertia San Francisco á los religiosos de su órden que fuesen breves en la predicacion. Creedme lo que os voy á decir, lo sé por esperiencia y por una larga esperiencia, les repelia; vosotros direis mas y se retendrá menos; direis menos y se aprovechará mas. En fuerza de cargar la memoria de los oyentes se la ofusca, como se apagan las lámparas cuando se les echa demasiado aceite, y se sofocan las plantas cuando se riegan con esceso. Cuando un discurso es demasiado largo, el fin hace que se olvide el medio, y el medio hace olvidar lo que se dijo al principio. Los predicadores medianos son aceptables en tanto que son cortos, y los buenos se hacen pesados cuando son demasiadamente largos. Su

máxima era que es preciso decir poco y bueno; así él no quería solamente que se dijese pocas cosas, sino útiles y bien escogidas. Por esto recomendaba tener en cuenta las homilias de los antiguos, breves en palabras, y llenas de pocas enseñanzas pero muy importantes.

Oigamos también en esta materia al célebre obispo de Génova, San Francisco de Sales, que aprobaba estremadamente la brevedad en los sermones, y decía que la largura era el defecto mas general en los predicadores de su tiempo. «Cuando la viña arroja muchos sarmientos, decía, entonces lleva poco fruto.» La multitud de palabras no produce grandes efectos. «Los predicadores deben evitar cuidadosamente ser demasiado largos en sus discursos, añade el Padre Granada, y de temer es que, haciéndose enojosos por esta largura, pierdan el fruto de lo que dicen de mas sólido y mas digno de ser escuchado con atencion; porque aquellos que nos oyen, comenzando una vez á cansarse, no prestan atencion á lo que les decimos, y pierden también el gusto y el recuerdo de las cosas mismas que antes han escuchado con placer.» «Yo querria, dice Fenelon, que el predicador hiciese sus sermones de manera que no les fuesen tan penosos, y así pudiera predicar con frecuencia. Valdria mas que todos sus sermones fuesen cortos, y que pudiese sin incomodarse y sin cansar al pueblo predicar todos los domingos despues del evangelio.»

Reconocemos la utilidad de estos testimonios muy atendibles en favor de la brevedad, y por tanto recomendamos esta desde luego, Sin embargo, se podrá decir, se echa en cara algunas veces á los predicadores ser demasiado largos en sus sermones, ¿y no podrá decirse con justicia y con razon que la atencion de los oyentes es muchas veces demasiado corta? Nosotros diremos, con un escritor, que sea lo que fuere de esta crítica recíproca, mas ó menos fundada de parte de unos y de otros, aquellos discursos que esceden de la duracion ordinaria desaniman, segun una constante esperiencia, por ser demasiado largos, y esta es una de las causas principales del disgusto de los pueblos por la palabra de Dios.

Este defecto proviene ordinariamente de la falta absoluta ó insuficiente de preparacion. Luego que un orador pobre de pensamien-

tos se estravia en mil rodeos para hallar el hilo de sus pensamientos inconexos, multiplica las frases huecas y sonoras, y vuelve sobre sus mismos pasos, repitiendo lo que ya ha dicho. Se cree que va á concluir su discurso, cuando de repente se le oye con estrañeza anunciar su asunto, dividiéndolo en dos ó tres puntos, recomendándose, segun la fórmula acostumbrada, á la atencion de su auditorio ya cansada. El curso de su sermón corresponde á su exordio ó introduccion, y luego que los oyentes tienen la indecible satisfaccion de verlo terminado, ofrece no volver á oír tal predicador. Para evitar andar á caza de ideas en el desierto de una elocucion estéril, es preciso tener una esquisita preparacion harto necesaria y contar con las cualidades que exige la improvisacion, si es que se quiere improvisar, de lo cual nos ocuparemos mas adelante.

Los excesos en este punto proceden tambien de la impaciencia del predicador, principalmente de los jóvenes, de querer comunicar á los fieles en un solo sermón todo el fruto de sus estudios y meditaciones. Llenos de buenos deseos, y convencidos de antemano de que todo cederá á la uncion de su lenguaje y al vigor de sus razonamientos, los predicadores jóvenes se dejan arrastrar fácilmente por su celo (¡que ojalá fuese este siempre la causa de ser difusos!) Entonces, impulsados por esos motivos se les oye recorrer como materia de su sermón cuanto saben; hablan lo mismo del dogma que de la moral; lo mismo de los sacramentos que de los preceptos; de las virtudes que de los vicios; hablan, como dice un escritor, *de omni re scibili, et quibusdam aliis*, tanto que el pueblo, no pudiendo mas, presta oído solamente á las campanadas del reloj, enemigo implacable del orador copioso ó exhuberante, y abogado indulgente del auditorio fatigado.

En esta inteligencia, esmerado debe ser el cuidado del predicador en abreviar sus discursos, sin faltar por esto á lo que debe en la esplanacion del asunto que se ha propuesto, y debe ser adecuado á las circunstancias en que predica, y al carácter del discurso que predica, si ha de ser escuchado con una constante benevolencia. Así como el alimento del cuerpo debe estar en relacion con las fuerzas digestivas del sugeto que lo toma, de manera que pueda soportarlo; del mismo modo la instruccion que se dé al pueblo desde

la sagrada cátedra no debe ser en tan gran abundancia que se le indigeste, si nos es permitido hablar así, ó no la pueda recibir.

Además preciso es tener en cuenta que si bien muchas personas pueden disponer del tiempo que sea de su agrado para oír la palabra de Dios espresada en un sermón de largas proporciones, otras, y son las más, aprovechan el tiempo preciso que sus ocupaciones legítimas le permiten para consagrarlo á las enseñanzas evangélicas del púlpito; pero no pueden escederse de ese tiempo, como por ejemplo, la madre que tiene que atender al cuidado de sus hijos menores, el jornalero, el artesano, y otra multitud de personas que llevadas de los mejores deseos quieren conciliar sus obligaciones sociales y domésticas con los deberes de la piedad y de la religión. Si estas, esperando un sermón de regulares dimensiones, encuentran un discurso demasiado extenso, ó toman el partido de ausentarse del templo á la mitad del sermón, ó si permanecen oyéndolo es sin atención, y por lo tanto sin fruto. Cuando el sermón ha escedido del tiempo acostumbrado, comienzan los oyentes por distraerse mirando acá y allá, y acaban por una inquietud que se nota en todos sus ademanes y hasta en la falta de silencio, silencio que se advierte cuando se ha predicado un discurso breve que tiene cautiva la atención.

«Una instrucción breve y sustancial, dice el mismo escritor á que nos hemos referido arriba, agrada y deja el deseo de oír otra semejante, en tanto que la hartura producida por un sermón largo inspira con relación al pan de la palabra un disgusto semejante al de los judíos por el maná del desierto. El oyente no tiene sino una dosis de paciencia que es preciso guardarse de apurar; el corazón del hombre es como los vasos de la viuda de Sarepta, luego que está lleno todo lo que en él se vierte demás es perdido. Así es que los asistentes no olvidan nada de una homilía corta; en tanto que no les queda en el espíritu sino algún recuerdo preciso de una amplificación pesada y fastidiosa.»

En vista de cuanto dejamos advertido bueno será que fijemos reglas acerca de la duración de los principales discursos, de que hemos hablado en las lecciones precedentes, no entendiendo estas con una precisión matemática que no pueda alterarse, como si la mi-

diésemos á toque de reloj. Las pláticas doctrinales, como indicamos hablando de ellas, está en costumbre que duren de veinte á veinte y cinco minutos, y jamás pasen de media hora, por las razones que en su lugar espusimos. Para el desenvolvimiento de la materia de un sermón moral ó de un panegirico, cremos suficiente tiempo tres cuartos de hora, y aun bastará una hora en los sermones de mision, ó en aquellos que se tienen en ejercicios espirituales. Si en ese tiempo no se ha conseguido el fruto que el predicador se propuso, no espere lograrlo insistiendo en su sermón; lo que hallará en su lugar es el hastio de su auditorio, y perder lo que llevaba adelantado antes de esceder de ese tiempo. En cuanto á las homilias ya sabemos que las de los Santos Padres, segun hemos dicho, eran breves, esto es, no duraban jamás mas de tres cuartos de hora, y no hallamos razon para que en nuestros dias en que el fervor y el hambre, digámoslo asi, por la palabra de Dios, no es ni con mucho semejante á la de los fieles de aquellos tiempos, y de otros aun posteriores, se prolonguen mas esponiéndose el predicador al riesgo de no ser oido, ó al menos, oido con la debida y provechosa atencion que siempre es de desear.



LIBRO III.

LECCION XXIX.

Elocucion oratoria.

Hablando de uno de los objetos de la invencion que es deleitar, hemos hecho ver que no solamente la retórica eclesiástica no eslu-ye de sus obras las galas oratorias, los adornos que embellecen y hacen agradable el discurso, sino que contribuyen eficazmente á los altos fines que el predicador se propone en sus sermones. Además si la *invencion* busca el asunto que ha de tratarse en el púlpito, le analiza y le da forma; y la *disposicion* distribuye, ordena los materiales que ya se han acopiado, y traza el plan que ha de seguirse en el discurso, segun el género á que este pertenezca, y con el método conveniente para obtener buen resultado, se necesita tambien del lenguaje, ó sea de la manera que tenemos de espresarnos, cuando hablamos ó escribimos, que es propiamente lo que caracteriza el discurso hablado ó escrito.

A esta parte de la oratoria es lo que llamamos *elocucion*; no solamente en la acepcion gramatical, que significa espresar lo que se concibe de una manera seca, desnuda, descuidada, suficiente, solo para hacerse entender; sino adornada, graciosa, llena de belleza,

capaz de evitar hablando lo que pueda desagradar, y de elegir lo que pueda suavizar y embellecer el discurso, haciéndolo agradable y ameno. Por esto definimos la elocucion: *la enunciacion del pensamiento por medio de palabras convenientes para agradar, y apropiadas á la idea que se quiere espresar.*

En efecto; la elocucion es al arte de que nos ocupamos, lo que el colorido es á la pintura. El fondo y lo que constituye, por decirlo asi, la naturaleza del cuadro, es la figura que debe tener bien señalada; de manera que cada parte tenga su lugar, y que resulte un todo bien proporcionado. He aqui la base y la sustancia de la obra. Pero el color le es necesario para adornarla, para ataviarla y darle brillantez, y hacer la espresion perfecta. Del mismo modo en la elocucion las cosas y los pensamientos establecen la esencia del discurso; el órden y la distribucion forman el diseño y los contornos; la elocucion acaba la obra y le da el alma y la vida, la gracia y el vigor.

Nadie puede poner en duda los admirables efectos de la elocucion; porque en tanto que para conocer y apreciar el mérito de los pensamientos se necesita de oyentes instruidos, de un auditorio ilustrado; para sentirse conmovido por los atractivos de la elocucion no se necesita mas que oír; la elegancia de las frases; el colorido de las imágenes; la cadencia armoniosa de los periodos, todos estos recursos de la elocucion no dejan de producir un efecto sorprendente en el ánimo de todo oyente, siempre que esos recursos se empleen con la parsimonia y oportunidad que prescriben las reglas de la retórica.

A este propósito dice el sabio Rollin: «El orador sagrado debe estar dispuesto á dispensar á este fin los adornos para hacer la verdad mas amable á los hombres, haciéndola mas agradable, y para empeñar, por esta especie de cebo é incentivo inocente, á que se guste mas voluntariamente la sana dulzura, y se practiquen mas fielmente las lecciones saludables. Todos saben que la elocuencia da San Ambrosio produjo este afecto en el espíritu de San Agustin, todavia seducido con las bellezas de la elocuencia profana. Este gran obispo predicaba á su pueblo la divina palabra con tantas gracias y encantos, que todos los oyentes, como por una santa embria-

guez, eran arrebatados y como llevados fuera de sí mismos. Agustín no buscaba en aquellas predicaciones sino los adornos del discurso, y no la solidez de las cosas; pero él no podía hacer esta separación; creía no prestar su espíritu y su corazón sino á la belleza de la dicción, y la verdad penetraba al mismo tiempo en su ánimo, y bien pronto se hizo la dueña absoluta.»

La elocuencia comprende dos partes esenciales que deducimos de la definición que hemos dado, á saber: la *dicción* y el *estilo*. La dicción se entiende especialmente de la elección y coordinación de las palabras, con relación á la corrección gramatical. El estilo se considera en cuanto á la manera de escribir. Aunque parezca que la esencia de lo elocucion consiste en las palabras y en la manera de expresarlas, no hemos de perder de vista lo que dice Quintiliano, esto es, que no deben sacrificarse las ideas á las palabras, puesto que estas han sido inventadas para aquellas y no aquellas para estas. La elocucion es como el traje de las ideas, si es lícito hablar así; ella no hace mas que darles nueva vida, y presentarlas con la gracia y el adorno de que son susceptibles. Por esto definiéndola hemos dicho que es la *enunciación del pensamiento*; por consiguiente el primer cuidado del predicador, y donde mas ha de fijar su atención, es en los pensamientos, y luego en la expresión de estos por la palabra.

En esta consideración, y para esplanar la elocucion, cuanto nos sea posible atendido el carácter elemental de esta obra, vamos á ocuparnos de las partes de la misma en las lecciones sucesivas, dando algunas nociones de la dicción, y por lo tanto de las palabras como signos representativos de nuestras ideas, estudiando el modo de saberlas escoger, y la manera de emplearlas cada una en el lugar que le corresponda. Hablaremos del estilo, ó sea de la manera de enunciar los pensamientos, que podemos llamarlo el alma de la elocuencia, presentando las cualidades generales del mismo, y sus géneros, y últimamente de la exornación del discurso por los tropos y figuras.

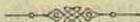
Protestamos desde luego que al presentar estas nociones de la elocucion estamos muy distantes de inclinar al predicador á que piense mas en los adornos y atavíos del discurso, que en los pensa-

mientos y en las cosas que lo han de enriquecer. Esto seria aconsejarle que pensase mas en su propia gloria que en la gloria de Dios que debe buscar en la predicacion; seria querer hacer consistir el triunfo de la divina palabra mas en la sabiduria humana que en el atractivo elocuente y sublime que tiene esa misma palabra; seria en fin separarnos de nuestro buen propósito, formando declamadores que se contentan con deleitar el oido, y no oradores evangélicos, que si emplean los adornos, las gracias y galas de la elocucion es en cuanto estos auxiliares que presta el arte sirven para ganar el corazon oyendõ con gusto la palabra de Dios, y moverlo para que el hombre se aparte del pecado, se convierta verdaderamente, y siga las apacibles sendas que la virtud le traza, y sea eternamente dichoso. No ha sido otra la conducta de los Santos Padres en sus discursos á los fieles de Jesucristo, y nosotros ni podemos, ni debemos separarnos de esta senda segura.



LECCION XXX.

Diccion oratoria.



Ciceron ha considerado muy oportunamente el discurso á la manera de un edificio formado, por decirlo asi, de pensamientos y de palabras: *Orationis ipsa exædificatio constat ex rebus et verbis*. Hemos dicho en la leccion precedente que en la composicion del discurso el predicador debe dirigir sus cuidados principalmente á los pensamientos; pero esto no es decir que descuide la expresion, ó sean las palabras; pues estas son de grande importancia y de necesidad en toda oracion. Se dirige á hombres que, si bien están dotados de razon, y esta se convence con los pensamientos, esos mismos hombres tienen sentidos, y estos, que son como el vestíbulo del alma, es necesario herirlos con sonidos agradables, y de este modo el alma estará dispuesta á recibir con agrado los pensamientos que se le presenten.

La manera de espresar esos pensamientos es lo que llamamos *diccion*. Esta en el estilo son las partes de la elocucion; las cuales es necesario no confundirlas entre sí; pues la diccion, segun dijimos, se entiende especialmente de la eleccion y coordinacion de las palabras en sus relaciones con la correccion gramatical. Asi es que estas palabras pueden ser correctas, ajustadas á las preseripciones de la gramática, claras y propias; y sin embargo el estilo puede ser vicioso, débil y afectado. Además la diccion no participa del genio del escritor; en tanto que el estilo refleja su manera de

ver y de sentir: aquella es relativa á la composicion y mecanismo de las partes del discurso; este se refiere al ingenio y talento del predicador.

Ocupándonos por ahora solamente de la diccion, debemos saber que las palabras reunidas y ordenadas forman el discurso oral y el lenguaje escrito. Los elementos constituyentes de estos son: *la oracion, el periodo y el discurso*. Definimos la oracion: *el conjunto ó série de palabras ordenadas que representan ó espresan un pensamiento*. Periodo es: *el conjunto ó série de palabras ú oraciones ordenadas que representan, ó espresan un pensamiento cerrado*. Llamamos discurso: *la série encadenada y lógica de palabras, oraciones y periodos empleados para desenvolver una idea, pensamiento ó tema, en su unidad ó en su relacion con otros*.

Resulta de lo definido, como realmente asi sucede, que la oracion puede ser periodo, pero que el periodo ha de ser por necesidad oracion: que el discurso consta de un cierto y variado número de periodos que forman grupos intermedios, desde el periodo hasta el discurso, y que algunos llaman cláusulas ó párrafos; aunque cláusula se aplica mas bien al periodo: que tanto la oracion como el periodo se dividen ó pueden subdividirse en incisos solos, ó en miembros, y los miembros subdividirse en incisos: que el periodo puede dividirse ó subdividirse en oraciones, algunas de las cuales pueden ser incidentales, completivas, interjetivas, etc.: que, finalmente, el discurso puede encerrar la mas admirable armonia de aquellas palabras y oraciones, frases y periodos que puedan enunciar el pensamiento con la mayor gracia y energia, soltura y brillantez, propiedad y elevacion.

Sin entrar en minuciosos detalles de cada uno de los estremos de la diccion que dejamos indicados, bastará que hagamos algunas observaciones acerca de las palabras, consideradas como base de la espresion, y tengamos reglas á que atenernos en la eleccion de estas. La *pureza*, la *propiedad*, la *claridad* y la *armonia* son propiedades indispensables en las palabras. El predicador pues debe tener un conocimiento perfecto del idioma en que ha de hablar para llenar estas condiciones; para lo cual deberá leer los autores que mejor enseñen las reglas de la gramática, y además hacer

un estudio de las obras mejor escritas; estudio que podrá perfeccionar con el trato de personas competentes en el arte de bien hablar.

La *pureza y propiedad* de las palabras suelen emplearse en el lenguaje, como que significan una misma cosa; pero aunque haya alguna afinidad entre ellas, sin embargo se diferencian entre sí. La *pureza* consiste en hacer uso de palabras que pertenezcan á la lengua castellana en oposicion á otras usadas en otro idioma: en evitar las voces anticuadas, ó las de nueva creacion, y á este propósito dice Fr. Luis de Granada: «No será fuera del caso advertir aqui, que así como huimos de las voces extranjeras, huyamos tambien con gran cuidado de las frases é idiotismos peregrinos, defecto en que incurren frecuentemente varones elocuentísimos; vicio de que no carecen algunos predicadores que, hablando en lengua vulgar, mezclan frases de la lengua latina ó hebrea, como en especial se echa de ver cuando traducen en su lengua los testimonios de la Escritura ó de los Santos Padres.»

«No hemos de confundir, añade Capmany, la *pureza* del lenguaje con el *purismo*; afectacion minuciosa que estrecha y aprisiona el ingenio. Todos los *puristas* son ordinariamente frios, secos y descarados en sus escritos..... Aunque miramos la correccion por una virtud tan necesaria el orador, no debe ser de tal modo su esclavo que llegue á extinguir la vivacidad del discurso; entonces las faltas ligeras son una feliz licencia. Si es vicio ser incorrecto, tambien es gran defecto ser frio, y alguna vez vale mas fallar á la gramática que á la elocuencia, esto es, vale mas ser inexacto que lánguido.»

La *propiedad* del lenguaje consiste en la eleccion de palabras de la lengua que el uso mejor establecido tiene esclusivamente adaptado á las ideas que se quieren expresar. La propiedad supone que estas palabras están aplicadas de una manera aceptada y correcta, conforme al buen uso en oposicion á los términos vulgares, ó á las expresiones bajas, y á las palabras ó á las construcciones que expresarían imperfectamente las ideas que se tienen que comunicar. De aqui la necesidad de elegir las palabras que mejor expresen el pensamiento, pues siendo el habla castellana tan rica, hay lugar de adoptar las voces mas adecuadas al asunto que se trate.

«La *claridad* se ha de guardar con gran cuidado, dice el citado

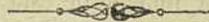
Granada, tanto en cada voz de por sí como en muchas juntas, esto es, en el contesto de la oracion. Lo primero se logra con que las voces sean propias, de las cuales debe constar la mayor parte del discurso; aunque esta propiedad no se ha de tomar á la letra, porque si bien todas las cosas tienen y se entienden por su propio nombre, no siempre usamos de él, debiendo evitar las palabras obscenas, sórdidas y bajas. Tambien ha de evitarse la ambigüedad, no solo la que hace un sentido incierto, sino aquella que, aunque no pueda turbar el sentido, incurre sin embargo en el propio vicio de palabras. Hay tambien en algunos una hojarasca de voces huecas, continua, los cuales, queriendo apartarse del uso comun de hablar, agrados de ciertos fantásticos relumbrones, cargan de una copiosa locuacidad todo cuanto quieren decir. Otros hay que émulos de la brevedad, aun las palabras necesarias quitan á la oracion, y como si bastase saber ellos lo que quieren decir, no se cuidan de los demás». A este fin cita las palabras de San Agustín que copiamos: «¿De qué sirve la pureza del lenguaje cuando no la acompaña la inteligencia del oyente, no habiendo absolutamente ningun motivo de hablar, si lo que hablamos no lo entienden aquellos á quienes hablamos para que nos entiendan? Aquel pues que enseña escusará todas aquellas palabras que no enseñan, y si en lugar de ellas puede usar de otras puras que se entiendan, esto será lo mejor; pero si no puede, ó por que no las hay ó porque de pronto no ocurren, usará tambien de voces menos puras con tal de que la misma cosa se enseñe y aprenda con perfeccion.»

Tal es la importancia de la *claridad* en las palabras para la enunciacion del pensamiento; claridad que si bien está altamente recomendada en todo discurso, lo está mucho mas en un sermón, cuyo auditorio se compone, no tanto de personas instruidas, cuanto de aquellas que carecen de instruccion. Basta por ahora estas indicaciones acerca de la claridad del lenguaje, toda vez que tratando del estilo habremos de insistir en esta materia que la consideramos del mayor interés.

Concluiremos esta leccion advirtiendo, que el predicador en la necesidad de hablar en público debe poseer perfectamete la lengua castellana para espresar correctamente sus pensamientos, evitando

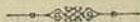
los defectos del lenguaje que consisten en usar de espresiones impropias ó bárbaras, ó pecando contra la gramática ó la pronunciacion. Para ello considere cada palabra de por sí, y á esta misma palabra en relacion con las que la preceden y la siguen; vea si la palabra en particular es buena, si está admitida en el uso comun, si puede asociarse á las demás, si están bien construidas, segun las reglas de la gramática, y entonces habrá guardado las prescripciones de la diccion.

Todo esto que parece un trabajo minucioso y dificil lo será ciertamente para un hombre sin instruccion; pero no para el predicador que se le considera préviamente adornado de las cualidades intelectuales necesarias para el desempeño del dificil ministerio de la predicacion, el cual no se fatiga analizando cada palabra, trabajo que le haria perder un tiempo precioso, y que apagara en él el calor del sentimiento y de la imaginacion, cuando le suponemos capaz de medir instantáneamente el valor, la energia, la brillantez y hermosura de la palabra.



LECCION XXXI.

Pensamientos.



Hemos definido la elocucion, diciendo que es la enunciacion del *pensamiento* por medio de la palabra, etc. Antes pues de tratar de la diccion, ó sea de la manera de espresar el pensamiento, debemos tratar de este. Pensar es, *formar en la inteligencia la imágen de alguna cosa, juzgándola y considerándola en todas sus faces*. Los pensamientos son la pintura ó la imágen de alguna cosa, y para hacer esta pintura es evidente que se necesita meditar con detenimiento la materia de que se trate: de esta meditacion resultará la *verdad* del pensamiento, su *exactitud* y su *claridad*; estos son los caracteres comunes del mismo.

Hay *verdad* en el pensamiento cuando se representa la cosa tal cual es; pues aquel es la imágen de esta, y asi como una pintura no es verdadera sino en cuanto es semejante á su original; del mismo modo no hay pensamiento verdadero sino cuando la imágen que se forma de un objeto lo representa fielmente con sus propiedades.

La *exactitud* del pensamiento está relacionada intimamente con la verdad; asi es que no hay pensamiento verdadero que no sea exacto ó justo. Sin embargo, el uso establece alguna diferencia entre la verdad y la exactitud del pensamiento; la verdad significa mas precisamente la conformidad del pensamiento con el objeto; la exactitud marca mas espresamente su estension. El pensamiento es pues

verdadero cuando representa el objeto, y es justo ó exacto cuando lo representa en toda su estension.

La *claridad* consiste en la vista clara y distinta del objeto que se representa; cuando se le ve sin sombras, sin oscuridad el pensamiento es claro; cuando se le ve separado de todo lo que le rodea es distinto. Para dar á un pensamiento esta verdad, esta exactitud y esta claridad que la razon exige, es necesario que el predicador comprenda y señale con presicion la relacion ú oposicion de las ideas que componen el pensamiento.

Los pensamientos tienen además caracteres particulares que los distinguen entre sí; vamos á ocuparnos ligeramente siquiera sea de los mas principales; esto son: la *sencillez*, la *firmeza*, la *delicadeza*, la *gracia*, la *vivacidad*, la *valentia*, la *fortaleza*, la *majestad*, la *sublimidad*, etc.

Un pensamiento se llama *sencillo ó natural*, cuando nada tiene de estudiado; nada de artificioso; que presenta no sabemos qué de simple ó ingénuo; pero de razonable y de espiritual, como se ve alguna vez en un hombre del campo, ó en un niño de buena inteligencia.

Pensamientos *finos* son los que no representan sino la mitad de objeto, dejando fácilmente adivinar el resto.

Pensamientos *delicados* son aquellos que parecen desde luego ocultar en parte el sentido que ellos contienen, á fin de que se le busque y adivine; ó al menos lo dejan solamente entreveer para darnos el placer de hallarlo todo entero. Este pequeño misterio es como el alma de la delicadeza del pensamiento; Bossuet en la oracion fúnebre de Ana de Austria, dice: «La nobleza de sus espresiones revelan la de sus sentimientos, y sus palabras precisas son la imágen de la exactitud que reina en sus pensamientos. Mientras habla con tanta fortaleza, una dulzura maravillosa le abre todos los corazones y da, yø no sé de qué manera, un nuevo esplendor á la majestad que ella atempera.»

Pensamientos *graciosos* son los que por donaire de las imágenes, y muchas veces por particular primor del orador nos deleitan, sin atinar nosotros el por qué, pues encierran cierta dulzura. Ejemplos: Hablando Antonio Perez de los favores y mercedes que hacia un gran

príncipe, dice: «Hace las gracias con tanta liberalidad que abre primero la mano para hacerlas que el que las pide para recibirlas.» Hablando del emperador Trajano dice un escritor juicioso: «El panegirico de Plinio desluciria á Trajano, si á fuerza de merecerle, no hubiese borrado el héroe la flaqueza de haberle oido.»

Pensamientos *vivos* son los que á manera de relámpago nos hieren de una luz súbita é imprevista representando el objeto claramente y en pocos rasgos. Ejemplo: «*Todo era Dios*, dice Bossuet, escepto Dios mismo, y el mundo que Dios habia hecho para manifestar su poder, parecia habia venido á ser un templo de ídolos.»

Pensamientos *atrevidos* son los que despiertan la atencion por la fuerte sorpresa de los rasgos, y de los colores extraordinarios que parecen salir de regla. Ejemplo, tomado de un pasaje de la historia de Fenelon por el Cardenal Beaunet: «Luego que las esperanzas que han llenado nuestra vida se ven desvanecidas con todos los objetos de nuestra ambicion; luego que por una deplorable fatalidad somos llamados á asistir á las grandes catástrofes que cambian la faz de los imperios y la suerte de las naciones; entonces tenemos necesidad de la mano firme de Bossuet para sostenernos en medio de los escombros y ruinas que dejan las terribles tempestades de las pasiones humanas. Entonces es cuando á la claridad sombría y majestuosa de la antorcha que él ofrece á nuestro espíritu, se osa marchar en su séquito con un espanto religioso en las profundidades de esta Providencia, cuyos golpes de rayo hacen morir los reinos mismos y caer los tronos los unos sobre los otros con un ruido horrendo, para hacernos sentir que nada hay de sólido entre los hombres, y que la inconstancia y la agitacion son el patrimonio de las cosas humanas.»

Pensamientos *fuertes* son los que, aunque no tienen tanto brillo como los vivos, causan en el espíritu impresiones mas profundas, encerrando en sí un gran sentido, ó pintando los movimientos y los efectos de una pasion violenta. Ejemplos; del tiempo de las guerras civiles de Roma habla asi un historiador: «Entonces fué menester arrancar á las provincias la sombra de libertad que les habia quedado, y entregarlas á los Pretores, estos tigres sedientos de sangre y de rapiñas, precisados á volver á su patria cargados de crímenes

y de tesoros.» Un orador habla así del día del juicio universal: «¡Oh, Señor eterno! en el último día de los siglos, cuando el velo del firmamento será rasgado; cuando tu brazo invencible detendrá el sol en su carrera; cuando resucitadas todas las generaciones, dependerá el destino del género humano de una palabra de tu boca, ¿podremos ver sin terror las convulsiones de la naturaleza moribunda?»

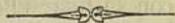
Pensamientos *sublimes* son los que están llenos de un gran sentido, expresado en pocas palabras y de una manera viva, no presentando al entendimiento sino cosas grandes. Ejemplos; Valerio Máximo, hablando de Pompeyo, vencedor y restaurador de Tygranes, dice: «Le restituyó su primera dignidad, juzgando tan glorioso hacer como vencer reyes.» Y Bossuet en la oración fúnebre de M. le Tellier, dando una idea sublime de los magistrados destinados á hacer justicia á los pueblos: «¡A qué sublime perfeccion puede aspirar el alma cristiana en el augusto y santo ministerio de la justicia, puesto que segun la Escritura, no son los hombres los que ejercen el juicio sino Dios mismo! Abrid los ojos, cristianos; contemplad los augustos tribunales donde la justicia da sus fallos, y vereis con David á los dioses de la tierra que faltan á la verdad como hombres, pero que sin embargo deben juzgar como dioses, sin temor, sin pasión, sin interés; el Dios de los dioses está sobre su cabeza, segun lo canta este gran rey en un tono sublime en este divino salmo: «Dios asiste, dice, á la asamblea de los dioses, y en medio él juzga á los dioses.» ¡Oh jueces, qué majestad la de vuestras sesiones! ¡qué presidente el de vuestras asambleas! pero tambien ¡qué censor de vuestros juicios!»

Pensamientos *grandes* son cuando decimos una cosa que nos hace ver otras muchas, y descubrir de una vez lo que no pudiéramos esperar sino despues de una larga lectura. Estos generalmente suelen hallarse en los dichos extraordinarios de los grandes hombres, como la respuesta que dió Alejandro Magno cuando Dario le ofreció la mitad del Asia si se desposaba con su hija: «Por mí, le dijo Parmenion, aceptaria esta oferta; y tambien yo, le replicó Alejandro, si fuera Parmenion.» O como estas palabras de un escritor elocuente con que se pondera la grandeza é impasibilidad de Dios: «Este Criador

supremo de todos los seres, que con los mismos ojos ve perecer un insecto que un héroe, deshacerse un cometa que un átomo.»

Pensamientos *nuevos* son los que entrelazan ciertas palabras que jamás habíamos visto juntas, sobrecogiendo en algun modo el ánimo del oyente. Ejemplos; dice un orador hablando de la resurreccion de la carne: «El sepulcro restituirá su presa.» Otro para explicar la antigüedad de las pirámides de Egipto se espresa asi: «Las pirámides de Egipto parece que hacen tocar al viajero los primeros siglos del mundo.» Un astrónomo hablando de la revolucion y tardo periodo de los astros, dice: «Estos tiempos son tan enormes, tan cercanos á los infinito, que se podrian llamar momentos de la eternidad.»

El predicador debe tener inmensas ventajas del estudio que haga de los caracteres del pensamiento, principalmente de los caracteres comunes de que hemos hablado, que son la verdad, la exactitud y la claridad. Un pensamiento bien meditado se espresa con claridad, pues con la meditacion que se ha hecho se conciben las relaciones de conveniencia, de las ideas entre sí, ó la oposicion que las separa para formular el pensamiento. Entonces resplandece la verdad de este que hemos formado, pues la inteligencia se pone á cubierto de los sentimientos del corazon que suele estraviarse ó de las ilusiones de la imaginacion que suelen oscurecer la verdad de nuestros juicios, y esto sucede porque no conocemos alguna vez la verdad de las ideas, verdad metafisica que jamás nos lleva al error, sino por nuestras propias preocupaciones. Por esto el predicador debe tener un conocimiento perfecto de los asuntos de la religion, y colocar en cada uno de ellos las ideas que le sean análogas; de lo cual resultará la verdad del pensamiento, la exactitud y claridad, cualidades indispensables para hacerse entender; pues de otra manera su trabajo seria infructuoso, y el auditorio se retirará sin haber obtenido resultado alguno de la predicacion, toda vez que no la ha entendido.



LECCION XXXII.

Estilo en general.



Hablando de la elocucion dijimos que tenia dos partes esenciales, que son la *diccion* y el *estilo*. Nos hemos ocupado de la una dando las nociones necesarias de los pensamientos y de las palabras, para venir á tratar del estilo y de sus cualidades, á fin de que comprendamos la parte de la retórica que llamamos elocucion. Entendemos por estilo: *la manera de declarar el orador ó el escritor por medio del lenguaje lo que ha concebido por el raciocinio*. Por el estilo se diferencian y caracterizan los escritos, asi como las personas por la fisonomia; viene á ser cuadro fiel de nuestras ideas, y del orden con que están ligadas en nuestra inteligencia. Merced al estilo esas ideas presentan una nueva faz, haciendo singulares las cosas mas comunes, fortificando las mas débiles, dando grandeza á las mas sencillas.

De aquí la inmensa importancia del estilo, como que sin él una obra no puede ser buena; pues habrán podido concebirse grandes pensamientos, y desvirtuarse estos por falta de estilo, ó por un estilo estragado y malo. Ya dijimos la diferencia entre este y la diccion, cuando nos ocupamos de esta última, advirtiendo que el primero participa del genio, del talento del predicador, y de su manera de ver y de sentir; y la segunda es relativa al orden y correccion gramatical, ó al mecanismo del discurso, es la coleccion de expresiones con que el autor enuncia sus pensamientos.

Descendiendo á hablar de las cualidades del estilo en general, una vez definido este, debemos decir que las mas principales son: *claridad, naturalidad, precision, variedad, decencia y armonia*; de cada una de estas nos ocuparemos con la posible brevedad, dejando para despues los géneros en que los retóricos dividen el estilo.

1.º *Claridad*.—Esta cualidad del estilo consiste en disponer de tal modo los conceptos que concurren á probar una verdad, ó esclarecer una proposicion, que se hagan, si es posible, comprensibles á todos. Para ello se necesita conocer perfectamente el asunto que se va á tratar; meditarlo profundamente; hacer un estudio sério del mismo; pues es bien cierto que jamás se podrá hablar de una materia con claridad si no se la conoce, si no se la estudia, si no se ha meditado sobre ella; en una palabra, si no se sabe de lo que se va á hablar mal podrá el predicador hablar con claridad.

A pesar de que en la leccion XXX hemos hecho las observaciones convenientes para la eleccion de palabras, consultando la claridad de estas, añadiremos que el predicador, para hacerse entender buscando la claridad en el estilo, debe evitar toda palabra cuya significacion no comprenda el pueblo, como son: 1.º Los términos de escuela: tales como *esencia, sustancia, personalidad, supuesto, causa formal, etc.* 2.º La mayor parte de las espresiones sacadas del lenguaje místico, como *hombre animal, el hombre viejo, el nuevo hombre*, ú otras palabras alegóricas ó metafóricas de la Sagrada Escritura. 3.º Las palabras abstractas ó generales, como *sensualismo, escepticismo, panteismo, naturalismo, etc.* 4.º Los términos teóricos ó científicos sacados de las artes y de las ciencias, del griego ó de otro idioma. 5.º Las palabras nuevas ó que no son conocidas sino en la clase mas ilustrada de la sociedad, como el *plan divino, la razon católica, el elemento purificador*. Ultimamente, los términos vagos ó que no representan una idea fija; los oscuros ó que provienen de la confusion de las relaciones; los equívocos y los incidentes complicados; el amontonamiento de periodos ó muchas ideas intermedias que ahogan la principal.

Además para que el discurso sea perfectamente inteligible, el predicador debe manifestar sus ideas en el orden mas natural, relacionando sus divisiones, sus raciocinios, sus pensamientos principales,

y las resoluciones ó propósitos que él quiera inculcar á sus oyentes. Cuando se trate de cosas difíciles de comprender, y de las que deba penetrarse el auditorio, debe presentar el pensamiento con diversas espresiones, ó de diferentes maneras para hacerse entender.

Formado el discurso debe leerse con detenimiento, y si es posible hacerlo despues de algun tiempo de haberlo escrito, á fin de que los pensamientos que se han espresado aparezcan como ajenos, y entonces se les juzga sin pasion. En este ejercicio necesita el predicador: 1.º Preguntarse á sí mismo lo que ha querido decir, y si lo ha dicho de una manera exacta y clara. 2.º Discutir hasta los menores detalles de su composicion, como si fuese la obra de un extraño que se hubiera de criticar severamente. 3.º Ponerse en lugar de los oyentes, y examinar delante de Dios, si ellos comprenderán tal espresion, tal frase, tal figura. Todas las cosas pueden ser eminentemente claras para las inteligencias ilustradas; pero no menos oscuras para las gentes sencillas y sin letras que componen la mayoria del auditorio. Sin embargo, no llegue el predicador á ser tan escrupuloso en esta parte que pase á la exageracion y haga el estilo árido, seco, débil, y su discurso pierda aquella fuerza de sentimiento, aquel calor que necesita para persuadir.

2.º *Naturalidad*.—Consiste esta cualidad del estilo en espresar el predicador sus pensamientos y sus sentimientos con facilidad, sin esfuerzo y sin aderezo. Hay tanta belleza en el estilo natural que no puede menos de producir en los oyentes cierto agrado que encanta; porque entonces no se descubre el arte. «Nos sentimos arrebatados, asombrados, seducidos, dice Pascal, cuando vemos un estilo natural, y es porque esperamos hallar un autor y encontramos un hombre.»

La afectacion siempre es perjudicial al orador, y lo es mucho mas al orador evangélico, que desmerece mucho cuando se le vé mas ocupado de sí mismo que del asunto de que trata. Esto precisamente sucede cuando se nota en él un cuidado esmerado en rebuscar una espresion; en presentar una imágen forzada; en espresar un sentimiento con exageracion, en vez de ocuparse de verter sus ideas con espontaneidad, y sin que aparezca que lo que dice lo debe

al estudio y al artificio. ¡Cuántas veces hemos visto conmovido dulcemente al auditorio por un pensamiento que se ha manifestado con facilidad, por una frase que ha brotado del corazón, y que lleva en sí todo el calor del sentimiento! Estas emociones tan provechosas no se hubieran despertado ciertamente siguiendo *aquella propension viciosa que algunos oradores tienen de singularizarse en los pensamientos, en los sentimientos, en el gusto y en el lenguaje, que es lo que llamamos afectacion.*

Esta especie de contagio, ordinario en los siglos en que el genio es raro, parece infestar hoy á la mayor parte de los escritores que, queriéndose distinguir á todo precio, no ofrecen en un lenguaje brillante, sino pensamientos rebuscados, agudezas, juego de palabras, figuras prodigadas sin medida.

Pero esto es todavia mas deplorable en muchos predicadores que no se avergüenzan de llevar al púlpito un lenguaje amanerado que les da un aire ridículo y todo profano. Se imaginan, cuando no se hallan en estado de presentar de una manera natural é interesante las verdades de la religion, que logran ocultar su insuficiencia ó su mal gusto bajo estos frívolos adornos. No se olviden jamás que un estilo, por mas adornado y elevado que sea, no debe jamás dejar de ser natural, y dejaria de serlo cuando se emplease en el púlpito un lenguaje poético recargado de metáforas, opuesto en verdad al lenguaje fácil y natural que inspira la sublime sencillez del evangelio. Toda afectacion en la cátedra del Espíritu Santo es altamente reprehensible, y la menor sombra de ostentacion, de arrogancia ó mandana vanagloria en el predicador es suficiente motivo para profanar su altísimo y venerando ministerio.

3.º *Precision.*—Consiste esta en espresar con los menos términos posibles una idea, una imágen ó un sentimiento, sin mutilarlos ni debilitarlos. Se diferencia esta cualidad del estilo de la *concision* en que el objeto de aquella es la cosa que se dice, y el de la concision es el modo con que se dice. La precision simplifica el objeto, y la concision abrevia su espresion. «El valor exacto de la precision, dice Blair, puede inferirse de la etimología de la palabra. Ella viene de *præcidere*, cortar; y significa el hecho de cercenar toda superfluidad, y de podar la espresion, de tal manera que el que la usa

no muestre ni mas ni menos de una copia exacta de su idea. Las palabras de que usamos para espresar nuestras ideas pueden ser defectuosas por tres respectos. Ellas pueden no espresar aquella idea que intenta espresar el autor, sino alguna otra que se le asemeja; ó pueden espresar la idea misma, pero no completamente; ó pueden espresarla junto con alguna cosa mas que lo que intenta. La precision se opone á estos tres defectos, pero principalmente al último.»

«La utilidad é importancia de la precision, continúa el mismo autor, puede deducirse de la naturaleza misma del entendimiento humano. Jamás puede este mirar clara y distintamente mas que un objeto á un tiempo. En teniendo que mirar dos ó tres objetos juntos, especialmente si tienen poca semejanza ó conexion entre sí, se halla confuso y embarazado. El no puede percibir claramente aquello en que se conforman y aquello en que se diferencian. Si al querer informarme alguno de su modo de pensar, me dice mas de lo que quiere; si pinta circunstancias estrañas al objeto principal; si variando sin necesidad la espresion cambia el punto de vista, y me hace ver unas veces el objeto mismo, y otras veces otras cosas conexas con él; me obligará á mirar á un tiempo á varios objetos, y perderé de vista el objeto principal. Esto es lo que forma el estilo vago, diametralmente opuesto al preciso. El proviene en general del uso de palabras supérfluas.»

De lo dicho se infiere que no debe perder de vista el predicador esta cualidad del estilo, basada en la exactitud y en la claridad del entendimiento, para no llevar la confusion al ánimo de sus oyentes con la mezcla de las ideas que revelan pocos recursos en el orador para comunicar lo que quieren significar, ó poca exactitud en sus pensamientos.

4.º *Variiedad.*—Esta cualidad consiste en evitar la uniformidad en las frases, en las voces, en las figuras y demás adornos del discurso. Nadie desconoce que nuestra alma goza en recibir nuevas sensaciones por los nuevos objetos que se le representan; un paisaje uniforme y monotonó carece de encantos para nosotros; asi como otro variado nos parece bello y agradable. Esto que en el órden material de la naturaleza produce en nuestra alma tan diversas

emociones, sucede ciertamente de la misma manera en el orden moral.

La uniformidad en el estilo del discurso hace que se pierda la atención al mismo, y que el fastidio se apodere del corazón haciendo infructuosos los esfuerzos del predicador. Y á la verdad la repetición de unas mismas frases, de las mismas figuras, de iguales giros, y el mismo orden en los períodos cansan al auditorio; lo que por ciertos no sucede cuando se halla la variedad que recomendamos en el estilo, y está recomendada por la misma naturaleza; sin que por esto queremos dar á entender que el estilo variado sea un estilo diferente, pues dependiendo el mismo del carácter y del talento del orador, siempre se ha de reflejar ese talento y ese carácter en el fondo del estilo por mas que sea variado, segun convenga al asunto de que se trate, á los afectos oratorios que queramos despertar, y á la situación en que nos halleemos en el discurso. ¿Un grande río no es siempre el mismo río? Sin embargo; ¿qué variedad no se nota en su curso? Aquí se le vé correr por un cauce ancho y espacioso; allí por uno mas estrecho y reducido; por este marcha lentamente; por aquel otro con rapidez; algunas veces arrastra sus aguas tranquilamente y sin ruido; y otras se oye á sus olas murmurar entre las rocas que parecen oponerse á su paso. Las riberas que él baña no son igualmente fértiles y agradables; á medida que se acerca al mar acelera su curso, etc.

Hé aquí una fiel imágen de aquella variedad con que debe embellecerse el estilo. Este debe ser ya grande, noble, elevado; ya humilde, llano, familiar; pero nunca arrastrado ó chavacano; algunas veces compasado, simétrico, clausuloso; otras ligero, enérgico, vehemente, melodioso ó suave, hiriendo al oído armoniosamente. Estas faces son debidas al diferente aspecto en que se considera su composición, y segun las frases y sentimientos que en ella se emplean y se desenvuelven, procurando que por dar dulzura y armonia al estilo, no se le quite nada de su fuerza y gravedad. En una palabra, el estilo debe conformarse con las cosas que se dicen; y una agradable variedad debe presidir en el mismo, no perdiendo jamás de vista el predicador la grandeza de las verdades que anuncia, para armonizarlas con lo agradable de sus frases, á fin de conseguir

uno de los mas importantes fines de la predicacion, que es persuadir para ganar almas á Dios.

5.º *Decencia.*—La decencia ó el decoro del estilo consiste en decir las cosas como conviene asi al que habla como á los que oyen. De manera alguna puede desentenderse el predicador de esta cualidad del estilo, si considera cuanto se debe á sí mismo y á sus oyentes. La elevacion de su ministerio lo coloca á una altura extraordinaria; toda vez que se halla encargado de continuar la mision celestial de Jesucristo de evangelizar á los pueblos.

En cuanto á su auditorio debe no olvidar que sus palabras van dirigidas á los grandes lo mismo que á los pequeños; á los sabios como á los ignorantes; á las personas de toda edad, sexo y condicion, y todas y cada una se merecen el respecto, la consideracion que reclaman, no solo los principios de la ciencia, sino tambien los de la buena educacion y de la moral, y esto no debe olvidarlo el que trata de inculcar las buenas costumbres, y sabe apreciar las atenciones que exige la civilidad.

De aqui la necesidad de ajustar las palabras, los pensamientos, los adornos del discurso á estos principios, prescritos por la decencia del estilo. Se verá tal vez obligado el predicador á tratar en el púlpito de cosas que pudieran ofender ese respeto, y que lo ofenderian ciertamente descendiendo á espresarse con locuciones bajas, populares ó demasiado comunes, y deber suyo es entonces evitar toda espresion ó frase que no esté en armonia con su posicion, valiéndose de circunloquios ó rodeos, que es lo que llamamos perifrasis; y si de esta usamos en el lenguaje familiar, ¿cuánto mas en el púlpito, á fin de no ofender el decoro que nos enagenaria las atenciones del auditorio?

Además, si el estilo no conviene al asunto de que se habla, si en él no se encuentra la decencia necesaria, por mas que se empleen palabras puras, elegantes, significativas y armoniosas, estas serán inconvenientes, puesto que no están en relacion con las cosas que se tratan, ni sirven para inspirar los sentimientos que el predicador se propone. Por esto Ciceron ha dicho, que el verdadero orador es el que sabe espresarse en estilo sencillo sobre asuntos ordinarios, tratar con dignidad los que son grandes, y no elevarse sino á la altura

conveniente en los asuntos medianos; en una palabra, ajustar el estilo á los pensamientos que es lo que enseña la decencia.

Es necesario tambien que el estilo de un discurso sea análogo á la materia que se trata, esto es; que sucesivamente se muestre sencillo en los principios; preciso y flúido en las narraciones; nervioso y compacto en las pruebas; vivo y rápido en los movimientos ó afectos; adornado en las descripciones; sin vana compostura, sin juegos de palabras, sin imágenes desmedidas, sin afectacion, y sobre todo sin hinchazon, que no es ni será jamás el símbolo de la energía. Por esto, añade Fenelon hablando de los predicadores de estilo estragado, «ellos no piensan sino en recargar sus discursos de adornos, semejantes á los cocineros que no saben sazonar con exactitud y concierto, y que creen dar un sabor exquisito á las viandas, poniéndoles mucha sal y pimienta. La verdadera elocuencia nada tiene de hinchada y de ambiciosa; ella se modera y se ajusta á los asuntos que trata y á los géneros que enseña; ella no es grande y sublime sino cuando debe serlo.»

6.º *Armonia.*—Entendemos por armonia *aquella cualidad del estilo que hace al discurso sonoro, grato al oido, y apto para mover los afectos.* Podemos decir con un escritor que «la armonia es en la oratoria la música del lenguaje que, por una feliz mezcla de números y sonidos, espresa los movimientos de nuestros afectos, y el espíritu de nuestros pensamientos, y se pinta en ellos para los oidos, de la misma manera que se pinta para los ojos con los colores.»

La armonia del estilo resulta del arreglo, de la distribucion, de la proporecion de las palabras, de las frases y de los miembros que las componen. De esta proporecion, de esta distribucion y de este arreglo se forma el *número oratorio*, que podemos definirlo: *cierta porcion de discurso dividida en porciones ya iguales, ya desiguales, medidas y cadenciosas para agradar al oido; ó una série de periodos cortados en proporeciones simétricas.*

La armonia comprende la eleccion y marcha de los sonidos, su entonacion, su duracion, la distincion y empleo del número oratorio, el tejido y córte de los periodos, su encadenamiento, toda la economia, en fin, del discurso, relativamente al oido, y al arte de disponer las palabras de la manera mas conveniente al carácter de las

ideas, de las imágenes, de los sentimientos que se quieren expresar.

Se deduce de lo que dejamos dicho que la armonía es de grande importancia para agradar, y por este medio lleva al alma la verdad y el sentimiento. Razon por la que el predicador no ha de desdeñarse de estudiar esta cualidad del estilo; pues á medida que sean agradables ó desagradables las sensaciones producidas por la palabra en sus oyentes, le será mas ó menos fácil persuadirlos de las verdades y máximas que les predica, y esas sensaciones dependen en gran manera de la coordinacion armónica de las palabras; debiendo advertir que la gracia divina no excluye los medios naturales, sino que secunda los esfuerzos del predicador que se sirve con sana y loable intencion de los sabios preceptos del arte, consagrados por la experiencia y por las enseñanzas de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Se conocen dos géneros de armonía, á saber: *mecánica é imitativa*. La una se llama así, porque consiste en las palabras consideradas materialmente y solo en el concepto de sonidos; la otra consiste en la relacion de los números y de los sonidos con los objetos que expresan. La armonía mecánica nace de las palabras artísticamente combinadas para deleitar el oído, y sin atender al sentido que ellas presentan al alma. La imitativa no es tal sino por las relaciones que se encuentran entre los sonidos de las palabras, los números y las ideas que representan. Hay mas, la armonía mecánica rechaza todas las combinaciones, todos los arreglos que no agradan al oído; pero la armonía imitativa se ocupa de reunir indiferentemente las palabras mas pesadas ó las mas ligeras, las mas duras ó las mas dulces, las mas rápidas ó las mas lentas, lo que depende del objeto que ella se propone pintar. La armonía mecánica debe reinar habitualmente en el discurso, y la imitativa no tiene lugar sino por incidencia y cuando el asunto se presta á ello.

Por la definicion que hemos dado del número oratorio, se vé que no es otra cosa que un mecanismo, pero un mecanismo sablo, difícil, y sin embargo tan necesario, que la elocuencia que no lo tiene queda sin movimiento y sin fuerza. Son pues constitutivo del número oratorio las pausas, las cuales son relativas á la necesidad y al agrado. Las primeras facilitan la respiracion; sirven para dar claridad á

los sentidos parciales y para distinguir los objetos. Este es el fin de la puntuacion, cuyo uso enseña la ortografia. Las otras pausas cortadas, à casi iguales distancias, y con cierta proporción musical, son relativas al oido, y las que propiamente constituyen el número oratorio; tales son las sentencias ó periodos.

Se llama periodo, *un encañamiento de palabras que forman un sentido completo que el entendimiento puede percibir sin trabajo, compuesto de partes dependientes unas de otras, y dispuestas con armonia en una estension facil de pronunciar.* Las partes del periodo se dividen en *miembros* y en *incisos*. Miembros son *aquellas partes que forman un sentido, pero imperfecto y dependiente de lo que precede ó de lo que se sigue;* y por *incisos* entendemos *aquellas partes que por sí mismas no tienen bastante estension para formar un sentido y que son como partes de los miembros.* El periodo puede tener dos, tres, cuatro ó mas miembros, sin embargo de que pasando de tres suele ser pesado y difícil de pronunciar y toma el nombre de *rodeo periódico.* Ejemplo de un periodo de dos miembros. Hablando Flechier de Turena, dice: *Primer miembro:* «Este héroe fué mas admirable cuando con destreza y grandeza de alma salvó los restos de las tropas batidas en Mariandal.» *Segundo miembro:* «Que cuando con las tropas triunfantes batió à los imperiales y à los bávaros.» El primer miembro de este periodo tiene tres incisos: 1.º «Este héroe fué mas admirable;» 2.º «cuando con destreza y grandeza de alma;» 3.º «salvó los restos de las tropas batidas en Mariandal.» El segundo miembro consta de dos incisos: 1.º «Que cuando con las tropas triunfantes;» 2.º «batió él mismo à los imperiales y bávaros.»

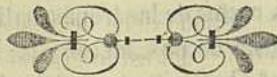
Ejemplo de un periodo de tres miembros: «Si hay una ocasion en el mundo en que el alma satisfecha de sí misma se halla en peligro de olvidar à su Dios,—es aquellos puestos eminentes en que el hombres por la sagacidad de su conducta, por la grandeza de su valor, por la fuerza de su brazo y por el número de sus soldados aparece como un Dios entre los demás hombres,—y lleno de gloria en sí mismo llena todo el resto del mundo de amor, de admiracion y de pavor.» (Orac. fún. de Turena.)

Ejemplo de un periodo de cuatro miembros: «Como una columna cuya sólida masa parece el mas firme apoyo de un templo ruinoso;

—luego que este grande edificio que ella sostiene cae sobre ella sin abatirla;—asi la reina se muestra el firme sosten del Estado;—cuando despues de haber llevado largo tiempo su peso, ella no queda agobiada bajo su ruina.» (Bossuet.)

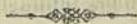
Creemos suficientes estas ligeras indicaciones para formar una idea de la armonia del estilo y del número oratorio que tanto contribuyen á dar belleza y elegancia al discurso, sintiendo no poder estendernos mas en esta materia atendida la índole de esta obra.

Deberiamos ocuparnos además de otras cualidades del estilo, tales como la riqueza, la facilidad, la verdad, la elegancia, la variedad, etc.; pero nos detendriamos demasiado, escediendo los límites que nos hemos trazado; lo hemos hecho de las principales y creemos que esto basta para tener nociones generales del estilo, que fué nuestro propósito.



LECCION XXXIII.

Estilo considerado en sus tres géneros.



Después de haber espuesto las principales cualidades del estilo oratorio, vamos á tratar del mismo, considerándolo en los tres géneros en que tanto los retóricos antiguos como los modernos lo han dividido, division que se esplica por los fines que la retórica propone al predicador, que son instruir, agradar y conmover. Se instruye pues con el estilo *sencillo*, se agrada ó delita con el estilo *templado*, y se conmueve con el estilo *sublime*. San Agustin en el lib. 4.º de la Doctrina Cristiana aconseja el uso de cada uno de estos estilos segun convenga al fin que el predicador se propone, y al efecto nos dice: «Aunque el orador cristiano debe decir siempre cosas grandes, no por eso ha de usar siempre del estilo grande y sublime, sino que para enseñar ha de valerse del estilo natural y llano; para alabar ó vituperar alguna cosa del mediano y moderado; pero cuando se trata de una cosa que se debe hacer, y se habla con las mismas que deben hacerla, y no la hacen, entonces se han de decir las cosas grandes con estilo grande y sublime, y con el modo mas propio para inclinar y doblegar los ánimos.» Veamos los caracteres de cada uno de los estilos que dejamos enunciados, si quiera sea con alguna brevedad.

1.º *Estilo sencillo*.—Este se llama tambien sumiso, llano y ténue. Hablando Capmany del mismo, dice: «Este género, cuyo carácter principal consiste en la claridad, precision y sencillez, conviene

con mas propiedad á la narracion y prueba del discurso oratorio; porque es un estilo que desechando toda afectacion y compostura, condena en general los adornos, y solo admite los sencillos y naturales. A la verdad no es una hermosura viva y brillante; antes como modesta y suave sienta su mayor realce de la misma negligencia y desaliño que á veces le acompañan. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta elegancia y pureza en el lenguaje, que mas bien se dejan gustar que conocer, componen todos sus adornos, sin necesitar de la pompa y composicion de las figuras. La sencillez es la parte ordinaria de la elevacion de los sentimientos, porque como consiste en mostrarse tal como uno es, las almas nobles ganan siempre en ser conocidas. Por esto mismo no podemos entender por *estilo sencillo* una frase baja, grosera y demasiado vulgar; esta nunca fué digna de la majestad oratoria, que busca á veces lo sencillo pero jamás lo humilde.»

De estos caracteres del estilo sencillo inferimos que en los discursos sagrados mejor es inclinarse á la sencillez que á la elegancia. Los asuntos que el predicador de Jesucristo ha de tratar en el púlpito son graves, y siempre grandes, como ha dicho San Agustín; ellos interesan en gran manera á los fieles, como que se trata nada menos que de su salud espiritual y eterna, y basta esponerlos para captarse la atencion de los mismos. Solamente se necesita tratar esos asuntos con la dignidad que reclaman, no profanando la grandeza de la palabra de Dios, predicando de una manera trivial y ridicula ó repugnante que la haria desagradable á los que la oyen, lo cual está en abierta contradiccion con la sencillez misma del estilo que aconsejamos. La religion que condena la vanidad de los predicadores aseglarados que buscan demasiado los adornos del estilo, predicándose á sí mismos, mas que á Jesucristo y su Evangelio, condena tambien á los predicadores temerarios que no respetan la dignidad del púlpito, é injurian con su temeridad á los fieles que los oyen, y que, como otra vez hemos dicho, se merecen muy altas consideraciones.

Para mas esclarecer la naturaleza del estilo sencillo aducimos un ejemplo de San Pablo en su carta á los de Galacia, que trae San Agustín en el libro antes citado: «Vosotros los que quereis estar

bajo de la ley, decidme, ¿no habeis oido lo que la ley dice? Porque escrito está que Abraham tuvo dos hijos, el uno de la sierva y el otro de la libre; pero el que tuvo de la sierva nació segun la carne, y el que tuvo de la libre nació en virtud de la promesa de Dios. Todo esto está dicho por alegoria. Porque estos son los dos testamentos: el uno en el monte Siná el cual engendra para la servidumbre y este es Agar; porque el Siná es un monte de la Arabia que está contiguo á la que ahora es Jerusalem, la cual sirve juntamente con sus hijos. Pero la otra Jerusalem que está allá arriba esa es verdaderamente libre, la cual es nuestra Madre.» En otro lugar del mismo libro el citado Santo Obispo de Hipona trae otro ejemplo tomado de las obras de San Ambrosio: «Conmovido Gedeon con el oráculo que le decia que aun cuando faltasen muchos miles de hombres, el Señor libraria de los enemigos á su pueblo con uno solo: le ofreció en sacrificio un cabrito cocido, cuya carne con unos panes ázimos puso sobre una piedra por mandamiento del ángel, y todo ello lo roció con caldo. Luego que el ángel del Señor lo tocó con la punta de la vara que llevaba, salió con ímpetu fuego de la piedra, y de este modo se consumó el sacrificio que se ofrecia. Con el cual indicio parece que se declaró: aquella piedra fué simbolo ó figura del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque escrito está: «Bebian de la piedra que los seguia; pero la piedra era Cristo.....»

Aquí vemos que para nada entran en el estilo sencillo los adornos de palabras, ni la pompa de las figuras, ni la ostentacion de sentencias, porque no teniendo por objeto sino instruir ó enseñar se expresan los conceptos con naturalidad y precision, y sin el fuego que se necesita cuando hay que mover los afectos. Este estilo es el carácter dominante de los libros sagrados, sin que por esto esceptuemos algunos de estos como son los Profetas, cualidad conveniente á la majestad é importancia de los objetos.

2.º *Estilo sublime.*—Considerado el estilo en este género es del todo diferente del sencillo; es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor y de energia, y el que forma la verdadera elocuencia, aquella que domina los ánimos, aquella que arranca las lágrimas, y que escita la admiracion. Todo lo que lleva nuestras ideas al mas alto grado de estension y de elevacion; todo

lo que afecta al alma tan vivamente que deja como suspensas las facultades de la sensibilidad es sublime en las cosas, y el mérito del estilo consiste en no debilitar el efecto que ellas solas producirían.

«Si como algunos creen, dice Capmany, lo *sublime* consistiese en una dición cargada de epítetos, y en pinturas frias y triviales de los objetos que se nos deben imprimir, en vano buscaríamos alma y vida en la elocuencia, cuyo mérito no depende de vanos adornos. Mas si entendemos por sublime un estilo lleno de calor y de grandes imágenes, entonces veremos que no tiene necesidad del curso uniforme de los periodos, ni de una elegancia cadenciada.»

Este estilo es noble, rico, abundante, magnífico: pone en juego todo lo que la elocuencia tiene de mas levantado, de mas fuerte, de mas sorprendente; la nobleza y dignidad de los pensamientos; la riqueza y fluidez de la espresion; la valentia y belleza de las figuras; la vivacidad de los movimientos oratorios; puede decirse que es como un rio impetuoso que arrastra y lleva tras si todo lo que se le opone.

Por esto su empleo es exaltar fuertes pasiones, pintar grandes caracteres, desenvolver grandes causas, celebrar acciones extraordinarias, y hasta las palabras que se emplean en este estilo han de ser magníficas y sonoras dice el V. Granada, y para ello pone por ejemplo aquellas que leemos en el cap. 32 del Deuteronomio: «Mi furor se ha encendido como una llama impetuosa, y penetrará hasta lo mas profundo del infierno, y se tragará la tierra con sus plantas y abrasará los cimientos mismos de las montañas.»

El citado Granada en su admirable y precioso libro de la Oracion y Meditacion, cap. 26, nos ofrece un ejemplo del género sublime, cuando hablando de la resurreccion del Señor para hacer mas maravilloso su descendimiento á los infiernos lo viste de bellas imágenes diciendo: «Desciende pues el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe Eusebio Emiseno por estas palabras: Oh luz hermosa que resplandeciendo desde la alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombras de muerte. Porque en el punto que el Redentor allí descendió, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que se lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de

atormentadores tembló viendo al Salvador presente. Allí fueron con-
turbados los príncipes de Edom, temblaron los poderosos de Moab,
y pasmáronse los moradores de la tierra de Canaan.» También San
Agustín (lib. 4.º de la Doctrina Cristiana, cap. 20), aduce otro ejem-
plo tomado de la epístola de San Pablo á los Romanos, persuadién-
dolos de que vengán todas las persecuciones de este mundo con la
caridad y con la esperanza cierta de los auxilios de Dios. «Si Dios
está á favor nuestro, les dice, ¿quién será contra nosotros? El que
no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por todos nos-
otros, ¿cómo dejará de darnos también con Él todas las cosas?
¿Quién pondrá acusación contra los escogidos de Dios? ¿Dios que es
el que los justifica? ¿Quién hay que los condene? ¿Será Jesucristo
que no solamente murió sino que resucitó y está á la diestra de
Dios y que también intercede por nosotros? ¿Quién pues nos sepa-
rará de la caridad de Cristo? ¿será la tribulación? ¿ó la angustia? ¿ó
la persecucion? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el peligro? ¿ó la es-
pada...?»

El sublime produce siempre una impresion fuerte en nosotros,
toda vez que envuelve en sí un sentimiento vehemente, ó una
grande idea. De aquí el que los retóricos lo dividan en dos clases:
sublime de idea y sublime de sentimiento. Al primero se refiere el
sublime de imágenes y á uno y á otro pertenece el de circunstan-
cias, y este es el mismo que reconoce con el nombre de sublime de
expresion. Es sublime de idea ó de imagen estos pensamientos que
hallamos en nuestros libros sagrados: «Al principio crió Dios el cielo
y la tierra.»—«Dijo Dios: hágase la luz y la luz fué hecha;» para
expresar esto los historiadores vulgares hubieran empleado largos
preámbulos. Esta otra idea que da Dios de su propio ser es subli-
me: «Yo soy el que soy;» lo mismo que estas otras que nos de-
signan al mismo Dios: «El Rey de los reyes, el Señor de los señores,
el Dios de los dioses;» y otra multitud que hallamos en las Sagradas
Escrituras, que producen una sensación profunda de admiracion
causada por la grandeza de las cosas.

Ejemplos del sublime de sentimiento son estos: Un defensor de
Luis XVI, hablando á los miembros de la convencion francesa, les
dice: «Yo busco entre vosotros jueces y no hallo sino acusadores.»

Massillon á la vista de los trofeos de la muerte, y despues de un silencio breve, comienza la oracion fúnebre de Luis XIV con estas palabras: «Solo Dios es grande, mis hermanos.» En estos ejemplos se dejan ver ciertos rasgos de las almas grandes y llenas de fortaleza que nacen del corazon y que no son hijos del estudio, y producen un profundo y secreto sentimiento en quien los oye; asi está caracterizado el sublime.

3.º *Estilo templado.*—Entre el estilo sencillo y el sublime, de que hemos hablado, se halla el estilo templado ó medio que tambien se llama florido. Este no tiene la sencillez del primero, ni la fuerza y energia del segundo; mejor dicho, tiene mas fuerza y elevacion que el sencillo y menos vehemencia y calor que el sublime. De este saca la nobleza de los pensamientos y la vivacidad y belleza de las imágenes, y de aquel la naturalidad y la dulzura; es cierto medio entre uno y otro.

Hemos dicho que se llama florido porque admite y es susceptible de los adornos del arte, de la belleza de las figuras, de la brillantez de los pensamientos, y de las galas en fin de la locucion y de todos los primores del buen gusto, pues el orador, no hablando solo para hacerse entender, sino tambien para mover, persuadir y deleitar, este género medio se acomoda á que él mismo llene estos fines de la elocuencia, que repetimos están admitidos en el púlpito bajo las reglas que dejamos indicadas. Asi como al mismo género medio ó templado se adapta el estilo sentencioso que pide paso grave y sosegado, sin levantarse á remontada dición, y templado con el peso de las razones y de la doctrina que encierran los conceptos esparcidos en su lugar oportuno.

Fr. Luis de Leon nos ofrece este ejemplo del estilo medio: «Los medos y los persas menearon tambien las armas muy valerosamente y enseñorearon la tierra: floreció en ellos el esclarecido Ciro y el potentísimo Jerjes. Las victorias sobraron á los griegos, y no vencido Alejandro con la espada en la mano y como un rayo, en brevisimo espacio corrió el mundo, dejándole no menos espantado y vencido. Y los romanos que le sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. Notorios son los capita-

nes guerreros y victoriosos que florecieron entre ellos; los Escipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos y los Césares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.» Y San Agustín en el libro que ya hemos citado nos dice acerca de lo materia que nos ocupa: «Pueden también ser ejemplo del estilo mediano ó moderado aquellas palabras del Apóstol: «A los ancianos no los reprendas con aspereza, sino amonéstalos como á padres; á los jóvenes trátalos como á tus hermanos; á las mujeres ancianas como si cada una de ellas fuere tu madre y á las jóvenes como á tus hermanas.» También aquellas otras del mismo Apóstol: «Yo os ruego, hermanos míos, por la misericordia de Dios que le ofreceis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos.» Aquí vemos que este estilo fluye dulcemente, semejante, dice Quintiliano, á un bello arroyo en que el agua es clara y pura, y que lo cubren con su sombra verdes florestas por sus dos orillas.

Debemos advertir para concluir esta lección, que además de los tres géneros de estilo de que nos hemos ocupado, cuya clasificación admiten todos los retóricos, hay otros modos accidentales del estilo, tales como *el gracioso, dulce, delicado, grave, vivo, vehemente, difuso, comun, afectado, natural* y otra multitud en que sería prolijo detenerse, y que dependen de la forma que se da á los pensamientos, de su expresión y el modo de coordinarlos. Por esto diremos por ejemplo, que cuando en pocas palabras se cierra el pensamiento ó el sentimiento para expresarlo con mas fuerza y darle mas vehemencia se llama entonces estilo *enérgico*. Cuando se desenvuelven completamente los pensamientos y se colocan bajo diferentes aspectos se llama estilo *difuso*. Cuando el estilo conviene al género de la obra ó materia que se trata se llama *natural*; así como se conoce que es *afectado* cuando tiene mas arte del que corresponde al asunto de que se habla.

El orador debe emplear todos los estilos según convenga á sus miras, y en este empleo ó uso conveniente á las materias que trate, mezclando la sencillez con la sublimidad, la energía con la dulzura, la viveza con la gravedad, etc., consistirá su ingenio y habilidad para conseguir los fines de la elocuencia que, como hemos repetido mas de una vez, son: enseñar, mover y deleitar.

LECCION XXXIV.

Reglas para adquirir el predicador un estilo propio.



Deseosos de que nuestros lectores hagan adelantos en el estilo creándose uno propio, no hemos vacilado en extraer ciertas reglas que Blair presenta á este fin y que las consideramos en manera útiles, dejando siempre á salvo el genio peculiar de cada predicador para formar su estilo.

La primera regla que nos da este célebre autor es *procurar adquirir ideas claras acerca del asunto sobre el cual hemos de hablar ó escribir*. Esta regla parece á primera vista que tiene poca relacion con el estilo, dice Blair; sin embargo, siempre que la impresion que las cosas hacen en el ánimo es débil é indistinta, ó embarazosa y confusa, nuestro estilo lo será igualmente tratando de estas cosas mismas; al paso que naturalmente espresamos con claridad y con fuerza lo que concebimos claramente y sentimos fuertemente. Se puede asegurar que la regla mas esencial en punto de estilo es meditar profundamente el asunto, recapacitar sobre él hasta que hayamos formado idea cabal y distinta de la materia que vamos á revestir con palabras, hasta que hayamos tomado por ella un interés y calor grandes; entonces y solo entonces, hallaremos que las espresiones corren de suyo. Generalmente hablando, las espresiones mejores, las mas propias son aquellas que el asunto visto con claridad sugiere sin mucho trabajo y sin tener que andar pesquisándolas.

Para formar un buen estilo se requiere en segundo lugar la *práctica de componer frecuentemente*. De nada servirán todas las reglas tocante al estilo sin un ejercicio habitual de componer. Pero en este ejercicio no basta componer de cualesquiera manera, esto es, mucho, de prisa y sin cuidado, porque así lejos de adquirir un buen estilo, creamos en nosotros un estilo detestable. Por lo tanto tengamos presente estos preceptos que Quintiliano nos da acerca de esta materia: «Quiero que al principio haya lentitud y esmero. Lo primero que se ha de proponer y procurar es escribir lo mejor que se pueda: la práctica dará la soltura. Los asuntos se irán por grados presentando mas fáciles: se hallarán á mano las palabras correspondientes y la composicion irá saliendo. Cada cosa debe estar en su propio lugar como en una familia bien arreglada. Y por fin todo se reduce á saber, que escribiendo de prisa, nunca se logra escribir bien; escribiendo bien, se llegará á escribir apriesa.»

Sin embargo, es preciso observar que el demasiado cuidado y atencion que se emplea en cada una de las palabras puede cortar el hilo de las ideas y resfriar el calor de la imaginacion. De aquí el que dejemos correr la composicion aun á riesgo de cometer algunas inexactitudes ligeras que tendremos tiempo de corregir cuando mas detenidamente examinemos nuestra obra. Para esto debemos dejar pasar algun tiempo de la composicion á la correccion, á fin de que perdamos el cariño á las espresiones y hagamos de esta manera nuestra obra agena, y así conoceremos sus imperfecciones y podremos corregirlas, cercenando las redundancias, pesando la coordinacion de las sentencias, atendiendo á la trabazon y partículas conexas; en una palabra, dando al estilo una forma regular, correcta y sostenida.

En tercer lugar se requiere *familiarizarse bien con el estilo de los mejores autores*. Esta regla no debe descuidarse, porque siguiéndola formaremos un buen gusto en punto de estilo, y además este trabajo sirve para adquirir un rico caudal de palabras que servirán para espresarnos con propiedad sobre cualquier asunto. En esta lectura atenta y concienzuda relativa al estilo, se debe poner la atencion en las particularidades de sus maneras diferentes.

Uno de los ejercicios mas útiles para adquirir un buen estilo es

traducir en nuestras propias palabras algun pasaje de nuestros clásicos castellanos, y comparar nuestro trabajo con el estilo del autor que nos haya ocupado, resultando de esta comparacion los defectos de nuestro estilo para rectificarlos, y conoceremos entre los diferentes modos de espresar un pensamiento cual es el mas bello.

Es preciso en cuarto lugar *precaernos de la imitacion servil de un autor cualquiera que sea*. Aquellos que se dan á una imitacion rigorosa, á la vez que embotan su genio, imitan lo mismo los defectos del autor que sus bellezas, y para ser buen orador es necesario seguir con alguna confianza su propio genio. Debemos guardarnos en particular de adoptar ciertas y determinadas frases de un autor, y de copiar pasajes suyos; pues una vez contraido este hábito nuestras composiciones jamás tendrán carácter propio, porque en ellas reflejará el del autor que hemos imitado servilmente, y es infinitamente mejor que tengan algo nuestro, aunque no sea sobresaliente, que no que brillen con adornos prestados. Estos adornos cambian el estilo, pues no siempre podemos hallarlos tal cual convienen á nuestro propósito, lo que ciertamente no sucede cuando son de nuestro genio, en el cual hallaremos siempre iguales recursos oratorios segun el grado de talento que tengamos y del trabajo con que lo hayamos enriquecido.

La quinta regla sobre el estilo es que *cuidemos de acomodarlo al asunto, y aun á la capacidad de los oyentes*. Aunque ya hemos hablado de esta regla en otra leccion, es tan importante que insistiremos sobre la misma copiando á Blair. «No merece nombre de elocuente ó bello, dice, lo que no es para la ocasion y personas á quienes se habla; y es el mayor absurdo tratar de decir alguna cosa en estilo florido y poético en ocasiones en que se debe tratar solamente de raciocinar; ó hablar con pompa y aparato de espresiones delante de gentes que no las comprenden y que con la boca abierta quedan aturdidos de nuestra inoportuna magnificencia. Estos defectos no son tanto de estilo, quanto lo que es peor de sentido comun. Cuando tratamos de hablar ó escribir debemos formarnos de antemano una idea clara del fin á que aspiramos; conservar siempre á la vista esta idea y adaptar á ella el estilo. Si á tan importante fin no sacrificamos todos los adornos intempestivos que pueden presen-

tarse á nuestra fantasia no merecemos disímulo alguno; y aunque nos captemos la admiracion de los niños y de los tontos, daremos que reir con nuestro estilo á los hombres de juicio.»

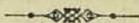
Por último, *en ningun caso pongamos tanta atencion en el estilo que nos olvidemos de poner mucho mayor en los pensamientos.* «Cuidese de la espresion, dice el gran crítico romano, pero atiéndase con esmero al asunto;» observacion tanto mas necesaria, dice Blair, cuanto el gusto del día parece inclinarse mas al estilo que á los pensamientos. Mucho mas fácil es vestir con alguna belleza de espresion sentimientos comunes y triviales que cimentar la composicion en pensamientos vigorosos, ingeniosos y útiles. Esto último pide genio; para lo primero basta el arte con el auxilio de algunas prendas muy superficiales.

¡Ojalá que los predicadores jamás perdiesen de vista estas importantes reglas en el delicado ministerio de la divina palabra que están llamados á desempeñar para santificar á los hombres! Busquen, pues, un estilo noble cual cumple á su elevada mision, y entiendan una vez para siempre que su gran mérito no consiste precisamente en singularizarse de los oradores comunes por un estilo ampuloso y romántico, sino en espresarse con naturalidad que puede hermanarse con la elegancia bien entendida, naturalidad que tanto se acomoda á la gravedad de los asuntos que se tratan en la cátedra del Espíritu Santo, y al carácter y capacidad de los oyentes en las asambleas cristianas.



LECCION XXXV.

Estilo figurado.



Hablando del estilo en general dijimos que era «la manera de declarar el orador ó el escritor por medio del lenguaje lo que ha concebido por el raciocinio.» Hemos visto que pueden espresarse los pensamientos con cierta sencillez, con cierta naturalidad; pero estas cualidades del estilo no siempre bastan al predicador para llenar los importantes fines que le impone la oratoria sagrada; puesto que á la vez que instruye debe tambien mover y deleitar. A este fin puede emplear en sus discursos *aquellas locuciones y modos figurados que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva*, y esto es lo que llamamos *adornos del arte*, y vienen á formar el estilo figurado de que vamos á ocuparnos.

Este estilo no es invencion de las escuelas, ni resultado del estudio; es el lenguaje de la imaginacion ó de las pasiones, es la expresion de aquellos afectos que siente el hombre científico, como el hombre vulgar, y por esto vemos que aun gentes las mas rudas emplean en casos dados esas locuciones figuradas, sin apercibirse siquiera de lo que hacen, pues naturalmente, y solo con el fuego de la imaginacion ó del sentimiento hablan en estilo figurado. La retórica únicamente lo que ha hecho en esta materia es dar reglas para perfeccionar la práctica, ó uso de las figuras, castigando los vicios que las pueden desvirtuar, y clasificarlas para su mejor aplicacion; pero no puede inspirarlas pues deben nacer espontáneamente y sin

advertirlo el orador; porque, así como no es buen poeta el que al componer mide las sílabas de un verso por los dedos, tampoco podrá componer con elocuencia el predicador que al formar sus discursos tuviese la extraña y ridícula precaución que lo condujese á emplear ahora la *hipérbole*; luego la *antitesís*; aquí la *esclamación*; mas allá el *apóstrofe*, y todo esto como el diamantista que, formando un rico florón, va tomando de aquí y de allí las piedras preciosas con que cuenta para colocarlas simétricamente. Lejos de nosotros tal artificio en el uso de las figuras, cuyas sola consideración da una pobre idea del que de este modo lo emplease, y su obra resultaría tan pobre como él.

Se definen las figuras en general: *ciertas formas del lenguaje que expresan de una manera sorprendente algun afecto interior ó alguna idea notable*. Algunos retóricos las han definido diciendo que son las maneras de hablar que se apartan del modo comun y natural; pero esta última definición nos parece demasiado vaga.

Ello es que á esos afectos ó esas ideas que nos vemos obligados á espresar en estilo figurado, naciendo espontáneamente de nuestro corazón, ó del fuego de nuestra imaginación, no podemos darles en el lenguaje una forma estudiada de antemano, sino natural. Por esto nada mas conforme con la naturaleza que si nos encontramos por ejemplo agitados interiormente y oprimidos pintemos la injusticia ó los ultrajes que sentimos, y detallemos todas las circunstancias, entonces cometemos la figura *hypoteposis*. Si nos hallamos turbados, y preguntamos, *interrogación*; si nos volvemos repentinamente hácia alguna persona ausente ó presente, el *apóstrofe*, si nos anticipamos á refutar las objeciones que se nos puedan hacer, la *anticipación*, etc., en lo que vemos que no nos espresamos con estudio. A cada una de estas espresiones tan variadas como nuestros sentimientos é ideas los retóricos han puesto su nombre, como de despues tendremos ocasion de conocer.

«Esto nos hace reflexionar sobre el poder del lenguaje, y á la verdad no podemos reflexionar acerca de él sin que nos cause la mayor admiración, dice Blair. ¡Qué vehículo tan delicado se ha hecho para comunicar todos los pensamientos del entendimiento humano, y aun las mas sutiles y delicadas operaciones de la imaginación!

¡Qué instrumento tan dócil y flexible en manos de quien sepa emplearlo con arte, y pronto á tomar cualquiera forma que se le quiera dar! No contento con una simple comunicacion de ideas y de pensamientos, pinta á la vista aquellas ideas, y da colorido y relieve aun á las mas abstractas. En las figuras que emplea nos pone delante un espejo donde segunda vez podamos ver los objetos en toda su semejanza.»

Siendo una verdad el lenguaje figurado, pues no podemos dudar de su existencia, y á pesar de que dejamos sentado que este lenguaje procede naturalmente de la necesidad de espresar nuestros afectos con vehemencia y llevados del calor de la imaginacion, no es conveniente ignorar la importancia de las figuras retóricas, dejando este estudio en completo abandono como el que no ha de usar de ellas; asi como tampoco conviene entregarnos á discrecion á los arranques de la imaginacion, y sin que tengamos reglas que determinen esos arranques y nos hagan conocer el uso conveniente de las figuras en el estilo oratorio que dan vivacidad, calor, gracia, fuerza y uncion al discurso. Examinaremos esas reglas con la brevedad posible.

1.^a regla.— *Para que las figuras produzcan un buen efecto es necesario desde luego emplearlas con medida y discrecion.* El afan indiscreto de aglomerar figuras en el discurso lejos de embellecerlo lo hacen oscuro, pues ocultan los pensamientos. No es mas bello un campo porque esté cubierto de flores, sin orden ni concierto, sino porque las flores que lo matizan se hallen distribuidas con cierta regularidad; entonces se notan sus bellezas, su disposicion, la armonia que forman con las que se hallan colocadas á cierta distancia, resultando un conjunto agradable que recrea la vista y no causa fastidio. Lo mismo sucede con la distribucion que se hace de las figuras retóricas; cuando estas se multiplican demasiado, cuando en vez de servir de adorno al pensamiento, ocupan el lugar de este, el estilo resulta hinchado, altisonante y oscuro. Por esto Quintiliano decia que las figuras son como los ojos del discurso, y sabido es que los ojos no deben ocupar todo el cuerpo. De aqui lo necesidad de la regla que encarecemos.

2.^a *Las figuras deben estar sostenidas por el fondo de las*

cosas y de los pensamientos. Todo discurso que no contenga pensamientos sólidos y verdaderos es ridículo, por mas que esté magníficamente adornado. Sin duda por esto Fenelon llama declamador y charlatan al que hablando no busca sino frases brillantes é ingeniosas. Segun este hombre eminente, «solo es digno de ser escuchado aquel que se sirve de la palabra para el pensamiento, y del pensamiento para la verdad y la virtud.» Se debe, pues, el mas profundo menosprecio á aquellos charlatanes de profesion, como los llama tambien el arzobispo de Cambray, que no piensan sino en deslumbrar los ojos por figuras brillantes, y no en satisfacer y contentar el espíritu con pensamientos sólidos.

3.^a *Es necesario colocar las figuras á propósito.* Nadie ignora que cada figura tiene un objeto particular. Las unas están destinadas para instruir; las otras para conmover; el mayor número de ellas tiene por objeto prestar al predicador la facilidad de variar su estilo y espresar mas directa y fuertemente sus pensamientos. La regla que aqui damos se dirige especialmente á las figuras que conmueven. Es necesario pues que nazcan del fondo mismo del asunto; se engañan groseramente los que otra cosa piensan, y á la vez dan prueba de mal gusto. Los gritos penetrantes del dolor, por ejemplo, sientan mal y no pueden esplicarse en aquel que nada sufre y que se halla insensible. Pero cuando esos ayes son naturales y nacidos de un corazon verdaderamente conmovido, no se les resiste; entonces tocan el corazon de los demás, lo conmueven, lo impresionan vivamente y triunfan de ellos. Asi es que las mas bellas figuras son frias y lánguidas, si no parten de sentimientos inspirados por el asunto mismo de que se trata.

4.^a *Las figuras, que no son otra cosa que el vestido de los pensamientos, deben corresponder al género y á la entonacion del discurso.* Del mismo modo que entre el traje y el rango de lo persona que lo lleva debe existir cierta especie de consonancia, asi entre las figuras y los pensamientos debe encontrarse una perfecta armonia. Cuando se nota esta entre las figuras y el fondo de las cosas que ellas visten, la composicion es natural, y las figuras ocurren y se presentan insensiblemente. «Este es el colmo del arte, dice un escritor tratando de este materia, y la prueba mayor de talento.»

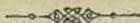
5.^a y última.—*Las figuras que se emplean para producir un gran efecto deben prepararse con arte.* La aplicacion de esta regla nos la ofrece la misma naturaleza; jamás ella presenta repentinamente lo que nos agrada y nos hiere mas vivamente. Las flores no nacen súbitamente y ya formadas; su tallo débil en un principio se desarrolla por grados. El crepúsculo precede á la aurora, y esta al sol que se deja ver paulatinamente. Todo esto nos dice que se hace necesario preparar en el discurso el lugar que han de ocupar las figuras que en él empleemos, y que su entrada se haga fácil y natural, y no violenta y repentina.

Pero no podremos hacer un uso conveniente de estas reglas sin conocer las figuras, clasificándolas con la posible claridad y precision, cuanto nos sea dable, atendida la diversidad de formas del lenguaje con que espresamos nuestros pensamientos y afectos. Los retóricos, pues, dividen las figuras en dos especies generales, á saber: *figuras de palabra ó de dición, y figuras de pensamiento ó de sententia.* Las primeras son aquellas que consisten en explicar algun afecto interior, ó alguna idea notable por cierta disposicion que se da á las palabras, de tal modo que faltando esta disposicion de los términos la figura desaparece. Las segundas, ó sean las figuras de pensamiento, consisten en dar esa explicacion por ciertos movimientos que hace el ánimo; ellas residen esencialmente en la idea, ó en el afecto que espresan, y subsisten á pesar de que se cambian las palabras ó términos con que se han espresado.

Siendo casi infinito el número de las figuras, nos contentaremos con indicar en las lecciones subsiguientes las principales, que subdividimos en tres clases relativas á los fines que debe proponerse el predicados y que varias veces hemos repetido, esto es, instruir, conmo- ver y deleitar. Trataremos: 1.^o De las figuras mas convenientes para las pruebas del discurso. 2.^o De las figuras propias para despertar los afectos. 3.^o De las que sirven mas principalmente para el ornato. Pero antes habremos de ocuparnos de los *tropos*, que son parte del estilo figurado y no la menos principal, pues son unas figuras por cuyo medio se da á una palabra aquella significacion que no es precisamente la suya propia.

LECCION XXXVI.

Tropos.



Nadie desconoce la diferencia que existe en la locucion basada en el uso que se hace de los términos. Cuando estos se aplican en sentido propio á aquellos objetos para cuya significacion fueron instituidos, la locucion es natural; cuando la espresion se aparta de la natural sencillez, se llama figurada; y por último, cuando la significacion de los términos se traslada, y se toman estos para espresar un objeto diferente de aquel para cuya significacion se usan natural y ordinariamente, la locucion es trópica. *Tropo* es una palabra griega que quiere decir *vuelta*, ó como si dijéramos: *mudanza ó trastacion*; pues cuando tomamos un término en sentido figurado, le volvemos, digámoslo así, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto natural. Se define el tropo: *una figura retórica por la cual se da á las palabras un significado que no es el suyo propio, pero que tiene alguna semejanza con él*. Así *vela* en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo, decimos: *una escuadra de cien velas*; por decir de cien buques, tomando el todo por la parte.

Las Sagradas Escrituras abundan en tropos, especialmente los libros proféticos del antiguo Testamento. En Isaías se dice: «Saldrá una vara de la raiz de Jessé, y de su raiz brotará una flor...» Donde por la palabra *vara* se da á entender la Virgen Maria, y por la voz *flor* el Mesias. En Ezequiel leemos: «Héme aquí, dragon gran-

de, que yaces en medio de tus rios, y dices: Mio es el rio, y yo me hice á mí mismo...» Significando por los nombres dragon y rio la soberbia de Faraon y su reino fertilizado por el Nilo.

Por lo que dejamos dicho se infiere que uno de los efectos mas sensibles y frecuentes de los tropos es despertar una idea principal por medio de otra accesoria, como sucede, por ejemplo, cuando decimos: la *pluma* por el estilo, el *acero* por la espada, la *lengua* por el habla.

Por medio de los tropos damos mas hermosura y gracia á la oracion, haciéndola mas agradable. Asi lo vemos cuando para espresar el imperio absoluto de la muerte decimos: «*La muerte llama igualmente á la choza del pobre, y al palacio del rey;*» pudiendo haber dicho en estilo natural: «Igualmente muere el pobre que el rico ó el poderoso,» locucion que no tiene tanta belleza, porque carece de las *imágenes* que en la otra locucion hemos empleado, y que no son otra cosa que *aquellas pinturas ó rasgos que nos ofrecen las cosas tan claras como si los estuviéramos viendo.*

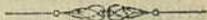
Tambien los tropos sirven para dar mayor energia á la espresion del pensamiento, y de ellos nos valemos naturalmente para hacer mas sensibles á los demás lo que nosotros mismos sentimos con vehemencia; como en estos modos de hablar: El celoso *inflamado* de cólera;—el jóven *embriagado* de deleite;—este vive *encenagado* en los vicios;—aquel *se despeña en un abismo* de miseria;—el otro no conoce *la cara* al miedo;—todos *caen* en error.

Por medio de los tropos se templan, se suavizan y modifican las ideas duras, desagradables ó indecentes, valiéndonos de la perifrasis de que luego nos ocuparemos. Además sirven para poner en cierto modo ante los ojos aquellas imágenes que nos presentó la vivacidad con que sentimos lo mismo que queremos espresar; asi decimos por semejanza: *corre como el viento; duerme como una piedra;* y por estension: *se deja arrastrar del torrente de sus pasiones; corre la voz; vuela la fama.*

Ahora bien: siempre que los tropos no producen los efectos que acabamos de indicar, podemos decir que son defectuosos. Cuando esas traslaciones no son claras, fáciles, naturales, oportunas, adecuadas y graves, lejos de hermostear el discurso, dando alma á los

vegetales, vida á los objetos insensibles, á los vientos alas, y cuerpo á los pensamientos, como dice Capmany, lo hacen detestable. Entonces el escritor con locuciones bajas, violentas é impertinentes, hijas de una imaginacion sin gusto ni juicio, revela hallarse poseido de una afectacion que si siempre es reprehensible en cualquiera orador, lo es demasidamente mas en el predicador, llamado por su elevado y santísimo ministerio á despertar en las almas los mas notables pensamientos, y los afectos mas dignos en los importantes asuntos de que se ocupa en la cátedra del Espíritu Santo. Este fin importante de la predicacion no podrá obtenerlo preocupándolo una idea personal de presunsion con que pretenda captar los aplausos de su auditorio con adornos demasiado esquisitos; lo conseguirá únicamente olvidándose de si mismo, y cometiendo los tropos sin él advertirlo, y corrigiendo estos cuando escedan de los fines que dejamos indicados.

Algunos retóricos dividen los tropos en dos géneros, á saber: tropos de diction y tropos de pensamiento. Nosotros seguiremos esta division para mayor claridad de la materia y aprovechamiento de nuestros lectores, designando en lo primeros los siguientes; *metáfora*, *sinecdoque*, *metalepsis*, *metonimia*, *antonomasia*, *onomatopeya* y *catacrexis*; y en los segundos, *alegoria*, *ironia*, *perífrasis*, é *hipérbole*.



I.

TROPOS DE DICCIÓN.

Metáfora.—Esta palabra griega significa *traslación*; de donde inferimos que todos los tropos, propiamente hablando, son otras tantas metáforas. Pero se da el nombre de metáfora á una especie de tropo por el que en lugar del nombre propio se admite un nombre extraño que se toma de una cosa semejante á aquella de que se habla. De aquí es que un nombre puesto en un sentido metafórico pierde su significacion propia, tomando una nueva, que no se ocurre al espíritu sino en virtud de la comparacion que se hace entre el sentido propio de esta palabra y el de aquella con que la compara. Por ejemplo; cuando se dice: *la mentira se reviste frecuentemente de los colores de la verdad*. Esta frase, *colores*, no tiene ya su significacion propia y primitiva; esta palabra no señala entonces aquella luz modificada que nos hace ver los objetos, ó blancos, ó rojos, ó verdes; ella significa la esterioridad, las apariencias, y esto por la comparacion entre el sentido propio de *colores* y las apariencias que toma un hombre que nos engaña bajo la máscara de la sinceridad. Los colores hacen conocer los objetos sensibles, haciendo ver las apariencias y la esterioridad. Un hombre que miente imita alguna vez los discursos y el aspecto del que jamás es mentiroso, y hallando en aquel las apariencias de este, y por decirlo así, sus mismos colores, nos creemos que nos dice la verdad. Se dice, *la luz del espíritu*; esta palabra *luz* está tomada metafóricamente; porque como la luz, en sentido propio, nos hace ver los objetos corporales, del mismo modo la facultad de conocer y de percibir ilumina el espíritu y lo pone en estado de formar juicios rectos.

La metáfora es al alma, es el nervio de la elocuencia; ella embelena, atrae, entenece, espanta, rinde á los oyentes. Ella cria un mundo nuevo, un nuevo idioma. ¡Cuánta energia y vivacidad no dan al discurso, por ejemplo, estas frases! Los cuidados son *desper-*

tadores del alma;—las palabras impuras son *cuchillos* de la honestedad, *verdugos* del recato;—la guerra es un *incendio*;—el hombre ya es un *leon*, ya un *tigre*;—las leyes son el *freno* de la república;—el Asia, *cuna* del género humano, etc.....

Se diferencian la metáfora y la comparacion en que la comparacion se sirve de términos que hacen comprender que una cosa se compara con otra. Per ejemplo, si se dice de un hombre encolerizado: *Este hombre es como un leon*, esto es una comparacion. Pero si simplemente se dice: *Este hombre es un leon*, la comparacion no está entonces sino en el espíritu y no en los términos; es una metáfora.

Las reglas mas esenciales de la metáfora son las siguientes:

I. *Son defectuosas las metáforas cuando se sacan de términos y asuntos bajos*, como cuando dijo Tertuliano: «El diluvio fué la *legia* de la naturaleza;» y como esta de otro autor: «El espíritu es *campo* que languidece si no está *ahumado*.»

II. *Cuando son forzadas, ó tomadas de términos muy remotos*. Como esta: «El arado *desuelta* la tierra.»

III. *Cuando la analogia entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparacion bien perceptible*; como cuando Teófilo dijo: «*Bañaré* mis manos en las *ondas* de tus cabellos.»

IV. *Cuando se saca de objetos poco conocidos ó demasiado científicos*; como esta: «Desde el *apogeo* de su prosperidad,» en lugar de «desde la *cumbre* de su prosperidad.»

V. *Cuando lo que solo conviene al estilo poético se introduce en el discurso oratorio*; en donde no se pueden llamar *doradas madejas* de la *aurora* al resplandor del alba.

VI. *Cuando se saca de objetos inhonestos ó torpes por su sonido, significacion ó interpretacion maliciosa*; como aquel que dijo: «Con la muerte de Cipion quedó *castrada* la república,» pudiendo haber dicho: *huérfana*.

VII. *Cuando se toma de objetos opuestos ó repugnantes, ó de términos incoherentes de comparacion*, como si dijéramos: «Un torrente que se *enciende*; en vez de que se *precipita*.»

VIII. *Conviene alguna vez aducir la metáfora cambiando en comparacion, ó bien poniéndola un correctivo*, como, *por decirlo*

asi; si me es permitido hablar de este modo, etc. «El arte debe estar, por decirlo asi, ingertado en la naturaleza.»

IX. *No debe usarse de metáforas sino cuando faltan términos propios, ó cuando se quiere presentar una idea con mas energia ó con mas decoro.* Esta regla debe observarse mas estrictamente por los predicadores que por los escritores y oradores profanos.

X y última. *Son defectuosas las metáforas, cuando por su profusion y amontonamiento hacen pesada y confusa la oracion, en lugar de adornarla é ilustrarla;* lo cual se opone á la claridad que tanto debe cuidarse en todo discurso, principalmente en los sermones, por la clase de oyentes á quienes estos se dirigen, como dejamos dicho en las lecciones antecedentes.

Sinecdoque.—Esta es una palabra griega que significa comprension, pues por ella se hace comprender al entendimiento mas ó menos de lo que significa en su sentido recto la palabra de que usamos. *Sinecdoque es un tropo que se usa cuando la parte se pone por el todo ó al contrario; la materia por la cosa formada de ella, etc.* Puede cometerse de varios modos, que indicaremos brevemente:

I. *Tomando la parte por el todo,* como cuando decimos: «Los españoles llevaron sus *armas* á Africa.» Las *armas* que es la parte se han tomado por ejércitos que son el todo. *El todo por la parte;* como: «Brillan las *lanzas,*» por las *puntas,* que son parte de ellas.

II. *El atributo por el sugeto, ó sea el sustantivo por el adjetivo, ó el abstracto por el concreto.* Como: «El horror del calabozo,» por el calabozo horroroso. «La heroicidad del mártir,» por mártir heroico.

III. *El singular por el plural y al contrario;* como: «El misionero predica el Evangelio;» por decir los *misioneros;* «los Gregorios, los Ambrosios, los Bernardos.»

IV. *La materia por la obra;* como si dijéramos: «Blandió el acero con denuedo,» en vez de la *espada.*

V. *El género por la especie;* como: «¡Oh necios *mortales!*» por *hombres,* que son la especie del género de los que mueren.

VI. *Los antecedentes por los consiguientes;* como: «Pedro se cansó de vivir,» esto es, *murió.* «Fuimos hijos de ira,» por «somos

hijos de bendicion.» *Los consiguientes por los antecedentes*; como: «Los campos piden agua,» por decir, «que no ha llovido.»

A la figura espresada en los tres últimos ejemplos se llama *metalepsis*, que es un tropo por el cual espresamos lo que se sigue para hacer entender lo que precede, ó al contrario.

Metonimia.—Es una voz griega que significa trasnominacion, ó mutacion de nombre. Este tropo comprende á todos los demás si atendemos á ese sentido; sin embargo, los retóricos lo restringen á ciertos usos de que nos ocuparemos. Podemos decir que la metonimia es un tropo que se comete cuando se toma la causa por el efecto, ó al contrario, el continente por el contenido, el signo por la cosa significada. Veamos sus principales aplicaciones.

Se comete la metonimia:

I. *Tomando la causa por el efecto*, como: «Resiste el sol,» por decir el calor.

II. *El efecto por la causa*: «La muerte pálida,» por la palidez que causa en los cadáveres; «el racionalismo orgulloso.»

III. *El autor ó inventor de la cosa por la cosa misma*: «Baco por el vino; Marte por la guerra; Virgilio por su obra.»

IV. *El continente por el contenido*. «Roguemos al cielo,» por los ángeles y los santos.

V. *El contenido por el continente*. «San Pedro, Santa Sofia,» por sus templos.

VI. *El nombre de un país por sus habitantes*. «Los triunfos de España,» es decir, de los españoles. «El cielo,» por Dios.

VII. *El signo por la cosa significada*. «La tiara, por el pontificado; la toga, por la magistratura.»

VIII. *Las partes del cuerpo que se miran como asiento de las pasiones, ó de los sentimientos, se toman por los sentimientos mismos*: «Tiene un gran corazón,» por un gran valor. «No tiene entrañas,» por decir, no tiene compasion.

Antonomasia.—Es un tropo que se comete cuando por excelencia se aplica y toma una voz apelativa en lugar de algun nombre propio, ó al contrario. Es una especie de sinecoque. Asi lo vemos en los siguientes ejemplos: «El apóstol,» por San Pablo. «El gran capitán,» por Gonzalo de Córdoba. «El filósofo,» por Aristóteles.

Los adjetivos ó epítetos son nombres comunes por sí y aplicables á diferentes objetos; mas la antonomasia los hace particulares, como cuando se dice, «el *angélico* doctor,» por Santo Tomás de Aquino; «el doctor *seráfico*,» por San Buenaventura.

También se comete la antonomasia cuando tomamos el nombre de la patria por el de sus famosos hijos, ó el de alguna ciudad por el de los Prelados que la han ilustrado; así decimos: «El *Nebriense*,» por Antonio de Nebrija; «el *Niceno*, el *Nacianzeno*, el *Abulense*,» por los santos Gregorio de Niza y de Nacianzo, y por Tostado, obispo de Avila.

Onomatopeya.—Es una palabra griega que significa ficción ó imitación de nombre, y es *un tropo que se comete por la elección de aquellas voces que en cierto modo imitan el sonido de la voz, ó el ruido que hace la cosa que nombramos*. Así decimos: «El *graznido* del cuervo, el *maullido* del gato, el *mugido* del buey.» También hay sonidos que pueden espresarse por la analogía de los sonidos que formamos con aquellas palabras que imitan el ruido de objetos inanimados, y que se comprenden bajo el tropo onomatopeya; por ejemplo: «El *susurro* de las abejas, el *estampido* del rayo, el *bramido* de las olas, el *silbido* de las balas.»

Catacrexis.—Palabra griega que significa alusión. *Este tropo consiste en emplear una voz fuera ó en contra de su propio significado*. Cuando para espresar una idea que no tiene nombre propio buscamos un término que con ella tiene alguna analogía cometemos la catacrexis. Así para significar el que mata á su madre, no teniendo este nombre peculiar y determinado, nos valemos del mas cercano, y en el que hallamos alguna analogía, y lo llamamos «*parricida*,» que significa el que da muerte á su padre. Usando de este mismo tropo decimos: «*cabalga á caballo*,» aunque marcha sobre un *burro*.—«*Dame una hoja de papel*;—*salió una columna de infantería*.»

II.

TROPOS DE PENSAMIENTO.

Alegoria.—Voz griega, *diversiloquium* en latin, esto es, decir una cosa distinta de lo que se quiere dar á entender, y que las ideas accesorias descubren fácilmente. *Este tropo es una metáfora continuada en una serie mas ó menos larga de rasgos figurados.* Es un cuadro de doble vista; por la representacion de objetos conocidos nos conduce agradablemente al conocimiento de otros ocultos bajo emblemas.

Espliquemos lo que dejamos dicho con este ejemplo: «Veamos esta tierna yedra cuán estrechamente se abraza con la majestuosa encina; de ella saca su sustancia, y su vida depende de la de este robusto bienhechor. ¡Grandes de la tierra! vosotros sois el apoyo de los pobres que os buscan.» La semejanza de los grandes descubre aqui y caracteriza la alegoria. Bossuet quiere hablar de una princesa jóven que, prevenida con las gracias celestiales, no estuvo largo tiempo sin practicar la virtud, y para ello se vale de esta alogoria: «Esta jóven *planta*, asi *rociada con las aguas* del cielo, no estuvo mucho tiempo sin *llevar frutos.*»

La alegoria, dice Quintiliano, da grande belleza al discurso; pero es necesario cuidar de que no sea oscura, ni embarazosa, y tener presente que llevada demasiado lejos, ó exagerada, degenera en enigma. Para evitar este defecto, se debe, cuando se emplea la alegoria, persistir siempre en la misma semejanza y no pasar bruscamiente de una imágen á otra; por ejemplo: haber comenzado por una tempestad, y acabar por un incendio; y sobre todo se deben presentar imágenes conocidas para ser inteligible. Asi el horror del infierno bajo la figura de las erupciones del Etna ó del Vesubio, no se haria entender bien sino á los pueblos vecinos de estas espantosas montañas. Los libros sagrados, especialmente los del antiguo Testamento, nos ofrecen bellos ejemplos de alegoria. Tal es la que

hallamos en el salmo LXXIX, donde el Profeta espone la desolación de Israel bajo la figura de una viña arruinada, alegoria revestida de una belleza y de una correccion perfecta.

De este tropo nacen los *proverbios*, las *parábolas*, los *enigmas*, los *geroglíficos*, las *fábulas*, los *apólogos*. El geroglífico respresenta dos imágenes; la que se ve representa la que no se ve, y se diferencia de aquellas alegorias en que en estas espresan las palabras, lo que los colores en este.

Ironia.—Este es un tropo que oculta un sentido opuesto al sentido propio y literal de las palabras. La ironia dice precisamente lo contrario de lo que se piensa y de lo que se quiere haer pensar á los demás. El Génesis nos ofrece un ejemplo marcado de este tropo, cuando vemos que Dios como que se burla de la soberbia de Adan, con estas palabras que dan á entender lo contrario de lo que dicen: «Hé aqui, Adan, como se ha hecho uno de nosotros sabiendo el bien y el mal.» Irónicamente se dice á un cobarde que es un *Cid*, á un mal poeta *otro Virgilio*, á un pecador que es un *santo*.

Para conocer si la intencion del orador es irónica es preciso atender al tono de la voz y al gesto, y comprender que se hallan en contradiccion con sus palabras; y no perder de vista los antecedentes y circunstancias de la persona de quien se habla, y la bondad ó malicia del asunto de que trata lo mismo que su naturaleza.

La ironia es un arma que debe manejarse con mucha prudencia por el orador cristiano. Este, animado de la santa caridad de Jesucristo, jamás debe permitirse emplearla para herir sea al que fuese, pues sus golpes son terribles, é incurables las heridas que eausa. De aqui la necesidad de dirigirla contra las malas doctrinas y los vicios, y nunca contra determinadas personas, y aun asi con grande parsimonia.

Perífrasis.—Que quiere decir circunloquio, ó rodeo de palabras, es un tropo que se comete cuando se esplica una cosa con muchas voces, pudiendo decirla con menos y á veces con una sola. Usando de este tropo decimos: «La providencia de Scipion quebrantó las riquezas de Cartago;» en vez de decir naturalmente: «Scipion

arruinó á Cartago.» «Una mujer perdida en los abismos de la disolución,» en lugar de «una prostituta.» «El Apóstol de las gentes,» por San Pablo.

Sirve la perífrasis unas veces para *no ofender el pudor*, disfrazando la torpeza ó poca decencia de un pensamiento; lo cual nunca deberá perder de vista el predicador por lo que se debe á sí mismo como ministro de Jesucristo, y por lo que debe al auditorio siempre respetable; otras, para *no irritar el amor propio de los oyentes*, debe suavizar la dureza de alguna proposicion que ceda en demasiado elogio del mismo. Tambien sirve *para ilustrar lo oscuro*, donde son de gran utilidad las definiciones, que se pueden considerar como otras tantas perífrasis, y además empléase este tropo *para exornar el discurso*, á que contribuyen mucho las descripciones, que siempre representan el pensamiento con colores muy variados é interesantes. Ultimamente, nos valemos de la perífrasis *cuando en lugar de nombrar una persona la señalamos de un modo indirecto*. Para ello es preciso recurrir á algun accidente histórico tomado de su vida, origen, proezas ó muerte, no olvidando que tal circunstancia debe ser bien conocida para que no pueda aplicarse á otro cualquiera. Asi se dice: «El conquistador de Méjico,» por Hernan Cortés. «El abad de Claraval,» por San Bernardo. «El principe de los apóstoles,» por San Pedro.

Bueno será advertir la diferencia que existe entre la *perífrasis* y la *paráfrasis*. Aquella, como hemos visto, no hace mas que sustituir una palabra ó una espresion sin alterar la sustancia; pero la *paráfrasis*, que *es una glosa ó comentario de una proposicion*, explica esta y la desentraña, añadiéndole otra ú otras proposiciones mas fáciles de entender y percibir. Citemos este ejemplo de un escritor hablando del favor que recibian las letras entre los antiguos. «Los protectores se bajaban á igualarse con los protegidos, y Horacio escribia á Mecenas; que es decir, *al mayor grande del mayor imperio.*» La distancia de Horacio á Mecenas no seria bien conocida ni ponderada sin la última cláusula que comenta las dos antecedentes.

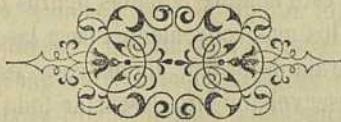
Hipérbole.—Voz griega que significa escesos, y *consiste este tropo en abultar los objetos mas de sus límites*. Este modo de hablar

tiene su fundamento en la naturaleza misma, y por esto vemos que se emplea lo mismo en las conversaciones ordinarias que en los mas estudiados discursos; lo mismo por el hombre vulgar que por el hombre de letras, y lo hallamos en todos los idiomas. Nadie ignorará estas espresiones hiperbólicas y otras muchas que oímos á cada instante: «Mas blanco que la nieve;—ligero como el viento;—tiene piés de plomo;—ve como un lince;» en cuyas locuciones hallamos la ponderacion ó encarecimiento que admite la hipérbole. Tambien hallamos este tropo en las Sagradas Escrituras; así leemos en el Éxodo, cap. XXXII, que Dios dice á Abraham: «Multiplicaré vuestro linaje *como las estrellas del cielo,*» es decir «extraordinariamente.» En el mismo libro, lo mismo que en el Levítico, hablando del pais de Canaan, se le llama «tierra que mana leche y miel,» por no decir «fertilísima.» Y San Juan concluye su evangelio con esta espresion hiperbólica: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus, que si se escribiesen una por una me parece que *ni aun en el mundo cabrian los libros* que se habian de escribir.»

La hipérbole es el idioma de las pasiones vehementes y de la imaginacion que se complace en abultar los objetos; por esto los jóvenes la usan con tanta frecuencia, y los que se hallan apasionados. Puede aumentarse una cosa de cuatro modos valiéndose de la hipérbole: 1.º *Por demostracion*, como: «Ese predicador es un San Pablo.» 2.º *Por semejanza*: «Ese hombre es como un Neron.» 3.º *Por comparacion*: «Antonio es mas rico que Crespo.» 4.º *Tomando el abstracto por el concreto*: «Rafael es la misma santidad.»

Suponiendo que una hipérbole esté bien empleada, hasta donde pueda estenderse sin estralimitarse; cuál sea la medida, cuáles sean los limites de este tropo, son cuestiones dificiles de resolverse por una regla determinada y fija. Se ha de atender al buen sentido y al buen gusto para que la hipérbole no se haga absurda y chocante, y el predador especialmente no debe prodigarla, pues aunque el P. Gaichiez la llama una mentira inocente que á nadie engaña, y el oyente rebaja de ella lo que tiene de exagerado el pensamiento hasta reducirlo á su justo valor, debe no emplearse con frecuencia, aunque ella nos lleve á la verdad; pero este camino para llegar á ella es la exageracion y lo falso. Además se trata en el púlpito de

los misterios que son tan grandes, de la religion que es tan augusta, de Dios que está tan elevado que nada tiene por debajo de sí, y aunque no hay riesgo de escenderse hablando con grandeza de estos grandes asuntos, pueden no obstante oscurecerse por el velo de la hipérbole si esta se usa con profusion.



FIGURAS ORATORIAS.

LECCION XXXVII.

Figuras lógicas ó de enseñanza.

Designamos con este nombre aquellas figuras ó modos figurados de hablar que son los mas convenientes para las pruebas del discurso. Cuando se trata de probar alguna cosa es lo mas lógico y natural para su desenvolvimiento descartar todo lo que nos pueda ser desfavorable; proponer ciertas razones con preferencia á otras; emplear en algunas ocasiones el correctivo que sea necesario; conceder en apariencia alguna cosa al contrario para obtener favorables resultados de esta concesion; aparentar moderacion respecto á sus sentimientos; prevenir las objeciones que se nos puedan hacer y refutarlas; y alguna vez, en fin, preguntarnos á nosotros mismos y respondernos para hacer brillar la verdad de una manera más luminosa.

De todos estos medios de que el orador se vale para esclarecer sus asertos, y comunicarlos á los demas hablando á la inteligencia; nacen las figuras que conocemos con los nombres de *distribucion*, *pretermision*, *licencia*, *correccion*, *concesion*, *arte*, *ocupacion*, *sujeccion*, *sentencia* y *epifonema*, de las cuales daremos una idea haciéndola mas perceptible con varios ejemplos. Examinemos cada una de estas figuras.

Distribucion.—*Esta figura se comete cuando para esclarecer mas un asunto se presenta una proposicion y para comentarla se distribuye en todas sus partes.* San Cipriano comete esta figura en este pasaje del libro del Hábito de las Virgenes: «*Llevan las virgenes la imágen del hombre celestial; estables en la fe; humildes en el temor; fuertes para sufrirlo todo; mansas para soportar la injuria; fáciles para hacer obras de misericordia; unánimes y concordés en la paz fraternal.*» Un orador dice en alabanza del gran Canciller de Francia: «*Todos los que mueren son honrados con lágrimas: el amigo con las del amigo; el esposo con las de la esposa; el hijo es llorado por su padre; y el hombre grande por el género humano.*» En cada uno de estos ejemplos vemos el asunto presentado en una proposicion que se desenvuelve, distribuyendo todas las partes que contiene, y de este modo se hace mas perceptible, á la vez que se satisface la atencion del oyente.

Pretermision.—Se comete esta figura, que tambien se llama *pretericion*, cuando el orador aparenta pasar en silencio ó tocar ligeramente las cosas esenciales en que se apoya realmente y que las está manifestando. Así como el lenguaje de la *reticencia* es el silencio, el de la *pretermision* consiste en hablar mas de lo que se propone el predicador. Oigamos á Ciceron contra Verres, que dice: «*Nada* diré de su lujuria, *nada* de su insolencia, *nada* de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones...!» Citaremos además un ejemplo de esta figura que Masillon nos ofrece en uno de sus sermones: «*Vosotros os figurais amarguras siguiendo la virtud! Pero sin hablar* de las divinas consolaciones que Dios prepara aquí bajo á los que le aman; *sin hablar* de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, que se puede llamar al mismo tiempo una delicia anticipada, y la garantia de la felicidad que Dios tiene reservada para las almas fieles; *sin deciros* con el Apóstol que todo lo que puede sufrirse sobre la tierra no es digno de compararse con la recompensa que os espera si obráseis de buena fe, y quisiéreis manifestarnos aquí ingénuamente los disgustos que acompañan á la vida del siglo, ¿qué no os diriais y que no se dice todos los dias de lo que ofrece el siglo?»

Vemos, pues, que por el artificio de esta figura el orador dice lo

que declara quiere callar, y de este modo negativo interesa admirablemente la atencion del auditorio.

Licencia oratoria.—Llámase así *aquella manera libre y extraordinaria con que el orador habla en ciertas circunstancias, asegurado de su justicia y del poder de su palabra.* Necesario es advertir que la *licencia* no autoriza al orador, ni mucho menos al predicador que en todo debe manifestar su caridad, para hablar sin tino y con destemplanza, pues espresándose de esta manera, lejos de usar de una figura retórica admitida, cometeria una falta de sensatez y de caridad que seria reprobada. La *licencia* concede al predicador únicamente la libertad de proferir en el púlpito con magisterio y sin respetos la verdad ó importancia de una cosa que puede desagradar á sus oyentes, donde la voz de la verdad se deja oír sin respetos humanos; pero sin faltar á los buenos principios de la educacion y sin dejarse llevar de una acrimonia reprehensible.

Esta figura se aviene mejor al predicador de edad provecta, por conocer mejor la filosofia del corazon, que no al jóven sin esta experiencia y conocimiento. Oigamos á un elocuente escritor en elogio de un gran personaje: «El carácter de la verdadera grandeza es la simplicidad; *yo me atrevo á decirlo á este siglo fastuoso*; porque la voz de una generacion que pasa y que mañana no será, no debe sofocar la de la verdad que es eterna.» Otro ejemplo de *licencia oratoria* nos presenta Ciceron cuando en la filípica 5.^a dice: «Vosotros padres conscriptos, es cosa dura pronunciarlo, pero *me veo forzado á decirlo*; vosotros, digo, disteis la muerte á Servio Sulpicio.»

Correccion.—*Consiste esta figura en la aparente retractacion, ó explicacion de una voz ó de un pensamiento que los oyentes pudieran haber apreciado mal.* La correccion es muy propia para despertar y fijar mas la atencion del auditorio, pues con ella corregimos una proposicion con otra que la realza, rebaja, suaviza ó cohonestá. Bossuet nos da un ejemplo de esta figura en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans: «No, despues de lo que nosotros venimos á ver, la salud no es sino un nombre; la vida no es sino un sueño; la gloria no es sino una apariencia; las gracias y los placeres no son sino peligrosos pasatiempos. Todo es vano en nosotros, escepto la sincera confusion que hacemos de nuestra vanidad delan-

te de Dios..... *Mas he dicho la verdad?* El hombre que Dios ha hecho á su semejanza ¿no es mas que una sombra? lo que Jesucristo ha venido á buscar del cielo en la tierra; lo que ha criado; lo que ha comprado con su sangre, ¿no es nada? *Reconozcamos nuestro error.....* no puede permitirse al hombre que se desprecie absolutamente por miedo de que creyendo con los impios que nuestra vida es un juego, ó el reino del acaso, marche sin regla y sin guia á merced de sus ciegos deseos.»

Hay además otro género de *correccion*, por la que lejos de retratar un pensamiento se le refiere de nuevo para confirmarlo con ventaja, y presentarlo con mas fuerza y vehemencia, como si hasta entonces no se hubiera dicho bastante. Tales son estas palabras de Jesucristo refiriéndose á su precursor: «¿Qué habeis salido á ver? ¿un profeta? Si, ciertamente yo os lo digo, y aun mas que profeta.»

Concesion.—*Es aquella figura de que se vale el orador para conceder las objeciones presupuestas, seguro de la bondad de su causa y sacar de ello mayores ventajas.* De aqui se infiere que jamás se debe conceder sino aquello que no dañe á la causa que se defiende, ó que en nada ciertamente favorezca la causa contraria. «Asi concedemos, dice Fr. Luis de Granada, á los ambiciosos que deseen la honra; mas la verdadera y sólida, no la fútil y vana. De la misma manera á los avaros que adquieran riquezas; mas no las frágiles y caducas, sino las que han de durar eternamente.» Un orador comete esta figura, espresándose de este modo, por el que previene los incidentes inútiles que pudieran embarazar su discurso y dejar triunfante su causa. «El oro, decís vosotros, alienta los talentos; lo concedo; mas ¿cuántos corazones corrompe antes? Convento en que fomenta la industria; ¿mas esta industria no es el taller del lujo, y este lujo un contagio que infesta un reino? Tampoco niego que el oro ha hecho conocer muchas naciones volviéndolas comunicables; mas ¿cuánta sangre de sus desgraciados naturales se ha deramado para descubrirlas y quererlas civilizar?»

Anteocupacion.—Esta figura que en griego se llama *prolepsis*, consiste en anticiparse el orador á las objeciones que ha previsto, haciéndoselas á sí mismo y respondiendo á ellas. Regularmente la objecion se pone en una pregunta, y su solucion en una

respuesta que se llama *sujecion*, que es lo mismo que *hipófora*. San Gerónimo en la carta á Heliodoro comete esta figura previniendo y refutando las objeciones á la vida solitaria: «¿Temes la pobreza? Pero Cristo llama bienaventurados á los pobres. ¿Te amedrenta el trabajo? Mas ningun atleta se corona sin trabajar. ¿Piensas en la comida? Pero la fe no teme el hambre. ¿Tienes miedo de lastimar en el duro suelo tus miembros consumidos con los ayunos? Mas el Señor se acuesta contigo.»

Este giro diestro que da la anteocupacion, por el que se previenen las dificultades para refutarlas anticipadamente, debilita eludiéndolas las razones del contrario, le hace rendir las armas antes de hacer uso de ellas, y sirve tambien de transicion á nuevos dados que quiera lanzar.

Tambien se comete esta figura por una especie de premonicion á los oyentes para que no les ofenda ó indigne la libertad con que se habla, ó bien la grandeza ó incredibilidad de lo que se dice.

Sentencia.—Llamamos *sentencia* á toda *reflexion profunda expresada de un modo suscito y enérgico que incluye doctrina ó moralidad digna de notarse*. Se diferencia de la *máxima* en que esta se aplica especialmente á aquella clase de verdades que constituyen reglas de conducta morales; y la *sentencia* designa tan solo una proposicion evidente que requiere dignidad, y hasta gravedad en la expresion; de donde se infiere que toda *máxima* es una *sentencia*; pero no toda *sentencia* es una *máxima*. La Sagrada Escritura abunda en sentencias que seria prolijo referir; nos basta para formar una idea de las mismas esta tomada del Eclesiastes (capítulo 11): «Echa tu pan sobre las aguas que pasan, porque al cabo de muchos tiempos lo hallarás;» y esta otra del libro de los Proverbios (capítulo 16): «Mantente en posesion de la sabiduria, porque mejor es que el oro; y adquiere la prudencia, porque mas preciosa es que la plata.» A estas podemos añadir aquella de un sabio escritor: «Uno de los artes mas importantes y dificiles es olvidar el mal que se ha aprendido.»

Aunque las sentencias adornen muchas veces el discurso y se adapten muy bien á los escritos morales y penegiricos, dice Capmany, suelen tener el inconveniente de cortar su enlace, descosiendo,

digámoslo así, el estilo. Por esto los oradores elocuentes las usan pocas veces en su forma propia y natural, que ordinariamente es fría, y por lo mismo incompatible con el lenguaje del sentimiento. Por esto hay necesidad de saberlas mezclar ó incorporar en el raciocinio de la proposicion ó narracion particular.

Las sentencias sirven para fijar en el ánimo de los oyentes las reglas de la moralidad, y las grandes verdades morales ó políticas, pues siempre son hijas del raciocinio y de la esperiencia. Además, de ellas se vale el orador muchas veces para hacer suaves y fáciles sus transiciones.

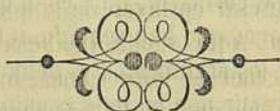
Para que las sentencias sean agradables deben ser felizmente expresadas; oportunamente colocadas; pues no tienen lugar determinado en el discurso; y muy interesantes ó nuevas, ó al menos que lo parezcan por las frases que invente el orador.

Epifonema.—Así se llama *aquella especie de corolario ó deducción sentenciosa que sacamos despues de haber referido ó comprobado alguna cosa notable*. Se distingue de la *sentencia* en que esta es independiente de otra proposicion; no así la epifonema que debe referirse precisamente á lo que se ha dicho, espresándolo ó reasumiéndolo en una fórmula breve, y precisa por modo de confirmacion, reflexion, admiracion, etc. Esta es la razon porque la hemos llamado especie de corolario, que es lo que los dialécticos infieren de las proposiciones que han sentado anteriormente, y que se añade para corroborar los argumentos y demostraciones deducidas. «Pero es necesario advertir que no todo cuanto se saca de las cosas que hemos tratado es epifonema, dice Fr. Luis de Granada, sino tan solamente aquello que contiene admiracion, ó amplificacion de la cosa de que se trata, ó alguna sentencia insigne; esto solo es epifonema.»

Hagamos mas perceptible esta teoria con algunos ejemplos. Sulpicio Severo en la vida de San Martin, despues de haber referido aquel razonamiento que hizo á Dios el Santo, estando ya en la hora de la muerte: «Señor, si todavia soy necesario á tu pueblo no rehuso el trabajo; cúmplase tu voluntad,» añade esta epifonema: «¡Oh varon inefable, á quien no venció el trabajo, ni pudo vencer la muerte, pues ni temió morir ni rehusó vivir para padecer!» Un cé-

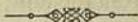
lebre orador, hablando del duque de Sully, perseguido y despues desterrado por sus émulos, dice: «En fin, sus ojos se cansan de ver tantos males; renuncia sus empleos; abandona para siempre la córte retirándose á sus estados; sale de Paris y lo escoltan mas de trescientos caballeros: *este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro.*»

Aqui vemos que hay novedad, interés y grandeza en estas epifonemas, cualidades necesarias que han de acompañar á esta figura para no cansar la atencion del auditorio; para dar gracia al discurso, lo cual exige en el orador grande ingenio y profundo conocimiento de la materia que trata; pues de otra manera pasará por un moralizador pedante que quiere hacer reflexiones y deducir sentencias sobre todo, y de una manera desalinada é inoportuna.



LECCION XXXVIII.

Figuras patéticas ó de pasion.



Siendo las pasiones aquellos movimientos del alma que la trasportan como fuera de sí misma, su lenguaje precisamente ha de ser vivo, impetuoso y como fuera de las reglas ordinarias. El alma una vez agitada distingue los objetos con mas fuerza, con mayor interés, y debe sentirlos con mas vivacidad y calor. Es verdad que la dicha y el infortunio agitan el alma de diverso modo; pero siempre con grande actividad; ya ella se encamine por discursos directos á todo lo que puede interesar en favor de lo que la ocupa; ya se entregue á la admiracion. Aqui vacila, delibera consigo misma; alli, arrastrada por las mas fuertes impresiones, impele y arrastra á los que ponen obstáculos á sus deseos. En fin, cuando la violencia de sus trasportes llega á su colmo, le faltan las espresiones, ó si habla no es sino para levantarse por cima de la naturaleza, evocando los muertos, dando vida y sentimientos á aquellos seres á quienes la naturaleza se los ha negado.

Estos diversos movimientos están ligados á diferentes pensamientos con modificaciones particulares, y de aqui han nacido aquellas locuciones que en el idioma de la retórica llamamos *apóstrofe*, *esclamacion*, *interrogacion*, *repeticion*, *reticencia*, *prosopopeya*, etc., figuras propias para espesar las pasiones, y que tan poderosamente contribuyen á despertarlas en los demás ó sea para conmoverlos. Pasemos á examinar cada una de estas figuras.

Apóstrofe.—Esta palabra griega que significa *conversion*, es una figura ó un movimiento oratorio que *consiste en dirigir de repente la palabra á alguna persona ó á alguna cosa, ya para reconvenirla ó invocar su testimonio*. Esta figura es quizá la mas viva y la mas eficaz de todas las figuras y la mas elocuente y arrogante de todas ellas; supone al alma inspirada por la pasion que cesando de raciocinar se dirige repentinamente á los muertos como si estuviesen vivos, y á los objetos mudos como si pudiesen oír y responder; lo mismo invoca á los espíritus celestiales, que al infierno y á sus desdichados moradores. La apóstrofe puede emplearse en todos los tonos; ya sea dulce, tierno y suplicante; ya vehemente, amenazador y furioso. Bajo cualquier forma que se la emplee escita la atencion y el interés, atrayéndoles hácia objetos nuevos.

La Sagrada Escritura abunda en magníficas apóstrofes. David, deplorando la opresion que sufren los justos bajo el yugo de los perseguidores, dice en el salmo XCIII: «Y dijeron los pecadores: No lo verá el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob. *Entended, insensatos del pueblo; y vosotros necios, entrad una vez en cordura*. El que plantó la oreja ¿no oirá? ó el que formó el ojo ¿no verá? El que castiga á las naciones ¿no reprenderá? él, que enseña al hombre ciencia.» El mismo David, llorando la muerte de Saul y de Jonatás, se expresa así en el lib. II de los Reyes: «Los inclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes; ¿cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni lo publiquéis en las plazas de Ascalon..... *Montes de Gelboe, ni rocío ni lluvia vengan sobre vosotros, ni haya campos de primicias; porque allí fué abalido el escudo de los valientes.*»

Multitud de ejemplos nos fuera fácil citar en que vemos brillar el genio oratorio, tanto de escritores profanos, como sagrados, valiéndose de esta figura que es en elocuencia lo que lo maravilloso es en poesía; y de aqui la necesidad de emplearla con reserva, pues principalmente conviene á los discursos de un género elevado.

Tambien conviene advertir que si bien los oradores jóvenes, merced á la viveza de su imaginacion, se dejan llevar de la misma para servirse con frecuencia de ella, no deben olvidar que esta clase de movimientos extraordinarios, con que intentan impresionar á sus

oyentes, es necesario prepararlos por otros movimientos mas dulces y suaves, á fin de que produzcan todo su efecto; de otra manera, lo mismo que usándolos con prodigalidad, el orador se pone en ridiculo, y mas que un ministro de Jesucristo animado de santo celo y caridad evangélica, viene á ser un declamador de mala ley.

Esclamacion.—Por medio de esta figura manifiesta el orador los sentimientos de admiracion, de gozo, tristeza, compasion, etc. de que se haya poseido, para lo que se vale ordinariamente de las interjecciones *¡ah! ¡oh! ¡ay!* en lo que siempre revela las grandes emociones que el alma experimenta. Podemos definir la esclamacion: *La expresion de todo sentimiento vivo y repentino que se apodera del alma.* Deben acompañar á esta figura y sostenerla ya la *repeticion*, ya la *interrogacion*, de que hablaremos despues. Massillon emplea con éxito la esclamacion, para espresar el dolor de un gran rey que ve estinguirse casi toda su descendencia, haciéndolo de este modo: «¡Qué veo aqui! ¡y qué espectáculo tan lastimoso para nuestros descendientes cuando lean la historia! Dios repartiendo la desolacion y la muerte sobre todo el palacio real. ¡Qué de augustas cabezas heridas! ¡cuántos apoyos del trono derribados!...» «¡Qué tiempos tan desgraciados para nosotros! ¡cuántos estragos hacen por todas partes la impiedad y la licencia! ¡Oh Francia! ¡oh patria mia!... ¡Gran Dios! ¡cuántas almas perecerán!»

La esclamacion, como todas las figuras *de pasion*, obra sobre nosotros por simpatia. La simpatia es un principio de nuestra naturaleza muy poderoso y muy universal que nos dispone á compartir los sentimientos y las pasiones con los que nos son testigos. Por esto generalmente no podemos permanecer indiferentes á las emociones de dolor ó de alegria que notamos en los demás, sin que en esas emociones tomemos parte instintivamente. De aqui el que, siendo la esclamacion un indicio de un alma agitada y movida con vehemencia, nos comunique sus movimientos y agitacion por la simpatia, siempre que esa figura se emplee oportunamente.

Por esto debe servir de regla para usar de la esclamacion, estudiar la manera con que la naturaleza siente la emocion, ó las pasiones, á fin de hablar el mismo lenguaje de ellas, y sobre todo no afectar una pasion que no se siente; porque esta ficcion produce en el áni-

mo del auditorio pésimos resultados. Lo mismo que si se usa con demasiada frecuencia, lo cual se nota en los predicadores jóvenes, que en la fogosidad de su edad, y con el fin de dar fuego y energía al discurso, prodigan esta figura, sin advertir que empleada á menudo y sin oportunidad resulta lo contrario de lo que se apeetece.

Interrogacion.—Se llama así *aquella figura de retórica que el orador comete cuando pregunta, no porque duda, sino para declarar con mas energia algun afecto, ó para estrechar y confundir al contrario.* Así que no espera la respuesta preguntando, sino el consentimiento ó la admiracion; es una llamada que despierta la atencion á fin de hacer la prueba mas fuerte y mas generalmente recibida. La interrogacion viene á ser la que confirma y sella el pensamiento; por esto se debe emplear en aquellas cosas tan claras, tan probadas, ó al menos tan probables, que no supongan disentimiento, repugnancia, ni casi duda en el oyente; antes en alguna manera la interrogacion le presume inclinado á seguir la proposicion del orador: así la vemos en San Cipriano en el sermón de los Lapsos: «¿Acaso imaginas que puede luego aplacarse un Dios á quien con palabras pérfidas negaste; á quien quisiste mas preferir tu hacienda, y cuyo templo profanaste con sacrilego contagio? ¿Piensas que fácilmente se apiadará de tí que dijiste no ser tuyo?» Donde aparecen tan evidentes las defecciones que se echan en cara, valiéndose de la fuerza de la interrogacion, que el oyente no vacila en admitirlas para su convencimiento.

Otras veces el orador se pregunta á sí mismo, ó para escitar los movimientos de la emocion que él siente, ó para llamar la atencion de los oyentes, y para aplicarles la respuesta que sigue á la interrogacion. Oigamos á Bourdaloue: «¿Qué conclusion sacamos de esto?» se pregunta á sí mismo. Ved aquí la respuesta: «¡Ah! cristianos, no digamos mas en el estado de pecado, que somos débiles y que nuestra debilidad es un obstáculo insuperable á nuestra conversion.» Y poco mas abajo en el mismo sermón: «Los pecadores convertidos son aquellos, entre los demás, que deben estar mas obligados á este deber. ¿Y por qué?» Esta interrogacion no permite al auditorio dejar pasar ligeramente la proposicion, y le advierte estar atento á la respuesta: «Porque ellos están obligados por título

de gratitud, y por título de justicia, y por caridad para con el prójimo, y por interés de sí mismos.»

De todas las figuras oratorias, dice Maury, la mas dominante y la mas rápida es la interrogacion. Pero si se emplea en el desenvolvimiento de los principios sobre que está basado el discurso esperece una oscuridad inevitable, y cierta especie de declamacion y de vaguedad que disgusta á los buenos espíritus. Hé aqui por qué debe emplearse despues de la esposicion luminosa del asunto, á fin de despertar luego los afectos convenientes, é imponer silencio á la mala fe, y á las vanas escusas de la debilidad.

Repeticion.—*Se comete esta figura usando de una misma voz al principio de dos ó mas miembros de un mismo periodo.* Hay tres clases de repeticion: *necesarias, viciosas y elegantes.* Las necesarias son *aquellas que no pueden omitirse sin hacer una mala construccion*; por ejemplo: «El fruto que se saca del retiro, es conocerse y *conocer* todos sus defectos.» Si se dijese simplemente: «El fruto del retiro es conocerse y todos sus defectos,» se hablaria mal, porque *conocerse* no resultaria bien construido con *todos sus defectos.* Las viciosas son *aquellas que son inútiles y que nada tienen de donaire*; por ejemplo: «La probidad y la buena fe son tan necesarias en el comercio, como la prudencia y la penetracion *son necesarias* en las negociaciones.» Las elegantes son *aquellas que contribuyen al adorno del discurso.* Estas se enumeran entre las figuras de retórica y son propias para espresar el carácter de las pasiones vivas, que como fijan el alma fuertemente á un objeto, y no la dejen ver otros, repiten muchas veces las palabras que lo representan. Asi lo vemos en aquella mujer que abandonada esclama usando la repeticion: «*¡De un esposo tanta falsedad! ¡De un esposo tanta malicia! ¡De un esposo tanta crueldad!*» En Massillon hallamos un bello ejemplo de repeticion definiendo el mundo: «*¿Qué es el mundo? El mundo es una esclavitud eterna, donde ninguno vive para sí... El mundo es una revolucion diaria de sucesos que despiertan sucesivamente en el corazon las pasiones mas violentas... El mundo es un lugar donde la esperanza misma hace á todos los hombres desgraciados... El mundo....*

Quando la repeticion se encuentra al fin de los miembros ó pe-

riodos se llama conversion; por ejemplo, dice Bourdaloue: «Todo el universo está lleno del espíritu del mundo; se juzga segun el espíritu del mundo; se obra y se gobierna segun el espíritu del mundo. ¿Lo diré yo? Se quiere servir al mismo Dios segun el espíritu del mundo.

A la repeticion pertenecen tambien la *complecion*, la *conduplicacion* ó *traduccion*, la *reiteracion* y la *gradacion*, que son otras tantas repeticiones modificadas, ó figuras por adiccion de una misma palabra.

Sirve además la repeticion para insistir sobre una verdad que se quiere demostrar, y tambien se comete por repeticion de palabras en un sentido demostrativo que avivan mas la idea de la misma cosa que se esplica; por ejemplo: «Parece que los primeros hombres perdieron de vista el derecho de la naturaleza: de aqui nacieron *nuestros* errores, *nuestros* delitos, *nuestras* calamidades, *nuestras* enemigos, *nuestras* guerras.» Donde vemos que el pronombre «nuestro» tantas veces repetido, renueva y aviva la idea de lo que sentimos en la presente constitucion moral y politica en que vivimos.

Reticencia.—Llámase asi *la suspension del periodo, inciso ú oracion por omision de las palabras que debieran terminar su sentido*. Si en todas las figuras debe haber espontaneidad, y el orador debe huir de afectacion y estudio al emplearlas, mucho mas en la reticencia, donde la vehemencia de las pasiones cortan muchas veces la palabra, porque su demasiada afluencia anega, digámoslo asi, el corazon. Por lo tanto esta figura supone una pasion grande, y á veces una modestia muy recomendable en el predicador. Este con la reticencia interrumpe de repente las frases para dar á entender con su silencio mas de lo que pudiera manifestar con sus palabras; pero siempre de modo que sea fácil adivinar lo que suprime. David en el salmo VI se espresa asi: «Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo; sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos; y mi alma está turbada en gran manera: mas tú, Señor, *hasta cuándo...?* Vuélvete, Señor, y libra mi alma.» Tambien leemos en San Lucas estas palabras de nuestro Salvador por los males de Jerusalem: «¡Si conocieses ahora tú la paz y los bienes que en este

día tuyo *te venian*....! Mas todo esto está ahora escondido á tus ojos.»

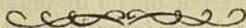
Alguna semejanza encontramos entre esta figura y la *suspension*, que es tambien una figura que sirve para mantener por algun tiempo al auditorio en la incertidumbre, sin acabar de declarar el último pensamiento que siempre debe ser inesperado. Sin embargo, la relicencia no concluye la enunciacion del pensamiento; en tanto que la suspension lo declara despues de algun tiempo de espectacion para hacer gustar á los oyentes los placeres de la sorpresa y de la admiracion. Veámoslo en este ejemplo tomado de Bossuet en su oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra: «En sus últimos años da humildemente gracias á Dios por dos grandes favores: el uno por haberla hecho cristiana; *el otro*.... Señores, ¿qué esperais? ¿acaso por haber restablecido los negocios del rey su hijo? No; por haberla hecho reina desgraciada.»

Prosopopeya.—Que tambien se llama *personificacion*, es una palabra griega que significa ficcion de persona; por ella el orador atribuye sentimientos y aun la misma palabra, no solamente á los seres inanimados, sino tambien á los objetos que no tienen vida, á los ausentes, á los muertos, etc. Aunque á primera vista parece esta figura una estravagancia, haciendo hablar á las piedras, á los campos, como si fueran criaturas vivientes, y atribuir el pensamiento, la sensacion, nuestras afecciones y nuestra manera de obrar; sin embargo, empleada convenientemente se hace agradable y natural; pero es necesario para que ella agrade que la pasion se halle fuertemente exaltada; el espíritu humano tiene una inclinacion manifiesta á animar toda la naturaleza.

«Tres son los diferentes grados de esta figura, dice Hugo Blair; lo cual es preciso advertir y distinguir para determinar la propiedad de su uso. *El primero es cuando se atribuyen á objetos inanimados algunas de las propiedades y cualidades de las criaturas vivientes*..... Cuando se hace esto, como suele hacerse por la comun en una ó dos palabras, y por medio de algun epíteto añadido al objeto, como cuando decimos: una tormenta *rabiosa*, una enfermedad *solapada*, un desastre *cruel*; en este caso se eleva tan poco el estilo que el discurso mas humilde lo admite sin violencia alguna.»

El segundo grado de esta figura es cuando introducimos objetos inanimados obrando como los que tienen vida. Aquí damos un paso mas largo y se hace ya sensible la personificacion; pero la fuerza de esta figura es segun la naturaleza de la accion que atribuimos á los objetos inanimados y segun la individualidad con que la describimos. La Sagrada Escritura nos ofrece bellas figuras de este género. En el salmo XCVII se dice: «Los rios *aplaudirán con palmadas*; juntamente los montes *se alegrarán* á la vista del Señor.» Y en el LXXXIV: «La misericordia y la verdad *se encontraron*; la justicia y la paz *se besaron*.» Flechier, en el elogio fúnebre del mariscal de Turena, comparando la muerte de este á la de Judas Macabeo, prosigue asi: «A estos ayes Jerusalem *acrecentó su llanto*, las bóvedas del templo *se estremecieron*, *se pasmó* el Jordan y en todas las riberas resonó la voz de estas melancólicas palabras: ¡cómo! ¡ha muerto aquel varon fuerte que salvaba al pueblo de Israel!»

Ultimamente, el tercero y superior grado de la personificacion lo hallamos cuando se introducen objetos inanimados, no solo como sintiendo y obrando, sino como hablándonos ó escuchando y oyendo lo que les decimos. Aunque esta clase de personificacion no es violenta en ocasiones, es sin embargo mas dificil en la ejecucion que las otras; porque es claramente la mas grandiosa de las figuras retóricas; ella es el estilo de una pasion fuerte solamente, y por tanto jamás se debe intentar sino cuando el ánimo está en gran manera agitado y acalorado, dice Blair. El mismo orador sagrado que acabamos de citar, para asegurar á sus oyentes que la adulacion no tendrá parte en el elogio del duque de Montausier, habla de esta manera: «Esta tumba se abriria; estos huesos se volverian á juntar para decirme: *¿por qué vienes tú á mentir por mí, yo que jamás engañé á persona alguna? Déjame descansar en el seno de la verdad y no turbes mi paz por la lisonja que siempre aborrecí.*»



LECCION XXXIX.

Figuras de puro adorno.



Hemos dicho mas de una vez que es un deber del predicador , y uno de los fines de la retórica, agradar. Para obtener este fin y llenar ese deber sirven las figuras, dando á la verdad un aire grato. Se le presta estos encantos inocentes, ya oponiendo y haciendo contrastar uno con otro diversos pensamientos, ya haciendo brillar los menos conocidos por otros mas familiares; ora por pinturas variadas de tiempos, de lugares, de personas; ora en fin dando nobleza al estilo, que no tendrá la dignidad conveniente si la cosa ha sido expresada simplemente.

Las principales figuras que sirven para embellecer el discurso, y hacerlo agradable, son la *descripcion*, la *etopeya*, la *espolicion*, la *comparacion*, la *antítesis*, de las cuales vamos á dar una idea.

Descripcion.—La *descripcion*, que en griego se llama *hypotiposis*, es una figura de retórica que consiste en la pintura de algun objeto hecha de una manera tan viva que parezca que la estamos viendo. Esa pintura comprende los tiempos, los lugares, las personas, ú otro objeto cualquiera que se caracteriza por los rasgos exteriores, á diferencia de la *definicion* que hace conocer la esencia y naturaleza de la cosa.

Nada es mas propio á hacer impresion en el espíritu de los oyentes que una elocuente descripcion, pues parece imposible que poniendo las cosas ante los ojos dejen de afectar el corazon. «Sin la

descripcion, dice Fenelon, todo es seco, lánguido y enojoso. Desde el pecado original el hombre está como hundido en las cosas sensibles, y de aquí su gran mal; él no puede estar atento por largo tiempo á lo que es abstracto. Por lo tanto hay necesidad de dar cuerpo á todas las instrucciones que se quiere insinuar en su espíritu; hay necesidad de imágenes que lo arrebatan. De aquí viene el que inmediatamente despues de la lucha del género humano, la poesia y la idolatria siempre reunidas de consuno fuesen la religion de los antiguos.»

Pintar, dice el mismo escritor, es no solamente describir las cosas, sino tambien representar las circunstancias de una manera tan viva y tan sensible que el auditorio se imagine que las está viendo. Por esto, cuando se hace una descripcion ó un cuadro, es preciso por una parte no despreciar las circunstancias que puedan representar mejor las cosas; y por otra no querer ponerlas todas, descendiendo á minuciosos é insignificantes pormenores y esta es la 1.^a regla de la descripcion.

La 2.^a regla nos preceptúa que haya unidad entre las circunstancias que se elijan, presentando el objeto desde el punto de vista mas favorable á la impresion que queremos producir.

Y *por último*, que uno de los medios mas á propósito para hacer resaltar los objetos y sus circunstancias son los contrastes, ó sea aquella diferencia relativa que resulta de la contraposicion de los objetos entre sí.

Esplanemos esta doctrina con algunos ejemplos. En el libro de Job, cap. XXXIX, hallamos una bellísima *descripcion* del caballo: «Por ventura darás fortaleza al caballo, ó rodearás de relincho su cuello? ¿Por ventura le harás saltar como las langostas? La majestad de sus narices causa terror. Escarva la tierra con su pesuña, encabritase con brio; corre al encuentro á los armados; desprecia el miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo; con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina dice: Ha; huele de lejos la batalla, la exhortacion de los capitanes y la algazara del ejército.»

A esta descripción sumamente *poética* podemos añadir esta otra descripción *oratoria* de Bossuet, hablando de los últimos momentos de la duquesa de Orleans: «Ella pide el crucifijo sobre el que había visto espirar á la reina su bella madre, como para recoger las impresiones de confianza y de piedad que esta alma verdaderamente cristiana había dejado con los últimos suspiros. A la vista de este objeto no esperéis de esta princesa discursos estudiados y magníficos; una santa simplicidad forma aquí toda su grandeza. Ella esclama: ¡oh Dios mío! ¿por qué no he puesto siempre mi esperanza en vos...? Llama antes á los sacerdotes que á los médicos; pide ella misma los sacramentos de la Iglesia; la penitencia con compuncion; la eucaristia con temor, y despues con confianza; la santa uncion de los moribundos con santa diligencia. Bien lejos de asustarse ella quiere recibirla con conocimiento; escucha la esplicacion de las santas ceremonias, de estas oraciones apostólicas que por una especie de encanto divino suspenden los dolores mas violentos....»

Debemos advertir para concluir, que la descripción se limita á delinear las cualidades físicas de las personas ó de las cosas; es decir, pinta lo exterior; en tanto que la *etopeya*, que es tambien descripción, *sirve al orador para pintar las costumbres, genio, índole, afectos y demás cualidades morales de alguna persona*. Para estas *pinturas morales*, que son de un gran efecto en la predicacion, hé aqui varios de los avisos que San Francisco Javier daba al padre Barsee. «Emplead la mayor parte de vuestro sermón en hacer una pintura viva del estado interior y de la turbacion de las almas pecadoras; haced que cada cual reconozca en vuestras palabras, y vea como en un espejo la inquietud de sus proyectos, la frivolidad de sus pensamientos, las trazas artificiosas, los fraudes mañosamente disfrazados que él medita en su espíritu. Por vuestra parte añadiréis las funestas consecuencias de sus culpables designios; responderéis á los sofismas capciosos que le sugiera el enemigo de todo bien; le enseñareis los medios de desprenderse de sus cadenas, é insistireis en los castigos que el cielo impondrá á los que se hacen sordos á la voz de su conciencia.»

Espolicion.—Esta figura que tambien se llama *conmora-cion* ó *exornacion*, la emplea el orador cuando *exorna* ó *ilustra*

algun pensamiento con el fin de que la impresion sea más profunda en el ánimo de los que la oyen. La espolicion es con respecto al pensamiento lo que la *sinonimia* con respecto á las ideas, que para fijarlas mas repite voces de un mismo ó equivalente significado. «Podrá usar de ella el predicador, dice Granada, cuando desea imprimir en los ánimos de los oyentes alguna verdad muy necesaria para la salvacion; para que repitiéndose lo mismo muchas veces, comprendan la dignidad é importancia del negocio.» Asi San Gerónimo en su carta á Demetriades: «Junto, dice, el fin con el principio ni me contento con haberlo advertido una sola vez. Ama la ciencia de las Escrituras, y te amaré la sabiduria.» Y este discurso que ordenó el Apóstol á Timoteo cuando dijo: «Insta oportuna é importunamente.» Un escritor dice, cometiendo la espolicion: «Parece que al tiempo que esperabas mayor reposo te ha sucedido mayor trabajo, y que cuando pensamos tener ya hecha la paz con la fortuna, entonces nos pone una nueva demanda. Ya que están en flor hiélanse los árboles; al tiempo de desenhonar se quebrantan los vidrios; en seguimiento de la victoria mueren los capitanes; al tiempo de echar la clave caen los edificios, y á vista de tierra perecen los pilotos.» En donde vemos la larga mencion que hace este escritor en su pensamiento para que en él se fije la atencion, y el mismo sea agradable por los adornos que ha empleado.

Será viciosa la espolicion cuando solamente se la haga consistir en un lujo de palabras supérfluas, sin presentar una nueva; esa verbosidad que aumenta palabras sobre palabras nada dice, y en vez de embellecer, amplificando el pensamiento, lo oscurece, y hace lánguido y difuso el estilo. Asi lo vemos en el ejemplo siguiente: «La alegría que tienen, el gozo que disfrutan, el placer que sienten, el deleite que experimentan los ricos.....»

Comparacion—La comparacion es una figura que consiste en unir los objetos que tienen semejanza ó analogia para dar luz y viveza al pensamiento. Esta figura es de un uso muy frecuente en el lenguaje familiar del púlpito, y sirve de adorno á todos los géneros de elocucion, pues presta belleza al estilo empleada convenientemente. Quintiliano dice que las comparaciones sirven las unas para adorno del discurso, y las otras para explicar ó esclarecer los

pensamientos y robustecer las pruebas.

Ordinariamente esta figura se presenta bajo tres diferentes formas, que podemos reducir las á estos términos precisos: de *mayoria*, de *minoridad* y de *igualdad*, que vamos á explicar valiéndonos de algunos ejemplos. 1.º Comparacion de *mayoria*, ó *de mas á menos*: Jesucristo nuestro Señor dice á sus discípulos en San Juan, (capítulo XIII): «Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís porque lo soy. *Pues si yo el Señor y el Maestro* os he lavado los piés; *vosotros tambien* debéis lavar los piés los unos á los otros;» donde vemos que el objeto comparado es superior á aquel con que se compara.

2.º Comparacion de *minoridad* ó *de menos á mas*. El mismo Señor para inspirarnos confianza se vale de esta comparacion que leemos en San Mateo, (cap. VI): «*Mirad las aves del cielo* que no siembran ni siegan, ni allegan entrojés, y vuestro Padre celestial las alimenta. *¿Pues no sois vosotros* mucho mas que ellas?» Aqui vemos que la cosa comparada es menos que aquella con que se compara.

3.º Comparacion de *igualdad* ó *de semejante á semejante*, que tambien se llama de *variedad*. San Clemente de Alenjandro hace ver el daño de las riquezas por esta comparacion: «Las riquezas *son como* una serpiente astuta que se puede coger por la cola; pero que se revuelve y puede herir mortalmente al que ignora el arte de encantarla.»

Las comparaciones pueden tomarse de tres principios: 1.º *De las cosas naturales ó artificiales*, como: los animales, las plantas, las flores, las tempestades, el sol, las diversas profesiones, los monumentos, las obras de todo género, etc.

2.º *De la Sagrada Escritura*. Este es el mas fecundo manantial de ricas comparaciones. Massillon en el sermón de la palabra de Dios dice á los censores que le escuchan: «Se puede aplicar á la mayor parte de mis oyentes lo que José decia fingidamente á sus hermanos, cuando ya era salvador de Egipto: «Vosotros no habeis venido aqui á buscar trigo y mantenimientos, sino como espías á registrar los parajes mas flacos de la provincia. Vosotros no venís á oírnos para sustentarnos con el pan de la divina palabra, y buscar

socorros y remedios útiles á nuestros males, sino para observar á donde dirigir algunas vanas censuras, y hacer gala de nuestros defectos.....»

3.º *De la lectura de obras escogidas.* De estas citaremos como verdaderos modelos en este género las de San Basilio, San Gregorio Nacianceno, y sobre todo San Juan Crisóstomo; y entre los modernos basta leer á Fr. Luis de Granada y muy especialmente á San Francisco de Sales.

Ultimamente establezcamos algunas reglas para el buen uso de la *comparacion*; entre otras es la 1.ª *Las comparaciones no deben sacarse de objetos que tengan una semejanza demasiado manifiesta con aquel otro con que se le compara.* Si el placer que se halla en comparar consiste en descubrir las relaciones entre cosas de especies diferentes; ese placer no lo hay cuando otras relaciones se encuentran á primera vista, pues poco arte se hallará en aquella comparacion que no ofrece semejanza, sino entre dos objetos vecinos y casi de la misma naturaleza, entonces raya en trivial. Tal semejanza no es necesario indicarla, todo el mundo la advierte.

2.ª regla. Por huir de los defectos que indicamos en la regla antecedente, no debe incurrirse en otros opuestos; esto es, *se debe evitar que las comparaciones se establezcan sobre relaciones demasiado débiles y demasiado lejanas.* Estas en lugar de ayudar la imaginacion la fatigan, y no hermocean ni esclarecen el asunto; á lo cual contribuye tambien cuando se multiplican las coincidencias y las menores circunstancias y que se pueden hallar entre dos objetos.

3.ª regla. *Las comparaciones deben tomarse de objetos conocidos de todos.* Hé aqui por qué deben desecharse aquellas comparaciones que están basadas, por ejemplo, sobre descubrimientos filosóficos, ó sobre objetos que no son familiares sino á los que ejercen una determinada profesion.

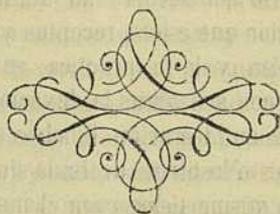
Por último, la comparacion debe evitar la esfera de las ideas bajas y vulgares; las analogias deben correr naturalmente y sin esfuerzo de lo grande á lo pequeño y de lo pequeño á lo grande, y finalmente las ideas que se empleen para la comparacion han de ser correlativas.

Antítesis.—Significa esta palabra griega *contraposicion*. La antítesis es una figura por medio de la cual se presentan juntas en la oracion cosas enteramente contrarias, ya en las palabras ya en los pensamientos. Como aquello de Ciceron: «Venció al pudor la lascivia, al temor la osadía, á la razon la locura.» Esta figura expresa una relacion de oposicion entre dos objetos diferentes, ó en un mismo objeto entre sus cualidades, su manera de ser ó de obrar. Asi es que la antítesis ora reúne los contrarios bajo una relacion comun, ora presenta una misma cosa bajo dos respectos diferentes. De esta oposicion de ideas y espresiones resulta el efecto consiguiénte á esa ingeniosa alianza que se forma en la imaginacion entre dos ideas diferentes y produce una impresion admirable, semejante á la que en la música produce el contraste de los sonidos graves y agudos, y al de las luces y las sombras en la pintura. El fundamento de la antítesis son los contrastes ú oposicion de dos objetos; asi como la semejanza de los mismos es la base de la *comparacion*.

El predicador puede obtener maravillosos resultados de esos contrastes que á cada paso le ofrecerá su auditorio, mostrando, por ejemplo, la contradiccion entre los preceptos y la conducta del cristiano; entre la fe teórica y la fe práctica; entre los que se llaman devotos, y deshonran con sus obras la devocion, etc.

Oigamos á Massillon en la oracion fúnebre del príncipe de Conti, cometiéndo esta figura: «Nosotros decimos sin cesar que el mundo nada es, y nosotros no vivimos sino para el mundo; sabios solamente en los discursos, insensatos en las obras, filósofos en la inutilidad de las conversaciones, plebe en todo en el curso de nuestra conducta; siempre elocuentes con desacreditar el mundo, siempre mas activos en amarlo; nosotros doblamos la rodilla con la multitud delante del ídolo que acabamos de hollar con los piés, y á nuestros menosprecios se siguen bien pronto nuevos homenajes.» Antes bien San Pablo en su primera carta á los Corintios, (cap. IV), nos habia ofrecido entre otros este bello ejemplo de antítesis: «Nosotros necios por Cristo, y vosotros sabios en Cristo; nosotros flacos y vosotros fuertes; vosotros nobles y vosotros viles... nos maldicen y bendecimos; nos persiguen y lo sufrimos; somos blasfemados y rogamos.»

La antítesis es una de las mas bellas [figuras retóricas, pues seduce y encanta, pero como todas ellas es necesario emplearla hábilmente, y evitar que degeneren en juegos pueriles, procurando á la vez que no se repitan con frecuencia; y si esto se recomienda aun á los mismos poetas, ¿cuánto mas al orador cristiano que jamás debe perder de vista la gravedad de su ministerio para no profanarlo con el lujo de los adornos, con la profusion del lenguaje figurado?



LECCION XL.

Ejercicios de la composicion.



Sin embargo de que algunos autores tratan de la composicion, en la parte de la retórica que se llama disposicion, considerándola como parte de esta, nos ha parecido conveniente alterar este método dejando para este lugar ocuparnos de ella, siguiendo á otros escritores; pues podemos decir que es la terminacion de la obra oratoria que el predicador se propone hacer. Para ello necesita contar con materiales bastantes que ha hallado por la invencion; necesita saber las formas que ha de dar á los mismos, segun el género de discurso que haya de hacer y esto lo ha visto en la disposicion; necesita en fin exornar su obra al mismo tiempo que la construye; y los conocimientos necesarios para este adorno se los ha enseñado la elocucion. Veamos pues como ha de proceder á la *composicion* de su discurso, que no es otra cosa que *un ejercicio por el cual despues de haber reunido muchas ideas, se las presenta en el orden y en el estilo que les es conveniente*; esto es, el modo práctico con que deben formarse los sermones.

Desde luego confesamos con Quintiliano que escribir es lo que cuesta mas trabajo; pero que tambien es lo mas útil, como que es el resultado de cuantas tareas han precedido para la formacion de un discurso. «Es preciso, pues, dice Ciceron, escribir con todo el cuidado posible y escribir mucho; porque de la misma manera que la tierra profundamente cavada se vuelve mas fértil para estender

y nutrir las plantas que germinan en su seno, del mismo modo nuestro espíritu, si no nos contentamos con darle un ligero cultivo, rendirá frutos en abundancia y los consevará mejor.»

No tiene duda que las reflexiones serias y la lectura atenta de los buenos modelos pueden enriquecer el espíritu, y disponerlo felizmente al ministerio de la divina palabra, como en otros lugares de esta obra hemos dicho. Pero ¡cuántas personas piensan mejor que hablan! ¡cuántos maestros, llenos de erudicion y perfectamente instruidos, y sin embargo no tienen el talento necesario para enseñar! Preciso es no olvidarlo; el ejercicio de la composicion es lo que facilita la elocucion; él es el que forma el estilo de los escritores y el lenguaje de los oradores; él es el que escita la imaginacion; él es el que familiariza al predicador con las palabras y con los giros que debe dar á sus discursos, y da en fin la facilidad á las obras del espíritu, como el ejercicio del cuerpo da agilidad á los movimientos del cuerpo. «Yo he dado reglas sobre el estilo, dice Blair; pero sin el hábito y el ejercicio de la composicion las reglas no responderán al objeto. Este ejercicio es de una indispensable necesidad.»

Hemos dicho que es difícil escribir, y para vencer esta dificultad, cuanto es posible, debemos considerar las diferentes maneras que hay de hacerlo. En esta como en todas las cosas es necesario marchar paso á paso. La composicion es un arte que tiene sus principios y sus progresos; no se puede llegar al término para obtener un resultado satisfactorio sino por una serie de operaciones fáciles que unas á otras se dan la mano. Una elevada montaña seria de todo punto inaccesible para el hombre que pretendiese con pocos pasos llegar á su cumbre; y sin embargo, poco á poco llega á dominarla. No desconfie pues el que se ha consagrado al estudio de la oratoria que llegará á obtener lo que apetece, que es la composicion de sus discursos. Indicaremos los métodos principales que los autores presentan en esta materia.

1.º Despues que se ha descompuesto por el análisis y el estudio el fondo de un discurso, será muy útil ensayarse en recomponerlo, sin esperar á que el calor que el ingenio ha recibido con este estudio se disipe; y en seguida comparar el trabajo que se ha dado

con el discurso que ha servido de tipo. Nada hay mas propio que este ejercicio para dilatar el espíritu, perfeccionar el gusto, hacer comprender la aplicacion de las reglas, y grabarlas en la memoria,

2.º Otro ensayo de composicion mas sencillo, y no menos útil, es leer atentamente uno ó dos pasajes perfectamente escritos, de manera que puedan retenerse los principales pensamientos. En seguida, sin tener á la vista el libro donde se ha leído, se escriben, lo mejor que se pueda, los mismos pensamientos, esforzándose en reproducir las figuras, los movimientos oratorios y los giros del autor, y adoptar sus formas y su carácter, su gracia, su precision y su energía. Despues se toma el libro y se compara el estilo que se ha empleado con el modelo que se ha tenido á la vista.

3.º Está muy recomendado como ejercicio muy importante de composicion por los maestros del arte, entre ellos el P. Granada, ensayarse en traducir y fundir en nuestro idioma las bellezas, ya de los principales libros de la Escritura Sagrada, ya de los Santos Padres, y tambien aquellos sermonarios escritos en latin. Los esfuerzos que hay necesidad de hacer para traducir exactamente el original, conservan su gracia, su colorido, su manera, obligan al espíritu á penetrarse de sus bellezas, á pensar y á hablar como él, á apropiarse su estilo, á luchar en fin con su modelo.

Despues de estos primeros ensayos hay tiempo de entregarse á su propio genio, que nunca, como hemos repetido, tratamos de encadenar; al contrario, no dejando vuelo al genio, sin que pierda de vista jamás las reglas que lo auxilian, seria de temer que adquiriendo el hábito de no hacer nada sino con la ayuda de un modelo, ó de un libro, se imposibilitase el predicador de hacer algo por sí; pero para esto es conveniente se someta á alguno de los métodos que dejamos indicados para componer.

El mismo Quintiliano, ya citado, nos da preceptos acerca de la composicion que debemos utilizar, aplicando despues estos principios generales á la composicion de un sermón. «En los principios es bueno, dice, que nuestra composicion sea trabajosa, que sea lenta, con tal de que sea exacta. Busquemos siempre lo que sea mejor, y no adoptemos desde luego todo lo que se nos presenta. Pesemos lo que hemos inventado, y coordinemos aquello que hemos

aprobado; porque es preciso elegir no solamente las cosas, sino tambien las palabras, y examinar maduramente el peso de unas y de otras. En seguida se pensará en el arreglo de las palabras, se las considerará de todos modos para mejor juzgar de su armonia, para no colocarlas á la ventura y como ellas ocurren. Para mejor ejecutar todo esto, será conveniente leer con frecuencia las últimas líneas que hemos escrito, pues además de que por lo que precede se lee mejor lo que sigue, nuestro espíritu, que estaba acalorado, y que por el tiempo en que nos ponemos á escribir nuestros pensamientos se refresca, recobra un nuevo calor, y toma la impetuosidad, replegándose, por decirlo así, sobre sí mismo.»

Por demás está decir la grande atencion, el esmerado cuidado que ha de emplear el escritor cuando ya trate de escribir, pues necesita reconcentrar en sí mismo la reflexion que le haga meditar sobre el asunto de que va á ocuparse, recordar todas sus relaciones, circunstancias de tiempo, de lugar, etc., y este método y buen orden que emplee en coordinar sus ideas, le facilitarán estremadamente el trabajo de escribir.

Creer que se puede componer con negligencia, y adoptar las ideas que se ocurran al acaso, y hallándose el ánimo distraido, es un error. Por grande que haya sido la preparacion para escribir, por muchos materiales que se hayan acopiado por medio de la invencion, si en los momentos de la composicion ne se fija la atencion cual se debe, el trabajo antecedente ha sido perdido, y lo que se escriba resultará desaliñado y poco correcto, cuando no inútil y despreciable.

Estas ideas generales sirven para toda composicion y por lo tanto deben tenerse presentes en la de un sermon. Despues de haber meditado sobre el asunto de que ha de escribirse, se comienza por fijar la proposicion, ó sea la idea general para tenerla siempre presente como centro á donde se han de dirigir todos los esfuerzos del predicador. Preciso es no perderla de vista en el exordio, en la division, en las pruebas ni en la peroracion. Esto es tan conveniente y necesario cuanto que el discurso no será entonces vago, y tendrá la unidad que es de apetecer.

Despues se procede á escribir el exordio, segun las reglas que

hemos dado tratando de esta parte del discurso, y evitando los defectos que indicamos entonces, y sin perder de vista la idea general que nos proponemos para venir á parar en ella, espresándola en la proposicion en los términos que esta parte del discurso requiere, ó dividiéndola segun convenga á nuestro plan.

Desde luego tenemos ya abierto el campo donde hemos de girar esplanando nuestro asunto por medio de las pruebas. Rara vez ocurre que escribiendo sobre una materia no se presenten al espíritu multitud de ideas que no son sino indirectas de la idea principal. Si estas son ideas ordinarias y comunes que ocurren fácilmente á la memoria, no las acariemos como provechosas; mas bien se desechan para buscar otras que nos lleven á nuestros objeto. Si son ideas luminosas que aunque indirectas pueden sin embargo dar fuerza y energia á las ideas comunes será bueno escribirlas, aunque sean estrañas al asunto, ó que tengan con él una relacion distante; pero esta redaccion se hace en un papel aparte, y no en el que sirve de borrador del discurso. De esta manera nada se pierde del trabajo que se ha prestado para la composicion y que acaso puede utilizarse. Lo mismo se hace con aquellas idas que mas convienen á una parte del discurso que á otra, y que podrán tener exacta aplicacion. Asi se descarga la memoria escribiendo aparte lo que se le ha ocurrido, ó tomando al menos notas de ello, para continuar el trabajo sin apartar la atencion del designio principal, como dejamos dicho.

Durante la composicion es preciso dejar cierta libertad al alma que nos permita seguir el género que mas nos convenga, aunque en armonia con el peculiar de cada discurso, segun la clasificacion que hicimos en el libro segundo. Sin esa libertad nada bueno puede hacer el predicador al escribir. No digamos por esto que es permitido olvidar las reglas que hemos establecido; pero sin faltar á ellas se las puede seguir sin saberlo, por decirlo asi, y naturalmente; de la misma manera que se escribe sin reflexionar de qué letras ó de qué sílabas usamos, y como se habla sin pensar en las reglas de la pronunciacion.

Además en la composicion hay que considerar dos situaciones bien diferentes que hasta en los mas grandes escritores suelen en-

contrarse. «Todos aseguran, dice un autor, que hay para ellos ciertos momentos de nùmen ó de feliz inspiracion, en los que la pluma no puede seguir la rapidez del espíritu, y en los que se escribe sin interrupcion como si dictara un ser superior. Entonces se escribe bien y fácilmente; no se produce, sino que se recibe. Hay otros, al contrario, en que todo parece agostado y seco en la inteligencia. Ni una idea, ni una palabra que no sea preciso producir con trabajo. Ved una fuente; en ciertos dias el agua es escasa y turbia; pero esperad las lluvias del cielo, y vereis el manantial correr en abundancia, y os ofrecerá unas aguas tan trasparentes como el aire.»

Hé aqui la imàgen de las dos situaciones en que se hallan algunas veces los que componen. El arte es aqui importante. Se puede preparar bien el espíritu, llenar de conocimientos la memoria, ejercitar y enardecér la imaginacion, y á pesar de todo esto permanecer frio y estéril el escritor. El nùmen oratorio, que no es mas que el nùmen poético, no es efecto del arte, sino que este solamente sirve á favorecerlo y dirigirlo. Esa inspiracion viene de mas alto, viene de una luz repentina que, toda sobrenatural como lo es en su origen, aparece en el exterior con todos los caracteres particulares del individuo que le sirve de canal; procede, á no dudarlo, en el enviado de Dios, de un fuego divino que abrasa su corazon, de una fe viva, de una ardiente caridad que él saca de la oracion al pié de los altares, ó del crucifijo.

Bien comprendemos que no siempre se obtienen tan ventajosos resultados aun á pesar de la oracion y de la santidad del predicador, porque sabido es que el espíritu de verdad y de inteligencia se comunica á las almas para ilustrarlas cómo y euàndo le place. En tal caso si nos sentimos con esa avidez de la inteligencia que parece que nada concibe; si nos hallamos en esos momentos de los que apenas nos sabemos dar razon, porque nada producimos en el órden de los buenos pensamientos y de los afectos mas dulces y vehementes, no nos desanimemos por esto; es que nos hallamos en una de aquellas situaciones que nos hacen ver nuestra limitacion, pero tampoco deberemos insistir en violentar nuestra inteligencia para que nos preste ideas y sentimientos. El resultado de esta violencia nos seria infructuoso, porque, ó no compondriamos, ó si lo haciamos se-

ria de una manera detestable. Hablamos por experiencia de esta situacion, y el único partido que hay que aceptar es dejar el trabajo, distraer nuestro espíritu y esperar á mejor ocasion. Asi hemos visto que sin nueva preparacion á las pocas horas, ó á lo mas al dia siguiente, continuamos felizmente nuestro camino. Esto lo conoceremos, si penetrados del asunto de que vamos á escribir, y despues de haber hecho algunos esfuerzos, variando del rumbo con que intentamos comenzar, no podemos hacerlo, entonces inútilmente nos cansamos, y es mucho mejor desistir por aquellos momentos de continuar.

Sin embargo; esa avidez de que nos vamos ocupando no es siempre un misterio de nuestra alma; suele depender del método que emprendemos en nuestros ejercicios prácticos de composicion. Este método siendo bueno puede ayudarnos en nuestros trabajos. Pregúntese el predicador: ¿qué es de lo que piensa hablar? ¿Cuáles son los antecedentes de este asunto? ¿Cuáles los medios de que debo valerme para probarlo? ¿Qué consecuencias se deducen lógicamente de esta materia? Si no podemos darnos razon de todo esto es prueba de que ó no hemos estudiado bien la dicha materia, ó de que habiéndola estudiado no podemos producirla, y entonces es ciertamente cuando debemos tomarnos tiempo para el estudio ó oportunidad para componer como dejamos dicho.

Hechas estas advertencias debemos hacer notar además que nunca la primera composicion que se hace de un discurso satisface, ni debe satisfacer nuestros deseos. En ella solo hemos podido esplanar nuestro asunto, pero de una manera incorrecta; acaso no le hayamos dado siquiera las formas que reclama, y de aqui la necesidad de una segunda composicion, para la cual nos debe servir de base la primera. La manera de hacer aquella consiste en leer esta con detenimiento, poniendo al márgen las notas convenientes que la reformen ó la aclaren. Si fuese preciso variar algun párrafo se indica asi para despues tenerlo presente, y lograr que cada cosa se halle en el lugar que corresponde; se corrigen las imágenes y figuras que hayamos empleado, ó se sustituyen por otras que nos ocurran mas adecuadas y propias, y esto practicado, procederemos á escribir todo el discurso con las anotaciones que hemos hecho.

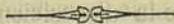
Muchas veces aun despues de corregida nuestra primera composicion notaremos defectos en la segunda, mayormente si ha trascurrido algun tiempo, y fuerza es entonces remediarlos. Tal es la penosa tarea que nos impone la limitacion de nuestros talentos, la observancia de las reglas de la oratoria, y la eleccion misma de las materias que debemos tratar en el púlpito, para conseguir por una parte los altos fines de la gloria de Dios, y por otra la enseñanza, el agrado y la mocion de los afectos del pueblo cristiano á quien se dirigen nuestros discursos,

No queremos concluir esta leccion sin indicar algunos medios para perfeccionar estos. Entre otros aconsejamos á los jóvenes predicadores que una vez hecha y concluida la composicion de sus sermones los sometan al juicio de personas entendidas en la materia; pero con quienes tengan la suficiente confianza para no sonrojarse de oir los defectos que les hagan notar. ¡Cuántas veces las observaciones de un amigo, de un condiscipulo nos llaman la atencion sobre algunos particulares que para nosotros pasaron desapercibidos! Esas observaciones nos hacen entrar dentro de nosotros mismos, comparar lo que hemos escrito, fijar mas detenidamente nuestra atencion sobre ello, y cambiar de opinion, cuando tan apegados estábamos á nuestro propio juicio. Esta es una leccion importante que nos sirve para lo sucesivo y que no podemos olvidar, pues ya no son nuestras propias luces las que nos dirigen, son tambien las de los demás que nos confirman en nuestro buen camino, y nos señalan otro mejor y mas seguro.

Otro medio de perfeccionamiento consiste en la pronunciacion. Cuando en nuestros retiro leemos un discurso que acabamos de componer, muchas veces no notamos sus defectos pues no hallamos preocupados con el mismo ejercicio de composicion. Mas cuando en alta voz lo decimos una y otra vez, ó lo oimos leer á otro, no parece sino que nuestro trabajo se hace ageno, y echamos de ver mas exactamente sus defectos. Asi sucede que poniendo en estudio nuestro trabajo rara vez dejamos de corregir algunos periodos, alguna que otra frase, y entonces advertimos lo que antes habia pasado desapercibido, lo cual es necesario enmendar por medio de oportunas anotaciones.

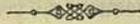
Ultimamente, debe el predicador aprovecharse de los avisos y consejos de sus superiores, de sus maestros, ó de otras personas á quienes el saber, la esperiencia, y la calma con que miran un discurso extraño, dan derecho á conocer el grado de perfeccion en que se halla este. Aun es mas, las observaciones de nuestros mismos émulos que lleguen á nuestros oidos no deben despreciarse, pues estos sin quererlo nos hacen un grande obsequio; toda vez que sin consideraciones de ningun género, antes bien muchas veces con encono, juzgan nuestras obras, y esto redundá precisamente en nuestro bien. Pero para que así se verifique necesario es que el predicador sin miramiento y sacrificando su amor propio, que lo lleva á tomar cariño á sus propios conceptos y palabras como hijos suyos, los reforme y rectifique, despues de pesar en un sano criterio las observaciones y advertencias que haya oido.

Un esceso, sin embargo, es preciso evitar en la correccion de los sermones, que consiste en no contentarse jamás con la composicion que se ha hecho. Bien comprendemos que los trabajos mejor acabados suelen aparecer á sus autores con lunares que reclaman nuevas correcciones. Así lo vemos en Virgilio, que queria arrojar al fuego su *Eneida*; en Bossuet, que trabajó hasta el fin de su vida su *Discurso sobre la historia universal*; en Fenelon, que con frecuencia retocó su *Telémaco*; en Massillon, que hizo lo mismo con sus *Sermones*. Esta insaciabilidad si bien bajo un concepto es laudable, porque revela una gran modestia y un gran deseo de perfeccionar el trabajo; pero tambien lleva al ánimo una intranquilidad exagerada. Si un sermón ha producido buenos resultados en el ánimo de los oyentes para el mejoramiento de sus costumbres y para el bien de las almas, ¿para qué volver á corregirlo poniendo á riesgo quizá, con la reforma que se haga, el medio que hizo producir esos frutos saludables é importantes? El orador cristiano no debe perder de vista que su fin es que sea Dios glorificado y que se santifique el pueblo; si lo ha conseguido, lo ha hecho todo, por mas que su obra tenga algunos defectos en las apreciaciones de la ciencia.



LECCION XLII.

Improvisacion.



En la leccion precedente hemos dado reglas para la composicion de un discurso, que luego se ha de confiar á la memoria para predicarlo. No siempre el predicador evangélico cuenta con el tiempo necesario para detenerse á formar un sermon tal como lo exigen las prescripciones de la oratoria, y que tanto se recomienda por la alteza misma del ministerio de la predicacion. Hay situaciones en que hay necesidad de predicar sin esa detenida y escrupulosa preparacion que exige un discurso sagrado para el arreglo esquisito y concienzudo de todas sus partes, de sus formas, y de todos sus pormenores; situaciones en que es preciso improvisar. En esta atencion el predicador debe saber: 1.º lo que es *improvisar*; 2.º sus *dificultades*; 3.º sus *ventajas*, y 4.º los *medios* convenientes para improvisar.

1.º Se entiende por improvisacion *la facultad de hablar en términos no preparados, sobre un asunto suficientemente concebido y meditado*; es componer hablando; es manifestar el pensamiento sin trabajo preliminar, *ex abrupto*, por el orden y en la forma que ordinariamente le dan la reflexion y el trabajo.

Segun Quintiliano, somos deudores á la memoria principalmente del talento de hablar improvisando. El espíritu por una agilidad pasmosa, ocupado al mismo tiempo de las pruebas, de los pensamientos, de las espresiones, de la disposicion, del gesto, de la pronunciacion, y marchando siempre delante de lo que se dice actualmente,

prepara lo que se ha de proveer sin cesar y sin interrupcion á la palabra, y guarda como en depósito á la memoria, que con mano fiel lo devuelve al orador al punto señalado, sin adelantar ni retardar sus órdenes un momento.

2.º La *dificultad* de la improvisacion procede de su misma indole, y de la limitacion de nuestras facultades, por mas que las hayamos cultivado con el estudio y con grande laboriosidad. El arte de ser elocuente, sin grande preparacion, es en extremo dificil, y es muy raro; á no ser que esas facultades sean extraordinarias, que nadie consigue serlo de otro modo que por medio de un trabajo asiduo, de un ejercicio muy frecuente, y aun asi contará dias felices para la improvisacion, y otros desgraciados, y en un mismo discurso momentos de sublime inspiracion, y otros de lastimosa esterilidad y languidez.

Si asi acontece en toda clase de discursos, y en todo género de elocuencia se halla esa dificultad para improvisar; esta es mucho mayor en la oratoria sagrada, por la materia elevada sobre que se versa, por la clase de oyentes á quienes se habla, y por las funestas consecuencias que se pueden seguir de predicarse un error al pueblo fiel por el sacerdote de Jesucristo, cuyos labios guardan la ciencia, y el pueblo buscará en su palabra la ley, segun el lenguaje de nuestros libros santos.

Por esto oimos todos los dias desgraciadamente en nuestros púlpitos esos discursos improvisados que revelan en su fondo y en sus formas la grave dificultad de que vamos ocupándonos, y que se deja ver en un lenguaje insípido, trivial; en aquellas frases incorrectas ó sin concluir; en muchos pensamientos desunidos y envueltos en una multitud de palabras que no son otra cosa que repeticiones molestas que oscurecen la misma verdad que con ellas se quiere demostrar; en el uso de los lugares comunes predicados hasta la saciedad, y que no producen otro efecto que el cansancio y el hastio de la palabra divina que tan bellos atractivos tiene siempre, y que se oye profanada por la pereza, por la ignorancia ó el atrevimiento de un predicador que se lanza al púlpito para hablar en él como pudiera hacerlo en un círculo de amigos de la mayor confianza; se deja ver en fin en aquellas digresiones estemporáneas, en las in-

exactitudes, y lo que es mas lastimoso, en errores involuntarios acerca del dogma y de la moral, predicados en pláticas incoherentes, sin orden, sin lógica, sin uncion, y careciendo por último de todo aquello que la oratoria prescribe para instruir, deleitar y conmover.

Para evitar en cierta manera estos males, que verdaderamente lo son, se necesita al menos que el predicador cuente con grandes *conocimientos* en las ciencias eclesiásticas, con la *facundia* ó *facilidad* en espresarse, y con una *serenidad de ánimo* necesaria siempre para hablar en público, y mucho mas indispensable para hablar improvisando, que le preste recursos para estar sobre sí mismo, y le facilite el arreglo y desarrollo de sus ideas, y la manifestacion de ellas por la palabra.

Con tales condiciones la improvisacion es útil, y ofrece grandes *ventajas*. Estas las conocieron la mayor parte de los Padres de la Iglesia, quienes abrumados por los cargos del ministerio pastoral, y de los demás oficios eclesiásticos, improvisaban sus homilias y discursos sagrados con grande éxito; pero debido á los fecundos recursos de su ciencia, á su ejercicio en la predicacion, y al celo santo por el bien de las almas que abrasaba sus corazones y los hacia elocuentes.

En la improvisacion el predicador se encuentra en cierto modo mas desembarazado, siempre que cuente con las dotes y cualidades indicadas, pues no lo liga la necesidad de recitar palabra por palabra lo que ha escrito, y tiene la libertad de aprovecharse de la inspiracion feliz que suele venir hallándose en el púlpito. Sus palabras son entonces mas espontáneas y naturales, y por lo tanto tienen mayor uncion para comunicarse con sus oyentes; las imágenes y comparaciones que le ocurren tienen tambien ese mismo carácter de naturalidad, aunque no se espresen tan exactamente y con términos tan precisos y adecuados.

Pero donde mas aprovecha la improvisacion es en la mocion de los afectos, pues no tiene duda que sintiéndose mas conmovido el predicador cuando improvisa, mas conmueve tambien á su auditorio; el fuego de su palabra es entonces mas puro y ardiente que cuando este lo ha preparado de antemano en el retiro de su gabinete. Con

tesamos que muchas veces hemos obtenido mas resultados en este punto en el calor de nuestra improvisacion, que cuando con un sermón escrito nos hemos presentado en la cátedra del Espiritu Santo. Sin que por esto digamos que ha sucedido siempre tan bello resultado, pues equivaldria á decir que improvisar es mas ventajoso que escribir, en lo que no estamos enteramente conformes, pues en tésis general podemos decir que para una buena improvisacion se necesitan muchos discursos; lo cual no sucede con los sermones escritos, que son buenos siempre que se observen los preceptos de la oratoria sagrada.

3.º Pasemos ya á indicar los *medios* mas á propósito para improvisar, y que facilitan este ejercicio. Parece que la improvisacion no es del dominio de la elocuencia en cuanto á las reglas de esta. No obstante Quintiliano nos ofrece algunos medios para guiarnos en este género de trabajo; y de ellos debemos aprovecharnos, pues los creemos á propósito para llenar su objeto.

Desde luego no admite la posibilidad de un discurso sin alguna preparacion. El supone que el orador conoce ya el fondo del asunto de que va á hablar, que lo ha meditado y estudiado bajo todas sus faces; puesto que no se puede tratar de una materia que no se conoce.

De aqui inferimos la necesidad de que el predicador se prepare de alguna manera antes de subir á la cátedra de la verdad. Bien se comprenderá que no hablamos de una preparacion detenida, como la que exige un discurso escrito, y de la que nos ocuparemos en la leccion siguiente. Esta preparacion se debe limitar á pensar sériamente por algun tiempo en el asunto de que se trata, y que producirá mas ó menos resultado segun el grado de instruccion del predicador, su práctica en improvisar, y el asunto mismo de que vaya á hablar; pues mas fácil le será, por ejemplo, predicar sobre un punto moral, que hacer un sermón panegírico; mas fácil discurrir sobre un evangelio formando una homilia, que elevarse á las altas consideraciones de un punto dogmático en una conferencia. Con este motivo encargamos á los jóvenes no se lancen desde luego á la improvisacion, pues no prácticos todavia en los ejercicios de la predicacion, les seria muy difícil obtener buenos resultados de este trabajo en los principios de su carrera apostólica.

El método que deben seguir, á nuestro modo de ver, para que sea menos difícil la improvisacion es el siguiente. Despues de haberse ejercitado por algun tiempo en predicar de memoria, que deberá ser mas ó menos largo, segun sus dotes é instruccion, y el resultado que hayan alcanzado predicando de este modo, podrán continuar escribiendo sus discursos, como si fueran á predicarlos como los otros anteriores, y penetrados suficientemente de ellos, atendiendo al órden que guardan las pruebas, á las transiciones que hagan en las mismas, y á la ilacion que lleve todo el discurso, decidirse á improvisar; pero esto con consejo de personas que sepan medir sus fuerzas intelectuales, y aun les aconsejamos que el exordio lo aprendan de memoria literalmente, pues en esta parte de la oracion retórica siempre hay que luchar con mas dificultades.

Si despues de algun tiempo de predicar de esta manera se sienten con fuerzas para llegar á la improvisacion ó sin escribir, aun entonces bueno será que formen siquiera un ligero bosquejo ó esqueleto del sermon, que puede limitarse á escribir la proposicion, las divisiones y subdivisiones del asunto, é indicar ligeramente las principales pruebas y la materia de la peroracion. Estas indicaciones son como las grandes atalayas que se encuentran en un pais montuoso, y que sirven al viajero para no perder de vista su ruta; los espacios que separan á una de otra los llenará el orador con los recursos de su ingenio y de su ciencia, de su imaginacion y de su gusto literario. Al menos nosotros asi lo hacemos cuando podemos disponer de algunas horas siquiera antes de predicar, y rara vez hemos improvisado sin estos ligeros apuntes que nunca ocupan media cuartilla de papel y nos han servido de mucho, pues prestan una grande confianza; no parece sino que eran el croquis del terreno que habiamos de recorrer, y por lo tanto él nos daba como la seguridad de no extraviamos pues lo habiamos reconocido de este modo anticipadamente.

Esta conducta es precisamente la que aconseja el hábil maestro que hemos citado con repeticion en esta leccion, determinándola de este modo: 1.º Pensar sobre la materia que se ha de hablar, y fijar en la memoria un plan que pueda seguirse hablando; porque el orador marcharia como un ciego si no supiese á donde y por donde va.

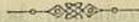
2.º Designar en este plan el lugar que conviene mejor á cada una de las ideas principales; frecuentemente su íntimo enlace y union es el mejor guia. 3.º Desenvolver cada una en particular sin confundirlas ni mezclarlas, evitando apoyar una idea por las razones que no convienen sino á otra. 4.º Ceñirse á justos limites.

Estas reflexiones son muy juiciosas, añade otro escritor, pues la lógica es la base de toda improvisacion, y el buen sentido es su alma. La mas grande tacha que se puede oponer al que habla es que no sepa lo que va á decir. No se ha de entender por capacidad de hablar el aglomeramiento de palabras sobre palabras; sino el hablar bien. En la improvisacion, como en el discurso preparado y escrito, á lo que principalmente se ha de atender es al método, á la claridad y á la energia.



LECCION XLII.

Preparacion para predicar.



Hay dos clases de preparacion para predicar, la una que la podemos llamar *remota* que consiste en emplear ciertos medios para formar los sermones y que se refieren á la invencion y disposicion de los argumentos ó pruebas, y que son principalmente la lectura de la Escritura Sagrada, las obras de los Padres de la Iglesia, la filosofia cristiana tratada en los apologistas de la religion, la buena literatura, las historias eclesiástica, sagrada y profana, y por decirlo de una vez, los lugares tanto intrinsecos como extrinsecos de la teologia, los recuerdos de lo que hemos aprendido, y que es necesario emplearlos en los sermones, y últimamente los ejercicios de composicion, de todo lo cual nos hemos ocupado con mas ó menos detenimiento en las lecciones precedentes.

La otra preparacion, que llamaremos *próxima*, supone la preparacion remota, y es necesaria para un caso dado, y de la que no puede prescindirse á no ser que la impidan causas muy atendibles, como son las demasiadas y perentorias ocupaciones del encargado en anunciar la palabra de Dios; la premura del tiempo para predicar, etc., que entonces esta falta de preparacion es disculpable ante Dios que lo ayudará con sus gracias, y ante los hombres que lo oirán con indulgencia. Pero fuera de estos casos escepcionales el predicador no debe ocupar la cátedra sagrada sin que preceda la pre-

paracion debida, si no quiere: 1.º *hacerse culpable de irreverencia á la palabra de Dios*; 2.º *comprometer su ministerio*; 3.º *faltar á Dios*; 4.º *ofender tambien á su auditorio*; y 5.º *incurrir en una grave é indeclinable responsabilidad*.

1.º El predicador que no se prepara debidamente para predicar *se hace culpable de irreverencia á la palabra de Dios*. Si es indudable que esta divina palabra es digna, segun San Agustin, de los mismos respetos que el cuerpo sacratísimo de Jesucristo; y por otra parte un buen sermón exige grande y difícil trabajo, como hemos manifestado en el curso de estas lecciones; el predicador que no se prepara para anunciarla dignamente presentándola á los pueblos con las formas propias para conciliar la veneracion de estos á la misma, profana la santidad de su ministerio evangélico, y no prestando la diligencia debida en la preparacion de sus sermones, es altamente reprehensible, pues con su descuido hace que sea infructuosa esa misma palabra que Dios ha puesto en sus labios.

Aun es mas; el predicador sin la debida preparacion hace una gran injuria á la palabra de Dios, pues además de que sus discursos resultan desaliñados y llenos de defectos, como hemos dicho en la leccion que precede, le hace perder toda su majestad y grandeza en el espíritu de los pueblos; y de aqui el que no la respeten; antes bien la critiquen los enemigos de la religion. ¿De dónde procede y si nó las mas veces esa falta de asistencia á las enseñanzas del púlpito, sino de la decadencia en que por desgracia han venido á parar los sermones por falta de preparacion? ¿De dónde han surgido esa multitud de anécdotas que forman el entretenimiento de las gentes del siglo, explotadas por la malignidad pública, y referentes á la divina palabra? Han surgido de la falta de preparacion de algunos predicadores, que en el calor de sus mal preparados discursos han tenido que echar mano de algunas comparaciones importunas, de algunas imágenes inconvenientes, de reflexiones ridículas, de espresiones burlescas y risibles que neutralizan el fruto que debieran haber obtenido de sus sermones, y que solo han obtenido la triste celebridad de aparecer en buen lugar en los fastos del ridículo. ¿Y no cede todo esto en daño de la divina palabra por la irreverencia á que la espone el predicador negligente? Asi es en verdad.

2.º El que no se prepara para predicar *compromete su altísimo ministerio*. Nadie duda de la limitacion de nuestras facultades naturales. Cuando mas satisfechos estamos de nosotros mismos hallamos un terrible desengaño que nos hace ver nuestra pobreza, y lo poco que vale nuestra orgullosa razon. Pues bien, confie el predicador en sus propias fuerzas, y suba al púlpito sin prepararse, y hallará mas de una vez esos desengaños funestos, viéndose burlado en sus talentos, y en los recuerdos que le hacian menospreciar el trabajo y esmero en la preparacion de sus sermones. Pero estos desengaños no son funestos solamente para él; lo son aun mucho mas para su ministerio apostólico que ha comprometido lastimosamente; puesto que de la falta de consideracion que entonces le tiene el auditorio participa en gran parte el ministerio mismo que tan mal ha desempeñado, y que tan mal parado queda por su culpa en el concepto de los *despreocupados* del siglo.

3.º La falta de preparacion del predicador hace que este *falte á Dios*, porque si un embajador de cualquiera príncipe de la tierra descuidase los negocios de que estaba encargado por él, y por lo tanto no lo representara dignamente, ¿no se diria que habia faltado al monarca que lo habia enviado? El predicador pues es el enviado y embajador de Jesucristo. *Pro Christo ergo legatione fungimur*, ha dicho San Pablo; él es el que lo representa en la cátedra sagrada, y él será tambien quien lo deshonne si con negligencia tratase los importantes negocios de su divina gloria y de la salvacion de las almas predicando al pueblo sin la divina preparacion.

4.º Al mismo tiempo ese predicador indolente *falta á su auditorio*, por su misma indolencia para la preparacion. Parece que se hace poco aprecio del auditorio cuando se le habla de cualquier manera, y en efecto es asi; sin tener en cuenta que por humilde que este sea lo componen los fieles que Jesucristo ha rescatado con el precio de su preciosísima sangre; los fieles que son nuestros hermanos; los fieles que están llamados como nosotros á reinar un dia en los cielos; necesario es pues hablarles de una manera conveniente y digna. Veamos de qué bella comparacion se vale San Juan Crisóstomo para confirmar esta verdad. «Si en las casas de los ricos, dice, hay magníficas lámparas que iluminan todas las habitaciones; á la

vez que en el reducido aposento de los pobres no hay sino una pequeña luz para alumbrar todo su recinto. Si en las grandes ciudades bellas fuentes decoran todas las calles; en tanto que en las pequeñas poblaciones no hay sino una fuente para todos los habitantes; esta es la gloria de la Iglesia, que es la casa de Dios, la ciudad santa, ser alumbrada hasta en sus menores partes por una predicacion que brilla como una magnífica antorcha, y ser fecundizada por aquella agua que salta hasta la vida eterna; los hijos de Dios deben ser tratados en todas partes con honor.»

5.º Incurrer en una *grande responsabilidad* el predicador que desprecia la preparacion de sus sermones. Sobre él pesa entonces este terrible anatema: *Maledictus, qui facit opus domini fraudulentum*; pues obra de Dios es la predicacion, y con engaño y con desuido la practica el predicador que para ella no se prepara como debe.

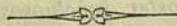
Además, si Quintiliano llama pérfido y traidor al abogado que no prepara su alegato como pudiera hacerlo, porque su negligencia compromete los intereses de su cliente, ¿con qué nombres habremos de calificar al predicador que no prepara su instruccion cuanto le es posible para tratar de los intereses sagrados de Dios y del prójimo en la cátedra santa de la verdad? ¿Cuál será la recompensa de este siervo perezoso? Harto triste será su destino; como altamente glorioso el del predicador laborioso y lleno de celo, pues segun ha dicho el Apóstol cada uno recibirá la recompensa en proporcion de su trabajo: *Sicundum suum laborem*.

En evitacion de estos graves inconvenientes y terribles males consultemos á los hombres mas eminentes de la Iglesia tanto de los tiempos antiguos como de las edades modernas, y ellos nos dirán acerca de la preparacion para predicar. Nos basta oír á San Agustin y á San Juan Crisóstomo, como pertenecientes á los primeros siglos del cristianismo. El primero, siendo tan hábil maestro en el arte de hablar, preparaba con grande esmero sus instrucciones, como él mismo nos lo dice al fin de su cuarto discurso sobre el salmo CIII: *Magno labore quæsitæ et inventæ sunt, magno labore nuntiata, et disputata sunt; sit labor noster fructuosus vobis, et benedicet anima nostra Dominum*. El segundo, ó sea el elocuente patriarca de Cons-

tantinopla, no convidaba á su mesa á nadie, á fin de tener mas tiempo para preparar sus sermones, aplicándose estas palabras de los apóstoles: *Non est æquum derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis.*

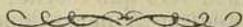
Entre los modernos citaremos á San Carlos Borromeo que, á pesar de la facilidad de predicar adquirida por sus estudios y por su frecuente ejercicio, no creyó jamás poder descuidar esta preparacion. Lo mismo sucedia á Fenelon, no pudiendo dispensarse de este trabajo, no obstante el espíritu prodigioso y fecundo de que estaba dotado; y San Alfonso Ligorio, á pesar de su estilo sencillo y misionero, no permitia á sus sacerdotes subir al púlpito sin haber escrito antes cuanto habian de predicar, á menos que sus talentos no hubieran dado pruebas de que no tenian necesidad de escribir.

Para no estendernos mas sobre esta materia diremos acerca de la preparacion, que el predicador debe consultar al Espíritu Santo antes de hablar á su auditorio; de Él aprenderá por la oracion, por el estudio de los libros sagrados, por la meditacion profunda, las verdades cristianas que deba predicar. Y no se objete contra esa preparacion, aduciendo estas palabras de Jesucristo nuestro Señor que leemos en San Lúcas, ú otras semejantes de la Sagrada Escritura: *Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis. Ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri;* pues además de que en otra parte hemos dicho que el Espíritu Santo se comunica á los suyos cómo y cuándo quiere, San Agustin, esplicando estas palabras del evangelio que parecen evitar toda preparacion á los ministros de la santa palabra, dice que es necesario que el predicador antes de subir al púlpito ore, estudie, piense, reflexione, medite, y que entonces, una vez ocupando aquel lugar sagrado, se podrán aplicar á él las palabras de Jesucristo que hemos citado. Esto se verifica á la letra, en efecto, si todo lo que el predicador ha preparado ha tenido cuidado de beberlo en las fuentes purísimas de la religion, y en los sagrados manantiales de las Divinas Escrituras.



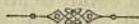
LIBRO IV.

CUALIDADES ESTERIORES DEL PREDICADOR.



LECCION XLIII.

Pronunciacion, ó accion oratoria.



Podemos decir que hasta ahora no hemos considerado al predicador sino como escritor, dándole preceptos para que invente los asuntos mas á propósito para sus sermones, indicándole las fuentes de donde puede tomar las pruebas para persuadir y para mover el corazon con la oportunidad necesaria, á fin de que sean útiles al pueblo fiel. Esos preceptos se han hecho extensivos á la forma con que ha de presentar la materia de su predicacion, segun los diferentes géneros sobre que se verse, disponiéndola con orden y método en la oracion retórica ó discurso, para hacerla mas inteligible é insinuante; y por último, valiéndonos de las reglas de la elocucion, le hemos indicado los medios mas conducentes para que los asuntos de que trate se hallen revestidos de ciertas galas, que sin desfigurarlos se hagan agradables y amenos, y se les dé brillantez y energia.

Ahora bien, el predicador necesita subir á la cátedra del Espíri-

tu Santo para evangelizar al pueblo; necesita presentarse en las asambleas de los fieles para hablar de los testimonios de Dios; necesita ejercer aquella funcion santa que llamamos predicacion, en la que va á enseñar á los hombres las verdades del catolicismo, y á exhortarlos á su práctica, y por lo tanto le es indispensable la pronunciacion, que es *una parte de la oratoria sagrada que trata de la inflexion de la voz, y de la modificacion del gesto, acomodadas á las ideas y sentimientos que se manifiestan en el sermon.*

Es indudable que esta parte de la oratoria es la mas necesaria y útil, y por esto San Bernardo, citado por el P. Granada, dice: «Suele ser mas acepto el sermon vivo que escrito, y mas eficaz la lengua que la letra; ni el dedo que escribe espresa tanto el afecto como el semblante, porque no tanto suelen atender los hombres á lo que dices, ó con que palabras lo dices, cuanto al rostro y á la accion con que lo dices.» Y el mismo P. Granada añade: «Apenas hay quien pueda oir con paciencia los sermones de muchísimos predicadores, á quienes ni falta erudicion en el disputar, ni elocuencia en el escribir, ni piedad y religion en la vida. De lo cual no es otra ciertamente la causa sino que están destituidos de esta sola virtud de la pronunciacion. Y de estos dice el vulgo, que verdaderamente son hombres eruditos, pero que no tienen gracia para predicar; queriendo significar por esta palabra *gracia*, la virtud de la accion y pronunciacion.»

«Esta es, pues, la parte que mas sobresale en el decir, sin la cual el predicador mas docto no podrá ser contado en este número; y el medianamente instruido en ella podrá aventajar á los mas doctos. Pues hubo niños que con la dignidad de la accion parecieron elocuentes; y muchos hombres discretos que por la fealdad de la accion han sido tenidos por niños. De cuya diferencia no parece ser otra la causa, sino que los oyentes se mueven segun aquella impresion que hacen en sus ojos y oidos el semblante y palabras del predicador.»

Todo esto, y otras reflexiones que pudiéramos hacer sobre la importancia, necesidad y utilidad de la pronunciacion en general, lo reasume Hugo Blair en estas palabras que trascribimos, y que expresan perfectamente nuestro pensamiento y opinion en esta mate-

ria, en la cual el predicador debe fijar cuidadosamente su atencion: «Por un célebre dicho de Demóstenes que refieren Ciceron y Quintiliano, asi se espresa el escritor que nos ocupa, se ve cuanto aprecio hacia de esta parte de la elocuencia el mayor de los oradores. Habiéndole preguntado cual era la parte primera en la oratoria, respondió: la recitacion; preguntado cual era la segunda, y luego cual era la tercera, respondió siempre: la recitacion. No es de maravillar que hiciese tanto aprecio de ella, y que para mejorarla en sí mismo hubiese practicado tan continuas y penosas diligencias como las que nos cuentan los antiguos, porque ciertamente no hay cosa tan importante.»

«Los que juzgan superficialmente pensarán que el manejo de la voz y del gesto en la elocucion pública pertenece solamente á la decoracion, y que es una de las artes inferiores de ganar al auditorio. Pero van muy fuera de camino, porque está íntimamente enlazado con la persuasion, la cual es ó debe ser el fin de toda elocucion pública; por eso no deben desdeñarse de su estudio los mas graves y circunspectos oradores, como ni tampoco los que únicamente aspiran á agradar.»

«Por tanto permítaseme observar que nuestra intencion, siempre que nos dirigimos á otros por medio de la palabra, es hacer en ellos alguna impresion, y comunicarles nuestras mismas ideas y sentimientos. Pues el tono de la voz, nuestras miradas y nuestros gestos interpretan las ideas y las connoiciones tan bien como las palabras, y aun la impresion que hacen en los otros suele ser mucho mas fuerte que la de estas. Vemos muchas veces que una mirada espresiva, un grito apasionado, sin ir acompañados de palabras, traspasan á otros ideas mas fuertes y escitan en ellos pasiones mas vigorosas que las que puede comunicar el discurso mas elocuente. La significacion de nuestros sentimientos hecha por tonos y gestos tienen sobre la que hacen las palabras la ventaja de ser el lenguaje de la naturaleza. Ella ha dictado á todos los hombres este método de interpretar los pensamientos que por todos es entendido, mientras que las palabras son puramente símbolos arbitrarios y convencionales de nuestros conceptos, y por consiguiente hacen una impresion mas débil. Tanta verdad es esta, que las palabras para tener su signi-

ficacion completa necesitan recibir casi siempre alguna ayuda de la manera de la pronunciacion, ó de la recitacion; y el que hablando usare de las palabras desnudas, sin ayudarlas con tonos y acentos convenientes, hará en nosotros una impresion débil y confusa, y muchas veces nos dejará dudosos de lo que dijo. La conexion entre ciertos sentimientos y la manera propia de pronunciarlos es tan estrecha, que el que no los pronunciare segun ella jamás nos persuadirá de que cree ó experimenta los mismos sentimientos. Tal puede ser su recitacion que desmienta lo mismo que asegura.»

Antes de entrar en la exposicion de las nociones especiales de la *voz* y del *gesto*, que son las partes de la pronunciacion, ó de la accion oratoria, segun la definicion que hemos dado de esta, y que son los únicos medios con que el predicador puede transmitir sus pensamientos y afectos á su auditorio, vamos á hacernos cargo de algunas cuestiones preliminares acerca de la pronunciacion ó accion oratoria en general, que son las siguientes: 1.^a ¿Cuál es su *importancia*? 2.^a ¿Cuáles son los *medios* que la facilitan? 3.^a ¿Cuáles son sus *cualidades*? 4.^a ¿Cuál es el *principio* que la inspira? 5.^a ¿Cuáles son los *obstáculos* que la hacen viciosa?

I.

IMPORTANCIA DE LA PRONUNCIACION.

Reconocida está por todos los siglos y por todos los pueblos la importancia de la pronunciacion ó de la accion oratoria fundada en la misma naturaleza. Los antiguos, atentos á componer el exterior, tenian academias donde se les enseñaba á dirigir con decoro ó convenientemente el aspecto, el semblante y los movimientos del cuerpo, y los oradores que Roma y Atenas admiraron en el estado floreciente de sus repúblicas, se formaron bajo esas enseñanzas. Tal era la alta idea que tenian formada de la accion oratoria, que podemos juzgar de su escelencia por los preceptos que daban en sus escuelas, los cuales podemos apreciarlos por los que nos han dejado Quintiliano y Ciceron. Hablando de esta materia el primero nos dice: «La

accion es de una fuerza maravillosa en el discurso. Porque no tanto importa que lo que nosotros hayamos escrito ó meditado esté bien, cuanto que sea bueno el modo con que los pronunciemos; pues no hace impresion sobre el espíritu del auditorio sino segun este oye. Por lo que de todas las pruebas que el orador saca de sus conocimientos ninguna por fuerte que sea, dejará de ser débil si no está sostenida por cierto tono afirmativo. Es preciso que los sentimientos y las pasiones desmayen, si la voz, el semblante, y todo el exterior del que habla no las inflaman, por decirlo asi. Por mí no tengo dificultad en decir, que un discurso mediano sostenido con todas las fuerzas y los adornos de la accion, será de mas efecto que el mas bello discurso que esté destituido de ella.» A estas palabras de Quintiliano sobre la importancia de la pronunciacion pudiéramos añadir otras del mismo autor y de otros de la antigüedad si no temiéramos hacernos difusos.

Oigamos sobre esta misma materia á los escritores modernos que aceptan lo que en este punto dijeron los antigños. Sin citar al Padre Granada, á Hugo Blair, á San Francisco de Sales, Maury, Audisís y otros, nos dice Buffon: «¿Qué es necesario para mover y sostener á la multitud? ¿Qué se necesita para conmover á la mayor parte de los hombres y persuadirlos? Un tono vehemente y patético, gestos espresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras.» Y la Bruyere dice lo mismo aunque con diferentes términos: «El pueblo llama elocuencia á la facilidad que algunos tienen de hablar solos y por largo tiempo, unida á la importancia del gesto, á la vibracion de la voz y á la fuerza de los pulmones.»

¿Y tendrán aplicacion estas teorías á la predicacion? ¿Será de importancia la accion oratoria en el ministerio de la divina palabra? Es indudable. La oratoria sagrada no ha podido menos de aceptar cuanto de bueno le ha presentado la oratoria profana para persuadir y conmover, y por lo tanto ha aceptado los principios de la pronunciacion que como hemos dicho se fundan en la misma naturaleza. Asi lo vemos practicado por los Santos Padres y no pudiera ser de otra manera para sacar todo el fruto del ejercicio de la predicacion, salva siempre la influencia celestial de la gracia divina.

Por esto vemos que San Bernardo debió á los recursos de la ac-

cion oratoria la grande reputacion de que gozaba. Este Santo Padre pronunciaba sus sermones en lengua latina que no se usaba ordinariamente por el pueblo. Y sin embargo, la mayor parte de los oyentes, no comprendiendo casi nada de sus palabras, salian de la Iglesia penetrados, convertidos, llenos de respecto hácia la religion, derramando lágrimas de compuncion y arrepentimiento. Su aire penitente, su voz llena de uncion, su exterior de profeta hablaban en su favor y persuadian quizá con mas eficacia que lo que que hubiera podido hacer la elocuencia de sus discursos si los hubiera predicado en el idioma del pueblo. Lo mismo pudiéramos decir de la accion patética y popular de San Juan Crisóstomo, de San Basilio, de San Gregorio, y otros Padres de la Iglesia, y de tantos misioneros que tanto partido han sabido sacar del ejercicio de la pronunciacion en favor de las almas. Asi es que San Agustin nos dice que aquel que predica sabiamente y con elocuencia es preferible y aprovecha mas á sus oyentes que aquel que no habla sino con sabiduria. *Qui non solum sepienter, verum etiam eloquenter potest dicere, procut dubio plus proderit.*

Sin que se diga para disminuir la importancia de las reglas de la pronunciacion que los apóstoles no las aprendieron; pues aquellos hombres santos habian recibido el don de los milagros bien capaces de suplir la pobre elocuencia humana, y además los dones con que el Espíritu Santo les enseñó á anunciar dignamente el Evangelio, haciéndolos elocuentes en la accion como en la palabra; y asi vimos que San Pablo en medio del Areópago no hubiera sido escuchado si, por una accion exterior unida á un lenguaje elocuente, no hubiera sabido cautivar la atencion de aquel pueblo orador.

II.

MEDIOS PROPIOS PARA FACILITAR LA PRONUNCIACION.

Si la naturaleza hubiera dotado á todos los hombres de iguales facultades para la oratoria no habria necesidad de indicar los medios para facilitar la pronunciacion en todas sus partes. Mas como quiera que no se hayan repartido esos dones con igualdad, se hace indispensable que las reglas del arte suplan en *cierto modo* aquella desigualdad que notamos. Hemos dicho en cierto modo porque hay facultades que de manera alguna pueden suplirse por el arte. Otras se corrigen con mas ó menos trabajo, ó se llegan á perfeccionar de alguna manera.

A este fin encaminamos nuestras observaciones, que las consideramos de grande utilidad, mayormente cuando estamos persuadidos que muchos defectos se perpetuan en los predicadores porque, si bien todo el mundo los conoce, ellos preocupados no los advierten, y muchas veces por no herir su susceptibilidad, y otras por causas que no hay necesidad de enumerar, ello es que jamás llegan á sus oidos los vicios de que adolecen, ó los medios que seria conveniente emplearen para adelantar en la accion oratoria.

Ahora bien; si es una verdad la diversidad de talentos para el púlpito, pues notamos que unos predicadores ostentan aquellos en la composicion, y tienen facilidad para estos ejercicios, en tanto que apenas saben recitar esas mismas composiciones; á la vez que otros dicen bien, y les es sumamente dificil componer, y entre estos unos articulan perfectamente, y su gesto es detestable y *vice-versa*; fuerza es que todos se apliquen á adquirir medios para facilitar su accion oratoria.

Para ello los retóricos señalan entre otros la lectura en alta voz, procurando ejercitarse primero en leer libros ó trozos de ellos, escritos en estilo llano, y despues leer los que se hallen escritos en

estilo sublime, donde campean las imágenes, las figuras y todas las galas de la elocuencia, que son mas difíciles de leerse, dándoles el sentido conveniente. Esta lectura deberá hacerse en presencia de personas que puedan advertir con franqueza al predicador los defectos que noten, pues de otra manera quedaria sin resultado este trabajo.

Mas de una vez hemos hecho notar á nuestros discípulos que no podrian ser buenos predicadores si no sabian leer perfectamente; pues en la lectura se tienen que observar las reglas de una buena pronunciacion, haciendo los puntos, las comas, ó sea las pausas de los periodos, las interrogaciones, admiraciones, reticencias, ironias, etc., por la modulacion de la voz y por lo demás que se prescribe en las reglas de la prosodia. Pues esto mismo es lo que se ha de realizar en la predicacion, y por ello lo recomendamos eficazmente.

La imitacion de los buenos modelos contribuye en gran manera á facilitar la pronunciacion; pero cuenta que esta imitacion no ha de ser servil que mate al genio, sino que lo ayude y lo corrija. En la imitacion, no solamente se aprende á articular con distincion, sino que tambien se perfeccionan los movimientos del cuerpo, la gesticulacion, etc., de que nos ocuparemos detenidamente mas adelante. Infiriendo de aqui que el ejercicio y los mejores modelos son en esta materia mas instructivos que todas las lecciones y que todos los libros. Ejercítense pues los jóvenes que se dedican á tan santa tarea bajo la direccion de entendidos maestros, y al imitar no liguen tanto sus talentos y facultades que resulte un mecanismo frio é inconveniente.

III.

CUALIDADES DE LA PRONUNCIACION.

Cuatro son las principales cualidades que debe tener la pronunciacion, á saber: que sea *natural*, *variada*, *espresiva* y *conveniente*; de las que nos haremos cargo considerándolas separadamente.

I. Debe ser *natural*.—Sin embargo de que hemos dicho en el párrafo antecedente que las reglas del arte prestan medios para facilitar la accion oratoria, ó pronunciacion; no hemos querido dar á entender que el arte puede serlo todo en esta materia. Al contrario, la naturaleza presta las primeras ideas, y el arte las perfecciona ó las corrige cuando son defectuosas; él es lo que el sol para la tierra que encierra en su seno la virtud productora de todas las plantas; pero supone en ella el principio de esta fecundidad. Asi es que el fin de las reglas de la pronunciacion consiste en espresarse de una manera natural; todos los movimientos sencillos, medianos, sublimes están en la naturaleza; basta, pues, estudiarla y seguirla sin violentarla. Véase sino á un hombre afectado por esta ó aquella passion, y entonces se le verá modular la voz segun los sentimientos de que se halle poseido su corazon, mover los brazos, los ojos y todo su cuerpo naturalmente y con esta naturalidad pronunciar mejor que si hubiera estudiado la manera de hacerlo. La naturaleza es bella hasta en su inmovilidad, llena de fuerza y de majestad, y aun las mismas pausas que ella dicta son á veces mas elocuentes que un discurso; así como toda accion oratoria que es puro efecto del arte desagrada. Por esto es necesario limitarse á observar la naturaleza y corregir en ella lo que sea defectuoso, y perfeccionar lo que tenga de bueno.

A este fin tengamos presentes las siguientes observaciones:

1.^a Cuando se dice que es preciso seguir la naturaleza no se ha de hacer tan rigurosamente que se lleve á la cátedra sagrada lo que

sea ridículo y trivial; pues hay en ese lugar elevado una cierta gravedad que, por una parte se aleja de la familiaridad de las conversaciones y de los actos ordinarios de la vida, y por otra parte de la afectacion del teatro; no se lleven pues al púlpito ciertas libertades que se permiten sin embargo fuera de ese lugar.

2.^a No se han de buscar por los jóvenes en el teatro los verdaderos modelos de una pronunciacion natural. «Yo prohibiria con la mas justa severidad, dice Maury, que los jóvenes mirasen el teatro como una buena escuela del gesto, ni á los actores como á los verdaderos modelos de la declamacion oratoria. Nada hay de peor gusto y mas contrario al tono del púlpito que una manera teatral. Esto se conoce sin detenerse cuando se tiene el sentimiento y el hábito del santo ministerio, y este no necesita jamás la superioridad del declamador que se humilla á estas indecentes imitaciones.»

3.^a Es necesario guardarse de forzar el estilo peculiar de cada uno por imitar á otro predicador que agrada. Cada cual debe conservar lo que ha recibido de la naturaleza, y no aprovecharse de lo que se ve en otro sino para corregir los defectos que se notan en uno mismo. La mayor parte de los que comienzan á predicar se hacen un deber de seguir á los predicadores que están en boga. Pero como la voz de la muchedumbre no es siempre una prueba cierta del verdadero mérito, suele acontecer que los predicadores de que hablamos no están exentos de defectos en la accion oratoria; si se les sigue sin discernimiento, y por esto se copian sus defectos, menospreciando las reglas que determinan las cualidades de una buena pronunciacion. Ténganse presentes estas reglas, y entonces examínese con cuidado lo que se puede imitar en ellos, y lo que merezca imitarse; pero no se les siga ciegamente en todo, pues habrá ocasiones en que un predicador célebre tenga una voz agradable y variada, y tal vez un gesto ridículo; tómese por lo tanto lo bueno, y deséchese lo defectuoso, siempre en relacion con el carácter del que quiere imitar.

II. La pronunciacion debe ser *variada*.—Esta variedad de que hablamos está basada en la misma naturaleza; de modo que si la pronunciacion, como hemos dicho, es natural tiene que ser variada. Entre las pasiones del alma, y las modulaciones de la voz, y los

movimientos del cuerpo, ha establecido la naturaleza relaciones íntimas; de modo que cada movimiento del alma pide un tono de voz y un gesto particular, cada uno de esos movimiento varia la espresion del semblante.

De aquí nacen los acentos dulces ó acres, impetuosos ó prolongados, entrecortados ó patéticos, débiles ó llenos, como diremos despues, y esta misma variedad encontramos en los movimientos, en el semblante, en los ojos, en las manos, que han de corresponder á la variedad de la palabra y del pensamiento. De esta diversidad de entonaciones y de movimientos deben salir el brillo de las figuras y de las imágenes, los colores del discurso, la belleza y energia de la oracion recitada que pone en contacto al predicador con sus oyentes.

III. Debe tambien ser *espresiva*.—Quiere decir que la pronunciacion debe representar los pensamientos y los sentimientos; todas las pasiones diseminadas en el discurso; todas las figuras con que el predicador lo ha adornado: las interrogaciones y las respuestas; las exclamaciones y los apóstrofes; ella debe ser en sus pinturas tan verdadera, tan exacta, tan caracterizada que no haya persona que no la comprenda, y de tal manera que alguna vez supla lo que no se puede espresar con el lenguaje oral.

Será mala la accion oratoria ó la pronunciacion si es oscura ó equívoca; cada movimiento debe tener una significacion clara, como en el lenguaje cada palabra debe tener un sentido. Cuando la accion tiene este carácter, la riqueza de la elocucion adquiere una nueva gracia; el pensamiento se hace mas vivo; los sentimientos tienen mas uncion y mas fuerza, y el auditorio conmovido abandona su alma á los encantos de esa elocuente pronunciacion.

Si por el contrario esta no tiene espresion paraliza todo el efecto del discurso; un ademan del semblante, una sola mirada, un sonido de voz, un gesto que no esté en relacion con lo que se dice, bastan para acusar ó descubrir al predicador, colocándolo en una posicion desventajosa. Nada pues será mas ridiculo que el encontrar discordancia entre lo que se dice y el tono ó manera con que se dice.

IV. La pronunciacion debe ser *propia* ó decorosa.—La propiedad de la pronunciacion se refiere á conformar la accion, el gesto,

todos los movimientos con las exigencias de tiempo, de lugar, de circunstancias, de los oyentes, de las materias que se tratan, del lugar mismo que se ocupa, etc. Se llama mal visto todo lo que es opuesto á esta idea. Hay cosas, dice Quintiliano, que se dicen mejor á unos que á otros; las hay que conviene practicarlas delante de unos, y de ninguna manera en presencia de otros. Los mismos tonos de voz, los mismos movimientos no sirven igualmente delante de los magistrados que del pueblo; en un elogio que en un asunto sencillo. Vamos pues á considerar la conveniencia de la pronunciaci3n bajo tod's estos aspectos.

1.º Propiedad de la pronunciaci3n relativamente al *exterior y á las costumbres* del predicador.—La propiedad de la pronunciaci3n considerada bajo este aspecto consiste en arreglar el exterior de manera que haya consonancia entre él y el ministerio august0 que el predicador está llamado á desempeñar. Si bien es verdad que este ministerio es igual en todos, sin embargo hay formas que no son adaptables á todos los predicadores; el tono de la voz, el gesto, las maneras y movimientos de un predicador anciano, no deben ni pueden ser los mismos que los de un orador jóven. La naturaleza de la pronunciaci3n ó acci3n oratoria es una para todos; sus accidentes son diversos, segun las cualidades que dejamos indicadas; pero siempre conformes con la gravedad que caracteriza la misi3n evangélica.

Ahora bien; toda afectaci3n del predicador en su exterior, ó aquellas maneras puramente mundanas, no se avienen ni pueden avenirse con la austeridad de los enviados de Dios para evangelizar los pueblos. De aqui esa natural repugnancia que produciria en el comun de los fieles la presencia en la cátedra sagrada de un predicador de cabellos ensortijados y bañados en perfumes, de frente alta, y de miradas ligeras é inmodestas, que revela en su continente y en su aire mundano que no ha comprendido la misi3n dignísima y apostólica que va á ejercer; que sube al púlpito donde ha de predicar la austera y santa moral de Jesucristo, con el lenguaje de los filósofos mas despreocupados, y con la acci3n de un declamador que se presenta en el teatro, ó en otros círculos meramente profanos.

El pueblo, que siempre tiene mucho de verdad en su criterio y apreciaciones, no puede comprender por mucho que la fe lo ilustre y la caridad lo abrase, cómo aquel predicador ligero en sus maneras; afeminado ó superficial en su modo de hablar; estudiando con afectacion cómo ha de colocarse en el púlpito, y cómo ha de arreglar su hábito y sus cabellos; en una palabra, ocupado absolutamente de su persona, pueda ser el sacerdote digno que está encargado de echar en rostro sus iniquidades á Israel, predicar la penitencia á los pueblos para la remision de los pecados, y trazar á los hombres el camino estrecho de las otras virtudes evangélicas para llegar por ellas al cielo.

Al reprobar, como lo hacemos, siguiendo el espíritu de la Iglesia, el exterior mundano que no puede cohonestarse en los predicadores de Jesucristo, no queremos tampoco autorizar aquel exterior desaliñado y repugnante de otros que pensasen equivocadamente que, presentándose en el púlpito sucios, con largos y descompuestos cabellos, con la barba crecida, y dejando ver el mayor descuido en toda su persona, revelarían así la austeridad del ministerio apostólico. Tal exterior supondría por lo menos una educacion muy descuidada y una devocion mal entendida. La falta de aseo, y el abandono de las reglas de urbanidad y policia, no son el reflejo de las virtudes sacerdotales; un hombre por ser sacerdote y predicador de Jesucristo, no está menos obligado á guardar en su exterior los miramientos que exige de él la cultura de la buena sociedad. Aun nos atrevemos á decir con un escritor, que una alma bella no puede habitar en un cuerpo vil y grasiento; y que muchos Padres de la Iglesia han creido que la negligencia del exterior era un indicio ó sospecha de un interior descuidado. Tal conducta es de ignorantes ó de fariseos, que con un exterior afectado creen pasar por muy rigidos en los principios de la sana moral.

A estos defectos podemos añadir otros que no dejan de ser notables, y que consisten en dirigir desde el púlpito antes de comenzar á hablar miradas arrogantes á uno y otro extremo del auditorio; arreglar con esmero sus mangas, ó su cuello; sonarse las narices con frecuencia; en una palabra, manifestar un aire estudiado, que estaria mal visto en cualquiera círculo de la sociedad, y por lo tan-

to mucho mas entre los fieles reunidos en el templo, á quienes se debe todo respeto y consideracion.

2.º Propiedad de la pronunciacion con respecto al *asunto* y á los *diferentes estilos* que en él se emplean.—Las reglas de la pronunciacion ó de la accion oratoria están íntimamente relacionadas con las que exige y deben observarse en la composicion del asunto. Las podemos reducir por lo tanto á tres que se hallan compendiadas en estas palabras: *Is est eloquens, qui magna graviter, humilia subtiliter, et mediocria temperatè potest dicere*. La accion, pues, conviene y se adapta al asunto cuando las materias que se hallan en estilo sencillo se pronuncian de una manera sencilla y fácil; los grandes asuntos con una accion noble, fuerte y patética, y en los discursos del estilo templado con una accion que sea un término medio entre una y otra.

Al decir que la accion ó pronunciacion sea sencilla no se ha de creer que tenga nada de baja y trivial. Se la admite en los asuntos que no sirven sino para instruir, y seria enojosa y estaria fuera de su lugar si fuese demasiado grave, ó demasiado florida. Ella debe pintar las interrogaciones, las exclamaciones, los apóstrofes y demás figuras que espresan las pasiones.

Para que la pronunciacion sea verdadera debe tener las cualidades de la elocucion: *pura, clara, adornada*. Pura, de tal modo que sus movimientos sean propios, significativos; que nada tengan de indecorosos, de descuidados, de bajos, ni puedan ofender la delicadeza del auditorio. Clara, que corresponda al sentido de las palabras; ni equívoca, ni demasiado frecuente ó agitada. Adornada, pintando las figuras, las pasiones que se hallan esparcidas en el discurso, y el sublime de las palabras que lo componen, cuando el asunto lo exige, ó las partes mismas del asunto lo reclaman. Si es verdad que las palabras son nada sin las cosas, no es menos cierto que las cosas y las palabras dependen de la accion.

Pero es necesario huir de los movimientos hiperbólicos ó exagerados que son los arranques de un temperamento que se abandona á su propia fogosidad. ¿Qué se podria pensar de un predicador que jamás pronunciasse con aire tranquilo; que jamás variase su accion; que sin haber preparado á sus oyentes comenzase por pronunciar su

asunto con el mayor fuego; que gritara desde el principio hasta el fin, y se manifestase siempre furiosamente agitado? ¿No merecería que se le tuviese por un demente hablando en una asamblea de hombres cuerdos, ó como un hombre embriagado en medio de gentes sobrias é indiferentes?

La vista de una grande asamblea y la importancia del asunto deben, sin duda, animar á un hombre mucho mas que en una conversacion particular; pero en público, como privadamente, es necesario obrar siempre con naturalidad. «Nada es mas chocante, dice Fenelon, que un hombre que se atormenta por decirme cosas frias; mientras él suda, me hiela la sangre. Hay algun tiempo que me dormí en un sermon; me desperté, y luego conocí que el predicador se agitaba estraordinariamente. Pensé que seria la fuerza ó energia de su moral; pero era que advertía á sus oyentes que en el domingo próximo les predicaria sobre la penitencia. Esta advertencia, hecha con tanta violencia, me sorprendió, y me hubiera hecho reir, si el respeto del lugar no me hubiera contenido.» Todo esto nos indica que la pronunciaci3n debe estar en perfecta relacion con lo que se dice; las cosas pequeñas de una manera sencilla y uniforme; las cosas grandes con una pronunciaci3n grande y sublime.

Viniendo al sublime de la pronunciaci3n debemos decir, que está reservado para los discursos de aparato, para los asuntos patéticos y los misterios. Si hablando del estilo sublime en la leccion XXXIII dijimos que es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor y de energia, y tan elocuente que domina las almas, arranca lágrimas, escita la admiracion, exalta las pasiones, y produce los mas vehementes movimientos en los oyentes; ¡qué pronunciaci3n tan patética y comovedora deberá acompañar á este estilo! Un predicador por ejemplo que tomase en su boca estas palabras de amenaza del Señor que leemos en el Deuteronomio, (cap. XXXII): «Embriagaré mis saetas en sangre, y mi espada devorará carnes en la sangre de los muertos, y de los enemigos que están en cautiverio con la cabeza desnuda,» ú otras semejantes que encontramos en nuestros sagrados libros, y en las que se admira el estilo sublime; ¿podrá pronunciarlas con un exterior tranquilo, espresando en ellas sentimientos del corazon tan llenos de vehemencia? Si así lo hiciese

desvirtuaría en gran manera la sublimidad que en sí tienen esas palabras y esos sentimientos.

Tratándose de los misterios de nuestra sacrosanta religion, estos piden una pronunciacion noble, sostenida, y sin embargo, variada. Los unos esponen una especie de triunfo y participan mas del panegírico que de la moral, como la Ascension, Pentecostés, la Resurreccion; otros se limitan á la instruccion, tales como la Santísima Trinidad, los Sacramentos, etc., y piden una accion mas popular, natural é insinuante y que es de un uso mas comun. En todos ellos á través del velo que los oculta se descubre la grandeza y elevacion de las cosas celestiales, y estas no pueden dejar de ir acompañadas de una pronunciacion majestuosa y digna, segun el carácter del asunto que es tan digno y majestuoso. Se predica, por ejemplo, la muerte del Hombre Dios, tan llena de prodigios, y misterios tan elevados, y que da lugar á contemplaciones sublimes, tiernas y dulces, y la pronunciacion entonces no puede ser sino triste, lenta, interrumpida, y que espresese los gemidos del corazon, el arrepentimiento y el horror al pecado que fué la causa de sacrificio tan elevado como cruento.

La pronunciacion ha de ser ligera, brillante y florida en los panegíricos, que regularmente tienen por objeto agradar, y esto ha de conseguirse por una pronunciacion armoniosa, delicada y espiritual, revelando en ella la elegancia del gesto, y las inflexiones ó cambios de la voz. Así como en las oraciones fúnebres inspire el dolor, el sentimientos y veneracion que reclama la memoria de aquel de quien se predica, afectos de que debe abundar este género de composicion sagrada, y que de otra manera no estaria en consonancia la pronunciacion con estos discursos patéticos.

La accion oratoria ó pronunciacion conveniente al estilo templado no debe ser con aquella vehemencia que caracteriza á los hombres de fogoso ó ardiente temperamento, sino dándole la brillantez y las gracias de la dicción; que sea elegante, pulida, pero menos rica y menos pomposa que en el estilo sublime. Si el predicador clama contra los desórdenes y corrupcion de las costumbres, sea su pronunciacion ya viva, enérgica, insinuante; ya tierna, llena de compasion y de dolor, y que en ella se revele la severidad y santidad de las máximas que se anuncian.

Cuando la predicacion se versa sobre aquellas grandes verdades que tienen relacion con el fin ó postrimerias del hombre, la muerte, el juicio, ó el infierno, donde el orador cristiano trata de persuadir y de conmover, la pronunciacion debe estar animada de fuerza y de vehemencia, tomando el aspecto y la voz de un profeta, de tal manera que sus ojos, sus manos y todo inspire el temor y el horror que causa el pecado, y se manifiesten los movimientos que produce en el alma la idea de un Dios vengador de los ultrajes que ha recibido, y estas sensaciones que experimenta el predicador, y que espresa en su pronunciacion, lleguen á comunicarse á los oyentes.

En las pláticas ó instrucciones familiares no tienen lugar el énfasis y el sublime de que hemos hablado. Este género de discursos, como dijimos hablando de ellos, son las exhortaciones de un padre á sus hijos que habla de una manera tranquila, tierna, y que sin embargo de que revela su autoridad, es de un modo que apenas la hace sentir. La pronunciacion entonces pues es sencilla; es suelta y fácil sin ser vaga, familiar sin ser baja, se manifiesta sin afectacion y sin temor. Un predicador que en asuntos ordinarios da á su pronunciacion la vehemencia de un sermón moral, la nobleza de un misterio, ó la brillantez de un panegirico se haria verdaderamente risible. Así como un discurso sencillo y razonado espresa con frecuencia mejor una cosa que toda la pompa y el adorno; del mismo modo una pronunciacion sencilla hace sentir mejor la bondad de una prueba y la fuerza de un razonamiento. En una palabra, que la pronunciacion sea sencilla en las cosas pequeñas, templada en las medianas, sublime y majestuosa en las grandes, verdadera y natural en toda ocasion, así se espresa el escritor que nos facilita estas útiles advertencias.

3.º Propiedad de la pronunciacion relativamente á la *condicion y cualidades* de los oyentes, y *al lugar* donde se habla.—En la leccion XI hablamos de las reglas que la oratoria sagrada prescribe al predicador acerca de la oportunidad de la invencion de sus argumentos, y esa misma oratoria ofrece tambien sus preceptos de oportunidad con respecto á la pronunciacion, teniendo en cuenta el carácter, las cualidades y demás circunstancias de las personas á quienes se predica, y el tiempo en que se predica.

La conveniencia y necesidad de esa oportunidad las hicimos ver entonces, y para no reproducir las razones con que las apoyamos, bastará hacer aplicacion de las mismas á la materia de que nos vamos ocupando. Diremos, sin embargo, con un escritor, que «no todos los predicadores reciben inmediatamente de Dios su mision, como los Jeremias y los Nathan, para anunciar abiertamente á los príncipes de Israel sus desórdenes y sus crímenes. Es necesario grande prudencia para explicar la ley á aquellos que son sus depositarios, como á los monarcas, imágenes vivientes del Todopoderoso, que son los ministros de sus venganzas, y los dispensadores de su autoridad. Si la gloria de la religion pide de nosotros en ciertas ocasiones una valentia de profeta, la voz, el gesto, todo nuestro exterior debe dulcificar la amargura de nuestras palabras, y manifestar el respeto que conservamos por estos ilustres culpables. Una reputacion de santidad, un rango eminente no son siempre los recursos para defendernos de las desgracias que la independencia del ministerio puede procurar al predicador.»

Sin faltar pues á ese ministerio santísimo, sin confundirnos para hablar de los testimonios de Dios en presencia del rey y poderosos de la tierra, como decia David, ni menos avergonzarnos del Evangelio como no se avergonzaba el Apóstol, debe el predicador espresar en su pronunciacion los respetos y consideraciones que se debe siempre al auditorio cristiano, y mucho mas si este lo componen personas de alto rango. Esas consideraciones y esos respetos, que en nada perjudican á la verdad y grandeza de la religion, concilian el respeto al predicador, pues si queremos ser respetados necesitamos respetar á los demás.

De aqui la necesidad del arte para no ofender con maneras y gritos descompuestos la delicadeza de los grandes sin hacer traicion al ministerio altísimo de la divina palabra. Procure pues el predicador usar ante estos de una accion noble, y cortés, de una voz dulce, agradable, de un gesto grave y tranquilo, de movimientos llenos de discrecion y de un exterior siempre respetuoso. Hay muchos entre aquellos que buscan mas al orador que al sacerdote; pues bien; concilíese el agrado del uno con la severidad del otro, pues se avienen perfectamente; sin callar por esto la verdad, ni transigir con el

pecado. El ejemplo de los buenos predicadores en esta materia es una leccion harto mas elocuente que todas las teorías.

Entre la gente vulgar, y en el auditorio de las aldeas, puede el predicador ser mas vehemente, mas enérgico en su pronunciacion, sin llegar por esto á la exageracion. Esa clase de oyentes mas fácilmente se persuade y se conmueve por una pronunciacion animada y vigorosa que por razonamientos convincentes y por las bellezas oratorias. En ellos parece que lo es todo los sentidos; pues comuniquese por ellos el predicador; asi vemos que una voz sonora y grave y una accion enérgica producen mas resultados que los mas bellos y pulidos discursos. Atienda pues el orador sagrado á la oportunidad de que hemos hablado relativamente á la pronunciacion, y sus esfuerzos se verán coronados con un buen éxito.

IV.

PRINCIPIO QUE DEBE INSPIRAR LA PRONUNCIACION.

Sin embargo de que ya en la leccion VIII hemos indicado que el predicador necesita para conmovier estar íntimamente conmovido; esto mismo podemos decir respecto á él mismo, tratándose de la pronunciacion. El principio que lo ha de inspirar para pronunciar no puede ser otro que el sentimiento de lo que dice, á parte de los auxilios sobrenaturales, de que jamás podemos prescindir. Oigamos á M. Hamon, á quien otra vez hemos citado, y con cuyas opiniones en esta materia nos hallamos conformes. «Una accion verdaderamente oratoria no puede ser producto del arte y de la industria; el sentimiento de un alma llena y muy penetrada del asunto, es el solo que puede inspirarla y formarla. El sentimiento es el que ha dado las reglas, y el que solamente puede dar á cada cosa la accion que le pertenece. Ved un hombre apasionado, ¡qué tono! ¡qué inflexiones! ¡qué variedad en la voz! ¡qué vivacidad en los ojos! ¡qué movimientos animados en todo el cuerpo! ¡cómo su exterior fija nues-

tra atencion y nos interesa! Sin embargo, él no estudia su accion; se entrega al sentimiento que lo domina, y lo espresa con toda perfeccion; todo habla en él; todo lleva la impresion de que se halla poseido.

Es pues del corazon de donde ha de partir la accion. Sentir lo que se dice, es el verdadero principio de una declamacion perfecta; ved ahí lo que sin pensar en ello da á la voz el tono que se necesita, al cuerpo su aclitud, á las manos el gesto, á los ojos el movimiento, al semblante la espresion, á la cabeza la posicion que conviene, y aqui como en el arte de escribir puede decirse: *Pectus est quod dissertos facit*. Un gesto, una mirada, una inflexion adecuada, inspirados por el sentimiento animan al oyente, lo conmueven y lo persuaden; el sentimiento suple á veces la falta de talento; pero no puede ser suplido por nada.»

«El gran arte es, pues, saber apasionarse con reflexion, y dar al sentimiento el grado de accion que exige sin rebajarlo ni debilitarlo; es penetrarse bien de la naturaleza, de la fuerza de cada pensamiento, y tener siempre en la memoria comunicarse á sus oyentes; en esto está todo el secreto y el resultado de la accion. Si tantos predicadores de mérito no hacen vivas impresiones en sus oyentes, es porque no se conmueven, y entonces su accion carece de fuego sagrado; no tiene el sublime del sentimiento que hiere los sentidos y fuerza al corazon á rendirse. El predicador que no sabe sentir jamás pronunciará bien un discurso; estará incierto é inseguro en su accion, será tranquilo cuando reprenda, indiferente cuando apremie, y colérico cuando exhorte.»

No obstante de que todo depende del sentimiento, el cual carece de artificio, procure el predicador para mejorar la pronunciacion observar las reglas que vamos estableciendo acerca de esta, pues además de ilustrarlo en la manera de espresar ese sentimiento, principio de su inspiracion, le servirán para huir de los vicios y defectos que puedan hacer imperfecta esta parte de la oratoria sagrada tan conveniente como necesaria.

V.

OBSTÁCULOS QUE PUEDEN EMPEDIR Ó VICIAR LA PRONUNCIACION.

A medida que es mas importante y delicada esta cualidad del predicador ofrece tambien varios obstáculos para su ejecucion, sobre los que deben meditar para cuidar evitarlo cuanto le sea dado. Porque ¿de qué servirá que haya trabajado con asiduidad en la composicion de un sermon, si al pronunciarlo lo hace de manera que no produce resultado alguno favorable en sus oyentes? En tal caso podrá ser un buen escritor, pero no dejará por esto de ser un mal predicador, y por consiguiente de nada ó de poco servirán sus tareas literarias. Hagamos pues notar esos obstáculos de que hablamos relativamente á la pronunciacion en general, pues habremos de ocuparnos mas detenidamente de ellos, hablando en las lecciones siguientes de la voz y del gesto.

El *primero* consiste en no saber perfectamente el predicador su discurso. Cuando no se ha estudiado bien un sermon es imposible tener la confianza de pronunciarlo cual se debe. El temor mismo de estraviarse embarga al predicador en la pronunciacion, de tal manera, que solo atiende á decir del modo que le es posible lo que recuerda de su trabajo, y por consiguiente pierde toda la libertad de la accion, pues se encuentra embarazado y sin soltura.

Además, el sentimiento, sofocado en el predicador con los cuidados que reclama la memoria para haber de recordar lo que aprendió mal, resulta que jamás se anima, y á medida que intenta hacerlo es para producirse con violencia, y al fin se hace sin naturarilidad, y se concluye muchas veces por tropezar y caer. La palabra, entonces, carece de aquel grado de vivacidad y correccion que necesita para espresar bien las ideas y los afectos; no tiene las inflexiones necesarias segun las diversas partes del discurso, ni se pueden hacer aquellas transiciones de voz naturales y felices que conducen

de un pensamiento á otro, de una narracion á una prueba, de una prueba á un sentimiento ó afecto; las imágenes ó figuras que se hacen resultan espresadas sin energia, sin gracia ni belleza, y puede decirse entonces que el predicador está fuera de su lugar, pues no se halla en estado de poder arreglar su pronunciacion, toda vez que le falta el fundamento para hacerlo, saber el asunto de que ha de hablar, y por lo tanto todo se halla en desarreglo y confusion.

Es el *segundo* obstáculo para bien pronunciar la timidez. El predicador que sube á la sagrada cátedra poseido de este sentimiento, que sucede con mucha frecuencia, y generalmente á todos los principiantes, no es dueño de sí mismo; se le ve que su accion es torpe, su voz entrecortada, sus movimientos tardos é irregulares; es tal la influencia de la timidez que hace balbuciente al orador, y hasta llega al extremo de cerrar su boca y concluir por dejar el púlpito sin poder pronunciar, como á muchos ha acontecido.

Necesario es que para remover esta dificultad el predicador se eleve sobre sí mismo, atendiendo á la mision que va á desempeñar como embajador de Dios y representante de Jesucristo, y esta consideracion le haga sobreponerse á una timidez exagerada que hasta llegaria á inhabilitarlo completamente para ejercer esta funcion quizá la mas importante del ministerio sacerdotal.

¿Y cuál es pues el fundamento de esa timidez? ¿La limitacion de nuestras facultades? En efecto; grande es esta para ejercer tan elevada mision; pero diga entonces animado de una santa intencion lo que San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*. Recorra á Dios que es de donde procede todo don perfecto, como que es el Padre de las luces, y Dios le alentará con su gracia, conociendo la rectitud de sus intenciones, como alentó á los profetas y á los apóstoles. ¿Es tal vez producida esa timidez por el riesgo de perder su buena reputacion en el concepto de los hombres en un caso desgraciado? Deseche esos temores pueriles y puramente terrenos, y no tenga ante sus ojos sino á Dios que lo ha llamado á anunciar su palabra de vida eterna á los hombres, y diga como ese mismo Apóstol, despreciando los juicios insensatos de los mundanos: *Mihi autem pro minimo est ut á vobis judicer, aut ab humano die*. (I. ad. Corinth, cap. IV, 5.) ¿Es quizá el elevado concepto que tiene del audi-

torio? En verdad que este es siempre respetable y se le debe toda consideracion para hablarle; pero de esta á la timidez hay una diferencia notable, y tenga en cuenta además que la mayor parte de los oyentes no son capaces de apreciar justamente al mérito de un discurso, y aunque lo fueran el predicador está constituido por Dios para instruir, para reprender y anunciar sus testimonios, y esta autoridad celestial debe reanimarle. Penétrese pues de esta altísima mision y se hallará animado para predicar, y entonces desterrará esa timidez que tanto se opone á la buena pronunciacion del discurso.

El obstáculo *tercero*, es el amor propio que teme la humillacion, ó ambicion la alabanza. De aqui es que ese temor, como hemos dicho, embaraza la pronunciacion del predicador y lo pone en horrible tortura. La idea sola de que puede quedar humillado, no correspondiendo en su sermon á las esperanzas que ha concebido, es bastante para que su voz se turbe y su gesto se altere. El amor propio se siente aguijoneado por esa idea que domina principalmente las almas orgullosas, y esto es suficiente para turbar la calma que necesita el orador sagrado al pronunciar su discurso.

Por otra parte, ese mismo amor propio, que jamás dice «basta» tratándose de conquistar aplausos, pretende buscar estos en la predicacion; la ambicion de la alabanza suele inspirar desgraciadamente al predicador un deseo exagerado de agradar, y á medida que este es mas vehemente lo arrastra á la afectacion que hace imperfecta ó viciosa la pronunciacion, y le hace espresar sus conceptos con aquellos gestos estudiados, desmedidos ó poco naturales, y en vez de procurarse esa efimera alabanza que tanto lo halaga encuentra el vituperio, como justo castigo á las pasiones de su amor propio.

El medio de evitar este obstáculo consiste en practicar la humildad cristiana que, además de ser sobrado meritoria para con Dios, nos alcanza un lugar distinguido en el concepto de los hombres. Procure pues el predicador habituarse á esa virtud, siendo su conversacion en el órden social, noble y natural, siempre llena de gracia y de decencia, y apartada de la afectacion que tan mal se aviene con el carácter sacerdotal, y que tanto desconceptua al hombre entre los demás. Esto hará que acostumbrado á unas maneras y á

un lenguaje siempre digno, no tema tanto desagradar, ni ponga tanto empeño en deleitar á sus oyentes, y por lo tanto cuando llegue el caso de ocupar la cátedra del Espíritu Santo tendrá un enemigo menos con quien combatir, que es el amor propio, y al mismo tiempo conseguirá ópimos frutos con su pronunciacion.

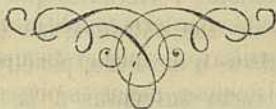
Hay un *cuarto* obstáculo debido al defecto de sensibilidad, que puede ser natural ó adquirido. De cualquiera manera que sea esta falta es grave, y harto perjudicial para la pronunciacion, pues un predicador que no siente lo que dice, ningunos adelantos puede obtener con respecto á sus oyentes por medio de la pronunciacion; su palabra será una letra muerta que apenas podrá interesar jamás á su auditorio; su accion oratoria resultará tan fria, tan lánguida y fastidiosa, como frio y lánguido se encuentra su corazon.

¿Y qué hacer para remover obstáculo tan vital á la pronunciacion? Dificil es por demás inspirar sentimiento al que no lo posee naturalmente. Sin embargo, procure en tal caso el predicador meditar sobre la esclencia de las verdades que va á predicar, y de los consuelos que va á repartir desde el púlpito; reflexione sobre la gloria que Dios reserva al operario apostólico que trabaja por instruir, y hacer buenos á sus semejantes, segun estas palabras de nuestro divino Maestro: *Qui autem fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno cælorum*, y tal vez con esas consideraciones sienta que su corazon se anima y enardece con el fuego purísimo del sentimiento, que ha de vivificar al mismo tiempo su pronunciacion. Pero si tal favor no consiguiese, mejor es que entonces se limite á una pronunciacion muy moderada, pocas voces, y pocos gestos; esto es, no grite, ni pretenda forzar el gesto; una voz violenta y un gesto forzado lejos de prestar vigor al sentimiento, no sirven para otra cosa sino para poner mas en evidencia la falta de esa facultad, y á la vez caer en el ridiculo aparentando lo que no se tiene.

Por último, se opone tambien á la pronunciacion el tener el predicador una idea imperfecta de la grandeza de su mision. «Una fe viva de la esclencia de un tan alto ministerio, dice un escritor, dará á todos sus movimientos aquel carácter de nobleza que sienta tan bien en la sagrada cátedra, le inspirará una elevacion de sentimientos y una dignidad de maneras convenientes al enviado de

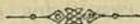
Dios, y llenará su alma de aquel santo entusiasmo que dicta los mas bellos gestos. Pero si él juzga de su ministerio de un modo demasiado humano, si no siente su grandeza, entonces su palabra no es noble, su gesto no tiene dignidad, y nada en su accion, espresion fiel de su alma, estará á la altura de la palabra de Dios.»

Meditese detenidamente sobre la importancia de estos obstáculos, que son una rémora lamentable á los progresos de la buena pronunciacion, y esfuércese el predicador, auxiliado de entendidos maestros, en vencer aquellos de la manera que le sea posible, y sin perder de vista las advertencias que le ofrecemos, y que las consideramos muy provechosas.



LECCION XLIV.

Voz, ó lenguaje oral.



«La voz humana se convierte en palabra cuando espresa los pensamientos del hombre; así es que no hay palabra si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma,» ha dicho un escritor. En este sentido la voz es uno de los mas importantes y necesarios resortes que juegan en la predicación; pero entre todas las dotes que se exigen al orador ninguna quizá dependa menos de su voluntad que esta.

Hay voces fuertes, sonoras y vibrantes que conmueven al auditorio hasta en el fondo de sus entrañas; las hay menos robustas y vigorosas, pero que dulces, ó incisivas, penetran como un dardo en las almas y las tienen como suspensas á la palabra santa. Ellas ofrecen tanta variedad y tantas diferencias agradables ó molestas, que sería difícil determinar teóricamente cuales eran las mas acomodadas y mejores para la elocuencia. El oído es únicamente el juez en esta materia, pues por esperiencia sabemos que para ciertas gentes, especialmente para la generalidad de los habitantes de nuestras aldeas, las primeras que hemos clasificados son mas agradables, que las dulces y melodiosas que gozan de mayor ascendiente entre personas mas ilustradas de las grandes poblaciones. En la categoría de las voces hay su mérito, como en la de los espíritus, y la medianía en aquellas no deja de tener también el suyo.

Respecto á una naturaleza ingrata tocante á la voz, en fuerza de

trabajo y de diligencia podrá modificarse; pero aquellas voces que son estremadamente defectuosas por razon de la organizacion del sugelo, resultando oscuras, bronceas, agrias, gangosas, etc., preciso es renunciar á modificarlas; el que tales desventajas tiene puede decirse que no ha nacido para predicador.

Consignadas estas nociones generales acerca de la naturaleza y propiedades de la voz, vamos á ocuparnos del objeto que el orador se propone en el uso de ese don que Dios le ha concedido en utilidad propia, y para provecho de los demás. Dos grandes objetos se ha de proponer el predicador relativamente al lenguaje oral para que este produzca en sus oyentes los resultados que apetece: 1.º *Hablar de manera que sea entendido perfecta y fácilmente de los que lo escuchan.* 2.º *Hablar con gracia y energia para agradar á sus oyentes y conmoverlos.* Consideremos lo que hay que observar de mas importante en cada uno de estos objetos.

1.º El predicador para ser entendido con facilidad y completamente, necesita tener cuatro condiciones: 1.ª *la intensidad de la voz llevada á un grado conveniente;* 2.ª *articulacion perceptible, ó claridad en la voz;* 3.ª *la lentitud necesaria;* y 4.ª *propiedad de la pronunciaci6n.*

I. *Intensidad de la voz.*—Hugo Blair, de quien tomamos estas reglas, nos ha dicho que «la primera atencion de todo orador público ha de ser sin duda la de que lo oigan todos aquellos á quienes habla. Ha de procurar llenar con su voz el espacio que ocupa el concurso. Tal vez se pensará que esto es un talento natural. Lo es en gran parte; pero puede tambien recibir del arte considerables auxilios. Depende muchísimo del tono propio y del manejo de la voz. Todos los hombres tienen tres tonos de voz: el alto, el mediano y el bajo. El alto es el que se emplea para llamar á uno que está distante; el bajo como cuando se habla al oido; y el mediano que se usa comunmente en la conversacion, y el que se ha de emplear por lo ordinario en los discursos públicos.»

«Es grande error imaginarse que ha de tomar uno el tono mas alto para que se haga entender bien. Esto es confundir dos cosas diferentes, el cuerpo ó la fuerza del sonido con la clave ó el tono en que hablamos. Puede un orador llenar mas la voz, sin mudar de

tono, y estará siempre en nuestra mano dar mas cuerpo y mas fuerza sostenida al tono de voz que acostumbramos usar en la conversacion; en lugar de que si empezamos en el tono mas alto, nos reducimos á una esfera mas estrecha, y nos esponemos á que nos falte la voz ante de tiempo. Nos fatigaremos y hablaremos con trabajo; y cuando uno habla con trabajo, los demás lo escuchan con pena. Y asi hemos de dar á la voz fuerza y plenitud de sonido; pero la hemos de tomar siempre en nuestro tono ordinario, y guardar por regla constante el no sacar mas voz que la que podamos sostener sin pena y sin un esfuerzo extraordinario. No saliendo de estos limites los demás órganos de la locucion podrán hacer sin fatiga sus diferentes funciones y siempre se conserva el dominio sobre la voz. Pero en haciendo lo contrario faltan las riendas, y no queda arbitrio para gobernarla.»

«Es tambien buena regla para que uno sea bien entendido, fijar la vista en la persona mas distante del concurso, y dirigir á ella la oracion. Asi natural y maquinalmente pronunciaremos las palabras con tal fuerza que nos oiga aquel á quien hablamos, con tal que no este fuera del alcance de nuestra voz.»

II. *Articulacion perceptible.*—Uno de los medios mas conveniente para hacerse entender en la predicacion consiste en articular bien, ó pronunciar clara y distintamente las palabras sin confundir las silabas y letras de que se componen. Creen muchos oradores que se les entiende mejor levantanda la voz desafortadamente, sin pensar que la claridad de esta mas consiste en la articulacion distinta y perceptible que en la intensidad. De aqui es que un orador que tiene una voz débil y que articula bien, se entiende mejor que otro que está dotado de un lleno de voz extraordinaria, y no da la debida proporcion á cada sonido, confundiendo, mezclando ó suprimiendo estos; de lo cual resulta oscuridad en el lenguaje que se comunica al auditorio, juzgando desfavorablente del predicador y perdiendo este el fruto que debiera haber obtenido.

III. *Lentitud necesaria.*—Nadie debe fijar tanto la atencion en este requisito para la inteligencia de lo que se predica como los jóvenes dedicados á tan sagrado ministerio. Ordinariamente se les oye hablar desde la cátedra del Espiritu Santo con una precipitacion

que asombra, hija de la fogosidad de su genio, y de la falta de serenidad y calma que requiere ejercicio tan delicado, lo cual confunde la articulacion y el sentido de lo que se habla. Por lo que es preciso emplear grande cuidado en moderar la ligereza en el hablar. Cuando esta tiene la detencion conveniente da peso y dignidad al discurso, además de que deja lugar á los oyentes para que se hagan cargo y entiendan lo que se les dice, y hace que el predicador se fatigue menos y conserve tambien el dominio de sí mismo, que una vez perdido le sería harto lamentable.

IV. *Propiedad de la pronunciacion.*—Contribuye tambien en gran manera para dejarse entender el predicador la propiedad de la pronunciacion, ó el que dé á cada palabra que pronuncia el sonido que le señala el uso mas bien recibido del lenguaje. En la dificultad de dar reglas de viva voz en esta materia, bastará que hagamos observar que la acentuacion entra por mucho en las diferentes modificaciones de la voz para pronunciar las palabras de un idioma, y aun para la inflexion particular de la voz sobre una sílaba.

Influye poderosamente en esta materia el acento provincial, que es aquel que la naturaleza y el hábito dan á los naturales de ciertas provincias de un mismo reino. Cada provincia, cada ciudad, y cada aldea de nuestro pais podemos decir que difiere de las demás en el lenguaje, no solamente porque se sirve muchas veces de palabras diferentes, sino tambien por la manera de articular y de pronunciar esas mismas palabras. Estos acentos diversos muchas veces mas ó menos viciosos, son un gran obstáculo á la buena pronunciacion, y los jóvenes deben preservarse, cuanto posible les sea, de estos defectos, ó trabajar en desterrarlos. Para hablar bien un idioma se necesita tener el mismo acento, la misma inflexion de voz de las personas cultas, ó que viven en los círculos de la buena sociedad, en contraposicion de aquel acento vulgar que emplean en la pronunciacion las gentes que viven apartadas de esos círculos. Lo dicho basta para que comprendamos los requisitos necesarios para que el predicador se deje entender en su pronunciacion, sin embargo que en la leccion siguiente nos ocuparemos de los vicios ó defectos que se oponen á esos requisitos.

Hablemos ahora siguiendo al escritor que hemos citado de las

otras cualidades que tienen por objeto no solamente hacer inteligible el discurso, sino también darle gracia y energía.

2.º El predicador para hablar con gracia y energía necesita atender al *énfasis*, á las *pausas* y á los *tonos*; después nos ocuparemos de los gestos, ó sea del lenguaje de acción, según la división que hemos hecho de esta materia.

I. *Énfasis*.—Entendemos por *énfasis* de la pronunciación un *sonido de voz más fuerte y más lleno, que sirve para distinguir la sílaba acentuada de alguna palabra, en la cual intentamos poner una fuerza particular, y mostrar la que da á lo demás de la sentencia*. A veces la palabra enfática se distingue por un tono particular de la voz tan bien como por un acento más fuerte. Del buen manejo del *énfasis*, dice Blair, depende todo el espíritu y la vida toda de un discurso. Para manejarse el orador con *énfasis* la mejor regla y la única que se le puede dar es que trate de adquirir una idea exacta de la fuerza y el espíritu de aquellos sentimientos que ha de proferir. Así para colocar el *énfasis* con toda propiedad es necesario una atención continua y un buen sentido bastante ejercitado. Esto lejos de ser una prueba de poca consideración, es una de las más calificadas pruebas de un gusto verdadero y esquivo, y efecto de la delicadeza con que sentimos, y del juicio cabal que formamos de lo que es más conducente para comunicar á otros nuestros sentimientos. Tanta diferencia hay en un capítulo de la Biblia ú otra cualquier obra prosáica llana y sencilla cuando se lee por uno que ponga el *énfasis* en todas partes con discernimiento y gusto, á cuando lo lee otro que lo yerra ó lo desprecia; como la hay en una misma sonata tocada por una mano diestra, ó por un ejecutor chavacano.»

El mismo autor que nos suministra estas interesantes nociones, desenvuelve la economía del *énfasis*, y toda su importancia, presentándonos un ejemplo contenido en la pregunta siguiente: «¿Va usted hoy á la corte?» Esta pregunta es susceptible de tres ó cuatro acepciones diferentes, según que el *énfasis* se coloca diferentemente sobre las palabras. Si se pronuncia así: «¿Va *usted* hoy á la corte?» la respuesta natural es: no, que envío allá en mi nombre á mi criado. Si de esta manera: «¿Va usted hoy *á la corte*?» no, que voy al

campo. «¿Va usted hoy á la córte?» no, que iré mañana. Tambien en las siguientes palabras de nuestro Salvador obsérvense los diferentes aspectos que toma el pensamiento segun el tono ó énfasis con que se pronuncian las palabras: «Judas, ¿vendes tú al Hijo del hombre con un ósculo?» «*Vendes tú, etc.,*» hace que la increpacion recaiga sobre la infamia de la traicion. «¿Vendes tú, etc.,» hace que recaiga sobre la conexion de Judas con su Maestro. «¿Vendes tú *al Hijo del hombre?*» recae sobre el carácter personal y eminente de nuestro Salvador. «¿Vendes tú al Hijo del hombre *con un ósculo?*» estriba sobre prostituir la señal de paz y de amistad, haciéndola señal de destruccion.»

II. *Pausas.*—Llámase pausa, en el sentido en que aqui recibimos esta palabra, *la interrupcion, mas ó menos breve, ó suspension de la palabra en el discurso.* Despues del énfasis de la voz, las pausas deben llamar la atencion del orador. Estas son de dos maneras: pausas enfáticas, y las que sirven para la distincion del sentido. Se hace una pausa enfática cuando se acaba de decir alguna cosa de entidad, y en la cual necesitamos que los oyentes fijen su atencion. Otras veces, aun antes de decirlo, la damos á entender con una pausa de esta naturaleza. Pero se cuidará en este último caso de no prodigar las pausas, si la cosa que vamos á anunciar, y que la preparamos con la pausa, no es de importancia, á fin de no burlar la atencion del auditorio.

Las pausas para la distincion del sentido sirven para señalar las divisiones de este, y al mismo tiempo dar lugar al orador para que respire. El arte de colocar, ó hacer bien las pausas de esta clase, es una de las partes mas delicadas y difíciles de la recitacion. En todos los discursos que se pronuncian en público es preciso manejar la respiracion de manera que no se separen las palabras unidas por el sentido que tienen. Frecuentemente por tales separaciones ó cortes una frase queda mutilada y pierde su fuerza.

Se evitará este defecto teniendo cuidado de tomar á la entrada de cada periodo tanto aliento cuanto sea suficiente para recitarlo. Es un error creer que no se puede tomar aliento sino al fin del periodo, cuando falta ya la voz. Se puede recoger con mucha facilidad en el curso mismo del periodo, aprovechando las mas ligeras sus-

pensiones, y por este medio se podrán pronunciar las mas largas frases, sin fatigarse, y sin una interrupcion desagradable.

El sentido debe ser siempre el que arregle las pausas de la voz, pues siempre que hay en esta una suspension sensible aguarda el oyente alguna cosa correspondiente en la significacion. Unas veces es oportuna solamente una breve suspension de la voz; otras se requiere en la voz algo de cadencia, y otras aquel tono y cadencia peculiar que denotan que se dió fin á la sentencia. En todos casos nos debemos conformar con la manera que nos inspira la naturaleza, cuando tenemos con otro una conversacion animada y de entidad.

III. *Tonos en la pronunciacion.*—Si la voz considerada en sí misma es muy importante en el éxito de la predicacion, no lo es menos en la manera de dirigirla, lo cual se deduce fácilmente de lo que dejamos dicho. A esto tenemos que agregar lo que conviene saber acerca de los tonos de voz para dar mas energia y mas gracia al discurso haciéndolo persuasivo y agradable. Entendemos por tono en esta materia *la modulacion del sonido de la voz*. Preciso es tener en cuenta para comprender esta modulacion que todas las emociones del alma tienen un lenguaje propio, y que no hay una sola á quien la naturaleza no haya dado una inflexion peculiar. El tono pues está destinado á trasmitir á los oyentes las impresiones de que el orador está poseido. Ora patético y compasivo, ora dulce y sensible, ora espantado y lúgubre, el tono de la voz ha de subordinarse al género de sentimiento que se quiere espresar. La voz, como eco fiel, deberá representar por sus varias modulaciones las diferentes sensaciones que experimenta el predicador, de tal manera, que haciendo lo contrario seria provocar á risa al auditorio.

Tambien determinará la naturaleza del discurso el género de accion vocal ó tono de voz que deberá emplearse. En las controversias, por ejemplo, será tranquilo y moderado como la misma discusion; en los asuntos grandes y terribles, será solemne, animado, caloroso; en aquellas materias en las que requiere enternecer y embelesar, tales como la piedad, la caridad, la esperanza, etc., será dulce, gracioso, simpático.

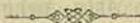
Asi el lenguaje y la espresion propia de los tonos merecen que se

estudien con atencion por el predicador que quiera sacar fruto, pues no olvide que debe armonizar en ellos la naturalidad de su genio, y la dignidad de la cátedra sagrada. Por descuido en este estudio llegan pocos á esa perfeccion: la mayor parte de los oradores dejan enteramente á la casualidad el formarse en la recitacion, segun que les parece mas bonito algun estilo de voz, ó segun encanta á su imaginacion algun modelo artificial, adquiriendo por este medio en la pronunciacion hábitos detestables. La regla mas principal que nunca debe olvidarse en este punto es copiar los tonos propios para expresar nuestros sentimientos, de los que nos dicta la naturaleza cuando estamos en conversacion con otros; hablar siempre en voz natural, y no formarnos una manera estrafalaria por el absurdo capricho de que es mas bella que otra alguna. En la leccion siguiente indicaremos los defectos que en esta materia pueden cometerse en mal del fruto que debiera obtenerse de anunciar la divina palabra con arreglo á los preceptos del arte siempre en consonancia con esa misma palabra.



LECCION XLV.

Defectos del lenguaje oral.



Cada uno de los requisitos de la pronunciaci3n, que hemos enumerado en la leccion que antecede, ofrece escollos que es preciso evitar para que aquellos no se desvirtuen, y por lo tanto esta parte tan interesante de la oratoria sagrada nada pierda de su eficacia y utilidad, en cuanto dependa del cuidado y del estudio del predicador. Las advertencias que vamos 3 hacer respecto 3 los vicios en que se puede incurrir en el lenguaje oral, las creemos tanto mas necesarias, cuanto estamos persuadidos de que en las materias pertenecientes 3 la oratoria, y principalmente en la que nos ocupa, mas se ha de cuidar de prevenirse contra los vicios 3 que est3n ocasionados, que esmerarse en adquirir cualidades, que muchas veces no est3n al alcance del orador. Bremos pues indicando los vicios 3 defectos de la voz por el mismo 3rden que enumeramos los requisitos que la hacen provechosa en la predicacion, y esto ofrecer3 la posible claridad para adelantar en materia tan importante.

I. Se opone 3 la intensidad 3 grado de voz que debe emplearse en el discurso el hablar demasiado alto. Este extremo ofende al oido con aquellas detonaciones que la brusca disonancia hace sufrir 3 los oyentes, y espanta especialmente 3 las mujeres. A esos oradores violentos que no saben perorar sin gritos desaforados pudi3ramos oportunamente aplicar estas palabras de Ciceron que hacen ver el ridiculo en que caen: *Latrant jam quidem, non loquuntur oratores.*

Es un error lamentable creer que la elocuencia consiste en la fuerza de los pulmones; el predicador no ha de tener aspiraciones de asemejarse en su accion vocal al rey del desierto. Los sermones gritados lejos de interesar la atencion de los oyentes los aturden, y les causan desagrado. «Nada mas contrario al fin del orador cristiano, dice el P. Gisbert, que una pronunciacion violenta y encolerizada; ella fatiga, abrumba, aturde al que habla y al que escucha.» Procúrese que el discurso salga de la boca, no como un torrente que arasa, sino como una dulce lluvia que se insinúa y fecundiza.

Y no se diga para querer justificar el vicio que condenamos que el discurso debe ser enérgico; esta energia no la llevan los gritos sino los pensamientos espresados con énfasis, no queriendo confundir la energia, la fuerza y la vehemencia, con la violencia y el furor. Los predicadores que tienen pocas cosas buenas que decir, son por lo ordinario los que se agitan mas en la pronunciacion; ellos son estériles en razones y fecundos en gritos, como si con estos lograsen el convencimiento y la persuasion.

Además esos escesos en la pronunciacion alteran y arruinan el temperamento mas vigoroso, y conducen rápidamente á la pérdida de salud, y á una muerte prematura. Se refiere de San Vicente de Paul que velaba con grande cuidado sobre sus misioneros para impedirles que cayesen en el esceso de que hablamos. Hé aqui lo que escribia en cierta ocasion á uno de sus sacerdotes: «Se me ha advertido que haceis grandes esfuerzos hablando al pueblo, y esto os debilita mucho. En nombre de Dios mirad por vuestra salud, y moderad vuestra palabra y vuestros sentimientos. Ya os he dicho otra vez que nuestro Señor bendice los discursos que se hacen hablando en un tono común y familiar; porque él mismo enseñó y predicó de esta manera; y que este modo de hablar, siendo natural, es tambien mas fácil y cómodo que el otro que es forzado, y de él gusta mas el pueblo y saca mas ventajas.»

II. Los vicios que se oponen á la articulacion distinta de las palabras, y á la lentitud conveniente que hemos recomendado, están relacionados entre sí, pues la precipitacion y la demasiada lentitud en el decir llevan en sí mismas la oscuridad y la confusion. Es pues un gran defecto pronunciar las finales con tal celeridad que

apenas se entiendan, ó emplear tal fuerza en las primeras sílabas de la diccion que la voz esté ya fatigada para pronunciar el resto de la cláusula.

En apoyo de esta doctrina dice Ciceron: «No quiero que se hagan sonar todas las letras de una manera afectada y pedantesca, ni quiero tampoco que se oscurezca el sonido por una pronunciacion descuidada. No hay necesidad de que las palabras suenen tan delicadas y agudas que parezca, por decirlo asi, que no tienen sino alma, ni menos hincharlas y pronunciarlas con voz gruesa.» El resultado de la precipitacion lleva necesariamente á confundir la articulacion y el sentido de lo que se habla. Asi como la pronunciacion lánguida y pesada obliga á los oyentes á adelantarse siempre al orador, á llevar la inquietud al espíritu, gastando la paciencia, y todo esto hace que el discurso resulte insípido y molesto.

«En caso de faltar en uno de estos dos extremos, dice el V. Granada, pecan quizá mas gravemente los que hablan con demasiada velocidad, que los que con demasiada lentitud. Pero al principio del sermón, mientras el ánimo del predicador no está aun enardecido, asi como con razon se alaban las sentencias apacibles y suaves, asi tambien la accion apacible, sosegada y distinguida con largos intérvalos que dé algun espacio al predicador para recapacitar lo que dice.»

III. Contra la propiedad de la pronunciacion está, no solamente el acento provincial exagerado, como dijimos en la leccion antecedente, y que debe corregirse, sino tambien la variacion arbitraria de los acentos gramaticales que se hace en la locucion pública. Sabido es que se llama acento gramatical *aquel por el cual se designa la inflexion particular de la voz sobre una sílaba*. Estos acentos se ponen sobre las vocales para hacer conocer la pronunciacion, y segun el mecanismo de los órganos de la palabra deben variar las inflexiones de las voz, siguiendo la naturaleza de las sílabas.

Pues bien; faltando á esta acentuacion se desvirtua y se pierde la propiedad de la pronunciacion. «Hay muchos que yerran en esto, ha dicho Blair. Cuando hablan en público y con majestad, pronuncian de diferente manera las sílabas que en otras ocasiones. Se detienen en ellas y las alargan; multiplican en una misma palabra los

acentos, por la errada idea de que esto da mas gravedad y fuerza á su discurso, y aumenta la pompa de la declamacion pública, siendo asi que esto es una de las faltas mas de bulto que se puedan cometer en la pronunciacion; porque forma la manera que se llama teatral, ó aldeana, y da á la elocucion un aire de compostura afectada que la hace perder todo su agrado y su impresion.»

IV. Respecto á los vicios del énfasis en la pronunciacion diremos solamente que será defectuoso cuando no guarde armonia con el énfasis de la espresion ó de la idea. Si el pensamiento enfático es sencillo, natural y sin artificio, y entonces es agradable y provechoso, el énfasis en la pronunciacion tendrá iguales resultados cuando no esceda á los límites de la naturalidad y de la sencillez; cuando no sea exagerado; mayormente cuando tratamos de su uso en la predicacion que es tan noble como grave.

Además el orador sagrado deberá cuidar de no hablar frecuentemente con énfasis, pues si se empeña en dar mucha importancia á todo lo que dice no podrá interesar la atencion de sus oyentes en un caso dado, por la costumbre de oír al predicador espresarse siempre de la misma manera.

V. Despues de lo que hemos dicho en el párrafo tercero tocante á los vicios contra la lentitud conveniente de la pronunciacion, nada tenemos que añadir respecto á los que se pueden cometer en el uso de las pausas. Ocupémonos por lo tanto de los que afectan á los tonos de la voz.

Dijimos tratando de esta materia que todas las emociones del alma tienen un lenguaje propio, y de aqui la variedad de las inflexiones de la voz para espresar esas emociones. ¿Y cómo se armoniza esa variedad tan necesaria con aquella uniformidad é igualdad de voz llamada *monotonia*? Este vicio tiene lugar cuando el que habla pronuncia todo su discurso en un mismo tono, como hacen de ordinario aquellos que recitan una leccion que han aprendido. «Nada mas enfadoso que la *monotonia* cuando un predicador comienza y continúa en un tono alto como si hablase á los ángeles, dice un escritor, ó á gentes que estuviesen suspendidas de lo alto de las bóvedas. Es ser incivil hacer reunir tantos oyentes y no decirles una palabra.»

La monotonía además quita una parte del resultado que el predicador pudiera prometerse. Este defecto enerva la fuerza del razonamiento; hace desaparecer el brillo y energía de las figuras y de la dicción, y lo que debe tocar no lo toca jamás. Hablar siempre con las mismas inflexiones de voz es hacer vibrar la misma cuerda de un instrumento, donde no hay acordes ó armonía. Para corregir este vicio hay necesidad de introducir variedad necesaria en la recitación, y hacer que la voz tome todas las modificaciones propias de la naturaleza del asunto que se predica.

«De este vicio es contrario el de la desigualdad de la voz, dice el P. Granada, en el cual pecan los que pretenden huir de aquel primero. Así, para que declinen aquel unísono tono de voz, unas veces la levantan temerariamente á lo más alto, y otras la abaten á lo más bajo, no según la naturaleza de los asuntos, sino según su antojo; lo que por un lado ofende gravemente los oídos del auditorio, y por otro parece que descubre un loco y temerario desahogo. Los hombres graves y de ingenio sano abominan sobremanera este modo de predicar.»

Y á la verdad, ¿qué efecto tan desagradable no han de producir en los oyentes aquellas transiciones rápidas de un sonido grave á otro agudo, y las salidas inesperadas ó repentinas del tono dominante? ¿Cómo se suceden las emociones en el corazón de los predicadores que de tal manera pronuncian? No lo comprendemos por cierto. Porque si tan súbitamente las experimentan y las cambian puede decirse que están en el delirio; y si así no sucede, es prueba de que no las interpretan por medio de la voz debidamente ó con una progresiva natural y fácil, sino al capricho, y entonces se ponen en contradicción consigo mismos, pues pronuncian de una manera diversa de lo que piensan y sienten. Lo mismo debemos decir de aquellos otros que pasan continuamente y sin motivo de una pronunciación rápida á otra embarazosa y lenta.

Por otra parte, ¿dejará de ser vicioso espresar esas emociones de que venimos hablando con un tono de voz que revele lo contrario de lo que pretendemos manifestar? Pues así sucede ciertamente cuando la pronunciación no es apta á los conceptos y movimientos oratorios que se quieren explicar. Ostentar, por ejemplo, sensibilidad

en las modulaciones de la voz recitando una disertacion teológica; pintar los horrores del infierno ó las funestas consecuencias del vicio con un tono impasible y severo; las alegrías de la gloria en un tono declamatorio y encolerizado; en una palabra, desplegar la vehemencia en donde no hay necesidad sino de una unción atractiva y halagüeña, mostrarse frio é indiferente cuando se debe estar conmovido y lleno de fuego, y *vice versa*, ¿no es evidentemente predicar al contrario de lo que dicta el sentido comun?

Concluyamos de todo lo dicho que aquellas entonaciones torcidas, violentas, exageradas é inconvenientes; aquellas subidas de voz bruscas; los arranques fuera de lugar, mal manejados ó repetidos con frecuencia, quitan á la pronunciacion toda su conveniencia, y producen esas declamaciones estravagantes y risibles, capaces de hacer perder todo su interés y efecto á las cosas mas dignas de atencion, de reverencia é importantes.

Al terminar nuestros trabajos en lo concerniente á la naturaleza, cualidades y vicios del lenguaje oral, no queremos hacerlo sin ocuparnos de algunas advertencias que creemos provechosas en esta materia, y como complemento de lo que dejamos espuesto acerca de la misma.

Reconocemos, como todo el mundo reconoce, que la voz dotada de un timbre armonioso, dulce y lleno no es obra del arte, es un don de la naturaleza, una gracia que Dios concede á quien le place; pero no podemos dejar de confesar que hay medios de prevenir ó de corregir los defectos de este órgano indispensable para la predicacion, y de mejorar y perfeccionar sus buenas cualidades. Sabido es lo que Demóstenes hizo por hacer su pronunciacion dulce y agradable. Y si un orador profano, impulsado únicamente por la vanidad, ó por el deseo del engrandecimiento de su propia gloria, trabajó por desterrar de su pronunciacion un vicio que la hacia imperfecta; no creemos que los oradores del Evangelio deban esforzarse menos en perfeccionar su voz que ha de emplearse en publicar las glorias de Dios para que se admiren y bendigan, y en anunciar la palabra de santificacion y de cultura á los hijos de Dios, para que consigan por ella encaminarse á los altos fines á que este Señor los llama.

Entre otros medios que pueden servir á este fin hé aqui los principales que indican los maestros del arte.

I. *Es necesario estar prevenidos desde la juventud contra los menores defectos de la pronunciacion.* Muchos de los predicadores que pronuncian defectuosamente no lo harian de esta manera si con tiempo hubieran corregido los vicios que insensiblemente iban contrayendo; pues no tiene duda, que si muchos de estos defectos son hijos de una organizacion imperfecta, otros son resultado de los malos hábitos que adquirieron por descuido, y que crecieron y se radicaron por falta de correccion.

II. *Se necesita estudiar las reglas de una perfecta pronunciacion, y ejercitarse en ella.* Por buenas dotes que el hombre tenga para todos los ramos del saber humano le es indispensable para adelantarse que estudie y observe los preceptos del arte hijos de la esperiencia, y esto no es menos necesario tratándose de la pronunciacion, cuyos preceptos vienen á perfeccionar lo que la naturaleza ha concedido al hombre, ó al menos á corregir muchos de los defectos de esta.

Una vez hecho este estudio, es conveniente en gran manera ejercitar las reglas que se han aprendido, pronunciando algunos trozos de lectura como si se hiciese en público, articulando cada una de las palabras distintamente, y haciendo tomar á la voz las inflexiones necesarias, pasando por todos los tonos; esto es, desde el mas agudo hasta el mas grave. Este ejercicio privado es de un resultado brillante para hablar despues en público, y no se crea que basta tenerlo pocas veces, ni en un caso dado. Al contrario; el ejercicio de que hablamos ha de ser frecuente para que llegue á contraerse un hábito, y debe tenerse con antelacion, pues si el predicador espera á ensayarse en pronunciar cuando tenga que subir al púlpito, y en las visperas de ese dia, hace muy mal; le aconsejamos que desista desde luego de tal ensayo, pues mas bien servirá para entorpecerlo y distraerlo en el acto mismo de la predicacion que no ha de estar ligado con este esmerado cuidado. Este ejercicio que aconsejamos no es moderno; los griegos tenian maestros para la pronunciacion, á quienes llamaban: *vociferarii*, *vocales*, *edomatores vocie*; y Tertuliano nos ha dicho que Octavio Augusto los consultaba con frecuencia.

III. *Debe evitarse el abuso de la voz.* Se considerará como un abuso el estudiar los sermones en alta voz como si se predicase; esto hace que unas cuantas horas de trabajo en esta forma cansen estremadamente y fatiguen el pulmon. No se ha advertido que se ha predicado demasiado tiempo antes de subir al púlpito.

Tambien se abusa de la voz en el púlpito cuando los sermones son demasiado largos, ó con una entonacion muy fuerte. Ultimamente, la voz se aminora y llega á perderse hablando demasiado tiempo en el trato social, disputando con vehemencia, ó ejercitándose en el canto con exageracion.

IV y último. Los médicos prescriben para la conservacion y aumento de la voz un buen régimen alimenticio, paseos moderados, y observar las prescripciones severas de la moralidad que en todos los hombres son necesarias, y mucho mas en los sacerdotes, maestros y ejemplares de ella.



LEGION XLVI.

Gesto, ó lenguaje de accion.

En el idioma de la oratoria se llama gesto á la *espresion de los pensamientos por medio de los movimientos del cuerpo*. Estos movimientos, con el indicado fin de espresar á los demás nuestras ideas, ó nuestros afectos, constituyen el lenguaje de accion, que viene á ser el complemento de la voz, ó del lenguaje oral, pues realza y aumenta la fuerza de este, y algunas veces es mas espresivo que las palabras. No es bastante hablar á los demás por medio de la voz; es necesario tambien hablarles por la actitud y por el gesto. A este propósito decia San Agustin, citado por un escritor contemporáneo español: «Cuando quiero espresar lo que he concebido tengo que servirme del hebreo, griego ó latin, segun sea el idioma de mis oyentes; porque si me esplicara en el que no les fuera conocido no me entenderian. La ira no es griega, latina ni hebrea; y si alguno dijera en latin que está airado, los que no posean esta lengua no lo entenderán; pero todos conocerán su interior, si ven su semblante airado. El mismo Santo llama á los gestos palabras visibles, *verba visibilia*, y San Agustin opina que los movimientos del cuerpo son la voz del alma: *vox quædam est animi corporis motus* »

«Describiendo San Agustin, continúa el mismo escritor, los últimos momentos de su conversion, dice: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, espresaban con mas energia que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma, *plus-que loquebantur.... quam verba quæ promebam.*»

Asi pues la accion del cuerpo debe ser una especie de pintura que represente á su manera lo que la voz espresa. Nadie duda que la voz no tendria sino la mitad de su fuerza si el exterior del predicador, esto es, los movimientos del cuerpo, en una palabra, la accion no correspondiese á la palabra. El gesto por lo tanto debè seguir la voz, y obedecer á la voluntad del predicador juntamente con ella.

Podrá tal vez parecer extraño, que despues de haber citado á San Agustin y San Ambrosio, que deben ser, como Santos Padres, nuestros naturales maestros en los preceptos que atañen á la oratoria del púlpito, añadamos á sus palabras tan autorizadas las de Quintiliano; pero son tan útiles las enseñanzas que nos da sobre esta materia que no podemos prescindir de citarlas. «Para conocer la importancia del gesto, dice, no hay mas que considerar cuantas cosas espresa, aun independientemente de la palabra; porque no solamente las manos, sino los menores signos de cabeza bastan para declarar nuestra voluntad, y aun en los mudos ocupan el lugar del lenguaje. Muchas veces un simple saludo se hace entender, nos conmueve, sin que lo acompañe una sola palabra; así como cuando vemos una persona, en el aire de su semblante conocemos los sentimientos de que se halla penetrada su alma; y aun los mismos animales nos halagan, nos acarician ó nos amenazan, en una palabra, nos manifiestan alegría, tristeza ó cólera por el lenguaje de sus ojos, y por otros movimientos de su cuerpo. Y en verdad no es de admirar que estos signos, que despues de todo son animados, hagan tanta impresion en nosotros, toda vez que la pintura, obra muda é invariable, escita en nosotros tales sentimientos, que muchas veces parece tener mas fuerza y espresion que la palabra misma. La fuerza de estos signos exteriores es tal, que si el gesto y el semblante desmienten el discurso; si, por ejemplo, hablamos de una cosa triste con alegría; si decimos *sí* con el aire que debemos decir *no*, haremos perder á nuestra palabra no solo toda autoridad, sino tambien toda creencia.

El lenguaje de accion se compone del gesto, ó sea la espresion del semblante, y de los movimientos del cuerpo; de modo que podemos decir, concretando mas estas nociones, que los instrumentos

principales de que se vale para espresar los pensamientos y las pasiones son *la cabeza, los brazos y las manos*. Asi es que las diversas modificaciones de la fisonomia, y los movimientos regularizados de los brazos y manos con especialidad son la imágen que representa los movimientos del ánimo.

Por esto vemos que el hombre que está tranquilo, tiene su fisonomia en un estado perfecto de reposo; y el que está agitado, descubre en ella un cuadro espresivo de las pasiones de su carácter, de sus diversas graduaciones. «Al colérico se le ve que se le dilatan las narices; y los labios, estirados por el músculo labial, dejan á descubierto los dientes; la voz se vuelve ronca; obtúndese el oido; la palabra casi siempre entrecortada; y por último se desarrollan las fuerzas de un modo prodigioso, y la contraccion muscular que acompaña este trastorno del cuerpo y del espíritu es violenta. Ved al avaro en dos actos muy distintos para él; cuando toma y cuando da. Cuando le hacen un presente de algun valor, al instante su mano se estiende para recibirlo, su cara está radiante, su ojos se humedecen de ternura; se estasia, y su boca entreabierta no halla espresiones para manifestar su sorpresa y su satisfaccion: entonces goza. Cuando se halla precisado á soltar algunas monedas; sus facciones se ponen foscas y se contraen; su brazo se alarga lento y perezoso para contar cada moneda, que no suelta sino con mucha dificultad, y despues de haberla estrechado como por última vez entre el pulgar y el índice; y luego sus inquietos ojos siguen tristemente hasta vuestro bolsillo el dinero que ha debido sacar del suyo: entonces padece.» Estos síntomas que nos ha facilitado el Dr. Descurret en su *Medicina de las pasiones*, nos dan á entender la elocuencia del gesto que tan bien revela y espresa los sentimientos del alma, cualesquiera que estos sean.

Confesamos con ingenuidad que es difícil, muy difícil, escribir del lenguaje de accion, y asi lo han reconocido los retóricos, entre otros el P. Granada, quien cita á Cornificio, que hablando de esta materia dice: «No ignoro cuán grande negocio haya emprendido, intentando espresar los movimientos del cuerpo con palabras, y las voces con la pluma. Mas ni he confiado que esto podia hacerse de manera que de estas cosas pudiese escribirse con bastante exactitud;

ni porque acaso esto no pudiera hacerse, pensaba que fuese inútil lo que hice: sino que quisimos advertir aquí lo que convendría, dejando al ejercicio y practica lo demás.»

También reconocemos, como en otra ocasión hemos dicho, que el que siente lo que dice no tiene gran necesidad de arreglar su gesto para espresar bien por medio de él lo mismo que siente. Pero no podemos convenir en que es mezquindad de espíritus limitados el querer sujetar á varias fórmulas la espontaneidad de la naturaleza; toda vez que esta espontaneidad conduce muchas veces á escasos en la acción mal vistos en la cátedra del Espíritu Santo, y por lo tanto nuestras reglas, en las que están conformes los retóricos, ó mejor dicho, son sus reglas, mas se dirigen á evitar abusos y defectos que á inspirar movimientos exteriores que espresen los movimientos del espíritu. En esta atención pasamos á ocuparnos de esas reglas relativamente á la cabeza, á los brazos y á las manos empleadas en el lenguaje de acción.

Cabeza.—No puede menos de conocerse la necesidad de que el predicador cuando ocupa la sagrada cátedra debe colocarse en una posición la mas decorosa, y conveniente á la dignidad del ministerio celestial que va á ejercer, y nada contribuye tanto á esto como la actitud de su cabeza que influye poderosamente en el éxito del discurso. A este fin dice Quintiliano: «Como la cabeza tiene el primer lugar entre las partes del cuerpo, así lo tiene en la acción, contribuyendo mas que ninguna otra á la gracia de la pronunciación.»

«En esto es preciso observar en primer lugar que debe tenerse siempre derecha y en una situación natural; en segundo lugar conformar sus movimientos con la pronunciación misma, á fin de que ella concuerde con el gesto, con la mano, con toda la acción del orador; porque debe siempre estar en relación del gesto, excepto en las cosas que espresan horror. Entonces al mismo tiempo que repelemos con la mano, volvemos la cabeza, como señal de aversión.»

«Una señal de cabeza puede hacer entender diferentes cosas, pues por medio de ella se puede dar á entender que se consiente ó rehúsa, se afirma ó se niega, y también puede espresarse la incertidumbre, la admiración, la indignación, y esta manera es común á todos los hombres.» Sus diversos movimientos, acompañados de las ma-

nos concurren maravillosamente á expresar las diferentes pasiones; levantada admira; vuelta hácia un lado teme ó se indigna, y acompañada de un movimiento de una mano en sentido contrario, rehusa, rechaza ó menosprecia; medianamente inclinada compadece, ruega, solicita, pide encarecidamente; inmóvil exhorta, afirma, convence.

Necesita el predicador tener presente que cuando trate de dirigirse al cielo elevará medianamente la cabeza, lo mismo que siempre que haya de mirar las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de Maria Santísima, y de los Santos, y muy principalmente al augusto Sacramento de nuestros altares, por la reverencia que se merecen objetos tan elevados.

Diremos de paso que es costumbre predicar con la cabeza cubierta con el bonete, y no con solideo, despues de haber pronunciado el texto, y luego que se ha dirigido el correspondiente tratamiento al auditorio, antes de comenzar el discurso. Mas cuando se halla expuesto el Santísimo Sacramento se deberá tener descubierta la cabeza; lo mismo que cuando se pronuncian los sagrados nombres de Jesus y de Maria, y tambien siempre que haya de recitarse algun trozo de la Sagrada Escritura, como sucede en el exordio de la homilia cuando se refiere testualmente el evangelio ó la epístola sobre que va á versar el discurso. De esta manera se demuestra el respeto que se debe al doctor y consumidor de nuestra fe Jesucristo, á su Madre Santísima, y á la palabra divina contenida en los libros sagrados y canónicos, respeto que al mismo tiempo se hace entender al pueblo por estas demostraciones exteriores.

Como partes principales de la cabeza hemos de considerar además el *semblante* y *los ojos*, que tan gran papel representan en el lenguaje de accion. Hablando de este, dice Quintiliano: «Lo que mas domina principalmente en esta parte es el semblante. No hay movimiento ó pasion que no espresé; él amenaza, suplica, está triste ó alegre, él hace entender una infinidad de cosas, y muchas veces dice mas que pudiera decir el discurso mas elocuente.»

El aire ó ademan del semblante no depende absolutamente de nosotros, y hé aqui por qué no es posible fijar reglas que lo modifiquen para espresar los diversos movimientos que el alma preceptua,

y que tan rápidamente se ponen en ejecucion. Estas reglas, mas que á enseñar de qué modo se han de espresar esos movimientos, han de dirigirse á que se evite que estos sean irregulares, chocantes, desagradables, procurando que correspondan al lenguaje interior del alma. Debe pues componerse el semblante, especialmente cuando se trata de comenzar el discurso. Todos los hombres quieren que se les considere, y nada les repugna tanto como un aire imperioso; asi como nada hay mas propio y conveniente para captarse la benevolencia de los ánimos que un semblante modesto y lleno de sencillez, pero que no llegue á manifestar una confianza orgullosa, ó una imbécil timidez.

Los predicadores jóvenes con particularidad han de procurar fijarse en estas advertencias, pues ellos mas bien que los demás tienen necesidad de esta decorosa modestia de que los aparta la impetuosidad de su edad. Por ello deben aprender de aquellos respetables sacerdotes acostumbrados á los ejercicios de la predicacion, que tan bien interpretan con los ademanes naturales y dignos de su semblante, la gravedad que reclama tan alto y sagrado ministerio.

¿Y qué diremos respecto á los *ojos*? ¿quién acertará á espresar su elocuencia? Sus movimientos son tan espresivos que no sin razon se ha dicho que son como el espejo del alma, «Vedlos ardientes é inflamados en los arrebatos de la cólera, ha dicho un escritor; terribles en las amenazas; severos en los reproches; impetuosos en la indignacion; sin fijeza y como perdidos en los espantos del terror; levantados en la admiracion; inclinados y como oscurecidos en la vergüenza; velados por una lágrima en los dulces trasportes del amor, etc. Ciceron dijo: «*Oculos natura nobis, ut equo et leoni setas, caudam, aures, ad motus animorum declarandos dedit.*»

Nada podemos decir respecto al modo con que los ojos han de espresar los sentimientos, pues esto ha de ser tan espontáneo, que todo estudio ó artificio seria inútil y aun perjudicial en esta materia. Solo podremos advertir algunos defectos que deben evitarse, de lo cual nos ocuparemos en la lección siguiente.

Manos y brazos.—Grande influencia hemos atribuido á la cabeza, al semblante, y á los ojos en el lenguaje de accion; pero los movimientos de las manos forman la parte mas principal de la gesticula-

cion. En efecto; las otras partes del cuerpo contribuyen cada cual por su parte á ese lenguaje mudo que llamamos lenguaje de accion; pero las manos hablan, ó poco les falta, ha dicho Quintiliano. Ellas piden, prometen, llaman, amenazan, suplican, detestan, preguntan, niegan, afirman; ellas demuestran temor, tristeza, alegría, incertidumbre, etc.; declaran el tiempo, el nombre, la cantidad, la manera, todo les es familiar. En medio de la prodigiosa diversidad de lenguas repartidas entre tantos pueblos y naciones, el lenguaje de las manos es como una lengua universal, comunicada por la naturaleza á todos los hombres. Tal es la importancia del movimiento de las manos en la accion oratoria.

Ahora bien; ¿cuál es el uso que deberá hacerse de estos miembros tan interesantes para robustecer la palabra en la espresion del pensamiento? Blair ha dicho: «Los antiguos condenaron todo movimiento ejecutado con sola la mano izquierda; pero yo no veo por qué han de ser estos siempre impropios; aunque sea mas natural emplear con mas frecuencia la derecha.» Sin embargo; debemos convenir en que el predicador debe limitarse á no emplear sino raramente la izquierda sola, en tanto que la derecha permanece en reposo. Por ejemplo, no se podrá condenar esta práctica en el caso en que el predicador teniendo el altar á su derecha, y queriendo demostrar el desprecio de los placeres y de las vanidades del mundo, levantara la mano izquierda hácia la puerta de la iglesia como para apartar lejos de sí alguna cosa, volviendo un poco el rostro hácia la derecha.

Los retóricos, siguiendo á la naturaleza, como no podia ser de otra manera, y consultando á la vez el decoro y dignidad del lugar sagrado, han establecido ciertas reglas que deben presidir á los movimientos de las manos, y estas son las principales: Hablando en el púlpito se espresan con las manos pensamientos ó afectos; ó se trata de cosas que atañen al orador ó al auditorio; ó de virtudes que Dios preceptúa, ó de vicios que la malicia de los hombres honra en el trato del mundo.

I. Si se habla de pensamientos, ó de algunas de las operaciones de la inteligencia, debe levantarse la mano hácia la frente para espresarlos, pues segun la opinion comun, la inteligencia reside en la cabeza.

II. Cuando hay necesidad de espesar los sentimientos, los afectos, ó invocar el testimonio de la conciencia, la mano se pondrá sobre el corazón, pues al corazón se atribuyen de ordinario las obras de la voluntad. Así es que se dice, por ejemplo: «yo amo á mi Dios, y quiero consagrarle todo mi ser;» y estas palabras no se acompañan con el movimiento de las manos, llevándolas á la cabeza, sino al pecho donde reside la voluntad; así como estas otras: «reflexionemos en el porvenir que nos aguarda después de nuestra muerte,» no se dicen llevando las manos al corazón, sino á la cabeza, ó sea á la frente, residencia del entendimiento que piensa y reflexiona.

III. Si el predicador habla de sí mismo deberá dirigir sus manos hácia sí, como si pronunciase estas palabras de San Pablo: «Yo he peleado una buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está reservada la corona de la justicia.» Mas si se dirigiese directamente á los oyentes, deberá enderezar la acción de las manos á todos ellos, ó á parte de los mismos, para mas individualizar lo que dice; así lo hará si por ejemplo tuviese que repetir á su auditorio estas otras palabras del mismo apóstol: «Hermanos, confortaos en el Señor, y en el poder de su virtud. Vestios de la armadura de Dios para que podais estar firmes contra las asechanzas del diablo.... Hijos; obedeced á vuestros padres en el Señor porque esto es justo.... Y vosotros, padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos; mas criadlos en disciplina y corrección del Señor.» Por el contexto mismo de estas exhortaciones se comprenderá la propiedad y variedad del movimiento de las manos.

IV. Cuando el predicador hace girar su discurso hácia Dios ó á las cosas de Dios, su mano se dirigirá moderadamente y con respeto bien al altar, donde se halla sacramentado, ó á alguna imagen de este Señor, bien al cielo. Pongamos por ejemplo que emplea estas palabras de los salmos: «Escucha, Dios mío, mi oración, cuando ruego: libra mi alma del temor del enemigo. Me defendiste de la junta de los malignos, de la multitud de los que obran iniquidad.—Los cielos declaran la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos.—La ley del Señor sin mancilla que convierte las almas; el testimonio del Señor fiel, que da sabiduría á los pequeñuelos.»

V. Si por el contrario hubiese de ocuparse del mundo y de sus injusticias y miserias, llevará el predador la mano con cierto ademán de desprecio hácia la puerta de la iglesia, como opuesta al lugar santo, al altar, como el vicio lo está á la virtud, como el mundo á Dios. De otra manera inferiria una grave injuria á sus oyentes si les dirigiera los movimientos de las manos para increpar los desórdenes del mundo, como en estas palabras de San Judas dirigidas á manifestar el carácter y perversidad de los impíos, y de aquellos hombres que se burlan de Dios: «Estos son los que contaminan los festines, banquetean sin rubor, apacentándose á sí mismos, nubes sin agua que llevan de acá para allá los vientos, árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos, desarraigados.... Estos son murmuradores querellosos que andan segun sus pasiones, y su boca habla cosas soberbias, que muestran admiración de las personas por causa de interés.»

VI. Las conmociones ardientes piden la acción de las dos manos, correspondiéndose una á la otra, ó simultáneamente; pero ya se haga con una ó con otra, importa mucho que los movimientos sean desembarazados, fáciles, nobles, graciosos. Los duros y enérgicos son desgraciados por lo general; por lo cual los movimientos de las manos han de nacer del hombro, y no del codo.

VII. Ultimamente debemos advertir que las manos deben estar abiertas, pero cuidando de no perder la naturalidad en sus movimientos, y los dedos estendidos; pero de modo que no lo estén escésivamente ni tampoco juntos con violencia.

Concluiremos esta lección sobre el gesto haciendo una sola advertencia que la creemos útil y conveniente, antes de ocuparnos de los vicios ó defectos del lenguaje de acción. La actitud del orador debe ser natural y libre; pero sin descuido y sin familiaridad, con gravedad y compostura, sin afectación y sin embarazo. «Depende en gran manera, dice Maury, sobre todo en el púlpito, de la posición de los piés. Sin esta precaución de fijar bien los piés un orador no puede tener ni seguridad ni aplomo, ni nobleza, ni postura, ni gracia, ni firmeza en la manera de ponerse en escena con su auditorio. Los predicadores jóvenes están muy lejos de conjeturar que los piés concurren casi tanto como las manos á aquel conjunto de gestos, que

no constituye , pero que revela singularmente la accion oratoria , y que toda la agilidad del cuerpo depende de esta posicion que determina la actitud y arregla la movilidad.



LECCION XLVII.

Defectos del lenguaje de accion.



Muchos son los defectos que señalan los retóricos acerca del gesto ó lenguaje de accion, de los cuales indicaremos los mas principales para prevenir contra ellos á nuestros lectores, en evitacion del mal que causa el olvido de los mismos en el importante ministerio de la predicacion.

I. Estando en uso inclinarse algo hácia adelante á los oyentes, como por una espresion natural de interés, el predicador deberá evitar ponerse erguido, cuya actitud revela altaneria, ó menosprecio del auditorio; lo mismo que inclinar el cuerpo á la derecha ó á la izquierda, lo cual demuestra negligencia ó descuido; ni encorvarse sobre el púlpito de modo que parezca quiere nadar sobre el auditorio.

II. Es imperfecta la accion cuando debiendo guardar consonancia con la voz que, como hemos dicho, es su complemento, espresa ideas ó afectos contrarios á los que aquella manifiesta; ó se en trega á movimientos ó gestos violentos y descompuestos; pues si bien es verdad que es malo no accionar, lo es mucho peor accionar en desacuerdo con la palabra, ó de una manera impropia y violenta.

III. La cabeza debe estar sin afectacion: demasiado alta ó erguida, como dijimos del cuerpo, da á entender un aire de orgullo; demasiado baja, imprime á las palabras el carácter de la timidez; torcida á un lado indica negligencia ó incuria, y algunas veces hi-

pocresia; debe colocarse en un justo medio, en una posición libre y natural.

IV. Es de mal efecto en el predicador dejar correr sus miradas con vaguedad cuando predica, como si no pensase, ó se le diese poco cuidado de lo que dice. Así como tampoco se deben tener los ojos fijos é inmóviles, ya clavándolos en alguna columna, lo que indica que la memoria está trabajando demasiado, y el alma se halla como abstraída del auditorio; ya abriéndolos de una manera inanimada, mirando sin ver nada, lo que se hace por exceso de timidez, y da al orador un aire estúpido. La cosa que mas vivamente hiere á los oyentes, estando ya conmovidos, es cuando un predicador tiene una mirada penetrante, piadosa, acompañando á las palabras, y entrando en el pensamiento de los asistentes; esta es sin duda una de las mejores dotes para conmover las almas.

V. Las manos jamás deben levantarse mas arriba de la altura de los ojos, ni se han de dejar caer mas abajo de la cintura, cuando se predica de pié, que es como ordinariamente se hace. «Tambien los movimientos perpendiculares, dice Blair, esto es, en línea recta de arriba abajo, que como dice Shakespeare en *Hamlet*, cortan el aire con la mano, raras veces son buenos. Los oblicuos son en general los mas graciosos. Se deben igualmente evitar los muy súbitos y ligeros. Puede la pasión explicarse bien sin ellos. Las reglas de Shakespeare sobre esto son muy juiciosas: «use de todos, dice él, con delicadeza; y en medio del torrente y la tempestad de la pasión, adquiera una templanza que pueda darle blandura.»

VI. «Es vicio, dice Fr. Luis de Granada, alargar la palma de la mano vuelta hácia arriba, estendidos todos los dedos al modo de los que piden limosna. En otro vicio incurren algunos que aprietan de tal modo todos los dedos, como hacen los que quieren sacar agua de alguna fuente, lo cual no es menos indecoroso.»

VII. Nunca deben frotarse las manos una con otra, ni golpear sobre el borde del púlpito; ni al analizar alguna cosa hacerlo contando con los dedos; ni tenerlos demasiado encogidos, ó demasiado separados.

VIII. No es menos inconveniente cerrar los puños y presentarlos al auditorio; juguetear con los dedos, ni menos señalar ó indicar

á alguna persona con el dedo. Esto sería no solo faltar á la gravedad de la accion oratoria, ejercitándola en la cátedra del Espiritu Santo, sino tambien dar pruebas de poca consideracion al auditorio, y de una educacion descuidada.

IX. Necesario es no estender los brazos tanto como el que se halla en cruz; ni cruzarlos sobre el pecho; ni jugar uno de ellos con tanta intensidad, como si se quisiere dar un golpe con una espada.

X. Cuando una mano está en accion, la otra no ha de ponerse en juego, sino mas bien apoyarla sobre el púlpito, y no sobre el pecho, y esto con naturalidad, y no como el que está asido para no caerse, cuidando de no dejarla colgando sobre el muslo, ó en una situacion inconveniente.

XI. Nada hay mas ridiculo que al començar el discurso, y quizá antes de proferir la primera palabra, poner en accion los brazos, pues esto resulta artificioso. Pronúnciese al menos un periodo, siquiera sea breve, antes de gesticular con las manos. Esto se halla de acuerdo con el objeto del gesto que la misma naturaleza enseña.

XII. No hay necesidad de mover sin cesar el brazo hablando. Es verdad que debe moverse, pues así lo dicta el sentimiento de que se halle poseido el predicador, y cuando esté animado; pero no moverlo para aparecer que lo está. Hay cosas que se dicen, y sienta bien decirlas tranquilamente, y entonces no hay necesidad de esos movimientos. Por esto aquellos que suben y bajan continuamente la mano derecha, á fin de mostrarse animados, sin cuidarse si las cosas que dicen lo piden ó no, faltan á la naturalidad, maestra elocuente en la accion oratoria. De ellos puede decirse que se parecen á aquellas figuras inanimadas á quienes un resorte secreto hace que se muevan siempre de una misma manera.

XIII. El predicador no debe permitirse en la predicacion encojarse de hombros, ó hacer otras señales de menosprecio, que si siempre estarian mal vistas en todo orador público, en el predicador son de todo punto incompatibles con su sagrado carácter, y con el espíritu de caridad que debe animarlo, aun tocante á aquellos que los persiguen y calumnian.

XIV. Se faltaría á la dignidad que caracteriza la mision augusta del predicador, queriendo representar con exactitud en el púlpito las cosas de que habla, y todos los movimientos de las personas á que se refiere. Sobre este defecto dice el P. Granada: «Resta otro vicio al cual el deleite y lo ignorancia de los oyentes puso nombre de virtud, y consiste en remedar parte con el gesto, parte con la voz los dichos y hechos de otros á manera de comediantes. «Fabio pone el ejemplo en uno, que para indicar un enfermo, se tomara el pulso, segun hacen los médicos, ó para indicar á un tañedor de cítara hiciera el ademan de herir con sus manos las cuerdas, lo cual debe estar muy lejos de la accion.»

«Hasta aqui Fabio, el cual si en un orador que discurre de materias tocantes al uso de esta corta vida, reputa esta imitacion indecorosa; ¿qué diria el mismo del predicador evangélico que discurre de la vida perdurable, y de los suplicios eternos? Ni me hace fuerza que los oyentes alaben comunmente esta imitacion, pues alaban lo que halaga sus oidos, y lo que les da materia de entretenimiento y risa; al modo que alaban un farsante que contrahace bien las voces y hechos de los hombres. Lo cual reprenden sin embargo los varones graves y eruditos, cuyo juicio debemos antes seguir que procurarnos el aplauso popular. Pues tienen como cosa indigna que la autoridad de un doctor eclesiástico degeneren en los gestos y liviandad de los comediantes.»

XV. Téngase presente que se debe tambien evitar el arrugar la frente para afectar cierto aire de severidad, esto es, caer en el ridiculo; lo mismo que frotarla con los dedos para atraer á la memoria alguna palabra, lo cual es puerilidad. Tambien debemos advertir que en el calor de la accion deben guardarse las reglas de urbanidad, no enjagándose el rostro con los dedos, lo cual estaria mal visto aun fuera del lugar sagrado tan respetable en todos conceptos.

No queremos terminar esta leccion, y con ella lo relativo á las cualidades y defectos del lenguaje de accion, sin dar algunos avisos concernientes á los medios de formarse una buena gesticulacion, con lo cual terminamos nuestra obra.

«Sentir lo que se dice, ha dicho un escritor, es el gran principio de donde se debe partir para dar al gesto una belleza conveniente y

natural. Penetrémosnos de nuestro asunto, y entreguémosnos en seguida á nuestro ardor y á nuestro entusiasmo. No creamos, sin embargo, que la naturaleza puede hacerlo todo en nosotros, el arte debe tambien venir en su ayuda.»

El primer medio de formarse el gesto, será tomar algunas lecciones de un maestro hábil en el arte de perorar; pero será un grande error mirar á los actores como verdaderos modelos de la declamacion oratoria. Nada hay de peor gusto ni mas contrario al estilo del púlpito que una manera teatral; ya lo hemos dicho en otra leccion.

Hay quien aconseja ejercitarse delante de un espejo; pero, además de que este estudio es poco conveniente al ministerio apostólico, y no produce de ordinario sino un aire afectado, podrá suceder, como nota Hugo Blair, que se pase largo tiempo al espejo sin que el predicador conozca sus verdaderos defectos.

Nos quedan pues dos medios que adoptar. El primero es asistir cuando se pueda á los discursos de un gran orador; esta es la mejor escuela de declamacion que se puede frecuentar. «Estudiemos para imitar, dice M. Dieulin, á aquellas personas privilegiadas que parecen destinadas servir de modelos á los demás. De todos los ramos de la oratoria la buena gesticulacion es una de los que se aprenden mucho mas por la vista de los buenos modelos que por las lecciones puramente teóricas.»

El segundo medio aconsejado por Rollin es ejercitarse en la recitacion en preseneia de algunos censores ilustrados y sinceros, poniéndose delante de ellos, ya de pié, ya sentado, apoyándose sobre el espaldar de una silla, ó sobre una mesa que figure el púlpito; este ejercicio es ventajoso; pero se necesita desprenderse de todo amor propio para aplicarse á corregir los defectos que le hagan notar.

Estos son los medios mas eficaces para estirpar los defectos de la accion oratoria. Pero mientras esta reforma un predicador jóven que no está todavía diestro en la recitacion por el ejercicio, y por la seguridad de la memoria, hará bien, segun los consejos de Maury, de no aventurar desde luego gesto alguno, apoyar las manos sobre el borde del púlpito; levantarlas de tiempo en tiempo durante toda la estension de un periodo; sostener la una ó la otra á la altu-

ra del pecho, en una direccion horizontal; balancearlos lentamente en los pasajes mas animados de su discurso. Nada es menos peligroso y mas noble que esta postura grave y sin agitacion.

En fin, repetimos, concluyendo, que los gestos falsos, desmedidos, contradictorios son un suplicio para los oyentes, un asunto de amarga critica contra el orador, y para los mismos discursos una causa casi inevitable de esterilidad.

A ejemplo de muchos grandes oradores, entre otros, de Bossuet, es necesario que el predicador sea sobrio en los gestos, y mas valdrá permanecer inmóvil que gesticular de una manera monotoná, maquina, exagerada, desgraciada ó ridicula.

FIN.

LIBRO III

—

180	Facs. XXI—Transacción y división.
186	Facs. XX—Partición.
190	Facs. XIX—Relación.
195	Facs. XVIII—Sociedad y continuación ó prorroga.
206	Facs. XVII—División.
106	Facs. XVI—Proposición.
92	Facs. XV—Exordio.
86	Facs. XIV—Disposición ó plan del discurso.
LIBRO III	
80	Facs. XIII—Permutación.
73	Facs. XII—Exposición oratoria.
67	Facs. XI—Estructura de la invención.
62	Facs. X—Análisis práctico de la invención.
57	Facs. IX—Ampliación.
52	Facs. VIII—Objeto de la invención.
47	Facs. VII—Objeto de la invención—Objeto.
41	Facs. VI—Objeto y límites de la invención—Límites.
37	Facs. V—Intención.
LIBRO II	
28	Facs. IV—Caracteres morales del predicador.
32	Facs. III—Caracteres del predicador.
36	Facs. II—Eligencia sagrada.
40	Facs. I—Exposición general de la retórica ó de la arte.
45	Facs. XXII—Objeto de la invención—Objeto.
50	Facs. XXI—Objeto de la invención—Objeto.
55	Facs. XX—Objeto de la invención—Objeto.
60	Facs. XIX—Objeto de la invención—Objeto.
65	Facs. XVIII—Objeto de la invención—Objeto.
70	Facs. XVII—Objeto de la invención—Objeto.
75	Facs. XVI—Objeto de la invención—Objeto.
80	Facs. XV—Objeto de la invención—Objeto.
85	Facs. XIV—Objeto de la invención—Objeto.
90	Facs. XIII—Objeto de la invención—Objeto.
95	Facs. XII—Objeto de la invención—Objeto.
100	Facs. XI—Objeto de la invención—Objeto.
105	Facs. X—Objeto de la invención—Objeto.
110	Facs. IX—Objeto de la invención—Objeto.
115	Facs. VIII—Objeto de la invención—Objeto.
120	Facs. VII—Objeto de la invención—Objeto.
125	Facs. VI—Objeto de la invención—Objeto.
130	Facs. V—Objeto de la invención—Objeto.
135	Facs. IV—Objeto de la invención—Objeto.
140	Facs. III—Objeto de la invención—Objeto.
145	Facs. II—Objeto de la invención—Objeto.
150	Facs. I—Objeto de la invención—Objeto.

INDICE.



	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO.	7
INTRODUCCION.	11
DIVISION DE LA OBRA.	17
LECCION I.—Nociones generales de la retórica ó de la elocuencia.	19
LEC. II.—Elocuencia sagrada.	24
LEC. III.—Cualidades del predicador.	27
LEC. IV.—Cualidades morales del predicador.	32

LIBRO I.

LECCION V.—Invencion.	38
LEC. VI.—Objeto y fuentes de la invencion.—Instruir.	41
LEC. VII.—Objeto de la invencion.—Deleitar.	47
LEC. VIII.—Objeto de la invencion.—Conmover.	52
LEC. IX.—Amplificacion.	57
LEC. X.—Aplicacion práctica de la materia que se predica.	62
LEC. XI.—Oportunidad de la invencion.	67
LEC. XII.—Precauciones oratorias.	72
LEC. XIII.—Sermonarios.	80

LIBRO II.

LECCION XIV.—Disposicion ó plan del discurso.	85
LEC. XV.—Exordio.	92
LEC. XVI.—Proposicion.	105
LEC. XVII.—Division.	108
LEC. XVIII.—Narracion y confirmacion ó pruebas.	113
LEC. XIX.—Refutacion.	120
LEC. XX.—Peroracion.	126
LEC. XXI.—Transicion y digresion.	129

GÉNEROS DE LA ORATORIA SAGRADA.

LEC. XXII.—Género deliberativo.	132
LEC. XXIII.—Homilia.	138
LEC. XXIV.—Género demostrativo.	143
LEC. XXV.—Oraciones fúnebres.	149
LEC. XXVI.—Género didascálico.	155
LEC. XXVII.—Conferencias.	160
LEC. XXVIII.—Duracion del discurso.	165

LIBRO III.

LECCION. XXIX.—Elocucion oratoria.	170
LEC. XXX.—Diccion oratoria.	174
LEC. XXXI.—Pensamientos.	189
LEC. XXXII.—Estilo en general.	184
LEC. XXXIII.—Estilo considerado en sus tres géneros.	195
LEC. XXXIV.—Reglas para adquirir el predicador un estilo propio.	202
LEC. XXXV.—Estilo figurado.	206
LEC. XXXVI.—Tropos.	211

FIGURAS ORATORIAS.

LEC. XXXVII.—Figuras lógicas ó de enseñanza.	224
LEC. XXXVIII.—Figuras patéticas ó de pasion.	231
LEC. XXXIX.—Figuras de puro adorno.	259
LEC. XL.—Ejercicios de la composicion.	247
LEC. XLI.—Improvisacion.	256
LEC. XLII.—Preparacion para predicar.	262

LIBRO IV.

CUALIDADES ESTERIORES DEL PREDICADOR.

LECCION XLIII.—Pronunciacion, ó accion oratoria.	227
LEC. XLIV.—Voz, ó lenguaje oral.	292
LEC. XLV.—Defectos del lenguaje oral.	300
LEC. XLVI.—Gesto, ó lenguaje de accion.	308
LEC. XLVII.—Defectos del lenguaje de accion.	318



